DIANA A. HICKS



EL GRAN LOBO FEROZ

LIBRO UNO

El Gran Lobo Feroz

LIBRO UNO

DIANA A. HICKS

TRADUCIDO POR

LIZ GARAY

HMG, INC.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es meramente coincidencia.

El gran lobo feroz (Dúo del Lobo, Libro 1)

COPYRIGHT © 2024 por Diana A. Hicks

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse de ninguna manera sin el permiso por escrito de la autora o de HMG, Inc., excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos o reseñas críticas.

Historial editorial

Impreso ISBN 978-1-949760-38-5

Impreso ISBN 979-8-323590-22-3

Digital ISBN 978-1-949760-37-8

Diseño de portada: The Author Buddy

Editora: Becky Barney

Traductora: Elizabeth Garay

[*Nota de la Traductora: Es importante aclarar que los nombres propios, aún existiendo el equivalente en español, se han respetado tal como aparecen en la versión en inglés, omitiendo los respectivos acentos y traducciones*]

Orden de lectura recomendado

El Mundo de la Sociedad del crimen
Dúo Bestias
Lost Raven - Novella
Rey de las Bestias (Dúo Bestias #1)
Rey de las Bestias (Dúo Bestias #2)

Dúo Lobo
La guarida del lobo - Precuela
El gran lobo feroz (Dúo Lobo #1)
El gran lobo feroz (Dúo Lobo #2)
Once Upon A Christmas - Bonus Epilogue

Raven Duet
Dark Beauty - Prequel
Fallen Raven (Raven Duet, #1)
Fallen Raven (Raven Duet, #2)

Knight Duet
Wicked Knight (Knight Duet, #1)
Wicked Knight (Knight Duet, #2)

Cole Brothers World
Stolen Hearts Duet
Entangle You
Unravel You

Steal My Heart Series
Ignite You
Escape You
Escape My Love - Bonus Epilogue
Provoke You

Cole Twins Duet
Unleash You
Defy You

Comentarios de la obra de Diana A. Hicks

“La primera entrega de Hicks de su serie ‘Desert Monsoon’ es segura y convincente, con una narrativa sólida, personajes matizados y una mezcla dinámica de romance y suspenso”.

— KIRKUS REVIEWS

“Lo que hace que cualquier romance sea una gran lectura no es el hecho de que dos personas atractivas se encuentren y se enamoren. Son los episodios que provocan el enamoramiento y los lugares inesperados a los que lleva la experiencia de los personajes los que hacen que sea una lectura placentera. Diana A. Hicks sabe exactamente cómo hacer que esto suceda”.

— READERS' FAVORITE

Acerca de la autora

Diana A. Hicks es una galardonada autora, creadora de intensos romances que exploran el mundo de la mafia, así como de apasionados romances contemporáneos con una buena dosis de suspense.

Cuando Diana no está escribiendo, disfruta del kickboxing, del hot yoga, de viajar y de darse el gusto con las alegrías simples de la vida, como el vino y el chocolate. Vive en Atlanta y le encanta pasar tiempo con sus dos hijos, sus dos gatos mimados y su esposo.

¡Echa un vistazo a mi librería!

No olvides suscribirte a mi boletín para mantenerte actualizado sobre mis últimos lanzamientos, contenido gratuito y otras noticias.

Suscríbete a mi lista VIP ¡ahora!

Diana A. Hicks

SINFULLY DARK ROMANCE

Índice

Prefacio

I. La Guarida del Lobo

Dúo Lobo, Precuela

1. Una esposa virgen
2. Todas las malditas veces
3. Y aún así tienen que
4. ¿Estás perdida?
5. El colgante de la Cruz Celta

II. El Gran Lobo Feroz

Dúo Lobo, Libro Uno

6. Haz lo que se te dice
7. Arderá de todos modos
8. Buen corderito
9. Hola, Red
10. Esa es su cara
11. No quería matarlo
12. ¿Qué voy a hacer contigo?
13. Vivirás
14. Aquí todos somos mafiosos
15. El enemigo de mi enemigo
16. Sospechoso como la mierda
17. No saltes
18. Comenzando una guerra
19. Necesito decir adiós
20. Un teléfono y un plan
21. Mátala
22. Ni ahora ni nunca
23. Corre pequeña loba
24. Pero ahora lo entiendes
25. Estamos solas
26. Matar a la chica, ¿acabar con sus planes?
27. Reza para que no muera
28. Luce O'Brien
29. Código rojo

Caperucita Roja Feroz

Dúo Lobo, Libro Dos

1. Me equivoqué de mujer

Querido lector:

Estoy muy emocionada de compartir la próxima entrega en mi mundo de la Sociedad del Crimen. La historia de amor prohibido de Santino y Luce finalmente está aquí en el Dúo del Lobo.

Ten en cuenta que “El Gran Lobo Feroz” es el libro uno del Dúo Lobo y termina en suspenso.

Durante el verano, publiqué “La Guarida del Lobo”, un largo prólogo para el Dúo de “El Gran Lobo Feroz”, que ofrece un poco de contexto sobre la guerra de pandillas que se está gestando entre irlandeses e italianos.

Si no lo has leído, no hay problema. Como dije, he incluido esos capítulos en la Parte I de este libro. Si estás familiarizado con cómo empezó todo, continúa y pasa a la Parte II.

Una última nota: escribo romance oscuro con situaciones cuestionables que podrían ser desencadenantes (es decir, secuestro, consentimiento dudoso, BDSM, etc.). Confío en que te conoces a ti mismo y procederás con precaución.

¡Feliz lectura y bienvenido a la Sociedad!

Diana

PARTE UNO

La Guarida del Lobo

DÚO LOBO, PRECUELA

descargaepub.com

CAPÍTULO 1

Una esposa virgen

Luce

Beverly, Sur de Chicago

Aunque todavía nos quedaban muchos días de verano, los árboles de sasafrás en nuestro amplio patio delantero tenían un olor distintivo a corteza que indicaba que se acercaba el otoño. La cálida brisa hacía crujir las copas de los árboles y algunas hojas de color marrón anaranjado caían al suelo como trozos de papel ardiendo.

De pequeña, esta era mi época favorita del año: cuando el follaje alrededor de nuestra casa en Chicago se volvía de un rojo intenso. Siempre me parecía que el cambio se producía de la noche a la mañana. Pero sabía que ese no era el caso. El cambio era gradual. Recibíamos muchas advertencias.

También pasó con mamá. Murió una noche muy parecida a esta. Su fallecimiento se sintió muy repentino, aunque pasaron años hasta que el cáncer de pulmón devoró su cuerpo.

Me aparté del grueso tronco del árbol, caminé hacia el siguiente, a unos seis metros de distancia, y miré hacia el cielo. Nubes blancas se apiñaban en las ramas de los árboles que se balanceaban muy por encima de nosotros. Otra ilusión óptica.

«Debería estar allí con ellos». Me froté el brazo desnudo, deseando que papá me hubiera dejado venir.

«¿Y hacer qué, Luce? ¿Ser asesinada?». Kayleigh, mi mejor amiga, me miraba entrecerrando los ojos y luego siguió mi línea de visión. Cuando no encontró nada digno de mención, cogió un palo y lo arrojó al otro lado del camino.

Papá y mi hermano gemelo Ronan se había ido, literalmente, a luchar por nuestra familia y nos habían dejado aquí para no hacer nada más que mover con los pulgares o, por así decirlo, tirar palos y fruncir el ceño al cielo. Quería estar con ellos y hacer algo que valiera la pena, marcar la diferencia. Papá y Ronan no eran los únicos dispuestos a hacer un sacrificio por nuestra gente.

La banda irlandesa, mi familia, existía desde hacía mucho tiempo. Orgullosos de ofrecer a nuestra comunidad protección y solvencia. Algo que los italianos habían hecho muy difícil recientemente.

Tal vez la guerra de bandas se había estado gestando desde hacía más tiempo, pero en los últimos meses, los italianos habían declarado la veda en nuestro territorio. Papá, como el O'Brien superviviente de mayor edad y líder de los Lobos rojos, había intentado mejorar nuestra relación

con la Organización de Chicago. No tenía ningún interés en su negocio de tráfico de personas. Nosotros no nos ocupábamos de eso. Llevábamos armas a la gente que las necesitaba, y sí, claro, cuando los tiempos eran difíciles, incluso nos metíamos en el negocio de la droga.

Al parecer, los asquerosos italianos pensaban que la falta de excesiva codicia significaba que éramos débiles. Y ahora nos estaban matando uno a uno.

«No, Kay. Para ayudar. Puedo ayudar. Podemos ayudar».

«Lo sé. Pero alguien tenía que quedarse en casa y lidiar con las consecuencias. Tú lo sabes».

No lo sabíamos exactamente. En mis veinticinco años de vida, nunca tuve que lidiar con pandillas por el territorio. Los italianos surgieron de la nada y habían sido despiadados e implacables en su búsqueda de expansión hacia el sur de Chicago.

Me alejé de Kay y entonces lo vi. Un ligero movimiento en la parte trasera de la casa. «Kay», dije en voz baja.

«Lo veo». Ella asintió, alcanzando su pistola metida en la parte posterior de su cintura. Como de costumbre, se paró frente a mí como si yo fuera quien necesitara protección. Ambas estábamos en peligro. Pero a veces a Kay le gustaba hacer de guardaespaldas. Crecimos juntas ya que su padre era el lugarteniente de mi padre y éramos más que mejores amigas. Éramos hermanas.

«Separémonos». Dije agarrando el mango de mi arma.

«Nunca nos separamos», siseó ella. «Esta no es una misión de reconocimiento, Luce. Evaluemos el peligro y luego nos pondremos a cubierto».

«¿En serio ahora mismo estamos teniendo esta conversación?».

«Tú empezaste».

«Bien». Levanté la mano. «El lado izquierdo tiene más árboles en el camino».

«Uno, dos, tres», contó rápidamente y luego salió corriendo.

«Maldita sea». Corrí tras ella, manteniendo mi arma apuntando al suelo. Lo último que necesitaba era que se activara mi arma porque la adrenalina que me recorría podría hacerme disparar. El padre de Kay nos había entrenado a ambas desde que teníamos doce años. Kay tenía un don para las armas, pero yo no. Odiaba esas cosas. Si conservaba una, era porque papá me rogó que lo hiciera por mi propia protección.

«Ay, mierda». Los latidos de mi corazón se aceleraron en cuanto el rostro de Ronan apareció a la vista cerca de la puerta de la cocina que conducía al patio trasero.

«Son ellos». Kay guardó su arma en su lugar y se apartó.

Yo hice lo mismo, tomando grandes bocanadas de aire. Necesitaba calmar mis manos temblorosas. En la cocina seguí el rastro de sangre. Por extraño que parezca, la visión me tranquilizó. Dejé mi arma sobre el mostrador y fui directamente al fregadero para lavarme las manos. La escuela de enfermería había sido idea de mamá. Ella había sido enfermera titulada, algo que me resultó útil más de una vez mientras siendo niña. En la mafia, lo que pasaba con jugar con armas era que siempre alguien recibía un disparo.

Cuando entré a la sala, papá ya estaba descansando en uno de los catres que había preparado para ese mismo propósito. «Reporta el daño».

«Tres heridos». Ronan asintió una vez y se hizo a un lado para dejarme llegar hasta papá. «Connor y Sean no lo lograron».

«Jesús». Abrí la camisa de papá. «¿Dónde están?».

«Dos de nuestros muchachos se quedaron para recuperarlos». Frunció los labios e intercambió una mirada significativa con papá.

Fruncí el ceño y presioné la herida del hombro de papá. Algo había sucedido entre ellos.

¿Habrán peleado en el camino hacia aquí? «¿Qué hiciste?», pregunté mirando a Ronan.

«Nada».

«No me vengas con eso. Conozco esa mirada». Lavé la herida del hombro de papá y me tomé el tiempo para evaluar el daño. El nudo en mi garganta se apretó y tragué para evitar que me salieran las lágrimas. Papá llevaba un chaleco antibalas y tenía una bala en forma de plato alojada en él. «Necesitará radiografías para asegurarnos de que no haya daños internos». Usé mi voz de enfermera porque, en este momento, no podía ser su hija. Me desmoronaría y eso no ayudaría a nadie. «Ayúdame con el chaleco».

Me puse de pie y dejé que Ronan levantara a papá para poder quitarle los tirantes de la prenda que esta noche le había salvado la vida. Como era de esperar, el área ya se estaba poniendo morada y se extendía debajo de su caja torácica. Papá tenía la constitución de un buey, pero ya no era joven. «No puedes seguir haciendo esto, papá».

«Díselo a los italianos», murmuró con su voz humeante y despidió a Ronan con un gesto.

«Trae a los otros dos. ¿Por qué no están dentro? Necesitan ser evaluados».

Ronan asintió hacia el fondo de la habitación y nuestros heridos aparecieron mágicamente. Se habían mantenido fuera de la vista, así que yo trabajaría con papá primero. No era justo. Toda vida era valiosa. Pero necesitaban a papá vivo. Cuando encontré sus miradas, empezaron a contarme sobre sus heridas. Habíamos hecho esto más de una vez en los últimos meses.

«El navajazo en mi costado. Se siente blando».

«Mordida de perro. No preguntes».

«Acuéstense», ordené, mirándolos a los dos. «Déjenme echar un vistazo. Tú también, Ronan. Ese ojo se ve mal».

«Nos emboscaron, Luce». Ronan entró en mi campo de visión.

«Ronan», Papá prácticamente ladró su nombre.

«Los italianos nunca tuvieron la intención de convocar una tregua». Apretó la mandíbula y tragó. «Estaban ahí por papá y por mí».

Papá cerró los ojos y hundió la cabeza en la almohada plana. No podía decir si estaba cansado por la noche que había tenido o si simplemente había terminado con toda esa mierda con los italianos. A este paso, nuestra banda quedaría diezmada antes de que terminara el invierno. Nuestra gente y todas las personas con las que crecí tendrían que vivir bajo la amenaza de los italianos, traficando drogas para ellos, pagando por protección y…, dejé de pensar porque no quería imaginar en lo mal que se pondrían las cosas si nuestra banda desaparecía.

«Díselo, papá».

«¿Decirme qué?». Me detuve a mitad de la puntada. Honestamente, en toda mi formación, nunca tuve que hacer suturas mientras los pacientes peleaban entre ellos.

«Necesitamos ayuda externa». Ronan cruzó los brazos sobre el pecho. «Quiero decir, todos pueden ver eso». Hizo un gesto hacia la sangrienta escena que nos rodeaba.

Tanto Kay como yo asentimos porque Ronan tenía razón. Si pudiéramos conseguir que alguna de las otras bandas irlandesas colaborara, podríamos expulsar a los italianos del sur... para siempre. Sin más tiroteos. No más vandalismo. No más robos. Toda nuestra comunidad estaría a salvo.

Miré a papá, pero él no se volvió hacia mí. En cambio, mantuvo su mirada pegada a la lámpara del techo.

«¿Esto tiene algo que ver conmigo?», pregunté.

«Sí». Ronan miró fijamente a papá mientras hablaba. «Liam Walsh ha ofrecido su ayuda. Pero papá se niega a aceptar».

«Eh, ¿qué?», Kay intervino. Había logrado mantenerse callada y apartada porque odiaba la sangre. Luchar contra imbéciles despiadados era más lo suyo. Liam Walsh era el imbécil despiadado en este caso. «No podemos acostarnos con ese asqueroso. ¿Quién diablos sabe lo que pedirá?».

«Cuidado», Ronan volvió su mirada furiosa hacia Kay.

Por lo general, Ronan no solía ser de los que se enojaban. De hecho, nunca antes lo había visto actuar así. ¿Qué diablos habían hecho los italianos para molestarlo?

«Este es asunto de los Lobos Rojos. Tú no tienes voz ni voto».

«Lo siento», Kay se aclaró la garganta.

Cuando dio un paso atrás, escaneó rápidamente la habitación, sin duda buscando a su padre, quien, como su lugarteniente, tendría voz y voto sobre a quién pedíamos ayuda. O al menos papá tendría en cuenta su opinión. Aunque a juzgar por la mirada severa de papá, ya lo había decidido. Y no estaba orgulloso de ello.

«Luce». Papá tomó mi mano y la apretó con fuerza. «Este contrato te involucra a ti. Liam tiene los hombres y los recursos para sacarnos de este agujero que los italianos nos cavaron. Él puede ayudar a que nos recuperemos».

«¿Qué es lo que pide?». Tenía una idea bastante buena. No podía ser dinero porque los italianos se habían asegurado de sabotear todos nuestros últimos negocios. Nos estaban matando de hambre. Tampoco podrían ser armas o drogas. Los irlandeses de Nueva York tenían sus propios proveedores.

«Una esposa». Lo decía con una mueca de dolor.

«¿No una para divertirse?» ¿No era eso lo que le gustaba? Al menos esos eran los rumores.

«Lo siento mucho, Luce. Intenté manejar esto por mi cuenta. Pero, ¿qué otra opción tenemos?». Se frotó las arrugas de la frente, luciendo diez años mayor que esta mañana cuando tomamos el desayuno juntos. «Al menos de esta manera estarías a salvo. Quiere hijos. Está listo para tener una esposa».

Más específicamente, una esposa *virgen*.

Papá no quería avergonzarme con ese pequeño detalle. Eso haría que toda esta transacción fuera demasiado oscura y retorcida. Pero el hecho de que no estuviera diciendo la palabra no significaba que no fuera un requisito comprendido. Un gran jefe dirigiendo un equipo en Nueva York nunca se conformaría con menos que una virgen con vínculos con otro jefe. Papá lo sabía porque hacía veintiséis años había hecho un trato similar para mamá.

Apreció que hubiera mostrado cierto remordimiento y me gustó bastante la ilusión de que yo tenía voz y voto en esto.

Tragándome las lágrimas, me levanté y regresé a la cocina para lavarme las manos. Dos más de nuestros hombres necesitaban mi ayuda. Uno de ellos había sufrido una desagradable mordedura de perro que ya estaba cambiando de color. ¿En serio? ¿Estaban usando perros? Odiaba a los italianos ahora más que nunca. Las lágrimas picaron en mis ojos mientras me frotaba la sangre seca y pegajosa de mis manos y antebrazos. Antes de darme cuenta, estaba en modo de sollozo total.

¿Qué había sido lo que habían dicho? Ten cuidado con lo que pides, es posible que lo consigas. Quería ayudar de una manera más significativa. Ahora papá me decía que podía poner fin a esta guerra. Y todo lo que tenía que hacer era casarme con un monstruo sin corazón.

Liam Walsh era el jefe de la Banda Irlandesa en Harlem, Nueva York. Era muy conocido y temido por todos, incluida yo. *Especialmente yo*. Por la forma en que papá vacilaba con cada palabra, diría que él también estaba asustado. Liam era rico y poderoso. Podía casarse con quien

quisiera. ¿Qué más estaría obteniendo con este trato?

Siempre me había considerado una mujer pragmática. Curar personas nunca fue mi pasión, pero se me daba bien, así que fui a la escuela de enfermería después de terminar mis estudios universitarios en Barnard College. Lo mismo con mi virginidad. No me había salvado por ningún ideal romántico. Sabía que algún día la necesitaría. Nunca pensé que me casaría por amor. Eso era para gente normal, no para gente como nosotros.

El matrimonio de mis padres había sido un contrato concertado entre sus familias. Con el paso de los años, aprendieron a apreciarse mutuamente. ¿Eran almas gemelas? No, en realidad no, pero estaban contentos y se respetaban mutuamente. Al final, su unión hizo que nuestra banda fuera más fuerte.

Desde el principio, mamá me había explicado cómo, algún día, mi virginidad sería un bien muy codiciado. No guardé mi virtud por algún ideal religioso. Lo hice porque era una mujer realista. En mi mundo, mi virginidad tenía valor, en el sentido de que los hombres estaban dispuestos a pagar dinero por ella. O en mi caso, un pequeño ejército. Mi matrimonio con Liam Walsh podría salvarnos la vida y garantizar nuestra longevidad. Con los italianos fuera del camino, podríamos reanudar nuestro negocio de armas.

«Puta madre». Kay entró pisando fuerte en la cocina. «¿De verdad estás pensando en esto? Es una locura. Es un *demente*».

«Él quiere una esposa». Levanté la mirada para encontrar la de ella. «Obviamente, está pensando en una familia. Necesita un heredero. Entonces ¿quién sabe? Quizás se porte decente conmigo».

«Él te quiere porque eres hermosa y cumples todos los requisitos. Eres la hija del gran jefe de Beverly. Y bueno, eres virgen. Aparentemente quiere una, y es difícil conseguirlas hoy en día». Apoyó las manos en la encimera de mármol y respiró profundamente. «¿Qué diablos estoy diciendo? Lo siento mucho».

Inspiré también para aliviar el dolor en mi pecho. A Liam no lo llamaban “Carnicero” por nada.

«¿No tiene como sesenta años?», preguntó Kay.

«Cincuenta. Y no estás ayudando».

«Lo siento», ella levantó las manos.

«Odio esto», me salpiqué agua en la cara. «No tengo otra opción, Kay. Imagina si me niego. Incluso podría tomar represalias ayudando a los italianos a acabar con nosotros».

«Honestamente, eso suena como algo que él haría. ¿Cómo llegamos aquí?».

«Los italianos. Así es como». Apreté los puños y me incliné sobre el fregadero.

Mi estómago se apretó ante la idea de lo que tenía que hacer. Aunque estaba lista para un matrimonio de conveniencia, esperaba poder quedarme en Chicago. Aquí, donde estaba mi familia, había muchos hombres adecuados. Aceptar la ayuda y el contrato matrimonial de Liam significaría que tendría que mudarme a Nueva York. Levanté la vista para mirar a Kay. Ella asintió como diciendo, «estás haciendo lo correcto».

Culpaba a los italianos por todo esto. «Los odio a todos».

CAPÍTULO 2

Todas las malditas veces

Mia

Hell's Kitchen, Manhattan, Nueva York

«¿Dónde diablos está Tyler?». Presioné mi espalda contra la pared de ladrillos del callejón y miré por la esquina.

A una cuadra de distancia, el humo de la ametralladora todavía flotaba justo encima del asfalto. El olor a sangre mezclado con combustible quemado se disparó a mi cerebro. Por muy cansada que estuviera, por muy asustada, ese pequeño detalle mantuvo mis sentidos en alerta máxima.

«Shhh». Mi segundo al mando, Vic, salió de las sombras.

El viejo prácticamente me crió. Ahora que yo era la jefa de Rogue River, él nunca se apartaba de mi lado. Confiaba en él plenamente. Pero cuando se trataba de Tyler, mi esposo y padre de mi hijo de un año, no podía quedarme de brazos cruzados mientras él estaba arriesgando su vida y recibiendo disparos.

Mi cuerpo se sacudió cuando me di cuenta de por qué el viejo me había hecho callar. Había dicho el nombre de Tyler en voz alta. La única palabra que todos habíamos acordado no volver a pronunciar nunca más, al menos no en público. Para mí, mi marido siempre sería Tyler. Chase Rossi fue alguien que sufrió una sobredosis hace mucho tiempo. Chase Rossi era la identidad falsa de Tyler. La que usaba para infiltrarse en la facción de Nueva York.

«Sigue actuando como el héroe, seguramente le dispararán un día de estos», dijo Vic, impasible, en su tono pragmático habitual.

No se equivocaba. ¿No fue así como Tyler quedó atrapado en mi mundo de criminales? ¿Cómo terminó siendo el líder de la facción de Nueva York cuando se suponía que debía derrocarlos? Lo había hecho todo por mí y para mantener a salvo a nuestro hijo nonato.

«Tenemos que regresar y atraparlo. Ahora».

«Te dijo que te fueras a casa».

Me di la vuelta tan rápido que Vic levantó las manos en señal de rendición. «En primer lugar, sigo siendo la jefa. Tyler... Chase no puede decirme qué hacer. Marido o no, yo estoy a cargo».

«Entendido, jefa».

Vic podría insinuar mil cosas solo con su tono. Esta noche, implicaba que los hombres, *mis hombres*, estaban confundidos. Parte del trato con la Sociedad, con Rex Valentino, era que el equipo de Jersey pasaría a formar parte del redil. Rex quería todo bajo su mando. Eso significaba que mi banda ahora respondía ante la facción de Nueva York, quien a su vez respondía ante Rex.

Tyler estaba a cargo de esta operación. Pero eso no significaba que iba a quedarme tranquila y dejar que los malditos irlandeses mataran a mi marido.

Extrañaba los días en que nos quedábamos en nuestro lado del Hudson, nos ocupábamos de nuestro negocio de armas con el cartel mexicano y vivíamos una vida feliz. Todo cambió cuando el difunto Jac Rossi decidió que quería que mi equipo mejorara su posición ante la Sociedad. Pero no podría estar demasiado enojada por eso. Gracias a él, conocí al amor de mi vida, Tyler Cole, quien, en ese momento, estaba encubierto con el FBI interpretando el papel del nieto de Jac Rossi, Chase.

No me importaba nada de eso. Ni cómo había empezado o cuánto de nuestro tiempo y esfuerzo había requerido mantener oculta la verdadera identidad de Tyler. Me preocupaba mi familia. Haría cualquier cosa para mantenerlos con vida. Si eso significaba matar a los irlandeses para enviarlos de regreso a Harlem, estaba más que preparada para hacerlo esta noche.

«¿Qué quieren los irlandeses en Hell's Kitchen?», dije con los dientes apretados. «Los italianos son dueños de este territorio. Nosotros siempre lo hemos sido».

Vic gruñó con un suave chasquido de sus dientes. «La paz nunca dura. Ha estado demasiado tranquilo por aquí. Estoy seguro de que esos cabrones pensaron que éramos los mejores para la recolecta».

«También está empeorando». Miré por detrás de la pared de nuevo, odiando haber permanecido en mi escondite durante tanto tiempo. «Es una zona de guerra ahí fuera. Sabes lo que significa».

«Sí, los federales seguramente se darán cuenta. Vendrán golpeando. Pedirán favores a Tyler».

Ese era exactamente el problema aquí. Los irlandeses, con su codicia y sed de poder y territorio, habían creado un enorme problema para mi familia. Si los cerdos vinieran a buscar a Tyler, no tendrían reparos en exponerlo para conseguir lo que querían. Lo habían hecho antes. Y había terminado con Tyler casi muriendo por un disparo en el pecho. *No esta vez.*

«Solo hay una manera de mantener alejado al FBI». Revisé mi AK-15, un modelo que yo mismo había equipado. Algo que tuve que hacer para apaciguar al cartel mexicano el año pasado.

«Nosotros nos encargamos de este negocio», terminó Vic mi pensamiento.

«Vamos».

Con el corazón latiendo en mis oídos, salí corriendo a la calle. La cacofonía de los disparos desde todas direcciones se había calmado. O nos quedamos sin balas o ambos bandos habían decidido tomarse un respiro para elaborar estrategias y avanzar. Utilicé el pequeño margen de tiempo para intentar encontrar a Tyler en la nube de humo.

En cambio, encontré a uno de mis hombres, Manny. «¿Dónde está Chase?».

«Está intentando algo». Se puso atento.

«Te dije que te quedaras con él».

«Lo sé. Pero me ordenó que me quedara quieto». Dejó caer su mochila al suelo y sacó una computadora portátil. Manny y su hermano Tom eran mis hackers. Eran buenos. Solo podía esperar que el plan de Tyler fuera igual de bueno.

«¿Qué te pidió?».

«Trabajo de piratería sencillo. Cámaras de seguridad, y luego dijo que apagáramos las luces». Manny introdujo algunos códigos en su pantalla. «Su jefe también está aquí. ¿Por qué aparecería?».

«Porque pensó que esto era todo. Pensó que cederíamos esta noche». Levanté la cabeza hacia el final de la calle y el almacén donde ocurría la mayor parte del tiroteo. «Ese no es uno de

nuestros sitios».

«Es de ellos. Centro de distribución en pleno funcionamiento. Principalmente dulces para la nariz». Manny cambió a otra pantalla para mostrármelo.

Los cabrones se habían instalado. Sabían que Hell's Kitchen era territorio italiano. «Qué huevos tienen».

«No por mucho tiempo, jefa».

«Jesús. Dime que no planea volar el lugar».

«Eh. No planea volar el lugar», Manny se frotó la nuca. «Pero lo hará. Envió a todos a casa. Me quedé atrás para ser sus ojos. Tom y yo lo sorteamos. Gané».

«Esta es una misión suicida. Dios, voy a matarlo». Moví la pantalla de Manny para ponerla frente a mí. Mi mirada pasó de una imagen oscura a la siguiente. Ahora tenía sentido el motivo de que el estruendo de las armas se había silenciado. Tyler había ordenado a nuestra banda retirarse. «¿Por dónde se fue?».

«Por el callejón de la derecha. Hay una puerta con un código».

«¿Un código que desactivaste?».

«Si jefa». Me sonrió. «Como en los viejos tiempos, ¿eh?».

«Sí. Supongo que un año de paz era demasiado pedir». Le di una palmadita en el hombro y salí corriendo hacia el callejón oscuro que había indicado. Sin tener que preguntar, Vic me cubrió y me siguió de cerca.

Al llegar a la entrada tropecé con un cuerpo. Mientras examinaba el oscuro corredor que se extendía hasta la calle, conté cinco cuerpos más. Me puse de pie y miré hacia la puerta.

«No titubees. Eso hará que te maten». Vic estaba detrás de mí. Sus palabras eran un eco de mis propios pensamientos.

Desde que tuve un bebé, tuve la compulsión de analizar demasiado todo; cada ángulo, cada resultado posible, cada bala perdida. No quería que nuestro bebé creciera sin padres, como hice yo. Pero Tyler estaba al otro lado de esa puerta. *Tenía que hacerlo.*

Giré el pomo de la puerta, miré dentro e inmediatamente vi a Tyler enfrentándose a los irlandeses. Conté una docena de hombres en el extremo opuesto del almacén. ¿Aún no se habían dado cuenta de que Tyler estaba solo? Por supuesto que no. ¿Quién en su sano juicio se enfrentaría solo a un grupo de irlandeses enojados?

Vic me tocó el hombro, se señaló con dos dedos los ojos y luego señaló tres puntos diferentes a lo largo de la pared. Explosivos caseros. Cuando mi mirada volvió a fijarse en Tyler, me di cuenta de que su plan no estaba del todo terminado. Todavía tenía dos bombas caseras más a cada lado. Sin perder el ritmo, Vic empezó a dispararle a los irlandeses. Utilicé la distracción para llegar hasta Tyler.

«Hablaremos de esto más tarde». Cogí uno de los paquetes. De cerca, me di cuenta de que la cosa estaba mal ensamblada, lo cual no era de sorprender, ya que Tyler solo había tenido alrededor de media hora para idear este plan y luego ejecutarlo. Tuve que admitir que sus métodos criminales estaban mejorando. «¿Dónde lo quieres?».

«Te dije que te fueras a casa». Apretó los dientes.

«Y te dije que no me iría sin ti. Estás perdiendo el tiempo».

«Jesús, joder, Mia». Se pasó una mano por el pelo oscuro.

Su intensa mirada azul me disparó dagas por un momento. Y luego algo más. Quería que me fuera a casa porque quería que al menos uno de nosotros sobreviviera a esta terrible experiencia por nuestro bebé.

«Detrás de esos palés», señaló. «Yo te cubriré».

«No, tú toma ese. Vic lo tiene».

«El viejo debería saberlo mejor que...», exhaló un suspiro. «Ve».

El calor de su ira atravesó mi piel, enviando zarcillos de calor directamente a mis venas. Pero nos ocuparemos de eso más tarde. Primero, teníamos que ponernos a salvo haciendo volar el lugar. Mientras corría hacia el lugar que Tyler había dicho, me di cuenta de que el dispositivo en mi mano tenía un cable largo conectado. ¿Cómo planeaban Tyler y Manny detonar todos los dispositivos? Tenía que confiar en Tyler, confiar en que él querría seguir vivo por nosotros.

Tan pronto como comencé a regresar, la voz de Tyler resonó por el intercomunicador. Solo podía suponer que Manny había pirateado todos sus sistemas. Gracias a Dios por esos chicos, Manny y Tom. «Hell's Kitchen no te pertenece. Vete a casa. Tienes treinta segundos para salir. Tenemos ojos en todas partes. Si veo a alguno de ustedes tratando de tomar el producto, mis hombres lo matarán a tiros».

Me tragué el nudo que tenía en la garganta, esperando que los irlandeses no supieran que Vic y yo éramos “mis hombres” en este escenario. La reacción a las palabras de Tyler se extendió como un efecto dominó. Primero, la risa espeluznante de un chico retumbó en el fondo de la habitación, luego otro y otro. Se daban cuenta de que estaba faroleando porque un criminal adecuado no les habría dado una salida. Pero Tyler era un buen tipo. Él no pertenecía a mi mundo. Mi peor temor era que algún día su amabilidad fuera su perdición.

Los disparos estallaron a nuestro alrededor mientras nos dirigíamos hacia la única salida. Por encima del fuerte rugido de las armas, el familiar chisporroteo de un cable ardiendo me hizo acelerar el paso. La sangre bombeó fuerte y rápido a través de mí mientras corría hacia nuestra única salida. En cuestión de segundos, la mecha se encendió y estalló la primera bomba casera. El inquietante silencio que siguió me obligó a mirar atrás. Tyler me agarró por el codo y me alejó rápidamente del edificio comprometido.

Una calle más allá, Manny tenía la camioneta lista para nosotros. Saltamos al asiento trasero y, tan pronto como el cuerpo de Vic aterrizó en el asiento del pasajero, Manny pisó el acelerador y el vehículo se alejó de la escena.

«Jesús». Cambié mi peso para mirar hacia el almacén ahora en llamas. «Tenemos suerte de que la policía no se haya enterado del tiroteo».

«No fue suerte». Tyler me alcanzó y me abrazó. «Llamé a Rex».

«¿Qué?». Hice ademán de enfrentarlo, pero él me abrazó con más fuerza. «¿Llamaste al tipo que podía chasquear los dedos y hacer que todos tus muchachos te dispararan en el acto?».

«Sí, llamé a ese Rex».

«¿Ahora qué?». Relajé completamente mi cuerpo contra su sólida estructura musculosa. No porque pensara que llamar a Rex fuera una solución real, sino porque el aroma de Tyler y su energía siempre tenían un efecto calmante en mí. Era mi hogar. Él era todo lo que siempre quise en un hombre: fuerza, inteligencia y sí, incluso su buen corazón.

«No es lo ideal». Su voz grave rompió el baile rítmico de los neumáticos del auto contra el suave asfalto. «En este caso, Rex es el menor de dos males. No podemos permitir que el FBI vuelva a interferir».

«Clifton ya no es nuestro problema. Rex se encargó de eso».

El agente especial a cargo, Clifton, había sido el cerebro detrás de un plan para exponer a Rex y su organización secreta y derrotarlos. Gracias a él, Tyler tuvo que convertirse en agente doble del FBI y la ATF. Clifton estaba loco.

«Muchos otros agentes todavía saben quién soy. Nos dejarán en paz. Pero en el momento en que necesiten un favor de mi parte...». Se detuvo para inhalar y su pecho subía y bajaba. «No

creas que están por encima de utilizarte a ti y al bebé para aprovecharlos».

Tuve que estar de acuerdo con él. Incluso alguien tan despiadado como Rex era mejor que el FBI. Si la Sociedad nos respaldaba, teníamos una oportunidad de sobrevivir a la toma hostil del poder que los irlandeses estaban empeñados en llevar a cabo más temprano que tarde. Esta noche llegaron a nosotros con todo lo que tenían. Montar un almacén completamente operativo en secreto, así de rápido, requería recursos y mucha motivación.

Tyler sacó su teléfono del bolsillo trasero de sus pantalones y tocó la pantalla. «Rossi, aquí». Usó su tono comercial, lo que significaba que Rex estaba del otro lado de la conversación. «Está hecho». Esperó unos segundos y luego respondió, «Sí, estamos dentro». Terminó la llamada.

Envolví mi brazo alrededor de su torso y lo abracé fuerte. No quería pensar en el mañana y en las implicaciones de todo lo que pasó esta noche. Manny entró en el garaje privado de nuestro edificio y se detuvo frente al ascensor que conducía directamente al penthouse de Rossi.

«Vete a casa. Descansa un poco», ordenó Tyler cuando Vic y Manny salieron de la camioneta.

Cuando ambos se detuvieron, Tyler me agarró la mano y salió. Hice lo mejor que pude para seguirle el ritmo hasta que llegamos a la seguridad de la cabina del ascensor. Dos segundos después de iniciar nuestro ascenso, presionó el botón de emergencia. Abrí la boca para preguntarle qué estaba haciendo, pero en ese momento, sus labios chocaron con los míos.

Su beso fue urgente y errático mientras se desabrochaba las correas de su chaleco antibalas. Yo lo ayudé a quitárselo y luego él me ayudó con el mío. Un gemido resonó en el pequeño espacio y no pude decir si era él o yo. En el siguiente suspiro, me giró hacia el panel de espejos. Sus manos estaban sobre mí, masajeando mis pechos, mis nalgas y mi coño. Cada golpe brusco era un recordatorio de que él era mi dueño, en cuerpo y alma, que ya había conquistado cada centímetro de mí, que yo era suya.

Otro sonido resonó entre nosotros. Esta vez, estaba segura de que fue mi propio gemido desesperado lo que escapó de mi garganta: una súplica para que no me hiciera esperar, una promesa de rendición. Me bajó los pantalones sin preámbulos y me entró por detrás. Me estiré hacia atrás, tomando puñados de su cabello sudoroso mientras él bombeaba con fuerza dentro de mí. Esto no era hacer el amor. Tyler me estaba follando como si intentara darme una lección, enseñarme a obedecerlo. O tal vez lo hacía como castigo por quedarme quieta.

Agarrando mi cadera con una mano y mi pecho con la otra, se hundió en mí cada vez más fuerte hasta que un orgasmo me atravesó con la misma urgencia que sus golpes bruscos y las llamas envolventes del almacén. El calor que había sentido en mi espalda ahora se trasladaba a mis entrañas. Cerré los ojos con fuerza y noté su mirada ardiendo. «Tyler». Me aferré a él mientras mis paredes se apretaban alrededor de su duro pene, ansiando más. «Tyler», repetí, una y otra vez, mientras él continuaba reclamándome, llenándome hasta que encontró su propia liberación.

«Joder, Mía. ¿Cuántas veces vas a salvarme la vida?». Jadeó en la cavidad de mi oreja.

«Todas las malditas veces». Luché para contener las lágrimas. «No puedes dejarme, Tyler. No puedo hacer esto sola. No puedo mantener a mi familia segura sin ti».

«Esperaba no iniciar una guerra esta noche». Mordisqueó mi cuello y luego mi hombro, todavía clavando sus largos dedos en mi piel.

«Lo sé». Me di vuelta y presioné mis labios contra los suyos. «No vamos a dejar que los bastardos ganen».

CAPÍTULO 3

Y aún así tienen que

Santino

Manhattan, Nueva York

La oficina de mi padre me queda bien. Los techos altos, el arte caro y único en su tipo, las estanterías llenas de libros de primera edición y un montón de otras tonterías que gritan poder y fortuna ancestral.

Cuando era niño, podía sentarme en el sofá de cuero gris de papá, frente a las altas ventanas, y perderme en la vista de la ciudad. La forma de los edificios, las personas diminutas debajo de mí y el suave zumbido del aire acondicionado ofrecían una extraña sensación de comodidad. Todo el espacio era agradable cuando no era mi propia jaula dorada. Sí, la oficina de mi padre me quedaba bien, pero eso no significaba que me gustara.

Caminé a lo largo de la habitación, manteniendo la mirada fija en las nubes que pasaban, sintiéndome como un animal enjaulado. Durante el último par de años, la salud de mi padre había ido empeorando, por decir lo menos. Don Buratti necesitaba un sucesor. Como el mayor de cinco hermanos, el honor, o la maldición, recaía sobre mí.

«Señor». La pequeña voz de Lia me detuvo en seco. En realidad, no fue su voz lo que me llamó la atención, fue el aroma a whisky que ahora flotaba en el aire. «Su bebida, señor».

«Te tomó bastante tiempo», tomé el vaso de cristal y bebí un sorbo. «¿Qué demonios es esto?».

«"Pappy Van Winkle", señor. Su favorito…», entonó su respuesta como una pregunta.

Una botella de bourbon de cinco mil dólares debería complacerme. Supuse que entendía su confusión. «Sabe a agua».

«Podría quitar el hielo». Me ofreció la pequeña bandeja de plata que tenía en la mano para que pudiera devolverle la bebida.

«No, déjalo. Está bien». Me bebí el resto.

En verdad, mi falta de papilas gustativas, o mi entumecimiento general, no tenía nada que ver con el "Pappy" y sí con la visita de mi padre. Le gustaba mantenerse relevante apareciendo en mi oficina una vez al mes. Hoy era ese día.

Miré hacia el pasillo, más allá de las puertas de mi oficina. Mis empleados estaban llenos de entusiasmo, mezclado con terror, mientras corrían a sus puestos. Eso solo podría significar una cosa. Don Buratti había entrado en el edificio.

«Hazle pasar tan pronto como llegue. ¿Y Lia?».

Ella hizo ademán de irse, pero rápidamente se dio la vuelta cuando la llamé por su nombre.

«Sí, señor».

«Sin llamadas telefónicas ni interrupciones de ningún tipo».

«Por supuesto señor».

Me crucé de brazos y volví a mirar la ciudad. Dos segundos después, reconsideré mi postura y decidí intentar comportarme menos hostil hacia el anciano. Caminé hacia la silla detrás de mi escritorio y me senté, apoyando mis manos en los apoyabrazos. Esta reunión terminaría pronto. Y luego podría volver a hacer las cosas a mi manera.

«¿Diez millones de dólares en documentos fiscales?». Las puertas dobles se abrieron de golpe y Don Buratti entró con Lia pisándole los talones.

«Déjanos». Hice un gesto hacia el pasillo. Cuando ella no se movió, me recosté en mi silla. «¿Qué pasa?».

«Don Valentino también está aquí para verlo». Se refería a Rex. Fuera de nuestro reducido grupo, a nadie se le permitía usar su nombre.

Me reí entre dientes de su situación. ¿Quién tenía mayor prestigio, mi padre o el rey de la Sociedad, un enclave centenario que gestionaba todas las actividades criminales del país? Rex Valentino era el rey en funciones, nos gustara o no.

«Hazle pasar», le dije a Lia, luego me volví hacia papá. «Duplicaremos ese dinero para fin de año, papá».

«No se trata de dinero, y tú lo sabes». Arrojó la carpeta manila sobre mi escritorio.

Me reí. Papá era un mafioso de la vieja escuela que pensaba que, si su dinero no estaba cubierto de sangre, no se lo había ganado. Los tiempos habían cambiado y él se negaba a verlo. Si la Sociedad no era cuidadosa y no se mantenía al día, ellos también podrían volverse obsoletos.

«Bueno, ¿te sentirías mejor si te dijera que entré a la subasta de bienes raíces a través de intimidaciones y compré todas las escrituras y propiedades que la acompañaban? Además, muchas personas perderán sus hogares en el proceso. ¿Mejor?».

«Cuida tu tono conmigo, muchacho». Se sentó en el sillón de cuero frente a mí. «Esta sigue siendo mi empresa. Dirigimos la empresa a mi manera».

Buratti Investment Research Advisors, Inc. se fundó poco después de la caída del mercado de 1920 como fachada de la Sociedad. La época fueron nuestros años dorados. El alcohol, el lavado de dinero y las actividades de extorsión fueron la forma en que papá construyó esta empresa desde cero.

Estaba aquí simplemente para asegurarme de que los motores estuvieran bien engrasados y que el dinero siguiera fluyendo. Ser director ejecutivo era un trabajo fácil. Lo que la Sociedad exigía de nosotros requería un poco más de esfuerzo de mi parte. Como segundo al mando de Don Buratti, supervisaba las inversiones y los bienes raíces, pero también, cada vez que Rex necesitaba encargarse de alguien, llamaba a mi equipo, lo cual era más que un montón de palabras bonitas para decir que yo era el asesino de la Sociedad. Mi equipo y yo sacábamos la basura. Éramos los mejores en eso.

Desde el principio, desde que apenas era apenas un adolescente, tuve la habilidad de rastrear a quienes nos habían hecho mal. Podía oler los miedos de nuestros enemigos y adivinar su próximo movimiento, su próximo escondite. Mis muchachos me apodaron el “Castigador”. No me importó. El nombre me convenía.

«Sí, papá. Esta sigue siendo tu empresa. ¿Empezamos con nuestra revisión mensual?».

La reunión tendía a ser mucho más fluida cuando nos centrábamos en asuntos de negocios y no en mi vida personal.

«Podríamos haber terminado con estas reuniones hace mucho tiempo». Metió la mano en el bolsillo de su abrigo, sacó un cigarro cubano, le cortó la punta y lo encendió. Después de unas cuantas caladas largas, el tabaco se encendió y papá se acomodó. «Estás listo para enfrentarlo, hijo».

«Me gustaría señalar que llevo dos años haciendo este trabajo».

«Me refiero a todo eso. La empresa, la Sociedad, nuestra familia».

«No dejes que te envuelva». Rex entró en la habitación con su habitual aire pomposo.

Detrás de él, Lia entró corriendo con una bandeja y tres vasos más de whisky. Los dejó en la mesa de café frente a las ventanas y luego salió. Papá se puso de pie y abrazó a Rex. Hace un año, habría salido mi oficina. O le hubiera dado un puñetazo a Rex en la cara. La manera como Rex se había convertido en rey no le había sentado bien. Pero muchas cosas habían cambiado en el último año desde que Rex se había hecho cargo oficialmente de la Sociedad.

Finalmente, papá vio el beneficio y la necesidad de que las cinco familias originales se unieran. Corrección: cuatro familias originales. Después de que el FBI persiguiera a la Sociedad el año pasado, toda la familia Gallo fue ejecutada. Ellos también habían estado detrás de nosotros. Pero Rex logró encontrar una salida y se encargó de los cerdos. Papá lo apreció. Así que ahora Rex contaba con todo nuestro apoyo.

«Qué bueno verte, viejo. La última vez que hablé con Santino, actuó como si estuvieras en tu lecho de muerte». Rex se sentó en el sillón de la sala y tomó un sorbo de whisky.

«Mi muerte ha sido altamente exagerada». Se rió de su propio chiste, uno robado de Steve Jobs.

«No es que no aprecie tus visitas, Rex, pero ¿qué carajo estás haciendo aquí?».

«Don Buratti me invitó».

«Oh, carajo». Cogí mi bebida y me senté en el reposabrazos del sofá. «¿Es esto algún tipo de intervención? ¿Es por mi forma de beber?».

«No te estás tomando en serio tu derecho de nacimiento». La voz profunda de papá tenía un tinte triste.

La Sociedad y esta vida mafiosa fueron su legado. Tenía miedo de que todo se desmoronara cuando él ya no estuviera presente. «Eres fuerte como un buey, papá. Me quedan años antes de necesitar tomarme algo en serio».

«Tienes treinta años. A tu edad, yo estaba en camino de reemplazar a mi padre».

Elegí no señalar el hecho de que papá había apuñalado al abuelo por la espalda para sacarlo de su papel de Don. El hombre sentado frente a mí parecía un hombre decente, un padre preocupado. Pero era tan despiadado como ellos.

«Si no te conociera mejor, diría que estás decepcionado porque no te maté mientras dormías para tomar el cargo».

Él gruñó. «Todo lo que tienes que hacer es casarte».

Rex se sentó hacia delante y me miró fijamente. Por eso papá había invitado a Rex a nuestra reunión mensual. Quería hablar de sucesión, matrimonio e hijos... muchos hijos. A papá le gustaban las familias numerosas. Pero nunca le haría eso a otro ser humano. Las mujeres de la Sociedad tendían a morir rápidamente. En nuestro mundo mafioso, los inocentes siempre pagan los pecados de los malvados.

«No veo qué tiene que ver una cosa con la otra».

«Ya terminé de pedirlo, Santino». Papá se puso de pie. Hace diez años, el estallido de su voz de fumador me habría hecho salir corriendo de la habitación. «Encontrarás una esposa y ocuparás el lugar que te corresponde como cabeza de familia».

Abrí la boca para preguntar: «¿O harás qué?», pero papá se me adelantó. Comenzó con tos. Luego un gorgoteo como si se estuviera ahogando. Y luego, se desplomó. Escuché mi propia voz llamando a Lia, pero cada sonido fue amortiguado por los rápidos latidos de mi corazón. Rex tomó su teléfono y se alejó de mí mientras yo trabajaba en deshacer el nudo de la corbata de papá. ¿Estaba sufriendo un infarto? Papá tenía sesenta y tantos años. Técnicamente era demasiado joven para eso. ¿O no?

«Vamos, viejo. No puedes dejarme todavía». Le hice compresiones cortas en el pecho, solo para que entrara algo de aire en los pulmones o para reactivar su corazón. ¿Quién diablos lo sabía? Este pequeño acto se sentía mejor que quedarme sentado sobre mis talones y ver morir a mi único padre. «Vamos».

Papá nunca fue lo que uno consideraría un padre amoroso. Fue brutal con sus métodos de enseñanza. La vida era dolor. No confíes en nadie. Dispara a matar. Eso lo aprendí de él. Sin embargo, fuera lo que fuera o no para mí, lo necesitaba vivo. ¿Por qué no podíamos seguir igual? ¿Por qué las cosas tenían que cambiar?

«Santino». Rex apretó mi hombro. «Dejemos que los paramédicos hagan su trabajo».

Parpadeé rápido para volver a enfocar la escena frente a mí. Efectivamente, dos tipos vestidos con uniformes azules estaban al otro lado de papá, esperando para llevárselo. Accedí asintiendo y rápidamente se pusieron a trabajar.

«¿Llamaste a su médico?», le pregunté a Lia.

«Sí, señor. Va camino al hospital. Él lo encontrará allí». Dio un paso atrás para dejar espacio a los otros hombres que metían una camilla.

Cinco minutos después, todos menos Rex se habían ido. Después de la gran conmoción, el silencio que normalmente encontraba reconfortante se sentía inquietantemente tranquilo.

«Lo siento», Rex finalmente habló.

«¿Qué cosa?», me encontré con su mirada. «¿De que papá podría morir esta noche o que no tienes un sucesor como querías?».

«Porque todavía tenemos que hablar de negocios». Se bebió el resto de su bebida. «Entonces podrás ir a verlo».

«No soy médico. No me necesitan en el hospital. Me necesitan aquí». Me senté en el borde del sofá y apoyé los antebrazos en las rodillas. «No me gusta cuando las cosas cambian».

«Y, aún así, tienen que».

«¿Qué está sucediendo?».

«Anoche los irlandeses montaron una toma hostil del poder. Quieren Hell's Kitchen. Casi nos tienen a nosotros también». Se desabrochó la chaqueta del traje y tomó la silla frente a mí. «Le prometí a Caterina que tendríamos paz. Esto es todo lo contrario de eso».

«Espera. El edificio que explotó anoche. ¿Fuimos nosotros?».

Él asintió una vez. «Rossi fue emboscado. No tuvo otra opción».

«La policía de Nueva York es fácil de controlar. ¿Pero explosiones? Eso es un capricho para el FBI».

«Es por eso que necesitamos manejar esto internamente». Tomó un sorbo de su vaso. Cuando se dio cuenta de que estaba vacío, se dirigió a mi escritorio, donde Lia nos había dejado una botella y hielo. «Lo último que necesito es al FBI en nuestro negocio. Una guerra de bandas definitivamente llamará su atención».

Los irlandeses hicieron un movimiento en territorio italiano. Eso era algo atrevido o increíblemente estúpido. Aunque no podía culparlos. Pensaron que iban contra la facción de Nueva York. No tenían idea de que la Sociedad estaba aquí para respaldarlos. La junta, las cinco

familias originales, controlaban todas las industrias, y eso a veces se extendía más allá de este país. Había pasado tanto tiempo desde que la Sociedad pasó a la clandestinidad que no éramos más que un cuento de miedo antes de dormir para mantener a raya a los intrusos. Hasta que vinieron por nosotros, claro. Luego rápidamente descubrieron que éramos más que el monstruo debajo de la cama.

«La Sociedad se ha convertido en una vieja alegoría. No sorprende que los irlandeses ya no nos tengan miedo». No me oponía a ensuciarme las manos.

«He considerado ser más que eso. Pero entonces perderíamos una gran ventaja. Ahora mismo los irlandeses están celebrando su casi victoria. No tienen idea de que voy por ellos». Rex tenía un plan.

«Si no te ocupas pronto. Asumirán que los italianos son cobardes. No podemos permitir eso». Tenía ganas de golpear algo. «Da la casualidad de que estoy buscando algo para mantener mi mente fuera de las cosas. ¿Qué necesitas?».

«Primero, debemos asegurarnos de eliminar cualquier cosa que pueda parecer un patrón o el comienzo de algo más grande». Tomó un gran trago de whisky. «Necesito que envíes un mensaje a nuestro equipo de Chicago. Parece que hicieron un movimiento similar con los irlandeses del lado sur».

«¿Como represalia por lo que pasó aquí?».

«No. Dos eventos mutuamente excluyentes. Pero eso es todo. No necesito que el FBI haga esa conexión, pensando que los irlandeses y los italianos están iniciando una disputa nacional. ¿Puede tu banda manejar eso?»

«Yo mismo volaré a Chicago. Considéralo hecho». Levanté mi vaso hacia él. Trabajo era lo que necesitaba ahora. Cualquier cosa para no pensar en asuntos familiares. «¿Qué pasa con los irlandeses en Harlem?».

«Tengo planeado un diferente tipo de guerra para ellos».

«Me gusta el sonido de eso. Cuenta conmigo».

«Lo aprecio». Me dio unas palmaditas en el brazo y luego su sonrisa se desvaneció. «Espero que entiendas que más temprano que tarde tendrás que asumir el papel de Don, casarte y hacer tu parte».

«Estoy haciendo mi parte, Rex. Iré a Chicago y entregaré tu mensaje tal como tú quieres. Pero no me pidan que ate mi vida a una mujer porque eso nunca sucederá. Mi hermana tiene tres hijos propios. Puedo entrenar a cualquiera de ellos para que siga mis pasos».

«¿Qué?». Levantó la mano para detener mis desvaríos.

«Supongo que para eso sirve el requisito de matrimonio. Los Dones necesitan sucesores, herederos».

«Nunca dije nada sobre hijos». Él se rió entre dientes. «¿A qué se debe esa aversión que tienes al matrimonio?». Frunció el ceño como si mi desacuerdo lo confundiera. «Mírame. Llevo casi un año casado con Caterina. Somos felices. Tenemos permitido ser felices».

«Has estado pensando con tu pene durante tanto tiempo que ya no puedes ver con claridad. Y ese es exactamente mi punto». Clavé mi dedo índice en mi sien. «Las mujeres se meten con tu cabeza y tu capacidad de pensar».

«Caterina es una mujer inteligente. Sería un tonto si no escuchara lo que ella tiene que decir».

«¿Ves lo que quiero decir?», levanté los brazos con exasperación. «No puedo permitir eso. No confío en las mujeres. Y nunca lo haré».

CAPÍTULO 4

¿Estás perdida?

Luce

Beverly, Sur de Chicago

«¿Mañana por la noche?». Me mordí el labio en el momento en que escuché el tono quejoso de mi voz.

Había tomado esta decisión por mí misma. Nadie me obligaba a hacer algo que no quería. Técnicamente, no quería casarme con Liam Walsh, pero odiaba aún más la alternativa. Nuestro equipo en Chicago necesitaba ayuda. Desde el ataque de hace dos semanas, habían regresado varias veces y habían matado a dos más de nuestros hombres. Éramos más débiles que antes. Era necesario hacer algo más pronto que tarde.

«Sí. Está enviando su jet privado». Papá encontró mi mirada por una fracción de segundo antes de volver su atención a su teléfono, como si todas las respuestas a nuestros problemas estuvieran escritas en la pequeña pantalla. Supuse que lo eran. En la forma de los detalles de mi viaje para ir a Nueva York para conocer a mi futuro esposo. «El contrato». Soltó un suspiro. «Puedes leer el contrato que envió una vez que llegues allí».

«¿Por qué no ahora?».

«Creo que es mejor si concentras tu atención en ordenar tus cosas».

«¿Estarías allí para la boda?».

«Por supuesto». Él tomó mi mano. «Necesito quedarme unos días y asegurarme de que Liam cumpla su parte del trato».

Se me cortó la respiración y las mejillas de papá se pusieron rojas. Yo era el trato. «Yo elegí esto».

«No hay muchas opciones».

«Una elección de todos modos». Puse una sonrisa en mi rostro para hacerlo sentir mejor. «Iré a empezar a empacar».

Apretó mis dedos, fijando su mirada en ellos. Cuando abrió la boca, mi pecho se llenó de esperanza. No tengo ni idea de porqué. Si no se le hubiera ocurrido una solución diferente en las últimas dos semanas, no tenía motivos para pensar que algo cambiaría en el último momento. Aún así, hubiera sido bueno escucharlo decir “Gracias” o “Lo siento”.

«Ve», me soltó.

Entré a mi habitación, sintiéndome entumecida y desconectada de la realidad. Aunque sabía con certeza que toda la situación con Liam, la ayuda que me estaba enviando y mi matrimonio con él, era cien por ciento real, también cien por ciento que ocurriría. Apoyé el hombro en el

marco de la puerta, pensando en todas las cosas de mi infancia que aún permanecían en mi suite después de todos estos años. El enorme osito de peluche que papá me compró una Navidad, la ropa de cama rosa y lavanda con bailarinas que no podía soltar porque había sido lo último que me compró mamá y todos los cuadros colgados en las paredes. Nada de eso podría venir conmigo en este viaje.

Las lágrimas nublaron mi visión mientras caminaba hacia mi armario y comencé a sacar blusas y vestidos y arrojarlos detrás de mí. Cuando me quedé sin ropa para agarrar, me moví hacia la cómoda y la vacié en el suelo y en la cama. La ira mezclada con el temor me carcomía las entrañas y no sabía cómo hacer que desapareciera. Quería gritar y llorar, pero sabía que eso no cambiaría exactamente nada.

Cuando Kay entró, mi habitación estaba llena de todo lo que tenía.

«Eso es, Luce. Desahógate», ella me secó la mejilla.

«Yo elegí esto», murmuré. Esas tres palabras se habían convertido en mi mantra. Tal vez si siguiera diciéndolo en voz alta, se convertirían en la pura verdad.

«Lo sé».

«¿Qué estás haciendo aquí?». Fruncí el ceño ante las dos maletas junto a la puerta.

«Voy contigo».

«No puedes».

«Tengo veinticinco años, Luce. No necesito permiso para ir a ningún lugar». Ella hizo rodar su equipaje hasta la esquina y se volvió hacia mí, con las manos en las caderas, desafiándome a que la despidiera. «Tu papá y tu hermano te están abandonando. Soy todo lo que tienes».

Desde que éramos pequeñas, Kay siempre me había apoyado. Me alegré de que no hubiera decidido parar ahora cuando más la necesitaba. «Podemos decirle que eres mi guardaespaldas o algo así».

«Eso es exactamente lo que pensé», ella me sonrió y recogió un sostén del suelo. «Dime que no te llevarás esta cosa vieja y andrajosa contigo».

«Es cómodo, ¿de acuerdo?». Se lo arrebaté. Una risa genuina escapó de mis labios y de repente ya no estaba tan sola.

«¿Y esto?». Cogió un pijama con llamas por todas partes. «Tienes cosas realmente sexis aquí». Ella se rió entre dientes, sacudiendo la cabeza.

«Pensé que estabas aquí para ayudar». Cogí un par de pantalones cortos que, ahora que lo pienso, no me favorecían tanto. «No creo que importe lo que me ponga. El “Carnicero” no parece alguien a quien le guste salir».

«Estarás bien, Luce». Ella pasó su brazo alrededor de mis hombros.

«¿Duele?». No tenía idea de dónde venía eso.

«Ah, estás pensando en eso». Ella chasqueó los dientes. «Bueno, depende de cuánto lo quieras».

«Eso no tiene sentido. ¿Querer qué?».

«Ya sabes. Su pene».

Mis oídos ardían y estaba segura de que mis mejillas estaban rojas. Durante años, me senté en esta habitación y escuché a Kay hablar sobre su vida sexual. Kay sabía que yo era virgen y sabía por qué. Entonces, la mayor parte del tiempo nos mantuvimos alejadas de hablar de mí. Pero ahora que estaba en camino de casarme, sentí curiosidad.

«Olvídalo. No estoy lista para hablar de eso». Agité mi mano en señal de alejarlo. «Empecemos a empacar».

Al día siguiente, papá y Ronan tenían asuntos que atender de los Lobos Rojos, así que no

estaban en la casa cuando una limusina vino a recogernos. No verlos hizo que fuera más fácil subir al auto. Aunque, en el último segundo, miré hacia atrás. Me atrapé el labio tembloroso entre los dientes mientras nos alejábamos del camino de entrada y del lugar que había llamado hogar desde que tenía uso de razón.

Pasamos las siguientes horas en un torbellino de tráfico, registrándonos en el pequeño aeropuerto y abordando el avión privado de Liam. Hay que reconocer que había enviado un bonito avión. Esperaba que la limusina y toda la atención al detalle en el viaje significaran que él no era el monstruo despiadado que pensaba que era. ¿Quién iba a saberlo? Si mamá y papá hacían que su matrimonio funcionara, tal vez yo también podría hacerlo.

«¿Cuál es el retraso ahora?», Kay se inclinó sobre mi asiento para mirar por la ventanilla del avión. «Aterrizamos hace horas. Me está asustando. Estamos sentados en la pista y está jodidamente oscuro».

Los relámpagos atravesaban el cielo e iluminaban la brillante pista. Segundos después, un trueno sacudió mi asiento y retumbó en mi pecho. La lluvia nos golpeó más fuerte que antes con un ritmo constante que calmó un poco mis sentidos.

«Solo ha pasado media hora. Estoy segura de que somos los siguientes». Me incliné hacia adelante para tener una mejor vista.

Según el piloto, habíamos aterrizado en un aeropuerto en las afueras de la ciudad de Nueva York. Su tono daba a entender que allí era donde todas las personas muy importantes de la ciudad aparcaban sus jets privados.

«¿Cuánto tiempo más?», Kay detuvo a Megan, nuestra azafata.

«Están esperando que llegue un pez gordo, algún magnate inmobiliario». Megan se sentó en el asiento frente a nosotros. Kay había pasado las últimas tres horas coqueteando con ella. Todas éramos bastante amigables ahora. «Quizá puedan verlo. Se detendrá allí mismo». Señaló el hangar que estaba muy iluminado.

Me recosté y rápidamente perdí interés en el pez gordo que nos hacía esperar solo para no tener que esperar cuando llegara.

«Bueno, hola», Kay cambió de asiento para acercarse a la ventana.

Levanté la vista justo a tiempo para verlo. Bajó lentamente mientras se abrochaba la chaqueta del traje oscuro. El hombre tenía dos aviones esperando, pero aun así se tomó su tiempo para desembarcar, un paso lento tras otro. Su alta figura se elevaba sobre los tres chicos que lo rodeaban. Sin duda eran sus guardaespaldas.

Por alguna razón, pensé en cómo sería él en la cama. Me sacudí un poco en mi asiento y me volví hacia Kay. Pero ella estaba ocupada todavía comiéndose con los ojos al extraño. Necesitaba dejar de pensar en sexo. No quería ser un completo desastre en mi noche de bodas.

«Nos estamos moviendo», Megan se puso de pie. «Te sacaremos de aquí en unos minutos».

Nuestro avión llegó al hangar poco después, como prometió Megan. Mi corazón latía rápido mientras bajaba las escaleras. Se me ocurrió que probablemente no parecía tan tranquila y serena como el magnate inmobiliario. La lluvia me roció ligeramente la cara, a pesar de que estábamos bajo la seguridad del hangar. Corrí hacia la puerta por costumbre. La verdad es que no me importó la lluvia.

Un hombre junto a la puerta me hizo un gesto para que entrara al edificio. «Puede esperar adentro mientras descargamos su equipaje. No tardaremos mucho. Su auto ya está aquí».

«Gracias». Me ajusté el bolso al hombro, buscando a Kay.

Se había quedado atrás para charlar un poco más con Megan. Otro trueno me hizo hacer lo que el hombre sugirió. Me apresuré a entrar, leyendo las señales a medida que avanzaba. Para ser

un aeropuerto pequeño, estaban sucediendo muchas cosas, con personal corriendo de un lado a otro. Cuando vi el baño, me dirigí directamente hacia él. Pero al dar dos pasos, choqué contra una pared, una pared muy ancha y musculosa.

«¿Hola?». El magnate inmobiliario me ofreció una sonrisa lobuna mientras su mirada se desplazaba de mi cara hacia donde mi mano agarraba la solapa de su traje. «Estás perdida».

Su voz era pura miel pecaminosa, profunda y con un tono de barítono bajo. Intenté inhalar, pero el aire no llegaba a mis pulmones. Se lamió los labios carnosos y su sonrisa desapareció.

Todo en él gritaba poder y peligro. Sus pupilas se abrieron, extinguiendo el color avellana de sus iris. Mi cuerpo se estremeció en respuesta mientras el miedo recorría mi columna. ¿Miedo de qué? No era como si pudiera lastimarme en un aeropuerto lleno de gente. Pero algo en este extraño puso todos mis sentidos en alerta máxima. De repente, las luces se volvieron brillantes y su aroma amaderado me envolvió por completo.

Corre.

Todo mi ser me gritaba que me moviera, que corriera, pero no podía. Estaba en una pesadilla en la que mi cabeza podía sentir la amenaza, pero mis extremidades no podían reaccionar. Incluso ahora, mis uñas estaban clavadas en la chaqueta de su traje.

«Bueno, ¿lo estás?».

«¿Qué?»

«¿Estás perdida?», preguntó esta vez, frunciendo sus oscuras cejas como si mi mera existencia fuera una molestia, un inconveniente en su, por lo demás, perfecta vida.

Yo era el chicle pegado a la suela de su zapato.

«No. ¿Por qué piensas eso?».

«Por ningún motivo». Relajó su postura y luego lentamente quitó mis dedos de su solapa.

Hice una mueca ante la mancha de sudor que mi mano dejó en su impecable camisa blanca con botones. Cuando se inclinó, una descarga de energía, cruda y salvaje, recorrió mi columna y llegó directamente a mi vientre. «Ah». Me sonrojé porque incluso con el silbido que mi pulso hacía en mis oídos, podía escuchar mi voz, ronca y necesitada. ¿Qué diablos me pasaba?

«¿Siempre estás así de nerviosa?». Con una sonrisa en su rostro, hizo un gran espectáculo al recoger mi bolso del suelo y la billetera y el teléfono que se habían caído. «Se te cayó el bolso». Lo presionó contra mi pecho.

«Gracias», murmuré, manteniendo mis ojos muy abiertos en él. Tuve la extraña sensación de que, si apartaba la mirada, él se abalanzaría sobre mí.

Levantó la vista y su mirada se centró en algo detrás de mí. Con un rápido movimiento de cabeza, se ajustó la chaqueta del traje y se alejó de mí. En el momento en que salió por la puerta que conducía al estacionamiento, la habitación se llenó de aire y pude moverme nuevamente, como si una garra invisible y pesada me hubiera liberado.

«Luce».

Una mano tocó mi hombro y grité, volteándome tan rápido que choqué con Kay.

«Ayyy», Kay se frotó la sien.

«Lo siento mucho. Ese tipo simplemente me puso nerviosa». Me acerqué a ella, me alejé de las puertas de cristal a pesar de que hacía mucho que se había ido.

«¿Qué tipo?».

«El multimillonario que nos hizo esperar casi una hora».

«Ay, caray, no puedo creer que me lo haya perdido». Estiró el cuello hacia la salida. «Bueno, nuestro auto está aquí y el equipaje ha sido cargado. ¿Estás lista para partir?».

«Sí, ya quiero terminar este día». Le indiqué que me guiara.

Tan pronto como nos subimos al asiento trasero, el conductor nos informó que el viaje hasta el penthouse del señor Walsh duraría unos cuarenta y cinco minutos. Me apoyé en la ventana y me preparé para el largo viaje. Incluso tan cerca de la medianoche, el tráfico todavía estaba en pleno apogeo cerca del túnel y empeoró a medida que entramos a la ciudad. Sin embargo, estaba tan cansada que no me detuve a considerar lo que me esperaba en mi nuevo hogar. En cambio, mi cerebro seguía volviendo al extraño en el aeropuerto. Su cabello oscuro y delicioso que enmarcaba perfectamente su mandíbula cincelada y su nariz recta quedaron grabados en mi mente... y su voz autoritaria. Todavía podía sentir su timbre en mi piel.

Solo habían transcurrido unos minutos y ya tenía una película bastante consistente de él reproduciéndose en mi cabeza. Sus ojos profundos y acerados, de aspecto avellana, pero mayoritariamente grises. Pero lo que se me quedó grabado fue el reconocimiento que vi allí. ¿Me conocía? No, por supuesto que no. Nunca lo había visto en mi vida. De cualquier manera, definitivamente había decidido que me odiaba. Algo en mí le molestaba. Quizás eso era algo de multimillonarios. A todas las personas ricas y poderosas no les gusta tratar con plebeyos como yo.

Sacudiendo la cabeza, me obligué a concentrarme en los edificios que pasaban a nuestro lado. Estaba en la ciudad de Nueva York para encontrarme con mi futuro esposo. Eso debería ocupar todos mis pensamientos.

«¿Cuánto tiempo falta?», me encontré con la mirada del conductor en el espejo retrovisor.

«Hemos llegado», señaló el rascacielos frente a nosotros.

Mi ritmo cardíaco se disparó mientras el SUV daba vueltas y vueltas por las rampas del garaje; con cada vuelta, subía un piso más, un piso más, hasta donde vivía Liam Walsh. Cuando nos detuvimos frente al ascensor, tenía náuseas y me arrepentía de cada una de las decisiones que me habían traído hasta aquí. Yo *elegí* esto. Repetí el mantra varias veces y luego salí tan pronto como dos guardaespaldas vinieron a recibirnos. Me ayudaron a salir y luego empujaron a Kay hacia el vehículo.

«Luce», me llamó Kay.

«Ella está conmigo. Es mi guardaespaldas».

«No nos dijeron que traería su propia seguridad», refunfuñó el guardaespaldas mayor. «Háblelo con el jefe. Se encuentra en el vestíbulo».

«Bien. Lo haré». Agarré mi bolso con más fuerza. «Kay, hablaré con Liam».

Ella asintió y apretó los labios. A pesar de todos sus esfuerzos, iba a tener que encontrarme con Liam a solas.

Entré en la pequeña cabina del ascensor y presioné el botón del vestíbulo. La otra opción era una G, lo que me indicaba que podría tratarse de la entrada privada de Liam. *Genial*. Otro tipo rico al que no le gustaba mezclarse con la plebe. Cuando las puertas se abrieron, una mujer con rostro severo y cabello más rojo que el mío me saludó asintiendo. «Srita. O'Brien, bienvenida».

«Gracias». Me froté los brazos contra el aire fresco que soplaba a lo largo del vestíbulo. «Soy Luce. Encantada de conocerla». Le ofrecí mi mano.

«Soy la señora Jones. Por aquí». Hizo un gesto hacia la gran escalera.

Eché un vistazo hacia las altas ventanas, las paredes blancas y los sofás beige que llenaban la sala de estar. La casa de Liam parecía uno de esos penthouse que aparecen en las revistas de bienes raíces: impecable, brillante y muy caro. Busqué fotografías familiares o efectos personales, pero no vi ninguno. ¿Vivía siquiera aquí?

«¿Dónde está Liam?».

«El señor Walsh está fuera de la ciudad. La verá mañana por la mañana. Por ahora, me ha

pedido que le muestre su jaula».

«¿Mi qué?». Apresuré el paso para alcanzarla, convencida de que había oído mal.

Abrió la primera puerta a la izquierda y me hizo entrar. Sí, la señora Jones se refería a una jaula real.

Nunca había tenido relaciones sexuales antes, pero reconocía una habitación pervertida cuando la veía. Esta suite era exactamente eso: una mazmorra, completa con mi propia jaula. ¿Qué carajo? Sacudí la cabeza para intentar procesar lo que estaba pasando, pero no pude obligarme a reaccionar.

¿Qué? Quería preguntar, pero las palabras no salieron. Mi cerebro estaba confuso, entumecido.

No objeté cuando la señora Jones sacó una pequeña llave de su delantal, abrió la puerta y me guió suavemente al interior. Incluso cuando la vi alejarse y salir de la habitación, me quedé allí sentada, con la boca bien abierta, y miré fijamente la puerta roja.

¿Se suponía que debía dormir aquí? Me senté con las piernas estiradas frente a mí. Encajo perfectamente si me quedo en esta posición exacta. Mi mirada pasó de mis pies descalzos al amplio círculo sobre mi cabeza. Los dos paneles estaban asegurados con otro candado. Por el tamaño de la abertura, sabía que mi cuello también cabría allí. La ira se acumuló en la boca de mi estómago. Agarré ambos lados de la jaula y grité, sacudiéndola mientras finalmente dejaba salir todos mis miedos y rabia.

¿En qué diablos me metí?

No, esa no era la pregunta correcta. ¿En qué carajo me metió papá?

CAPÍTULO 5

El colgante de la Cruz Celta

Santino

Manhattan, Nueva York

Giré el anillo de plata en mi dedo y froté la cabeza de lobo grabada en él: una especie de reliquia familiar, un regalo de papá la noche que maté por primera vez. Lo golpeé contra el pasamano. De pie en la entrada del loft VIP, cerca de la gran escalera, dejé que mi mirada se detuviera en las mesas de apuestas debajo de mí. Cómo Rex había aguantado esta escena de club, día tras día, estaba más allá de mi comprensión. Toda la gente allí abajo, con sus elegantes atuendos y bebiendo vino caro, me resultaba agotador.

Este era el modus operandi de Rex. Era bueno cazando gente. Era bueno guardando secretos, sus secretos. Los mantenía a todos aquí, enganchados al juego, el alcohol y el sexo, para poder manipularlos y hacer lo que él quería. Considerándolo todo, diría que era un buen rey para la Sociedad.

Escaneé a la multitud debajo de mí. Por supuesto, no esperaba que ella estuviera aquí. 'Red', la mujer que chocó contra mí en el aeropuerto. No tuve oportunidad de preguntarle su nombre, así que le otorgué uno que me hacía pensar en su pelo rojo intenso. Desde la noche que llegué en avión desde Chicago, no podía dejar de pensar en ella.

La resignación en sus ojos me desarmó. En mi época había castigado a muchos imbéciles. Siempre había un momento durante nuestra entrevista, justo antes de que se desmoronaran y comenzaran a hablar, en el que un destello de rendición aparecía en sus ojos. Esa era siempre mi señal para esforzarme un poco más para conseguir exactamente lo que quería.

Red tenía la mirada y el olor de alguien que ya se había rendido. ¿Qué le habría ocurrido a ella? Era demasiado joven para haberse rendido ya. La parte ilógica de mí quería volver a verla. Esa misma parte quería mostrarle que todavía había algunas cosas en esta vida por las que valía la pena vivir. Sin duda, esa misma parte ilógica sería la que podría destruirla. Alguien tan inocente como Red no pertenecía a mi mundo.

Por alguna estúpida razón, mi pulso se aceleró cuando vi a una pelirroja sentada en la barra. Me incliné más cerca de la barandilla para verla mejor. Sus largas piernas y sus elegantes dedos llamaron mi atención. Esos rasgos quedaron grabados en mi mente. Como si sintiera mis ojos puestos en ella, la mujer en la barra se tensó y luego cambió su peso para mirarme. Con una sonrisa de complicidad, se levantó de su asiento y caminó hacia la escalera que conducía al loft VIP. Cuando llegó al último escalón, el portero me miró. Ella no era Red. Ella no era la mujer del aeropuerto. La decepción se apoderó de mí y negué con la cabeza. Él inmediatamente

intervino y la despidió.

«¿Cómo está tu papá?». Rex apareció de la nada, me dio una palmada en el hombro y luego apoyó ambas manos en la barandilla, vigilando su rebaño.

«Regresó a casa anoche». Parpadeé un par de veces para enfocar sus rasgos. «El viejo no irá a ninguna parte. Si eso es lo que te preocupaba».

«Quiero que lo desbanques ya». Cada movimiento que hacía Rex era calculado.

Para él, las personas estaban a su disposición, no más que piezas de ajedrez para usar a su antojo. El problema era que, me gustara o no, yo era una pieza integral en su tablero. Quería que yo actuara como un Don y ocupara mi asiento en la mesa como Don Buratti porque papá era un lastre para la Sociedad. Su condición cardíaca era el menor de sus problemas de salud. La demencia podría hacer que nos mataran a todos.

«La mitad del tiempo no sabe en qué año estamos. Quiere disparar a todo lo que se mueve, al estilo Al Capone». Su tono era frío y casual.

«¿Quieres decir desbancar o matar?».

«Él te lo está poniendo fácil».

«Bien. Volvemos al asunto del matrimonio». Apoyé ambos antebrazos en la barandilla y formé un campanario con las manos. «La respuesta sigue siendo no».

Cuando no respondió con la respuesta habitual, me volví para mirarlo de nuevo. Seguí su línea de visión hasta la mujer en una de las mesas de póquer. Llevaba un vestido sin espalda que ofrecía una vista completa de su suave espalda y un poquito de la curva de su cintura. A mi lado, Rex dejó escapar un suspiro.

«Sabes, estaba pensando que tal vez debería lanzar mi nombre en el sombrero para la posición de rey». Tal cosa no era posible, pero sabía que su atención se había centrado en Caterina Alfera, la mujer que casi hizo que lo mataran el año pasado. Como recompensa, se había casado con ella. «Sigues pensando con tu pene, ya veo». Le di una fuerte palmada en la espalda.

«Vete a la mierda». Se ajustó la chaqueta, sin dejar de mirar a su esposa.

«Tu obsesión por ella debería haberte matado».

«Pero no fue así». Él sonrió en su dirección. Se mantuvo ahí sólo por un segundo. Si no hubiera estado estudiando su perfil, me lo habría perdido. Cambió de peso y luego se volvió hacia mí, aparentemente satisfecho ahora que Caterina se dirigía hacia nosotros. «Escuché que mi mensaje no fue bien recibido en Chicago».

«Esa es una forma de decirlo». Me encogí de hombros. «Les di su primera y única advertencia. Parecen pensar que ya no responden ante la Sociedad».

«Tendremos que remediar eso».

«Sí. ¿Cómo vamos a hacer eso? Eres el cerebro aquí. Solo soy tu marioneta. Pero haz que no sea algo diplomático».

«De acuerdo. Ya hemos superado ese punto con ese grupo».

Ladeé la cabeza para hacer contacto visual con Caterina. Me ajusté los gemelos y le mostré mi sonrisa más encantadora. «Caterina, la mitad de los hombres en esta sala no pueden dejar de mirarte. Te ves más hermosa de lo que recuerdo».

Ella se rió de mis cursis halagos y sacudió la cabeza. Cuando me acerqué para abrazarla, Rex extendió su mano. «Pueden mirar todo lo que quieran, siempre y cuando mantengan la distancia. Eso te incluye a ti».

Levanté las palmas de las manos en señal de rendición fingida; por fin, un buen entretenimiento para mantenerme ocupado. «¿Ella puede hablar?».

«Suficiente». Caterina se colocó entre Rex y yo y me ofreció su mano. «Qué bueno verte, Santino. Llamé al hospital esta mañana. Dijeron que tu papá se había ido a casa. Nos dio un buen susto».

«No creo que Rex estuviera tan preocupado», me encogí de hombros.

Rex me apuntó con una de sus miradas. Por alguna razón, le preocupaba que Caterina lo viera como el monstruo que era. Aquí todos éramos monstruos. Estaba seguro de que ella lo sabía. Pero le gustaba fingir. Para ella.

«Por supuesto, estaba preocupado». Ella presionó sus delicados dedos sobre su pecho.

Sus rasgos se suavizaron y le rodeó la cintura con un brazo posesivo. «El viejo quiere dimitir, pero Santino no lo aceptará a mitad de camino».

«¿Ahora me delatas?», le fruncí el ceño.

«Ya lo sabía», ella me sonrió. «¿Qué pasa con Donata? Ella es inteligente y hermosa».

«Y posiblemente me mataría mientras duermo. Paso». Dirigí mi atención a la habitación debajo de nosotros, todavía buscando pelirrojas.

«Esto es nuevo». Señaló el colgante de la Cruz Celta que colgaba de mi cuello.

«Es irlandés».

«Lo sé». Ella arqueó una ceja. «No somos irlandeses. ¿Dónde lo obtuviste?».

«Lo robé». Un crimen de oportunidad, en realidad. La joya se había deslizado del bolso de Red cuando ella lo dejó caer. No pude resistirme a tomarlo.

«¿Por qué?», ella preguntó.

«No sé. Un recuerdo, supongo. Tiré de la cadena de plata y el colgante cayó en mi palma. Lo levanté y lo dejé girar unas cuantas veces.

«¿Dime que no hiciste nada estúpido en Chicago, como meterte con los irlandeses? Estamos al borde de la guerra». Rex se acercó con su habitual mirada letal.

¿Qué iba a hacer? ¿Devolvérselo a su legítima dueña? Nada me encantaría más. «Esto no tiene nada que ver con tu guerra». Cambié mi mirada para encontrar la de Caterina.

Aquí estaba una mujer que estaba lista para luchar por su familia. El brillo en sus ojos era todo fuerza y algo salvaje: un instinto básico para proteger los suyos. Incluso ahora, ella estaba junto a Rex como si estuviera lista para saltar delante de una bala por él. ¿Qué haría que Caterina perdiera esas ganas y renunciara a la vida? ¿Qué diablos le pasó a Red? ¿O quién le pasó a ella? La idea de que alguien le infligiera dolor en su suave piel me hizo querer golpear una pared. No tengo ni puta idea de por qué.

«¿Una de tus víctimas?». El tono juguetón de Caterina me indicaba que pensaba que me había acostado con la dueña del colgante.

No, no me había acostado con la mujer del aeropuerto. Pero la intuición de Caterina no estaba tan lejos. Sin querer, había desarrollado una obsesión por la pelirroja de ojos tristes y labios carnosos. Tenía sueños vívidos en los que los delgados dedos de Red agarraban la chaqueta de mi traje y me la arrancaban de los hombros. La siguiente imagen rápidamente la tenía desnuda y acariciando mi pene con sus largos rizos. Tuve mucho tiempo para conjurar varios escenarios en mi cabeza.

«Aún no es una víctima». Capturé el colgante con fuerza en mis manos. «Tengo que encontrarla primero».

PARTE DOS

El Gran Lobo Feroz

DÚO LOBO, LIBRO UNO

CAPÍTULO 6

Haz lo que se te dice

Luce

Ciudad de Nueva York

No quería salir de la jaula. Por más retorcido que sonara, era la verdad. Pasé la mayor parte de la noche pataleando y gritando, suplicando ayuda, hasta que me di cuenta de que incluso si alguien como mi mejor amiga Kay apareciera y me dejara salir, no tendría las agallas para irme. No cuando la supervivencia de mi familia estuviera en juego.

Por supuesto, Liam Walsh no perseguiría a papá ni a mi hermano Ronan si lo abandonara ahora. Pero lo más seguro es que volvería a recoger su pequeño ejército que prometió a la banda de los Lobos Rojos a cambio de una esposa virgen: yo. Golpeé de nuevo el panel lateral con el pie y el metal tintineó con un ruido metálico satisfactorio.

A estas alturas ya sabía que mi pequeña cárcel de cinco por tres era resistente y no cedería. Pero me sentí bien pataleando, protestando y fingiendo que tenía una salida. Si dejaba que mi ira creciera en la boca de mi estómago, no tendría que lidiar con el miedo que se apoderaba de mi columna ni con el horror que era este lugar.

Presionando mis pies contra la alfombra debajo de mí, me recosté y cerré los ojos para protegerlos de los rayos de luz que se filtraban a través de las cortinas de terciopelo rojo en el extremo opuesto de la habitación. En algún momento de la noche logré dormir en esta posición. Aunque eso no duró mucho. Me dolía la vejiga por tener que aguantarme toda la noche.

Girándome de lado, coloqué mis rodillas contra mi pecho y dejé que mi mirada vagara por la mazmorra sexual de Liam. ¿Qué otra cosa podría ser este lugar, con los paneles de cuero carmesí que cubrían las paredes, los anillos de metal en un riel que colgaba del techo y los extraños muebles que completaban el espacio? Mi jaula tenía una linda vista de todas esas cosas, junto con la mesa cargada de látigos, cuchillos, esposas y otros objetos que no reconocí.

Las lágrimas volvieron a correr por mis mejillas. En algún momento en un futuro muy cercano, Liam usaría todas esas cosas conmigo. Me abracé con más fuerza para aliviar el temblor que sacudía todo mi cuerpo. Nadie vendría a salvarme. Estaba sola en esto. Y lo único que podía esperar era que Liam hubiera cumplido su palabra de ayudar a mi familia, que sus hombres ya hubieran luchado contra los italianos y hubieran ganado. Me hubiera encantado recibir la confirmación de papá de que mi sacrificio valía la pena. Pero él estaba demasiado avergonzado para hablar conmigo. Ahora entendía por qué no estaba en casa ayer por la mañana cuando la limusina de Liam vino a recogerme.

Un poco de líquido tibio se deslizó lentamente por mis muslos y apreté mi cuerpo con más

fuerza. Estaba en una situación bastante jodida, si contener la orina era la única manera de aferrarme a lo último de mi dignidad. ¿Era eso lo que Liam estaba esperando? ¿Que me meara como prueba de que él me había roto? Yo era Luce O'Brien, una orgullosa mujer irlandesa. Eso nunca sucedería. Liam había comprado y pagado por mi cuerpo, pero no por mi alma.

De repente, la puerta se abrió con un chirrido. Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fueron los impecables zapatos de cuero de la señora Jones. Ella me había recibido en la puerta la noche anterior y luego me acompañó a esta habitación. Me dejó aquí sin mi equipaje y sin explicación.

«Tendrá que trabajar para controlar su vejiga». Ella hizo un trabajo rápido con la cerradura. Su tono fue cortante, pero no estaba enojada conmigo. «Se espera que usted permanezca en la jaula hasta que el señor Walsh esté listo para recibirla. No tolerará este nivel de falta de respeto».

¿Qué? ¿Se suponía que debía sostener mi orina para mostrarle respeto? «Lo he hecho durante toda la noche».

«Aprenderá a controlar su vejiga». Abrió la puerta lateral y me indicó que saliera.

Salí gateando y traté de no pensar en cómo me hacía sentir eso. Estar a cuatro patas, feliz de caminar hacia los zapatos de cuero de la señora Jones, como una buena mascota. No podía dejar que la situación se apoderara de mí. Tenía cosas más importantes de qué preocuparme. «¿Cuándo me encontraré con Liam? Anoche sus guardaespaldas no dejaron que mi amiga Kay viniera conmigo. Quiero decir, ella es mi guardaespaldas y una amiga».

Mierda. Debería haber tenido mi historia clara en mi cabeza antes de abrir la boca. Kay era mi mejor amiga. Ella entendía por qué había accedido a casarme con Liam Walsh y se había ofrecido voluntaria para venir conmigo, para no estar sola. Sin embargo, cuando llegamos, los hombres de Liam se la llevaron. Ni siquiera me dejaron explicar que ella estaba aquí como mi propia guardaespaldas. En realidad, no lo era, pero estaba dispuesta a mentir para que se quedara conmigo.

«Señor Walsh».

«¿Qué?».

«Se dirigirá a él como Sr. Walsh».

«Bien. ¿Cuándo podré hablar con el señor Walsh?».

«No estoy segura. Él no lo dijo. Por ahora, estoy aquí para asegurarme de que todo esté en orden para su regreso».

«¿Qué diablos significa eso?». Di un paso hacia ella. Por más aterradora que se viera esta mujer con su falda y su impecable camisa blanca, era más baja que yo. Su pequeño cuerpo parecía casi frágil al lado del mío. Con un metro setenta, yo tenía unos buenos diez centímetros más que ella.

Levantó la mano y me abofeteó con fuerza. Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar. Nadie me había golpeado antes. Como hija de un capo del sur de Chicago, siempre estuve bien cuidada y protegida. Papá habría castigado a cualquiera que se hubiera atrevido a hacerme daño.

Acuné mi mejilla mientras mis ojos se llenaban de lágrimas.

«Cuidarás tu tono y tu lenguaje. Serás la esposa de un líder poderoso. Tienes que comportarte en consecuencia. ¿Lo entiendes?».

Asentí, parpadeando para aclarar mi visión.

Ella exhaló ruidosamente con exasperación. «Solo hablarás cuando se te haga una pregunta directa».

«Entiendo».

«Señor».

«¿Qué?». Me tomé otro segundo para resolverlo y luego respondí, «Sí, lo entiendo, señor».

«Quítate la ropa».

«¿Qué?». Mis manos cubrieron instintivamente mi pecho. «¿Por qué?».

«No estás aquí para hacer preguntas. Haz lo que se te dice. Deja tu ropa sucia aquí, hay un baño por ahí». Señaló la puerta a la izquierda de la jaula.

Con manos temblorosas, me desabotoné los pantalones cortos mientras me quitaba las sandalias de tiras. Había sido tan ingenua al vestirme con una blusa y unos pantalones de seda para mi primer encuentro con mi futuro esposo. Mi corazón latía contra mis costillas. Ya había estado desnuda frente a otras mujeres antes, pero la forma en que la señora Jones me miraba era muy desconcertante.

Supuse que se daría la vuelta para darme algo de privacidad, pero no lo hizo. En cambio, mantuvo su mirada fija en mis piernas y luego en mi coño cuando dejé caer mi ropa interior.

«Más rápido. No tengo todo el día». Señaló mi blusa. «Sujetador también».

Hice lo que me pidió y luego corrí al baño donde finalmente hice mis necesidades. ¿Podría la gente realmente acostumbrarse a aguantar la orina durante horas? De ninguna manera eso era posible. Estaba completamente fuera de mi elemento aquí. No tenía idea de lo que estaba haciendo. Lo que querían de mí era mucho más que sexo.

Al otro lado de la puerta, oí los pasos confiados y decididos de la señora Jones golpeando el suelo de mármol. Abrió el agua de la ducha. Dos segundos después, abrió la puerta de golpe. Supuse que la privacidad no era algo importante para ella.

«Tienes cinco minutos. Hay champú y gel de baño allí». Ella tomó mi codo y me levantó del inodoro.

Caminé sobre los fríos azulejos y me metí en la ducha humeante. El vapor en los paneles de vidrio me ayudó a ignorar sus miradas indiscretas, mientras me bañaba rápidamente con el jabón con aroma a menta. Después de un largo día y una noche aún más larga, asearme se sintió como el paraíso. Tan pronto como terminé de enjuagarme, la señora Jones metió la mano dentro y cerró el agua.

«Vamos a ver», señaló la mullida alfombra del baño.

Lo pisé y encontré su mirada, alejando los mechones mojados de mi cara. Sujetó mi mandíbula con sus dedos huesudos y me giró hacia la izquierda y luego hacia la derecha antes de tirar de mis labios para inspeccionar mis dientes. Dudaba que los cerdos premiados fueran examinados tanto. ¿Qué pasaría si le dijera a la señora Jones que se fuera al diablo con su inspección? Claro, me abofetearía otra vez, pero ¿luego qué? ¿Walsh cancelaría el trato con mi familia?

Se movió hacia mi pecho, pellizcando mis picos hasta que se endurecieron en señal de protesta. Hice una mueca de dolor y levanté los hombros para esconderme de sus dedos curiosos. «Ponte derecha, querida». Pellizcó ambos pezones al mismo tiempo y me jaló hasta que estuve tan erecta como ella quería. «Tus tetas son más pequeñas de lo que prefiere el señor Walsh. Pero eso puede arreglarse si le molesta demasiado». Tomó un pecho para sentir su peso y luego el otro.

«¿Con implantes?». Me mordí el labio para controlar el impulso que tenía de alejar sus ásperas manos. Ella no tenía derecho a tratarme como si fuera una especie de juguete nuevo.

«Posiblemente. Lo determinaremos después de tu primer hijo».

«Pensé que el señor Walsh quería una esposa», dije con los dientes apretados. Mi miedo ahora había sido reemplazado por completo por ira y disgusto. Odiaba que esta mujer sintiera que podía invadir mi cuerpo y, además, considerarlo no suficientemente bueno.

«Necesita un heredero, querida. No cometas el error de pensar que estás aquí para algo más

que eso».

«Más bien como una vaca. Entiendo».

«Cuida tu tono. El señor Walsh no tiene mi paciencia». Ella ladeó la cabeza hacia un lado para revisar mi coño. «Si mentiste sobre tu virginidad, ahora es el momento de confesar».

«No mentí». Mi voz tembló. ¿Necesitaría pruebas? ¿Cómo podría hacer eso? ¿Y si ella decidiera que yo no era virgen?

«Es para lo que estoy aquí, para comprobarlo». Señaló un pequeño banco al lado de la bañera independiente. «Abre las piernas y separa los labios del coño». Cuando no me moví y simplemente la miré con ojos de cierva, ella parpadeó lentamente como si estuviera a punto de perder la paciencia. «Anda».

Mis rodillas chocaron con el primer paso. De alguna manera logré sentarme y mostrarle una parte de mí que nadie había visto antes. Con el mismo interés que mostraba cuando examinaba mis dientes, miró mi entrada.

«No mentiste. El señor Walsh estará contento. Puedes sentarte». Ella se puso de pie, elevándose sobre mí.

Tuve la sensación de que a ella le gustaba tener este tipo de poder sobre la gente. Papá se había asegurado de que aprendiera defensa personal. Gracias a todos esos años de entrenamiento, podía arreglármelas sola. Por mucho que quisiera darle un puñetazo en la cara, no podía hacerlo. Había demasiado en juego. Sin la ayuda de Liam, los Lobos Rojos no tenían ninguna posibilidad contra el equipo de Chicago. Mi sensibilidad no importaba en ese momento, no cuando la mafia italiana estaba tan cerca de apoderarse de nuestro territorio.

«¿Qué es esto?», señaló mi rodilla, o más específicamente, la cicatriz en forma de Luna que tenía allí.

«Accidente de bicicleta».

Cuando tenía diez años, me gustaba ir en bicicleta a la casa de Kay porque estaba en una colina empinada. Pasábamos horas subiendo nuestras bicicletas solo para poder bajar volando. El viento fresco en mi cara y la libertad y la sensación de estar ingrávido eran la mayor emoción. Una vez cogí demasiada velocidad. Frené con fuerza y mi bicicleta se volcó. Cuando me levanté, tenía un corte justo encima de la rótula. Una media sonrisa se dibujó en mis labios mientras pasaba mi dedo por la línea blanquecina de mi piel. Fui feliz en casa toda mi vida. Que me pusieran en una jaula, me examinaran como a una rata de laboratorio y me casaran era un sacrificio que estaba dispuesta a hacer por mi familia.

«Aplicaremos maquillaje para cubrirlo».

«Entonces, ¿pasé tu inspección?».

«Tono». Ella me clavó una mirada. «Sí, lo harás».

«¿El señor Walsh te contrató sólo para esto?». Me mordí el labio y me preparé para otra bofetada.

Para mi sorpresa, ella respondió con una dulce sonrisa que me puso la piel de gallina.

«No querida. El señor Walsh no me contrató por ti. Llevo cinco años a su servicio. Mi único trabajo es entrenar a sus mascotas».

Sus rasgos se relajaron y solo podía suponer que disfrutaba mucho de su trabajo. La implicación de sus palabras me hizo preguntarme si tal vez no todas las mascotas de Liam participaban voluntariamente. Una parte de mí había querido creer que tal vez Liam Walsh, el Carnicero, no era el ser humano horrible que la gente decía que era. Aunque mi parte lógica me decía que él era exactamente lo que todos pensaban. Y ahora, su madame era igual de mala.

«¿Entrenar cómo?».

«Comenzaremos mañana. Quiero que al menos tengas lo básico para cuando él regrese a casa». Ella había dicho que no sabía cuándo regresaría, pero estaba segura de que estaba mintiendo.

Sus palabras implicaron que tenía planeado un régimen completo para mí. Eso significaba que sabía exactamente cuánto tiempo tendría conmigo. Aunque supuse que eso no importaba. Si el entrenamiento retrasaba mi reunión con Liam, no me importaba. La señora Jones era el menor de los dos males. Porque una vez que mi supuesto prometido volviera a casa, toda mi vida cambiaría.

«¿Recibiré ropa?».

Caminó hacia el tocador y recogió el paquete que estaba sobre el mostrador. Cuando regresó, deslizó el overol por mi cabeza y tiró de él hasta mis caderas. Ella entrecerró los ojos ante mi pubis, como si estuviera considerando algo. Fruncí los labios porque sabía lo que diría a continuación.

«Volveré después del almuerzo y haremos una depilación brasileña». Dijo mientras apretaba con destreza los botones de la entrepierna entre mis piernas.

Una vez que estuve cubierta de nuevo, aunque la tela transparente no dejaba mucho a la imaginación, aflojé la mandíbula y mi cuerpo se relajó un poco. Para mi sorpresa, la señora Jones también se tomó el tiempo de cepillarme el pelo y hacerme una trenza francesa.

«¿Qué tipo de entrenamiento? ¿Cuáles son los conceptos básicos?». Me volví para mirarla.

Ella me observó durante lo que parecieron horas. Mi pecho subía y bajaba con cada respiración entrecortada que tomaba. Mi vida estaba en manos de una completa extraña, cuyo trabajo era prepararme para su sádico jefe.

«Entiendo que eres la hija de un capo». Tomó un puñado de la delicada tela acumulada en mi vientre y tiró de él hasta que la entrepierna del traje separó los labios de mi vagina. Cuando lo soltó, el calzón permaneció en su lugar. Me picaba y era incómodo. Ella encontró mi mirada como si me desafiara a sacarlo. Cuando no me moví, ella continuó. «También entiendo que te criaron para pensar que eres especial. Pero aquí nada de eso importa. No eres especial. Camina. Empezamos mañana». Me agarró del hombro y me dirigió de regreso a la jaula.

Me metí y esperé a que ella se fuera. Caminó a mi alrededor y abrió la parte superior. «Siéntate derecha. La cabeza aquí». Colocó su palma sobre el agujero, el que ya había descubierto era para mi cuello.

Me deslicé hasta que estuve alineada donde ella me quería. Como una buena mascota, la dejé cerrar el panel alrededor de mi cuello.

«Cuando regrese, quiero encontrarte exactamente así».

Nuevas lágrimas rodaron por mi rostro. Patear y gritar no habían ayudado en mi caso antes. Después de una hora con la señora Jones, entendí que nadie vendría a salvarme. Esta era mi vida ahora.

CAPÍTULO 7

Arderá de todos modos

Santino

«Puedo oler su perfume en ti». Le di la espalda al hombre que estaba parado en la entrada principal de mi penthouse y me serví otro whisky.

Antes, cuando había llegado a casa, no me había molestado con las luces. A esta hora de la noche, el horizonte de la ciudad arrojaba un resplandor reluciente sobre los suelos de mármol, los altos techos ornamentados y el piano de cola cerca de la terraza. Cuando caminó hacia mí, no era más que una sombra gris.

«Tu seguridad es una mierda». Rex se desabrochó la chaqueta.

«Si fueras cualquier otra persona, ya estarías muerto». Tomé un largo trago de mi vaso.

Como rey en ejercicio de un enclave secreto centenario que gestionaba todo el crimen organizado en el país y en otras partes del mundo, a Rex Valentino se negaba el acceso a muy pocos lugares. Mi condominio era prácticamente una fortaleza. No para Rex, por supuesto. Mis hombres lo dejaban entrar.

«Pero en serio, puedo oler a Caterina en ti», señalé su traje oscuro.

«Entonces tienes una idea bastante clara de lo mucho que no quería salir de casa esta noche». Se unió a mí en el carrito de la barra y tomó el vaso que le ofrecí.

«Bien. Dime, ¿cuál es el problema?».

«Los malditos irlandeses».

«¿Volvieron de nuevo por Hell’s Kitchen?».

«Aún no. Este...», hizo un movimiento con la mano mientras intentaba recordar el nombre, «'Liam Walsh le pidió a Rossi una reunión. Investigué un poco sobre él. Le llaman el ‘Carnicero’. Recientemente ascendió al poder como líder de la banda irlandesa en Harlem».

Asentí, porque el nombre y los detalles me sonaban vagamente familiares. Rex era quien se ocupaba de la información, la inteligencia y la estrategia. Su negocio consistía en vigilar a políticos, policías y personas influyentes. En resumen, cualquiera que pudiera ser de utilidad para la Sociedad y las industrias que gestionamos. Mantener sus oscuros secretos era la forma en que hacía las cosas.

Mi familia, en cambio, se encargaba de las inversiones y del sector inmobiliario. Nuestra empresa era la fachada más rentable que poseía la Sociedad. En parte porque el acceso de Rex hacía que no tuviera que lidiar con trámites burocráticos y legalidades tontas. Y también porque se me daba bien cerrar tratos.

Me gustaba mantener el oído pegado al suelo. Era difícil pasar por alto algo tan importante

como el cambio de liderazgo de una banda rival.

«Sí, he oído el nombre». Me rasqué la barba incipiente de mi mejilla. «Bien, hace dos semanas, organizó un ataque contra la Facción de Nueva York y ¿ahora quieren hablar? Mmm. Suena como una trampa».

«Rossi también lo pensó. Por eso vino a mí. Quiere provocarlo». Él arqueó una ceja. «Pensé que tal vez querrías unirte a la diversión».

«¿No es bastante temprano para sacar la basura?».

Se me daba bien dirigir el negocio familiar, pero también se me daba bien matar. No porque lo disfrutara, sino porque, a veces, los imbéciles tenían como misión amenazar nuestra forma de vida. Me habían criado, al igual que Rex, para proteger y defender a la Sociedad por encima de todo. *Fac fortia y patere*: *hazte fuerte y persevera*. Desde el principio, nuestro objetivo principal había sido proteger a nuestras bandas en todo el país. Si eso significaba quitar una vida, siempre estaría más que dispuesto y voluntario a hacerlo.

Nunca dudaba. Y nunca miraba atrás.

«Eso no es lo que quise decir», Rex se rió suavemente, sacudiendo la cabeza. «No vamos a interferir. Estamos allí para observar. Nada más. Quiero entender qué motiva a Walsh. Cómo opera. Y, sobre todo, necesito comprender la repentina necesidad de Walsh de expandirse. ¿Por qué está dispuesto a ir a la guerra ahora?».

«Nuevo líder. Tiene que hacer algo grande para demostrar su valía», me encogí de hombros. «O tal vez tiene un pene pequeño».

«Necesito más información sobre este imbécil antes de decidir cómo voy a manejarlo».

«¿Estás usando a Rossi como cebo?».

Chase Rossi también era un recién llegado a la Sociedad. Su abuelo había sido asesinado a tiros el año pasado durante un atraco con el cartel venezolano. Como único heredero superviviente, Chase había tenido que hacerse cargo de la Facción de Nueva York. Poco después, ayudó a Rex a atrapar a un agente del FBI que estaba empeñado en derribar nuestra organización. Desde entonces, Rex había decidido que confiaba en Rossi. Incluso le ofreció un asiento a la mesa y un título de Don. Menos mal que había dicho que no porque algo en él no me sentaba bien.

«Se ofreció como voluntario. Quiere que esto se resuelva tanto como nosotros». Terminó su bebida y la dejó sobre la mesa de café. «Tenemos que irnos ahora. ¿Vienes?».

«Sabes quién soy».

Asumiendo que Rex había estacionado en mi garaje privado, me dirigí hacia la puerta del ascensor debajo de la gran escalera y presioné el botón de llamada. Cuando las puertas se abrieron, entré y presioné el botón ‘G’.

En cuanto el conductor de Rex nos vio, saltó de la camioneta y abrió la puerta. Seguro que Rossi estaba en el asiento delantero. Debería haber sabido que vendría con nosotros.

«Todo el grupo ha vuelto a estar unido». Me subí al asiento trasero y me desabotoné la chaqueta del traje.

«Es bueno verte también», Rossi asintió una vez.

Quizás esto era lo que no me gustaba de él. Era demasiado jodidamente amable. Demasiado serio. Dado que toda la familia Gallo había sido aniquilada, Rex tenía un asiento vacío en la mesa, uno que había estado tratando de que Rossi ocupara. Como el resto de nosotros, Chase no había sido criado por la Sociedad. No tenía instinto asesino.

«Entonces, esta es una misión de reconocimiento. Pero dime que trajiste armas». Me enfrenté a Rex.

«Por supuesto que lo hicimos. Vamos a empezar con un plan a medias. Necesitamos todo el respaldo que podamos conseguir». Rex tocó el hombro de su conductor.

El Escalade salió lentamente del lugar de estacionamiento y se dirigió hacia la salida. Tan pronto como nos incorporamos al tráfico, Rossi movió su cuerpo para mirarme a los ojos. «Rex tiene razón. No contamos con un plan. Walsh quiere encontrarse en un pub de Harlem. Afirma que es territorio neutral, pero está mintiendo.

«¿Dijo lo que quería?», pregunté.

«Dijo algo sobre que no quiere estar en malos términos con los italianos. Quiere hablar sobre lo que pasó en Hell's Kitchen y demostrar que no tuvo nada que ver con eso». Rossi intercambió una mirada significativa con Rex. «Conocer a los irlandeses en persona es la mejor decisión en este momento. Estoy dispuesto a correr el riesgo y explicarles que la guerra no es una opción».

Walsh la cagó a lo grande cuando persiguió al equipo de Rossi y fracasó. Pero tuve que admitir que su siguiente movimiento tuvo mérito. Tenía razón al suponer que Rossi querría algún tipo de tregua. Incluso si Walsh mintiera sobre su participación en el ataque, Rossi estaba dispuesto a escucharlo. Principalmente porque no quería una guerra y estaba desesperado por obtener información que pudiera darle una ventaja. Estaba dispuesto a ofrecerse de cebo para conseguir lo que necesitaba.

«Tienes huevos. Lo acepto». Apoyé mi mano en mi rodilla y golpeé mi dedo mientras consideraba nuestras opciones.

«Estamos tratando de evitar una guerra de bandas. Si lo único que quiere es dinero, se lo podemos dar». Rex se pasó una mano por el pelo.

No tenía ninguna duda de que estaba pensando en Caterina, el amor de su vida, y la promesa que le había hecho de mantener la paz. ¿Por qué si no estaría él mismo aquí? Podría haber enviado a cualquier otra persona a recopilar información. Pero quería que este asunto se resolviera lo antes posible.

Personalmente, no me importaba cómo resultaran las cosas. Porque al final del día, no había manera de que los recursos de Walsh pudieran igualar los nuestros. Solo Rex y yo podríamos aplastarlo como a un insecto.

«Me gustaría mantener al FBI fuera de nuestros asuntos», añadió Rossi. «He tenido suficiente de ellos para toda la vida».

«Entonces, si asumimos que Walsh quiere una tregua, ¿lo escucharás, Rex ideará un plan maquiavélico para controlarlo y todos viviremos felices para siempre? ¿Qué pasa si Walsh simplemente quiere matarte esta noche?».

En verdad, Walsh solo tenía dos opciones esta noche; hacer las paces con la Facción de Nueva York o declarar la guerra. Supuse que Rex me había invitado en caso de que Walsh optara por lo último.

«Esa es una posibilidad. En cuyo caso, mis hombres están listos para tomar represalias». La mirada de Rossi se movía entre Rex y la mía.

Y entonces los cerdos del FBI saldrían de cada rincón y vendrían tras nosotros. Simplemente genial. Los irlandeses podrían chuparme las pelotas.

«Llegamos, jefe». El conductor habló mientras el vehículo se detenía en una calle oscura de Harlem.

A una cuadra de distancia, el “Limerick Pub” destacaba con su letrero de neón verde y pancartas con letras irlandesas. De todos los negocios alrededor, el bar era el único que parecía estar abierto.

«¿Adónde fueron todos?». Me incliné hacia adelante para ver mejor. «Parece que Walsh

también espera problemas».

«Terminemos con esto», Rossi asintió hacia Rex y salió del auto.

En cuestión de segundos, su forma no era más que una sombra oscura en la calle desierta y mal iluminada. Cuando entró al pub, el conductor entró lentamente en el callejón y apagó el motor.

«Pensé que nosotros también íbamos a entrar». Respiré profundamente para calmar mi pulso. La emoción de la caza ya había hecho efecto y estaba listo para pelear.

«Estamos aquí solo para observar, ¿recuerdas?». La voz de Rex retumbó en el auto. «No estoy preparado para que Walsh sepa quiénes somos y qué podemos hacer».

«Esperas que sus intenciones sean nobles, ¿no?», negué con la cabeza. «Hace un año, antes de Caterina, habrías entrado allí con armas de fuego. Ten cuidado de no perder tu ventaja, Rex».

«No he perdido mi ventaja. Me he vuelto más inteligente». Me inmovilizó con una mirada cruel que haría que la mayoría de los hombres se cagaran en los pantalones.

Yo no era la mayoría de los hombres.

«Mmm». Salí del auto.

Quedarme quieto nunca había sido mi estilo. Quería ver a este Liam Walsh que, en unos pocos días, se había convertido en una espina clavada en mi costado. ¿Por qué Rex haría cualquier tipo de concesiones por este imbécil? No valía nuestro tiempo.

Me quedé cerca de la sombra de los edificios. Con la fila de autos estacionados en la calle como mi escudo, me concentré en el pub y la gente que estaba dentro. Un hombre de pelo canoso estaba sentado frente a la ventana. Solo podía suponer que era el hombre del momento, ya que Rossi mantenía su atención principalmente en él.

«Todo esto que está montando es teatro barato. Pero, ¿para quién? ¿Y por qué?».

¿Qué estaba haciendo Walsh? Había organizado una reunión clandestina con el líder de la Facción de Nueva York, solo para exhibirla para que todos la vieran. ¿Esta charla era para mostrarle a su gente que tenía influencia con los italianos, con nosotros? ¿Qué estaba haciendo este imbécil? Rossi era un blanco fácil, pero también lo era Walsh. Tenía que saber que Rossi no vendría solo.

«Por eso estamos aquí», Rex dio un paso silencioso a mi lado.

No podía oír lo que decían. Pero por la expresión de sus caras, solo podía adivinar que estaban en el proceso de comparar la longitud de sus penes.

En el siguiente latido, el aire se detuvo a mi alrededor y un nuevo aroma invadió mis sentidos. Los hombres de Walsh sacaron sus armas y apuntaban a Rossi. ¿Qué demonios pasaba? Simplemente estaban hablando y ahora ya no. Odiaba tener la razón.

Me senté sobre mis talones y moví mi cuerpo para mirar detrás de mí. Rex salió de las sombras y se arrodilló a mi lado. «Necesita una distracción».

«Lo sé». Me quité los zapatos y los calcetines. «Dame tus calcetines».

No preguntó por qué, lo que significaba que sabía exactamente lo que planeaba hacer y estaba de acuerdo. Rápidamente até los cuatro trozos de tela.

«¿Llamas a eso nudo?». Sacudió la cabeza mientras desenroscaba el tapón de gasolina del auto más cercano.

«Arderá de todos modos». Metí el hilo improvisado en el tanque y saqué un encendedor del bolsillo interior de mi chaqueta.

Éramos mafiosos. El fuego había sido más útil de lo que quería contar. Me propuse estar siempre preparado. Si Rossi estuviera prestando atención, y estaba seguro de que así era, vería la lámina de llamas que se acercaba hacia él, una distracción perfecta para salir corriendo por la

puerta trasera.

Quiso la suerte que el Civic mejorado estuviera desbloqueado, lo cual fue bueno dado que a Rossi se le estaba acabando el tiempo y las cerraduras no eran lo mío. Dentro del pub, tenía los brazos en alto en señal de rendición, aunque su boca no había dejado de moverse. Todavía estaba tratando de convencerse de que no le dispararan. Me metí en el asiento delantero y di vuelta al volante, completamente hacia la izquierda.

«Empujemos».

Entre Rex y yo, lo arrastramos y lo dirigimos en su dirección. Encendí la bola de calcetines de seda y salí corriendo. La explosión ocurrió más rápido de lo que había previsto y me envió volando por el asfalto. Aterricé con un ruido sordo y un fuerte zumbido en mis oídos. *Carajo, eso me dolió.* Otra detonación interrumpió los gritos y las alarmas. Como escuchar voces bajo el agua, los hombres de Walsh gritaban órdenes que no pude entender.

Me dolía todo el cuerpo y no encontraba fuerzas para levantarme.

Los neumáticos chirriando a lo lejos me hicieron mover el cuerpo a tiempo para quedar cegado por los faros del SUV. Una mano me tomó del codo y me empujó dentro del Escalade. No luché y me deslicé rápidamente hasta la otra puerta, listo para saltar si era necesario.

Cuando mi visión se aclaró y vi a Rex y su conductor, me relajé en el asiento, acunando mis costillas. «¿Dónde está Rossi?».

Los disparos alcanzaron las ventanas blindadas. De la nada, Rossi aterrizó en el capó de nuestro vehículo y luego subió al interior. «Rápida. Vámonos», gritó mientras golpeaba el tablero con la mano.

El Escalade salió de allí con otros dos vehículos persiguiéndolo.

«Nuestros muchachos están justo al otro lado de esa división». Rossi señaló hacia delante.

Efectivamente, tan pronto como llegamos a las afueras de Harlem, una caravana de vehículos, incluido un puto autobús escolar, bloqueó la calle detrás de nosotros y comenzó a disparar contra los irlandeses.

«Ese fue el puto plan más estúpido». Sacudí la cabeza. «Por supuesto que el imbécil te quería muerto».

«¿Lo conseguiste?», preguntó Rex.

«Sí». Rossi asintió y le dio a Rex una memoria USB. «Tenías razón. Su casa está dividida. Quiere demostrar su valía ante su nuevo equipo. Les prometió Hell's Kitchen, ya sabes, nuevos clientes, nuevos negocios».

«Ese es nuestro territorio», dije con los dientes apretados. Que Walsh pensara que podía entrar y echarnos era un insulto directo y personal para mí. «¿Está el imbécil listo para ir a la guerra?».

«Sí, lo está». Rossi hizo una mueca de dolor y se sujetó el costado con una mano ensangrentada. «¿Ahora qué?».

«Ahora le damos lo que quiere». Rex encontró mi mirada. «La Sociedad se hará cargo a partir de aquí».

«Es hora de sacar la basura». Sonreí. Esto era lo mío. Ya había terminado con las misiones de reconocimiento.

Nuestra organización había sido creada precisamente por esta razón. Éramos los pacificadores, los protectores. Dependía de nosotros mantener el caos a raya, del modo que consideráramos necesario.

CAPÍTULO 8

Buen corderito

Luce

Arqueé la espalda para aliviar la tensión en mis caderas. Suponiendo que no me hubiera desmayado durante toda la noche, había estado sentada en la jaula para mascotas de Liam durante dos semanas. No había mostrado su cara, y eso estaba bien para mí. La Sra. Jones era la única a la que se le permitía entrar o salir del calabozo. Había adoptado una rutina que estaba segura había usado muchas veces antes.

Pasaba las mañanas duchándome, vistiendo ropa limpia y moviéndome. A estas alturas, aunque no había pasado tanto tiempo, entendía bien su sistema. Si obedecía e hacía todo lo que me pedía, ella me recompensaba respondiendo a mis preguntas. Ayer incluso le pedí un favor y me dijo que sí.

Hoy ella me dejaría tener algunas de mis cosas. Aunque ella me advirtió que la ropa que había traído conmigo tendría que ser desechada, ya que Liam no aprobaría ninguno de los conjuntos que tenía. No me importaba. Lo que sí quería era el collar de mi madre. Y mi teléfono.

Me senté un poco más erguida y mi cuello golpeó la abertura en el panel superior de la jaula. Tuve tiempo de considerar para qué era esta posición. Sentarme sobre mis talones con la cabeza fuera de la jaula solo podía ser para una cosa: una mamada. En la parte superior, había mucho espacio para que alguien se sentara a horcajadas en mi pequeña cárcel y me diera de comer su polla. Nunca había hecho eso antes, ni siquiera había considerado cómo sería.

Cerré los ojos con fuerza y traté de pensar en otra cosa mientras esperaba que mi guardia viniera a sacarme. Pensaba en la casa de mi infancia en Chicago y todos los días felices que compartí con mi familia y el equipo de los Lobos Rojos. Cuando la imagen se desvaneció, me mordí el labio para intentar detener lo que sabía que vendría después. No me gustó que él siguiera apareciendo en cada pensamiento que tenía cuando estaba sola: el extraño del aeropuerto.

Sus ojos grises, su mandíbula cincelada y su cabello oscuro habían perseguido mis sueños desde el primer día. Cada vez que intentaba escapar mentalmente de mi horrible situación, él invadía mi mente. Las lágrimas ardían en mis ojos mientras me entregaba a la fantasía. ¿Qué más tenía?

La puerta del calabozo se abría y me relajé con un ligero gesto. Con su habitual sonrisa lobuna, se sentaba a horcajadas en mi jaula, mientras se desabrochaba la elegante chaqueta del traje. Su impecable camisa de vestir blanca todavía tenía la mancha de sudor que le había dejado el día que nos conocimos.

«¿Fuiste una buena chica?». Jalaba su cinturón y dejaba caer los extremos a un lado.

Me retorcía en el lugar, jalando la cuerda que me ataba las muñecas a la espalda. Abría la boca para responderle, pero las palabras no salían. Pasaba su mano por mi cabello y apretaba mis ojos con más fuerza. No quería que este sueño terminara.

La jaula crujió bajo su peso cuando se acercó para empujar mis labios en su pene. «Sí», murmuré mientras tomaba toda su longitud. Su erección golpeaba el fondo de mi garganta mientras se adaptaba a un ritmo suave y sensual. Algo se movió entre mis piernas. Estaba tensa y dolorida. Lo mismo pasaba cada vez que pensaba en él. Me aferraba a su recuerdo porque era lo que hacía soportable este lugar.

«Despierta». La señora Jones golpeó el costado de la jaula con una correa.

Ya había descorrido las pesadas cortinas de terciopelo. La luz que entraba en el dormitorio quemaba mis pupilas y me hacía difícil concentrarme. Parpadeé varias veces para concentrarme en su forma. Por primera vez desde que la conocí, sus rasgos parecían suaves y había un atisbo de sonrisa en sus labios. ¿Era esta la versión feliz de la señora Jones?

Ella acarició mi cabello. Algo que solo había hecho una vez antes. «Tengo buenas noticias para ti». Su sonrisa se amplió cuando abrió el panel superior de la jaula.

«¿Buenas noticias? ¿Está mi padre aquí para verme?». Una posibilidad remota, pero tenía que preguntar.

«No querida. Mejor. El señor Walsh finalmente está en casa. Quiere conocerte». Con un movimiento de sus dedos me señaló que me acercara. «Apúrate. No tiene todo el día».

Con las piernas temblorosas, me levanté y salí. Las otras veces me había hecho arrastrarme por el costado. Un gran día para ella, supongo. Según nuestra rutina, me acompañó al baño y dejó correr el agua tibia.

Parpadeé para contener las lágrimas mientras le daba la espalda para enfrentar la ducha. La rutina que la señora Jones había establecido para mí me había hecho bajar la guardia. Por un momento, había olvidado por qué estaba aquí. Sin duda, esta noche Walsh tendría sexo conmigo. Con un poco de suerte, podría quedar embarazada en el primer intento.

Por mucho tiempo que mi guardia pasó enseñándome obediencia, no se concentró en absoluto en el acto real. Todavía no tenía idea de qué esperar. Claro, ella me había hecho usar un tapón anal durante unas horas al día, pero ¿eso era sexo?

«Termina». Su voz me devolvió a la realidad.

Me enjuagué el jabón de menta del cabello, cerré el agua y me metí en la toalla tibia que ella tenía preparada para mí. «¿Se unirá a mí aquí?».

«Está ocupado. Su mundo no gira a tu alrededor. Lo encontrarás en su estudio de abajo». Me entregó un body que, como los demás, no dejaba nada a la imaginación con su tejido transparente.

Me lo pasé por la cabeza y traté de quitar los broches de la entrepierna. Cuando no pude conseguirlo debido a que me temblaban los dedos, ella me los abrochó. Dando un paso atrás, me examinó de arriba a abajo.

«Siéntate». Hizo un gesto hacia el tocador.

Hice lo que me pidió porque, en ese momento, solo quería dejar de lado esta cuestión de la virginidad. Como una muñeca sin vida, me quedé mirando mi reflejo en el espejo mientras ella me peinaba el cabello y lo recogía en una trenza francesa. Cogió el rubor en polvo del mostrador. Ni siquiera me inmuté cuando me bajó la parte delantera del leotardo y me rozó los pezones con el maquillaje. Pasaron de un rosa claro a un rosa más oscuro con destellos. Cuando volvió a colocar la tela blanca sobre ellos, realmente se destacaban.

¿Qué clase de hombre necesitaba tanto alboroto solo para tener sexo? Quizá no se lo podía levantar. En el momento en que pensé en su pene, una imagen de la erección de mi extraño apareció en mi mente. No tenía idea si lo había hecho bien o no. Me lo imaginé enorme, con una cabeza gruesa y venas grandes. No tengo idea de dónde se me ocurrió eso, pero me gustó.

«Dije que te levantes». La señora Jones me agarró del codo y me puso de pie. «Vamos».

La seguí, descalza y con el corazón en la garganta. ¿Dolería? Quería preguntar. «¿Y mis cosas? Me he portado bien. ¿No?». Hice una mueca ante el tono suplicante en mi voz.

«Sí, te has portado bien». Ella asintió, sonando complacida mientras miraba su reloj. Se tomó otro momento para considerarlo y luego señaló el tocador. «Anda».

Mi bolso estaba debajo. Con lágrimas en los ojos, corrí hacia allí. No me importaba el dinero en mi billetera ni el brillo de labios. Todo lo que quería era el colgante de mi madre y mi teléfono. Solté todo el contenido en el suelo y lo busqué. Cuando no encontré lo que buscaba, recurrí a la señora Jones. Pensé que hoy sería el día en que hablaría con mi familia. «¿Dónde está mi teléfono? ¿Y mi collar?».

«El señor Walsh es quien decide cuando hablas con tu familia». Hizo un gesto hacia la mazmorra sexual fuera del baño. «¿De verdad creías que permitiría que usaras tu cámara aquí?».

No lo había considerado. ¿Por qué querría publicar fotos de esto en línea? La vergüenza me invadió ante la idea de que alguien en casa descubriera en qué me había convertido: el juguete de un hombre. «¿Y mi collar? Es una reliquia familiar. Lo quiero de vuelta».

«Yo personalmente revisé tus cosas. No había ningún collar. Quizá lo olvidaste en casa».

«No, no lo hice. Sé cien por ciento que no olvidé el collar de mi madre». Levanté la voz, elevándome sobre ella.

«Cuida tu tono», ella frunció los labios. «Vamos. Al señor Walsh no le gusta que le hagan esperar». Ella me acompañó escaleras abajo, a través de la sala de estar y la oficina de Liam al otro lado del camino.

Alejé el dolor en mi pecho por haber perdido lo único que tenía y que había pertenecido a mamá. ¿Cómo pude haberlo perdido?

«Párate derecha», dijo en voz baja mientras dejaba que la puerta se abriera.

Me quedé boquiabierta cuando vi por primera vez al hombre con el que me iba a casar. Yo tenía fácilmente la mitad de su edad. Era viejo y canoso, con el ceño fruncido en la frente. Sus rasgos duros enviaron un escalofrío por mi espalda. Por primera vez desde que llegué quise correr.

Este era el Carnicero, un asesino. Estaba escrito en todo su rostro severo, aunque al mirar la expresión de la señora Jones, tuve que preguntarme si estábamos mirando a la misma persona. Tenía un pequeño brillo en sus ojos como si lo amara. No me sorprendió. ¿Quién en su sano juicio se apuntaría a su trabajo? Ella había pasado varios días ocupándose de arreglarme y verme bonita para él. Me había depilado, me había enseñado cómo usar un tapón anal, me mostró cómo colocar mi cuerpo para que estuviera cómoda en mi jaula. Liam, el calabozo y la señora Jones eran todos demasiado raros y perversos... surrealistas.

Ambas nos quedamos firmes durante unos buenos cinco minutos antes de que Liam decidiera levantar la vista de su computadora portátil. Cuando lo hizo, ella dio un paso adelante. «Señor Walsh, ella es Lucinda O'Brien». No se molestó en presentármelo.

Su mirada se posó en mis pezones relucientes y luego recorrió todo el camino hasta mis pies. Se me encogió el estómago y tuve que tragar el sabor amargo en mi boca. No quería que me tocara. ¿Cómo iba a salir de esto ahora? Se paseó a mi alrededor. Al igual que la señora Jones, inspeccionando cada centímetro de mí. Me preparé, esperando su toque, mientras la señora Jones

me observaba atentamente. Cuando me agarró por la cintura y me giró para mirarlo, hice lo mejor que pude para ocultar mi disgusto.

«¿Está lista?». Se lamió los labios.

«Sí, señor», ella asintió una vez con una extraña sensación de orgullo. Yo era su buen corderito.

Solo podía imaginar para qué quería que estuviera lista. Siguiendo el consejo de la señora Jones, permanecí en silencio. Tal vez si no me movía ni hablaba, él terminaría el sexo rápidamente.

«No esperaba menos. Gracias».

A la señora Jones se le llenaron los ojos de lágrimas y se irguió un poco más. Desvié la mirada. Su afán por complacer era demasiado difícil de presenciar. Tenían aproximadamente la misma edad. Supuse que a Liam le gustaban jóvenes, por lo que la señora Jones no cumplía los requisitos.

«Esperaba empezar con ella esta noche, pero tengo una reunión de negocios. ¿Se portará bien?».

«Espera afuera». La señora Jones se volvió hacia mí.

Asentí una vez y salí de la sofocante biblioteca. Mi primer impulso fue cerrar la puerta detrás de mí, pero cuando escuché sus voces en voz baja, decidí quedarme cerca y escuchar.

«Sí, por supuesto que está lista. Solo cerré la jaula con llave la primera noche. Ni siquiera intentó salir del dormitorio». El orgullo en su voz me hizo enojar mucho.

Inspiré profundamente para que todas mis emociones desaparecieran. Entonces, ¿la puerta no estaba cerrada con llave? Podría haberme ido en cualquier momento. ¿Pero cuál hubiera sido el punto? Si me hubiera ido, mi familia pagaría el precio. Liam y sus hombres no nos ayudarían con nuestra disputa con los italianos. Solo esa era la razón por la que necesitaba quedarme.

«¿Qué pasó anoche?», ella preguntó. «Espero que todo haya ido según lo planeado».

«Así fue. Los italianos son unos brutos y estúpidos. No hizo falta mucho para que actuaran como animales».

¿Anoche? Entonces, ¿había estado en la ciudad, pero no en esta casa? Así que, definitivamente no vivía aquí. Sin duda este era el lugar donde guardaba a todas sus mascotas, que era exactamente lo que yo era. Sin embargo, todo el asunto del matrimonio no tenía sentido. O tal vez lo fuera si lo único que quería era tener hijos. Alguien tan orgulloso como Walsh no querría un hijo ilegítimo. Yo no era su mascota, más bien una vaca, que estaba aquí para reproducirse.

«Ponle un vestido. Algo regio. Este chico Rex Valentino es del tipo pomposo con una hermosa esposa. Quiero demostrarles que no es el único millonario de la ciudad». Prácticamente escupió las palabras cuando mencionó el nombre de Rex.

«¿Quién es él?», ella usó una voz tranquilizadora.

Sonreí porque había usado una táctica similar para conseguir lo que quería de papá.

«El dueño de un club, de muy alto nivel. Quiere hacer negocios conmigo. Estoy dispuesto a escucharlo. Está bien conectado con políticos y otros imbéciles ricos de la ciudad».

«Lo harás genial».

«Odio a todos esos imbéciles que nacieron con una cuchara de plata en la boca. No saben lo que se necesita para sobrevivir. Pero si su oferta comercial es sólida, nuestra banda se beneficiaría».

Quienquiera que fuera este Rex, le envié un agradecimiento silencioso. Gracias a él, mi tiempo con Liam se pospondría. Solo podía esperar que hubiera más reuniones de negocios que

lo mantuvieran alejado. Las lágrimas brotaron de las esquinas de mis ojos. Sentí repulsión por él. No era solo por su apariencia, sino por su comportamiento, la frialdad en sus ojos.

«¿A qué hora te irás?».

«Siete en punto. Asegúrate de que esté lista».

«Como desees». El sonido de sus pasos me hizo entrar en acción.

Corrí al pie de la escalera y la esperé allí. Cuando me vio, miró hacia atrás, como si tratara de averiguar si había estado escuchando a escondidas su conversación. Mi corazón latía en mis oídos mientras apretaba mis manos. ¿Me castigaría por eso? Había hecho todo lo que ella me había pedido para evitar experimentar cualquiera de los artilugios en la mazmorra. No había dicho que no podía escuchar.

«Esta noche irás a un baile de máscaras. Tu trabajo es hacer que el Sr. Walsh quede bien. Solo hablarás cuando te hagan una pregunta directa. Mantén los ojos bajos. ¿Lo entiendes?».

«Sí, señora», suspiré aliviada. Quizá la fiesta relajaría sus reglas por esta noche. De cualquier manera, no estaba de humor para interpretar a la mascota de Walsh en público.

«Vamos. No tenemos mucho tiempo».

CAPÍTULO 9

Hola, Red

Santino

Cerré mi computadora portátil y me recosté en la silla de mi escritorio. Afuera de mi oficina, mi asistente Lia ya se había ido a casa. Las luces de la ciudad se veían a lo lejos, más allá de las altas ventanas. Miré la impresionante vista hasta que se volvió borrosa y fue reemplazada por los eventos de la semana anterior. Algo sucedió esa noche, algo significativo, pero no podía entender qué era.

El teatro barato de Walsh tenía un propósito. Eso estaba claro, pero ¿qué era? La misma pregunta había estado dando vueltas en mi cabeza todo el día. Mi equipo había logrado capturar a uno de los hombres de Walsh, pero había estado sentado en una celda durante horas, comiendo nuestra comida y desperdiciando mis recursos. Tenía métodos probados para hacer hablar a la gente. ¿Pero de qué servían cuando no tenía ni puta idea de qué preguntarle?

Últimamente, los irlandeses parecían ocupar todo mi tiempo. Había pasado la mayor parte de la mañana buscando a Red, la dueña del colgante de la Cruz Celta. Todos mis contactos no sabían quién era ella y adónde había ido. La había recibido en el aeropuerto, pero aparentemente ella no había volado esa noche.

Me pellizqué el puente de la nariz y cerré los ojos. Habían pasado semanas desde nuestro encuentro casual, pero sus rasgos todavía estaban tatuados en mi mente. La había visto claramente. Ojos grandes tristes, labios redondos y carnosos y ese pelo rojo intenso. No podía recordar la última vez que tuve tantos problemas para localizar a alguien.

Mi teléfono sonó y me hizo regresar con un sobresalto. Bien. Ahora no era el momento de seguir el camino habitual con mi mujer misteriosa. Levanté la vista para ver si Lia contestaba, luego me di cuenta de que ya se había ido. Presioné el botón de la línea uno y luego el altavoz.

«Aquí Buratti».

«Santino, soy Rex». La voz de Rex Valentino resonó en mi oficina con poca luz y de repente necesité un trago. Nunca llamaba para dar buenas noticias. «Liam mordió el anzuelo».

Esas cuatro pequeñas palabras me hicieron incorporarme y prestar atención. «Le gustó mi propuesta sobre el emprendimiento de escrituras fiscales. Sabía que lo haría».

«Le gustó la propuesta Ahora quiere detalles».

Me reí entre dientes, porque ahora Liam Walsh estaba en la mira. Habíamos logrado atraerlo a nuestro mundo de excesos: alcohol, dinero, sexo, juego. «¿Cuándo?».

«Esta noche, en el “Crucible”. Estamos organizando un baile de máscaras y él accedió a unirse a nosotros para una reunión privada. Te necesito allí».

«Por supuesto. Quiero que la situación con los irlandeses ya quede resuelta. No me gusta la incertidumbre».

«A ti, a mí, a ambos. Te veré esta noche a las siete». Colgó.

«Estás sonriendo. Eso no puede ser bueno». La silueta de una mujer apareció en mi puerta.

Todos mis empleados estaban aterrorizados de mí, que era lo que a mí me gustaba. No estaba aquí para hacer amigos. Tenía un negocio que administrar. Ninguno de ellos se atrevería a dirigirse a mí con tanta familiaridad. Pero claro, Donata Salvatore no era mi empleada.

Ella era uno de nosotros, y técnicamente, la siguiente en la fila para ser Don de la familia Salvatore, una de las cinco familias originales que fundaron la Sociedad Enclave, junto con los Buratti, Valentino, Alfera y Gallo. Aunque gracias al FBI, la familia Gallo ya no andaba por la Tierra. El año pasado habían matado a todos y cada uno de sus miembros. Otra razón para asegurarse de que las payasadas de Liam no llamaran la atención sobre los cerdos del FBI.

«Donata, siempre es un placer verte». Dejé que mi mirada recorriera sus hermosos rasgos.

«Mmm. No mientas». Caminó tranquilamente hacia mi escritorio con pasos seguros. La mujer rezumaba confianza y riqueza.

«Está bien», apoyé mis manos en el reposabrazos de mi silla. «¿Qué puedo hacer por ti? Nunca me visitas».

«Tu padre dijo que necesitaba una segunda opinión médica. No quiso concertar una cita en mi clínica, pero dijo que se encontraría conmigo aquí».

Me reí. El viejo llegaba hasta el punto de engañar a Donata para que viniera a verme, de noche y sola. ¿Qué pensaba que pasaría? Que me invadiría el deseo y la tomaría, la dejaría embarazada y luego me obligarían a casarme con ella.

«No creo que el viejo venga», le sonreí. «¿Puedo ofrecerte una bebida?».

«Jesús, joder. ¿Hablas en serio?». Sacudiendo la cabeza, se dirigió al carrito de la barra y se sirvió un whisky. «Primero Rex, ¿ahora tú? ¿Qué soy? ¿Tan solo un premio?».

Hace unos años, la signora Vittoria, la tía de Donata y Don por ocupar asiento, hizo todo lo posible para que Rex y Donata se casaran. Pero lo que la signora Vittoria no sabía era que Rex ya había desarrollado una obsesión por Caterina Alfera. Al final, Rex ganó y se casó con su Caterina. Y ahora mi propio padre estaba tratando de tenderme una trampa con la bella Donata.

«Más bien una mujer muy poderosa que necesita un marido». Me puse de pie y la encontré en el salón que daba a las luces de la ciudad.

«Mmm». Tomó un largo trago de su vaso. «Poderosa, sí. Necesito un marido, claro que no».

«¿Qué pasa con las personas y el matrimonio? Mi viejo actúa como si fuera la respuesta a todo». Tomé la bebida que me ofreció y me senté en el sofá. «Lamento que te haya arrastrado a esto. Ha empeorado en los últimos meses. Está obsesionado con que yo tome esposa».

«Lo sé», ella arqueó una ceja. «Debería haber sabido que algo estaba pasando cuando vino a visitar a tía Vittoria. Esa mujer cree que es mi dueña».

«Al menos no tienes que hacerte cargo del negocio familiar si no quieres. Es bueno tener una opción». Miré el líquido ámbar en mi vaso.

«Sí, Santino, tengo mucha suerte». No parecía que realmente se sintiera afortunada.

Lo que pasaba con esta vida de mafioso era que no nos pertenecíamos a nosotros mismos. Pertenecíamos a la Sociedad. No tenía ninguna duda de que había adivinado lo que el anciano estaba haciendo cuando le pidió que se reuniera con él aquí, en mi oficina, a altas horas de la noche. Pero, de todos modos, ella tenía que hacer lo que él decía. Todos lo hacíamos. Los Don gobernaban nuestras vidas. Lo más duro era que los Don no tenían mucha más libertad que nosotros. Respondían al Enclave. El deber era su único motivador para todo lo que hacían.

«Hablando de suerte y de las cosas que debemos hacer». Dejé mi vaso sobre la mesa de café. «Tengo una reunión con Rex».

«Yo también». Apoyó el codo en el respaldo del sofá y se pasó los largos dedos por el pelo rubio. «De lo único de lo que habla Rex en estos días, es de los irlandeses».

«Sabes lo que está en juego. No nos olvidemos de los Gallo».

«Claro». Cerró los ojos y se hundió un poco más en el suave cuero.

«Tengo que pasar por mi casa para cambiarme y ponerme algo más apropiado. ¿Puedo llevarte a casa?». Le ofrecí mi mano, agradecida de que estuviera en contra del matrimonio tanto como yo. Si ella era la que dijera que no a la propuesta del anciano, me ahorraría el problema y otra pelea más con papá.

«Sí. Pero solo si tomamos el camino más largo. No estoy de humor para besarle el culo a los irlandeses». Ella dejó escapar un suspiro.

«Hecho».

A las siete y cinco minutos, me duché y me vestí para una de las noches maquiavélicas de Rex. Mi conductor entró en el garaje privado, justo cuando mi teléfono sonó con el mensaje de texto de Rex.

Rex: Empezaremos sin ti. Únete a nosotros cuando llegues aquí. Habitación azul.

El loft VIP tenía varias salas para satisfacer todas y cada una de las necesidades de los invitados en el “Crucible”. Principalmente, Rex y todos los miembros de la Sociedad utilizaban el espacio para reuniones secretas. El “Crucible” tenía un piso completamente aparte dedicado al sexo y otras fantasías. Para el asunto de esta noche, estábamos en la sala de juego.

El dulce aroma del casino me recibió tan pronto como la puerta del ascensor se abrió en el piso cuarenta y uno. Me ajusté la chaqueta del esmoquin y me abrí paso entre la multitud, sonriendo a los hombres y mujeres vestidos con leotardos y suspendidos de una larga cuerda sobre nuestras cabezas. Algunos de ellos tenían antorchas y seguían lanzando fuego hacia los apostadores.

La que tenía la máscara plateada de diamantes de imitación descendió lentamente hasta que su pecho agitado estuvo a la altura de mis ojos. «Un trago, señor Buratti». Presionó la botella de vodka contra sus tetas como si quisiera que yo bebiera de ellas.

«No esta noche». No hace mucho, había hecho mucho más que usar su cuerpo como vaso de tragos. Aunque últimamente simplemente no tenía ganas. «En otro momento». Toqué su barbilla con la punta de mi dedo índice y continué mi camino hacia el loft VIP.

Incluso a esa hora tan temprana, la mayoría de las mesas de blackjack y dados estaban repletas de gente vestida con trajes de noche y máscaras.

Me entregué a mi obsesión más reciente y escaneé la habitación en busca de pelirrojas con piel suave y cremosa. Una me llamó la atención y me detuve en seco. La adrenalina bombeó con fuerza a través de mi cuerpo mientras esperaba que Red se diera la vuelta. La anticipación murió rápidamente en mi estómago cuando la mujer me miró. Su sonrisa amistosa confirmaba que ella no era mi Red.

Tal vez debería darle a Red un descanso por esta noche. Tenía cosas más importantes de las que ocuparme. Las vidas de muchos dependían de nuestra capacidad para controlar a Liam Walsh. Mi pene podría esperar.

En el otro extremo del espacio similar a un almacén, una gran escalera con alfombra roja y una barandilla con un diseño intrincado se curvaba hacia el loft VIP. Reduje mi paso cuando llegué al final de las escaleras y asentí una vez al portero. Inmediatamente se acercó y quitó la cuerda carmesí para dejarme pasar.

Un mesero me recibió en lo alto de las escaleras y me ofreció un vaso de ‘Pappy’. Tomé el vaso de la bandeja y bebí. El salón principal daba a un conjunto de ventanas altas que enmarcaban Central Park y el horizonte de la ciudad de Nueva York a la perfección. A Rex le gustaba este exceso exagerado. Podía tomarlo o dejarlo.

Miré la impresionante vista hasta que una mujer con un vestido de terciopelo verde se levantó de uno de los sofás de cuero blanco y bloqueó mi línea de visión. Su cabello lo llevaba en una trenza francesa suelta que rozaba suavemente su espalda desnuda con cada movimiento que hacía. Como antes, mi adrenalina se disparó mientras esperaba que ella se dirigiera hacia mí. Solo podía suponer que las mujeres lo hacían porque podían sentir el peligro. Yo era el depredador. Ella era mi presa.

Mi mirada se detuvo en las flores plateadas de su cabello rojo, la forma de su largo cuello y el suave brillo de sus hombros. Podría dar dos zancadas largas y hacer que me mirara, pero no quería que esa sensación en mi pecho desapareciera todavía. No quería que se volviera y tuviera la cara equivocada.

Bebió lo que le quedaba de champán y dejó la copa en la mesa auxiliar. En el siguiente suspiro, se quedó helada. Su mirada no se levantó para encontrarse con la mía, pero pude ver lo suficiente de su perfil para saber que era Red. Los mismos ojos verdes brillantes, labios carnosos y mejillas rosadas. Ella era mi mujer misteriosa en persona. Se levantó lentamente con la boca formando una "O" en reconocimiento.

La presión a nuestro alrededor cambió y ninguno de nosotros podía moverse. Mi cuerpo se calentó como si tuviera pequeños acróbatas que escupieran fuego girando en mi pecho. Había pasado demasiado tiempo suspirando por esta mujer. Pero mi vida ya era demasiado caótica para añadir una relación a la mezcla. Tenía que follarla y sacarla de mi sistema rápidamente.

Decidí mi plan, allí mismo.

Aparte del mesero y el barman, estábamos solos en el loft. Pero quería tenerla toda para mí. Busqué en el bolsillo interior de mi chaqueta de esmoquin y saqué el colgante de la Cruz Celta. Lo dejé colgar de mis dedos y encontré su mirada. Sus ojos se convirtieron en grandes platillos mientras fruncía los labios. El collar era importante para ella. Estaba enojada porque lo había tomado.

Y luego me di cuenta. Estaba más que enojada. Lo que me faltaba la primera vez que la encontré en el aeropuerto. Había sentido que la derrota en su mirada no era propia de ella. Y tenía razón. El fuego que ardía en ellos ahora era embriagador. Quería beber de ella, poseerla. En un instante, todas mis fantasías sobre ella salieron a la superficie y me dieron todo tipo de ideas.

Metí las manos en los bolsillos del pantalón y la dejé allí parada.

Detrás de mí, ella suspiró, pero no se movió.

Continué por el pasillo a la izquierda del salón y probé la primera puerta. La suite tenía un bar completamente abastecido, un juego de sillones de cuero y un diván extra grande. En mi mente, la vi inclinada sobre uno de los apoyabrazos, con el vestido alrededor de la cintura y el trasero a la vista. Mi pene se contrajo y un impulso salvaje me consumió.

No tenía ninguna duda de que ella vendría tras lo que era suyo. Pero odiaba esperar. La paciencia no era exactamente una de mis virtudes. Me serví una copa y me senté en el sillón frente a la puerta.

Cuando el whisky tocó mis labios, ella apareció en el umbral, todavía mostrando todo tipo de desprecio por mí.

«¿Quién crees que eres?». Apretó los puños y luego lanzó una rápida mirada por encima del hombro.

«Hola, Red».

«¿Qué?», ella frunció el ceño. «Devuélvemelo».

Ella se mantuvo firme, sabiendo instintivamente que mantener la distancia conmigo era la única manera de mantenerse a salvo. Volví a colgar el collar entre mis dedos.

«Ven y tómalo».

Ella contuvo el aliento. Cada segundo que ella tardaba en tomar una decisión, mi piel ardía con una especie de deseo que nunca había sentido. Por razones que desconocía, logré quedarme quieto y esperar a que ella se acercara a mí, mientras sostenía el colgante con fuerza.

Después de lo que parecieron horas, dio un paso hacia adelante y cerró la puerta detrás de ella. El aire crepitaba con una energía urgente e indómita. Si la piel de gallina en su pecho era una indicación, ella también lo sentía.

Había entrado en la guarida del lobo por su propia voluntad. Y con eso sellaba su destino. Pero si yo era el depredador aquí y ella mi presa, ¿por qué era ella la que acechaba hacia mí, con tanta hambre en sus ojos?

«¿No te enseñó tu madre a no hablar con extraños?», le sonreí.

CAPÍTULO 10

Esa es su cara

Luce

¿Qué diablos estaba pasando? El magnate inmobiliario multimillonario, que nos hizo quedarnos durante mucho tiempo en la pista porque no quería esperar su turno para aterrizar, me miraba como si quisiera devorarme. Tal vez estar atrapado en una mazmorra sexual durante tanto tiempo finalmente me había pasado factura porque yo también lo deseaba.

Era más alto y más guapo de lo que recordaba. Pensé que había memorizado sus intensos ojos grises, pero la imagen que tenía de él en mi mente no le hacía justicia al hombre increíblemente atractivo sentado frente a mí. Inspiré su aroma y lo dejé viajar a cada centímetro de mi cuerpo. Desde el momento en que lo vi en el salón, una especie de zumbido se apoderó de mi coño. Nunca había tenido relaciones sexuales ni siquiera me había masturbado, pero tenía la sensación de que él podía aliviar la sensación de calor dentro de mis pliegues.

Mi matrimonio con Liam era inevitable. Una vez que nos casáramos, yo me convertiría oficialmente en la máquina para hacer bebés que él había comprado. Él sería dueño de mi cuerpo durante el tiempo que quisiera. Eso podría ser por el resto de mi vida. El universo me había ofrecido una bondad. Me traía a mi hombre misterioso del aeropuerto y mucho más, porque estaba segura de que él también me deseaba.

Liam probablemente estaría fuera por una hora. Podrían pasar muchas cosas en ese lapso de tiempo. Miré hacia la puerta. Podría correr, pero nunca sabría a qué sabía.

Moví mi cuerpo para enfrentarlo. Se relajó contra el sillón del club y separó ligeramente las piernas, una invitación a contemplarlo, admirar su imponente físico y lo increíblemente atractivo que se veía con un esmoquin. Tantas veces había fantaseado con besar su pecho desnudo y pasar mis manos por todo él.

Como si pudiera leer mis pensamientos, dejó escapar un suspiro que sonó como un gemido salvaje. «Viniste aquí por tu collar. Y un poco más». No era una pregunta, más bien una observación. Su voz sonaba contenida y ronca.

Espera. ¿Mi qué? Ay, Dios, el collar de mi madre. ¿Cómo pude olvidarlo?

Aparté la mirada por un segundo para romper el trance en el que me había puesto. «Devuélvemelo. ¿Por qué lo tomaste?».

«No sé». Apoyó el codo en el reposabrazos y dejó que el colgante cayera de su agarre para balancearse en un círculo.

Dejando a un lado todos mis pensamientos sucios, di un paso hacia él y se lo arranqué. Intenté retroceder arrastrando los pies, pero mis piernas no se movían. Desde esa distancia, su

aroma amaderado resultaba embriagador. Tomé otra bocanada de aire, algo para recordarlo.

«Red». Se puso de pie hasta quedar por encima de mí.

Casi respondí "sí", pero antes conseguí morderme el labio. Con una sonrisa de complicidad, levantó la mano y jaló el extremo de mi trenza, para que descansara sobre mi pecho. «Pídemelo».

Negué con la cabeza. Mi mirada brillante se fijó en la suya.

«No deberías tomar cosas que no te pertenecen». Mi voz sonaba muy lejana.

«No, no debería».

Estaba hablando del collar, pero su tono implicaba que pensaba que me refería a mí. O tal vez eso era mi imaginación. Chupé mi labio inferior con más fuerza para evitar rogarle que me tocara y di un paso atrás.

En el siguiente latido, se inclinó y capturó el lado de mi boca que no estaba atrapado entre mis dientes. El calor de su cuerpo, su aroma y esa energía cruda a su alrededor me golpearon todos a la vez. Por un momento, me defendí sin soltar mi labio. Pero luego lo atravesó con la lengua y esa fue mi perdición.

«Mmm» gemí. «¿Quién eres?».

«Más tarde». Jadeó, acunando mi cara con ambas manos mientras ambos caíamos en un frenesí de deseo reprimido. Me besó fuerte y desesperadamente, como si hubiera estado pensando en hacer exactamente esto durante mucho tiempo.

Mientras él hacía magia con su boca, pasé mis manos por su pecho y por su cabello. «Puedo hacerte sentir tan bien. Pídemelo». Resopló en mi oído y luego bajó hasta mi cuello para mordisquear mi piel caliente.

«Sí». Agarré las solapas de su chaqueta y se la quité de los hombros.

Honestamente, no tenía idea de lo que quería hacer, pero solo podía asumir que tenía que ver con el intenso dolor entre mis piernas. Cuando tomó mi coño, me solté y me fundí en él. Era la rendición completa de alguien que no tiene nada que perder.

«Red», susurró, presionando su frente contra la mía.

Por un segundo, pensé que estaba teniendo dudas, pero luego me rodeó la cintura con el brazo, me acompañó hasta que estuve al ras del respaldo de una de las sillas del club y luego me dio la vuelta. Apoyé mis manos en el asiento, justo cuando la falda de mi vestido aterrizó alrededor de mis caderas y sus manos encontraron mi trasero desnudo.

Un gemido escapó de mis labios cuando presionó su cara contra mi palpitante coño. La pequeña liberación fue suficiente para hacerme gemir fuerte. No sabía que podía ser así. No sabía que se podía generar tanto placer en ese lugar. Simplemente no lo sabía.

Pasó la lengua por la hendidura. Con cada roce, aumentó la presión para hacer que mis pliegues se separaran y darle acceso a un lugar que nadie había tocado antes. La sensación me volvió loca de deseo. Quería más de eso. Quería llegar al otro lado de esa creciente necesidad y finalmente saber lo que me habían negado todos estos años.

«Sí. Mmm». Me puse de puntillas para darle un mejor acceso.

Amasó mis nalgas y presionó más profundamente dentro de mí, lamiendo mi entrada. «Estás empapada. Vas a correrte por mí, ¿no?».

«Sí», cerré los ojos con fuerza.

El calor y el zumbido en mi interior aumentaron, como una olla de agua a punto de romper a hervir. Él estaba en lo correcto. Estaba por llegar. Rasqué el lujoso cuero del asiento acolchado y luego se detuvo. Moviendo mi cuerpo, parpadeé un par de veces para aclarar mi visión. Estaba de rodillas, todavía frente a mi trasero, pero tenía su teléfono en la oreja.

«Más vale que esto sea de vida o muerte», dijo con los dientes apretados. «Oh, puta madre».

Se levantó y casi me derribó en el sillón del club.

Incluso en mi estado de delirio, me di cuenta de que nuestra sesión había terminado porque le estaba sucediendo una situación de vida o muerte. Miré mis piernas y el calor subió a mis mejillas por la vergüenza cuando vi mi ropa interior alrededor de mis tobillos. ¿Qué demonios estaba pensando? Ni siquiera conocía al tipo.

Rápidamente me los subí y me arreglé la falda, respirando profundamente para bajar de mi nube y regresar al mundo real.

«Estaré ahí». Dejó el teléfono en el bolsillo y se puso la chaqueta. Cuando encontró mi mirada, me dedicó una sonrisa que me hizo querer bajarme las bragas otra vez. «Sé una buena chica y quédate aquí».

Parpadeé. Mi cabeza todavía estaba dando vueltas por lo sucedido. Todavía podía sentir su lengua arremolinándose en mi coño, haciéndome sentir cosas que no sabía que podrían ser.

Parpadeé de nuevo. Y luego se fue.

Me recogí la falda, me senté y luego reboté. ¿Qué? No podía esperarlo. Liam terminaría su reunión en cualquier momento. Escaneé la suite en busca de un reloj, pero no había ninguno. *Mierda.* ¿Cuánto tiempo estuve aquí? Y Dios mío, ¿casi tuve sexo con un chico que acababa de conocer? Me tapé la boca con una mano. Estaba lista para entregarle mi virginidad. Liam me habría matado a mí y luego a toda mi familia. Todo nuestro contrato dependía de ese pequeño detalle.

Mierda. Mierda. Mierda.

Corrí hacia el espejo detrás de la pequeña barra para mirarme. Mi lápiz labial había desaparecido. Mis mejillas estaban sonrojadas. Y mis ojos... eran grandes, enormes, y muy brillantes. Parecía como si me acabaran de follar. Inspiré profundamente para calmarme y luego comencé desde arriba: me arreglé el cabello, usé mi trenza larga para cubrir las manchas rojas en mi cuello y luego pasé a mi vestido, para asegurarme de que todo estuviera en su lugar. Presioné una mano fría contra mis mejillas y me obligué a respirar de manera uniforme.

Unos minutos más tarde, estaba lista para salir y esperar a Walsh. En el salón, Caterina había regresado. Antes, cuando los hombres entraron a la sala de reuniones, ella me llevó a un lado y me ofreció una bebida. Sin embargo, antes de que pudiera terminar mi champán, su hermano entró y me preguntó si podía hablar con ella. Entonces apareció mi hombre misterioso.

«¿Qué hora es?», le pregunté al mesero.

«Las ocho y media, señorita. ¿Otro champán?».

«Sí, por favor».

Si Liam me viera bebiendo cuando saliera, podría culpar al vino por mis mejillas rojas.

«Terminarán pronto. No te preocupes», Caterina me sonrió.

«Oh, lo sé», le devolví el gesto.

Con ese vestido blanco sin tirantes, parecía un ángel de la vida real. Cuando nos presentaron por primera vez, sentí celos de la pareja perfecta que ella y su esposo, Rex, formaban, como si estuvieran hechos el uno para el otro. Envidiaba la forma en que gravitaban el uno hacia el otro y cómo ella lo miraba con tanto amor en sus ojos.

Sabía que el amor loco y apasionado nunca sería para mí, pero verla tan enamorada me hizo anhelar una pareja cariñosa.

«Su champán, señorita». El mesero puso una servilleta de coctel en mi mano y luego siguió colocando una flauta.

«Gracias». Bebí, mirando alrededor de la habitación para ver si mi hombre misterioso todavía estaba por ahí, pero ya no estaba.

Cuando me llevé la servilleta a los labios, lo escrito en ella me llamó la atención.

Debo verte de nuevo. Esta noche. Ya conoces el lugar.

Mi ritmo cardíaco se disparó. Arrugué la servilleta y la arrojé sobre la encimera. Como si entregara mensajes clandestinos todas las noches, el barman la recogió y la arrojó a la basura. En un mundo perfecto, sería libre de encontrarme con un hombre maravilloso que prendería fuego a mi cuerpo. Pero mi cuerpo ya no era mío. No podía volver a verlo.

Se quedaría esperando.

«Luce». Walsh chasqueó los dedos en mi cara. «Creo que ya has bebido suficiente». Me quitó la copa y la dejó sobre el mostrador. «Nos vamos».

«Por supuesto», Asentí. Cuando me volví para despedirme de Rex y Caterina, Caterina seguía sola. Me aclaré la garganta. «¿Está todo bien?».

«Sí. Ya escuché suficiente». Agarró mi brazo y se dirigió hacia la gran escalera.

«Fue genial conocerte». Logré despedirme de Caterina.

«Fue genial conocerte también. Por favor, ven a vernos de nuevo». Ella nos siguió hasta lo alto de las escaleras.

«¿Qué pasó?». Prácticamente estaba corriendo para seguirle el ritmo.

«Nada que te concierna».

«Está bien». Dejé que me guiara entre la multitud y las numerosas mesas de juego. Cada vez que se detenía para apartar a la gente del camino, yo miraba hacia el loft VIP, con la esperanza de echar un último vistazo a mi hombre misterioso. No tuve tanta suerte. La noche había terminado.

Liam no habló durante todo el camino hasta su casa. Entonces, cuando entramos a su estudio y él me abrazó y trató de besarme, quedé completamente en shock. Mi primer instinto fue alejarlo de un empujón. No esperaba eso, así que retrocedió.

«Todos esta noche estuvieron desnudándote con la mirada. Pero soy yo quien puede quitarte la ropa». Avanzó de nuevo.

«Aún no estamos casados». Me limpié la humedad de la mejilla y puse más distancia entre nosotros. La señora Jones me había advertido que responder me haría merecer un castigo severo. Pero estaba demasiado asustada para preocuparme. Cualquier cosa era mejor que tener sexo con este hombre cruel que me doblaba la edad. «El contrato dice que nos casaremos. No voy a renunciar a mi virginidad fuera del matrimonio».

No necesitaba saber que hace una hora casi había hecho exactamente eso con un hermoso desconocido.

«Tienes mi palabra».

«Sigues diciendo eso. Pero todavía no he visto ninguna prueba de que hayas cumplido tu parte del trato». Hice un gesto hacia su computadora. «¿Dónde están los recursos que prometiste, los hombres y el dinero?».

«No confías en mí».

«Acabo de conocerte».

«Estaba tratando de protegerte. Pero si crees que puedes manejar la verdad. Aquí lo tienes». Caminó alrededor de su escritorio y abrió su computadora portátil. Después de escribir y hacer clic por un momento, giró la pantalla. «Ya entregué a los hombres. Pero los italianos son animales. Ellos tomaron represalias».

«¿Qué?». Entrecerré los ojos ante el metraje que se reproducía.

Un auto en llamas entró directamente en un pub y le prendió fuego a todo. Los disparos sonaron por todas partes mientras los hombres corrían a refugiarse en la calle.

«No entiendo».

«Debido a mi ayuda en Chicago, los italianos de Hell's Kitchen vinieron tras mi banda. Esa noche perdí a dos hombres. Ustedes perdieron tres. Quemados vivos. Todos ellos».

«No. Eso no puede ser». Agarré ambos lados de la pantalla, tratando de distinguir qué había en el video. La calidad era tan mala que era difícil saberlo. «¿Dime quién?».

«Patrick O'Brien».

Mi cabeza se levantó hacia él. «No, estás mintiendo». Me concentré en cada detalle que se mostraba. «Él no pudo haberse ido. Si papá estuviera muerto, habría sentido algo». Excepto que había pasado las últimas semanas adormeciéndome para poder sobrevivir a la señora Jones y al calabozo. «Quiero decir, ¿qué estaba haciendo papá en Nueva York?».

«Vino a reunirse conmigo el día antes de tu llegada. Había algunos detalles del contrato de boda que quería finalizar antes de que aparecieras».

La habitación se balanceaba y me daba náuseas. Papá no había estado en casa el día que salí de Chicago. Supuse que no quería verme porque se sentía culpable porque había aceptado venderme a Liam. Pero papá se había ido porque tenía asuntos pendientes con mi futuro esposo.

«Soy todo lo que te queda, Luce», dijo Liam en voz baja, como si se preocupara por mí, lo cual sabía que no era cierto. Necesitaba un heredero y una mascota. «Tu familia te ha abandonado. Sin Patrick, soy todo lo que tienes. ¿Lo entiendes?».

«No». Me alejé de él.

«Respetaré nuestro contrato. Te casarás conmigo y, a cambio, seguiré ayudando a los Lobos Rojos en Chicago». Su mirada lujuriosa descendió hasta mi pecho. Cuando volvió a hablar, su voz apenas era más que un susurro. «Todavía puedes ser mi reina. Juntos, tú y yo podemos tenerlo todo».

«Quiero verlo. Llévame a ver a papá. Por favor».

«La policía aún no ha entregado los cuerpos». Cerró el espacio entre nosotros, absorbiendo mi olor. «Ambos perdimos algo esta noche, Luce. Pero todavía podemos conseguir lo que queremos. Continuaré cumpliendo mi parte del trato y lucharé contra los italianos por ti». Me agarró del brazo.

«Necesito ver a mi hermano entonces. ¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí?». No me importaba lo que Liam quisiera ni nuestro ridículo contrato.

Dejó escapar un suspiro exasperado. «Intenté llamarlo anoche, pero no responde. Mis hombres no lo han visto desde que llegaron a Chicago». Ladeó la cabeza y me apretó con más fuerza. Después de varios segundos, me soltó y cogió su teléfono del escritorio. «Llámalo si quieres».

Se lo arrebaté y rápidamente llamé a Ronan. Esperé a que respondiera mientras las lágrimas llenaban mis ojos. Mi corazón necesitaba escuchar una voz familiar ahora mismo.

«¿Me crees ahora? La situación ha cambiado ligeramente. Pero sigo siendo tu mejor apuesta». Pasó el dorso de sus dedos por mi mejilla.

Me froté la sien. Todavía no podía entender lo que había sucedido. Papá estaba muerto. Mi equipo me necesitaba ahora más que nunca. Yo era todo lo que les quedaba. Alguien tenía que dar un paso al frente y ser el jefe. El nudo en mi vientre se apretó dolorosamente y mi estómago dio un vuelco.

Mientras examinaba la infinidad de emociones que pasaban por mi cabeza, el video en la computadora portátil de Liam reproducía la espantosa escena: un hombre había empujado un auto hacia el pub con papá adentro y luego le prendió fuego. Los hombres se apartaron corriendo, pero papá se mantuvo firme. ¿Por qué? Esta vez no aparté la mirada. Miré la siguiente

parte del metraje hasta que estuvo a la vista. «Esa es su cara».

«Lo sé». Liam detuvo el video sobre el asesino de papá. «Y él pagará. Te lo prometo».

«¿Lo conoces? ¿Cómo se llama?».

La sangre se me subió a la cabeza y todo lo que pude ver fue rojo. Cerré los ojos con fuerza y las lágrimas corrieron por mis mejillas. Aunque había apartado la mirada, sus rasgos estaban grabados en mi mente. Su imponente cuerpo, esas cejas y su fuerte mandíbula eran difíciles de olvidar. Principalmente porque eran los mismos con los que había estado fantaseando desde que llegué a Nueva York.

No podía ser un mafioso italiano: mi enemigo.

«Santino Buratti». Liam dijo el nombre con todo el disgusto y desprecio que yo sentía. «Lo conocí esta noche».

CAPÍTULO 11

No quería matarlo

Luce

La Sra. Jones añadió más polvo brillante a mis pezones y luego me ayudó a ponerme otro leotardo blanco transparente. Parecía feliz, incluso emocionada. Liam quería consumar nuestro trato esta noche. La boda, me aseguró, tendría lugar el viernes siguiente.

«El señor Walsh quiere una ceremonia íntima. Así que, seremos solo nosotros y un puñado de amigos». Ella arregló mi trenza francesa, de modo que quedara sobre mi pecho izquierdo.

Un nudo se revolvió en mi estómago. Tenía muchos amigos y familiares a quienes habría invitado a mi boda. «Está bien».

«Sonríe, querida. Al señor Walsh no le gustan las caras tristes».

«Mi papá fue asesinado anoche. Esperó un día entero para decírmelo. Tengo derecho a llorar». Parpadeé y más lágrimas corrieron por mis mejillas.

La señora Jones sacó un pañuelo de papel de su caja y me secó debajo de los ojos. «Esta noche olvidarás las cosas».

¿Cosas? Que mi padre fuera asesinado en la calle no era solo una cosa. Mi respiración se volvió errática mientras ella me acompañaba hasta el espejo de cuerpo entero del baño para mostrarme su trabajo. Parecía una muñeca, vacía y sin vida.

Nunca había hablado tanto antes, pero continuó con más instrucciones mientras ordenaba el baño. Me quedé allí y observé su figura borrosa moverse por la habitación y luego hacia el calabozo. Parpadeé para concentrarme, pero fue inútil.

Un zumbido agudo en mi oído silenció sus palabras. Todo había cambiado. ¿Ella no se daba cuenta de eso? Me froté el pecho. Sin papá y Ronan, la banda era vulnerable. Necesitaban un jefe, o empezarían a atacarse unos a otros. Una guerra interna los dejaría expuestos a una toma de control por parte de las bandas vecinas. Podía ver todo el derramamiento de sangre en las calles. Los irlandeses lucharían por tomar el control, mientras los italianos se acercaban para dar el golpe final.

No, no podía quedarme más aquí, haciéndole de mascota a Liam, esperando que él mejorara todo. Mi banda me necesitaba más que al pequeño ejército de Liam. Tenía que volver a Beverly. Papá hubiera querido que yo fuera a casa y fuera un líder.

Seguí a la señora Jones al calabozo sexual donde estaba ocupada reorganizando los juguetes sexuales. Cuando terminó, empujó una mesa de madera con una tapa de mármol oscuro contra la pared frente a mi jaula. En el centro de la habitación, unos focos iluminaban con un tono rojo un artilugio que parecía una rueda de tortura con cuerdas y esposas. Eso era nuevo. Supuse que lo

había traído solo por esta noche.

«Y recuerda, habla solo cuando te haga una pregunta directa». Siguió jugando con diferentes elementos sobre la mesa.

Toda la habitación quedó enfocada. Mi cabeza era un revoltijo de teorías y tareas pendientes. Quería estar con mi banda, pero también quería venganza.

Santino Buratti.

El nombre apareció frente a mis ojos.

La claridad me invadió. Todo se enfocó y supe exactamente lo que tenía que hacer. Tenía que encontrar a Ronan y advertirle de lo que habían hecho los italianos en Nueva York. Tenía que saber que los Lobos Rojos lo necesitaban a él, a nosotros. Pero primero, Santino tenía que pagar por lo que había hecho. Prendió fuego al pub con papá dentro.

Tenía que pagar.

El odio reemplazó el dolor en mi pecho.

Mi mirada se centró en el enorme consolador que estaba en el borde del mostrador de mármol, el que había estado en mi boca cuando la Sra. Jones me mostró cómo hacer una mamada adecuada. La bilis subió al fondo de mi garganta. Todo mi cuerpo tembló de ira mientras un plan para escapar se formaba en mi cabeza. Cuando envolví mis dedos alrededor de la cara de la gorda polla, mi agarre fue firme.

Lo tomé y golpeé a la señora Jones en la sien. Su pequeño cuerpo voló por el suelo. Antes de que pudiera levantarse, la golpeé nuevamente en la nuca. El segundo golpe la dejó inconsciente y su cuerpo quedó inerte sobre el suelo alfombrado.

No había tiempo para dudar. Arrastré su cuerpo hasta el artilugio en el medio de la habitación y la esposé a uno de los anillos. Luego le puse una mordaza. Y solo porque no sabía lo buena que era en esto, usé una cuerda de yute para atar sus piernas a los extremos opuestos de la rueda de tortura.

Mi corazón latía con fuerza en mis oídos mientras miraba alrededor del calabozo. Necesitaba ropa de verdad. En el baño, solo encontré una capa roja, más cosas pervertidas para ayudar a Liam a colocársela. Me la puse sobre los hombros y salí corriendo de la habitación.

Ahora estaba segura de que el apartamento solo se usaba para las mascotas de Liam. Como aquí solo vivían mujeres indefensas y la señora Jones, la seguridad era mínima. Hoy temprano, cuando salimos hacia el “Crucible”, solo vi dos guardaespaldas afuera del edificio. Y uno en el garaje.

Caminé hasta el estudio de Liam, donde la luz entraba por debajo de la puerta. Él todavía seguía allí. Coloqué mi mano temblorosa en el pomo. La señora Jones era fácil de dominar, pero Walsh era despiadado y más grande que yo, no por mucho, pero, aun así. No podría luchar contra él.

Por mucho que quisiera lastimarlo por lo que me hizo pasar y por lo que le hizo a mi familia, no podía matarlo. Yo no era una asesina. Ni siquiera tenía un arma conmigo. O cualquier tipo de arma. Busqué en la sala algo que pudiera usar, pero el lugar estaba casi vacío, a excepción de los muebles y algunas chucherías.

Corrí hacia la entrada principal. Abrí la puerta lo suficiente para poder pasar y luego la cerré detrás de mí. El pasillo estaba vacío como antes. Corrí hacia los ascensores y presioné el botón de llamada continuamente hasta que las puertas se abrieron. Tenía diez pisos para descubrir cómo evitar a los dos hombres de abajo. La capa me cubría la cara, pero era roja y destacaba, porque ¿quién se pondría una maldita capa en pleno verano?

Piensa, Luce.

Cuando llegué al vestíbulo, el portero me saludó cortésmente. Y entonces me di cuenta: Liam no esperaba que sus mascotas salieran de su apartamento. Su única preocupación era su propia seguridad. Nadie estaba aquí para impedirme irme.

«¿Necesita un taxi, señorita?», preguntó sin juzgar en sus ojos. Aunque era obvio que pensaba que yo era una prostituta. Llevaba un leotardo transparente y una capa roja. ¿Qué más podría pensar?

«Eso sería genial». Recogí la tela de terciopelo y me abracé con ella.

«De inmediato».

Quería besar al hombre. Mientras hacía la llamada, vigilé de cerca el ascensor. ¿Cuánto tiempo tenía antes de que Walsh se diera cuenta de que me había ido? Estaba hablando por teléfono cuando pasé por su estudio. ¿Quizá diez o quince minutos?

«¿Adónde se dirige, señorita?».

Mierda. Supuse que Liam le preguntaría al portero si me había visto. Y sin duda le diría que me metió en un taxi. Quería ir al aeropuerto, pero no tenía dinero. Todo lo que podía hacer era llamar a Kay y esperar que todavía estuviera en la ciudad y tuviera una manera de ayudarme. Pero ¿y si hubiera estado en Harlem la noche que atacaron los italianos?

Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando las imágenes que Liam me mostró aparecieron en mi cabeza. Tenía todos los detalles memorizados, incluida la última imagen que vi: Santino Buratti.

«¿Señorita?».

«El “Crucible”, por favor».

Si no lo lograba, si Liam me encontraba antes de que pudiera llegar a mi casa en Chicago, al menos quería hacer esto. El asesinato de mi padre no podía quedar impune. Santino tenía que responder por lo que había hecho. Y por suerte, sabía exactamente dónde estaría esta noche.

Un minuto después llegó el taxi. Me puse la sudadera con capucha y dejé que el portero me acompañara hasta la acera. Mi mirada se dirigió a cada extremo de la calle. Había dos hombres a un lado de la puerta del vestíbulo, pero estaban demasiado ocupados hablando y compartiendo un cigarrillo. No tuve tiempo de ver sus caras y confirmar que estaban aquí por Liam. Subí a la parte trasera del taxi amarillo y me senté pesadamente en el asiento desgastado y roto.

El conductor ni siquiera saludó. Puso las luces intermitentes y arrancó tan pronto como el camino estuvo despejado. Santa mierda. Salí.

En el “Crucible”, el taxi se detuvo en la entrada principal. Ya era pasada la medianoche, pero la fiesta en la calle todavía estaba en pleno apogeo. Entonces, cuando salí corriendo y desaparecí entre la multitud, el conductor no tuvo forma de perseguirme. Caterina me había explicado que el “Crucible” era solo por invitación, pero a la gente le gustaba hacer fila afuera para ver si podían detectar alguna celebridad o tal vez ser invitada a entrar. Esperaba que el portero en la puerta recordara mi cara. De lo contrario, no tendría forma de entrar.

Agarrando el frente de mi capa, me acerqué al tipo grande que sostenía la cuerda roja en su lugar. Tan pronto como me vio, asintió una vez. «Sra. Red».

«Ese...», no es mi nombre. Pero decidí que el apodo de Santino para mí era una mejor opción. Después de que matara a Santino, no sabrían a quién buscar. Me puse la capucha. «Gracias».

Una vez dentro, me dirigí al loft VIP donde, nuevamente, me esperaba el portero. Santino había estado tan seguro de que regresaría. ¿Por qué? ¿Porque me convertí en masilla bajo sus cuidados o porque él sabía quién era yo? El motivo no importaba. Papá sería vengado esta noche.

Cuando abrí la puerta de la suite fue como si el tiempo no hubiera transcurrido. Como si no me hubiera ido con Liam y hubiera ido a su casa, como si no hubiera recibido la segunda peor

noticia de mi vida. Aunque cuando mamá murió, no tuve a nadie a quien culpar excepto al cáncer que la estaba devorando. La venganza no había sido posible para ella.

«Jesús, ¿estás tratando de matarme?», Santino se puso de pie.

El deseo ardiendo en sus ojos me detuvo en seco. Mi cuerpo reaccionó a su olor y al chisporroteo en el aire. No esperaba eso. Entonces, cuando cerró el espacio entre nosotros y me besó, simplemente me derretí. Mis labios se amoldaron a los suyos. Cuando su lengua chocó con la mía, una chispa se encendió en mi núcleo.

Se alejó primero para quitarse la chaqueta. Tan pronto como mi mirada se centró en el arma atada a su pistolera, recordé por qué había regresado. *Santino era un asesino*. Merecía que le dispararan. Arrebaté su arma y quité el seguro.

«No me toques», le apunté con el arma.

«¿Qué?». Dio varios pasos hacia atrás, sacudiendo la cabeza como si estuviera aturdido. «Estoy confundido. Y honestamente…», sus ojos grises recorrieron mi cuerpo de arriba abajo. «... tan jodidamente excitado».

«Quitaste una vida», mi voz tembló. «Y ahora vas a pagar».

La acusación lo tranquilizó. Soltó un suspiro y apoyó ambas manos en sus caderas. «No esperaba esto. Primero, estás dispuesta a renunciar a la vida y ahora estás aquí para matar».

«Tú mataste a mi papá».

«En mi trabajo, he matado a muchos padres, amor».

«Entonces, ¿lo admites?». Parpadeé para aclarar mi visión y agarré la pistola con más fuerza.

«Continúa con eso entonces. Puedes vengarte».

Él encontró mi mirada tan seguro de que no lo haría.

Apreté el gatillo.

El impacto lo volteó y cayó sobre el diván. Mi corazón latía tan rápido y fuerte contra mis costillas que pensé que iba a vomitar. Dejé el arma en el suelo y retrocedí hasta llegar a la puerta. La sangre manchó su camisa de vestir blanca. El hedor nunca me había molestado antes. Pero claro, nunca había sido yo quien hacía sangrar a alguien. Yo no era una asesina.

Me di vuelta, jugueteé con el pomo de la puerta hasta que finalmente cedió y se abrió. Mi cabeza había estado tan confusa por todo lo que pasó esta noche que no consideré lo que sucedería si mi plan a medias realmente funcionaba. Apunté directamente a su corazón. Si nadie lo ayudaba, no superaría la noche.

¿Pero ahora qué? Me dirigí hacia la zona del ascensor. Nadie se daba cuenta de mi elección de ropa. El baile de máscaras todavía continuaba. Todas las mujeres iban vestidas con corsés y vestidos largos. Un perfume caro flotaba en el aire mientras pasaba junto a ellos. Tan pronto como subí a la cabina del ascensor, retrocedí hacia una esquina y me arrodillé.

No quería matarlo.

Un hombre estaba sangrando arriba y papá estaba muerto.

«Señorita, ¿se encuentra bien?». Un portero mantuvo abierta la puerta del ascensor. Cuando levanté la vista con lágrimas en los ojos, él dio un paso adelante para ayudarme a levantarme. «¿Puedo llamar un taxi?».

«No, necesito llamar a alguien».

«Seguro». Me entregó su teléfono celular.

Lo tomé y llamé a mi amiga Kay. Ella respondió al tercer timbrazo. «Amigo, es pasada la medianoche. Este no es el momento de andarse con mierda».

«Kay, soy yo». Me volví hacia la pared de espejos para tener un poco de privacidad del portero mientras él todavía estaba vigilando la puerta y mirándome atentamente. «Soy Luce».

«Dios mío, Luce. ¿Dónde estás? He estado intentando localizarte, pero nadie sabe adónde te llevó Walsh».

«No tengo tiempo para dar explicaciones. ¿Sigues en la ciudad? ¿Puedes venir a buscarme?».

«Sí. Aquí sigo. Me he alojado en un hotel. ¿Dónde estás?».

«Te mando mi ubicación».

«Está bien. Quédate allí. Salgo ahora».

«Gracias». Lloré en el móvil después de que ella cortó la llamada. Entonces recordé que todavía estaba en el ascensor y que el portero seguía mirándome como si fuera un pájaro herido al que tenía miedo de tocar. «Gracias. Ya tengo quien me recoja». Le entregué su dispositivo.

«No hay problema. ¿Estará bien?».

«Sí». Cerré mi capa con un puño y caminé hacia el vestíbulo.

Las luces brillantes del enorme candelabro que colgaba del techo me lastimaban los ojos. Me sentí expuesta en el enorme espacio con sus suelos de mármol blanco y sus altas ventanas. Lo mejor que podía hacer era esperar afuera, donde estaba oscuro y lleno de gente.

Pasé corriendo junto al portero y giré a la izquierda hacia la fila de personas que esperaban ser invitadas a entrar. Después de unos minutos, mi pulso volvió a ser normal. Abracé mi cuerpo y recorrí a la multitud una vez más. Un grito a mi derecha llamó mi atención. Cuando me volví, vi a uno de los guardaespaldas de Liam.

Me encontraron.

Me adentré más en el mar de cuerpos. Todos estaban borrachos y se movían fácilmente cuando los empujaba hacia un lado o hacia el otro. Al final de la calle, llegué a un callejón. Estaba oscuro y vacío. Pero al otro lado había luz y autos circulando libremente. Esta era mi única oportunidad de perderlos. Podría llegar a un lugar seguro y volver a llamar a Kay.

Como no tenía opciones, salí corriendo sin mirar atrás. A mitad de camino, se abrió una puerta y salió un hombre, tal vez un mesero que salía a fumar. No me importó ni me detuve para descubrirlo. Seguí adelante, instando a mis piernas a ir más rápido. Pero mis pies descalzos no podían soportar mucho.

«Detenla». La voz resonó entre los dos edificios.

En el siguiente suspiro, un hombre me agarró por la cintura y me inmovilizó contra el asfalto. Un par de zapatos de cuero italiano aparecieron en mi campo de visión y levanté la vista. «No».

CAPÍTULO 12

¿Qué voy a hacer contigo?

Santino

«Intentaste matarme». Miré el hermoso rostro de Red, mientras las mismas palabras seguían rebotando en mi cabeza; ella realmente lo había hecho. Había apretado el puto gatillo. Me había disparado.

«Estás vivo». Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Y juré que vi alivio en ellos.

Poco después del disparo, mis hombres entraron corriendo a la suite cuando me despertaba después de golpearme la cabeza con el mostrador de granito. Por suerte, esta noche había decidido por usar mi camiseta antibalas de alta tecnología porque teníamos una reunión con un imbécil que intentaba matarnos.

«Señor», Joey, mi mano derecha, me tocó el hombro. «Tommy dice que llamó a alguien antes de salir. Conseguí el número».

Agarré a Red por el codo y la puse de pie. Inmediatamente se cerró la parte delantera de su capa. Antes de que terminara la noche, tenía que descubrir de qué se trataba ese atuendo. Una parte de mí, la parte controlada cien por cien por mi pene, quería creer que ella usaba ese leotardo para mí. Todavía no podía quitarme de la cabeza la vista de sus pezones rosados.

«Señor», Joey me ofreció su teléfono. «Tommy dice que parecía estar huyendo de alguien».

«Sería de mí y de mi ira». Señalé los puntos en mi sien. Después de que mis hombres me encontraron, dejé que uno de ellos se tomara un minuto para detener la hemorragia y curarme, mientras Joey buscaba a Red en el club. Las posibles costillas rotas tendrían que esperar hasta la mañana.

Miré la pantalla. Tenía la llamada lista para mí. Al tocar enviar y luego el altavoz del teléfono, me encontré con la mirada verde de Red. El miedo en sus ojos me indicaba que se preocupaba por la persona al otro lado de la línea. Por alguna extraña razón, eso hizo que me hirviera la sangre, lo que solo empeoró mi dolor de cabeza punzante.

«Luce. ¿Dónde demonios estás?».

«En el infierno me parece bien». Mantuve mi atención en Red. «¿Quién eres?».

«¿Quién soy? ¿Quién carajo eres tú?», jadeó como si estuviera corriendo. «Te juro que, si tocas a mi novia, te cortaré los huevos y se los daré a tu perro».

«Eso suena doloroso».

«Te tengo, cabrón», ella terminó la llamada.

Si bien su amenaza no me intimidó, teníamos que seguir adelante. Estábamos expuestos aquí

en el callejón. Incluso si estuviéramos rodeados por mi gente, no podríamos quedarnos aquí afuera, especialmente cuando alguien venía por Luce.

«¿Cuánto tiempo?», pregunté a Joey.

«Él está aquí». Salió al camino para hacer una señal a mi conductor, que se apresuró en llegar desde el otro lado de la calle.

El todoterreno negro se detuvo frente a nosotros. Conduje a Luce al interior y subí detrás de ella. Cuando intentó deslizarse hasta el otro lado, la jalé del brazo y la hice acurrucarse en mi pecho. Me dolía muchísimo el brazo, pero era lo suficientemente fuerte como para restringirla.

Joey cerró la puerta y caminó hacia el lado del pasajero. «Vamos, nos encontraron».

Tan pronto como dijo las palabras, las balas asaltaron la ventana trasera. Moví mi cuerpo para mirar a los tiradores y vi a cinco hombres. Entonces, una mujer y cinco hombres habían llegado aquí para rescatar a Luce de mí.

«¿Quién es ella para ti?». Cuando no me respondió, la apreté con más fuerza. Quise hacer el esfuerzo de presionarla y lastimarla, pero joder, su cuerpo se sentía demasiado bien al lado del mío. «Red, responderás a mi pregunta. O esta situación se volverá increíblemente mala para ti».

«Es mi guardaespaldas».

Me alejé de ella para ocultar una sonrisa. Guardaespaldas, no novia. La forma en que la mujer había dicho su nombre me hizo pensar que podría ser una novia real, de esas que tienen beneficios. «¿Qué tal un novio?».

«Un prometido», empujó mi pecho para alejarse de mí.

La solté porque el dolor me estaba matando y porque su respuesta me desconcertó. «¿Qué?».

«Así es. Él me está buscando. Cuando me encuentre, te hará pagar». Ella se secó la cara. «Es muy poderoso y rico».

«¿Él también es un asesino?».

«Sí».

"Mmm».

No pensé que esa parte fuera cierta. Pero lo del prometido sonaba real. ¿Estaba comprometida? Entonces, ¿por qué habría aceptado dejarme comerle el coño si tenía un hombre esperándola? Casi deseé que no hubiera dicho que sí. Porque ahora, sus pequeños gemidos y su culo perfecto eran todo en lo que podía pensar.

La camioneta entró en mi garaje privado y se detuvo por completo frente al pequeño vestíbulo. Cuando Joey me abrió la puerta, agarré a Luce del codo y la arrastré conmigo. De ninguna manera iba a dejarla fuera de mi vista. Di grandes zancadas hacia el ascensor, ignorando las quejas de Luce por andar caminando descalza.

De camino al penthouse, miré sus pies. Efectivamente, sus pies estaban cubiertos de cortes y magulladuras. ¿Qué carajo le había pasado esta noche? Estaba bien cuando la vi por primera vez en el loft VIP. Lentamente, entró. La dejé ingresar al lugar mientras cerraba la puerta detrás de mí.

Inspiré, sonriendo a la parte posterior de su cabeza.

«¿Es este tu lugar?». Abrazó su cuerpo mientras caminaba hacia las ventanas del piso al techo con una vista iluminada de Manhattan. «¿Soy tu prisionera ahora?».

«Sí, lo eres». Hice un gesto hacia la gran escalera. «Si intentas irte, mis hombres tienen órdenes de dispararte en cuanto te vean».

Ella cerró los ojos con fuerza. Después de unas cuantas respiraciones, apoyó una mano delgada en la barandilla y subió las escaleras. Todo mi cuerpo me gritaba que la llevara a mi suite y me enterrara profundamente dentro de ella hasta que mi deseo se agotara. Necesitaba

sacarla de mi sistema. Pero primero necesitaba descubrir quién era ella realmente y quién era su prometido.

Cometí un error antes, cuando dejé que mi pene pensara antes que mi mente. Probar su dulce coño también había sido un completo error. Pero ella estaba aquí ahora. Tenía todo el tiempo del mundo para descubrirla y luego saciarme de ella. Una semana o dos en mi cama deberían ser suficientes. Y entonces su supuesto prometido podría recuperarla.

El ácido se acumuló en la boca del estómago. Tendríamos que analizar la última parte de mi plan.

«¿Sin jaula?». Se giró hacia mí cuando abrí la puerta de mi dormitorio. «Pensé que tendrías una rueda de tortura y jaulas para todas las mujeres que secuestras».

«No hay jaula. Disfruté bastante su valentía. Mejor que la chica de ojos muertos que encontré en el aeropuerto el mes pasado. «Sin embargo, parece que tienes experiencia con ese tipo de cosas». Tiré del cordón que sujetaba la capa y luego me quité todo el conjunto de los hombros. «No es que me esté quejando. ¿Pero qué pasa con este atuendo? ¿Eres una mascota, cariño?».

Ella jadeó ante el término usado en el BDSM y sus pezones se tensaron hasta convertirse en un capullo delicioso. ¿Estaban ella y su prometido interesados en ese tipo de cosas? He incursionado en este estilo de vida, pero incluso eso se volvió aburrido después de unos años. Cuando puedes tener todo lo que deseas, todo se vuelve mundano e insuficiente después de un tiempo.

Luce era la primera en despertar algo en mí. Hacía mucho tiempo que nadie me hacía sentir vivo.

«¿Qué voy a hacer contigo, Luce?».

Su barbilla sobresalía hacia arriba mientras permanecía allí, orgullosa e inflexible, algo que me hizo querer follarla hasta someterla. Pero tenía que dejar de pensar con mi pene. La mujer me excitaba. Tenía que concentrarme en esa parte y descubrir por qué. No podía irse hasta que estuviera seguro de que no volvería a perseguirme y terminara el trabajo.

Ser el siguiente en la fila para hacerse cargo del negocio familiar me convertía en un objetivo dentro de la organización. La Sociedad era un antiguo Enclave y nuestros estatutos eran inamovibles. Pero si algo nos enseñó la pérdida de la familia Gallo es que cualquiera podía ser reemplazado.

«Si me dejas ir ahora, le pediré a mi prometido que te perdone la vida». Ella cruzó los brazos sobre el pecho, haciendo todo lo posible para tapar sus deliciosas tetas.

«Muy amable de tu parte». Mantuve mi mirada en la de ella porque necesitaba mantener el rumbo. «¿Tiene nombre ese prometido tuyo?».

«No es necesario que lo sepas». Ella me disparó dagas con esos grandes ojos verdes. «Todo lo que necesitas saber es que él vendrá por ti. No parará hasta que yo regrese a casa».

Examiné sus rasgos. Casi se atragantó con la palabra casa. ¿Por qué? Estaba intrigado por ella, curioso y muy excitado. Ver su coño a través de esa tela transparente me estaba poniendo todo tipo de ideas en la cabeza. Me moría por escuchar sus pequeños gemidos otra vez mientras enterraba mi rostro en sus pliegues.

Me acerqué a ella. Sus mejillas se pusieron de un bonito color rosa mientras retrocedía. Con nuestras miradas fijas, seguimos avanzando hasta que su espalda estuvo presionada contra la fría ventana. Acuné un lado de su cara y coloqué mi rodilla entre sus muslos mientras intentaba encontrar la verdad en sus ojos.

«Mmm». Ella resopló y jadeó, mientras su cuerpo se fundía con el mío. «No. No me toques».

«¿Por qué no? Obviamente quieres que lo haga. Puedo verlo». Mi pene se endureció dentro

de mis pantalones. «Yo también puedo sentirlo».

«Porque te odio».

«Yo también veo eso», dije con los dientes apretados. ¿Por qué me molestaba? Mucha gente me odiaba. Eso era parte de la descripción de mi trabajo. «Dime, Luce. ¿Una buena chica como tú entiende la diferencia entre tortura y castigo?».

«¿Qué?».

«Pregunta simple. ¿Contesta sí o no?».

«¿Qué importa? El resultado final es el mismo. Dolor».

«Estás absolutamente en lo correcto». Bajé la mano hasta sus pezones puntiagudos y los pellizqué con fuerza.

«Ah». Ella arqueó la espalda. «Entonces eso es todo, ¿me trajiste aquí para torturarme porque intenté matarte?».

«No, te traje aquí para castigarte». Me incliné hasta que mis labios rozaron su oreja. «La tortura es infligir dolor para lograr un objetivo. El destinatario puede entender o no por qué. Pero entiendes por qué estás aquí. ¿No es así?».

«Te disparé».

«Correcto. Entonces, aquí está la verdadera diferencia entre los dos. Aceptarás mis castigos porque sabes que los mereces». Le sonreí. «No te dejaré ir hasta que esté convencido de que no intentarás matarme otra vez».

«Mi prometido te cortará los huevos y se los dará a tu perro».

«Sí, tu amiga mencionó eso».

Cada vez que decía la palabra prometido, mis entrañas se retorcían formando un nudo. Acaricié su coño hinchado. Cuando sus jugos cubrieron mis dedos, ladeé la cabeza para estudiar su reacción. Ella me miró con los ojos entrecerrados durante tanto tiempo que pensé que me rogaría que a continuación la tomara. Pero en lugar de eso, miró hacia otro lado. Estaba luchando contra su atracción hacia mí. Por mucho que disfrutara la persecución, no estaba dispuesto a aceptar algo que ella ya había decidido no darme.

Lamiendo mis dedos, me alejé de ella. «Yo no maté a tu papá».

Corrió al otro extremo de la suite, donde su capa yacía en el suelo, y se la puso sobre los hombros, agarrando los extremos con fuerza contra su pecho. Su mirada se movía entre la puerta y yo como si tratara de decidir si mis hombres seguirían mis órdenes y le dispararían al verla.

«Tengo pruebas. Te vi».

«Es interesante». Me devané los sesos buscando los detalles de la última vez que tuve que matar a alguien.

Lo que pasaba con matar es que era imposible olvidar. Con el tiempo, aprendí a guardar los recuerdos y mantener la oscuridad a raya. Pero sus rostros, sus ojos, al comprender que estaban muriendo, quedaban tatuados en mi mente, grabados en mi alma. No disfrutaba en quitar una vida. Pero, era un mal necesario para mantenerse con vida.

«¿Tiene el pelo rojo como el tuyo?», recordaría ese color de pelo.

«Sí. Él también resultó herido. No fue justo». Su voz se quebró. Parecía tan sola, allí parada con los pies magullados y la capa sucia.

«Como dije, he matado a mucha gente en mi época. Pero nadie con esa descripción».

«Mientes», frunció el ceño, todavía disparándome dagas, pero con menos convicción que antes.

«No tengo un motivo para hacerlo. No soy el asesino que estás buscando. Eso nos lleva de vuelta a mi pregunta original. ¿Qué voy a hacer contigo, Luce?».

Ella frunció los labios y todo su cuerpo subía y bajaba con cada respiración. En el siguiente instante, corrió hacia la puerta. Mis piernas se lanzaron a correr. Pero con mis costillas magulladas y mi cabeza todavía doliendo, ella se alejó de mí rápidamente. La perseguí a lo largo del pasillo y escaleras abajo. No la alcancé hasta que estuvo casi en la entrada principal. Envolví mi brazo alrededor de su cintura y la presioné con fuerza contra mi pecho. Su piel suave se sentía tan bien.

«Santino», susurró, y el tiempo se hizo más lento.

La acerqué a mí, acariciando mi cara en su cuello. «Dilo otra vez. Di mi nombre».

«No». Ella pateó y golpeó para alejarse de mí.

Con cada movimiento, la abrazaba con más fuerza. Pero era fuerte y yo estaba convaleciente. Su lucha me puso de rodillas. La dejé en el frío suelo de mármol y apoyé mi cuerpo contra el de ella, entrelazando sus piernas entre las mías mientras agarraba sus dos muñecas por encima de su cabeza.

«Sabes mi nombre. Pero no tienes idea de quién soy, ¿verdad?». Me incliné para que nuestras narices se tocaran.

«Estás con la Facción de Nueva York». Ella luchó. «No lo sabía antes cuando te vi en el “Crucible” la primera vez. Pero ahora lo sé. Estás con los italianos codiciosos. Eso te convierte en mi enemigo».

«En eso tienes razón». Aspiré su aroma y dejé que me llenara. Solo su olor me hacía sentir vivo.

«Mi prometido vendrá por mí».

«Nadie vendrá por ti». Levanté la voz, lo que la hizo cerrar los ojos con fuerza. «Mírame». Tomé su barbilla y la hice mirarme. «Esto es lo que vamos a hacer. Voy a demostrarte que no maté a tu padre. Pero solo porque necesito que aceptes tu castigo por intentar matarme».

Y porque no podía soportar ver el odio en sus ojos. Necesitaba que supiera la verdad y se entregara a mí.

Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas, disparando dolor por mi columna, un recordatorio de la bala de Luce que casi me atraviesa.

«No puedes retenerme aquí», me miró fijamente.

«Puedo mantenerte aquí todo el tiempo que quiera».

CAPÍTULO 13
Vivirás

Luce

Santino Buratti tuvo la habilidad de succionar todo el oxígeno de la habitación. Era como una luz cegadora en medio de un bosque oscuro. Mi cuerpo lo anhelaba de una manera que nunca pensé que fuera posible. Incluso ahora, mientras me inmovilizaba contra el suelo, reclamándome como su prisionera, la única pregunta en mi mente era: ¿qué aspecto tenía bajo ese esmoquin?

Su mirada acalorada me hipnotizó y no podía apartar la mirada de su hermoso rostro. Quería pasar mis dedos por sus espesas cejas y labios carnosos. Pero Santino era mi enemigo. Lo que quisiera de él no importaba. Tenía que mantenerme concentrada y encontrar una manera de escapar y regresar a Chicago. Mi hermano estaba en peligro. Seguramente sería el próximo de quien hubiera matado a papá.

Me retorcí bajo el peso de Santino. Sus duros músculos presionaban contra cada centímetro de mi piel, e hizo que cada terminación nerviosa se sintiera viva. Una bocanada de aliento caliente rozó mi mejilla y, con ella, su erección se puso aún más rígida. Se sentía sólido como una roca, avivando la dolorosa necesidad entre mis piernas.

«¿Por qué debería creerte?».

«¿Qué parte?». Su nariz descendió hasta el costado de mi boca mientras su mirada recorría mis pechos. «¿Que ahora eres mi prisionera o que no tuve nada que ver con el asesinato de tu padre?».

«Te vi. Hay imágenes de ti».

«Bien». Me soltó las muñecas, se puso de pie y luego me levantó como si no pesara nada. «Tenía miedo de que tuviéramos que empezar de cero. Puedes mostrarme la evidencia más tarde».

Agarrándome del codo, me hizo subir la gran escalera por segunda vez esta noche. Cuando hice una mueca de dolor por el corte en mi pie, se inclinó y me tomó en sus brazos con un movimiento fluido. En mis fantasías sobre él, nunca pensé incluir esta parte en la que él me cargaba. Tal vez porque estaba segura de que no había forma de escapar de Liam. Hice lo mejor que pude para ignorar el aroma amaderado de Santino y la calidez de su cuerpo contra el mío.

«¿A dónde me llevas?». Por mucho que no quisiera relacionarme con él, hablar me ayudaba a no pensar en todas las malas ideas que tenía en la cabeza.

«Creo que el castigo debería adaptarse al delito».

«¿Qué significa eso?». Me retorcí en sus brazos para alejarme de él, pero me abrazó firmemente contra su pecho.

Me contuvo así el resto del camino, luego me colocó sobre las baldosas de mármol una vez que entramos al baño privado. Me quedé allí, con los ojos muy abiertos, mientras se quitaba la chaqueta del esmoquin, los gemelos y luego comenzaba con los botones de su camisa de vestir. Con una mueca de dolor, se quitó la tela, dejando al descubierto un pecho y unos abdominales cincelados. El músculo de su vientre bajo, encima de la cintura de sus pantalones se tensó mientras se inclinaba para evaluar el daño.

Pasaron varios minutos antes de que recordara que probablemente no debería estar mirando. Santino era un extraño. Hacía tan solo unas horas, no era más que un recuerdo, una fantasía para pasar el tiempo en el calabozo de Liam.

Arqueó una ceja y me miró a los ojos. «¿Qué piensas?».

Perfecto. Él era perfecto. Miré el bulto en sus pantalones por un momento antes de responder. «Vivirás».

«Bien». Él se rió entre dientes. «Quiero decir, ¿crees que tengo las costillas rotas?».

Santino era el asesino de mi padre. Pero como enfermera, había jurado no hacer daño. No había sido mi intención dispararle. Estaba tan enojada y herida antes; no estaba pensando con claridad. La venganza nunca resucitaba a nadie. Si lo supiera yo.

«¿Bien?». Se acercó y pasó el dedo índice por las suturas de la sien. «Has estado mirando mis puntos como si no los aprobaras».

«Es un trabajo de mala calidad».

«¿Tienes formación médica?».

«Por eso había tanta sangre. Te abriste la cabeza».

«Me diste por muerto».

«Tenía prisa». Tentativamente alcancé su lado izquierdo.

Cuando bajó los brazos, pasé los dedos por el área magullada, buscando cualquier cosa que estuviera fuera de lugar: un hueso, sangre acumulada, una bala. Su aliento salió en bocanadas mientras mis manos recorrían su suave piel. Tenía mucho dolor. Pero en lugar de ir al hospital, decidió ir tras de mí, solo para poder vengarse de mí.

«Así que eso es un sí. Eres médica». Su tono era bajo y gentil, como si no quisiera asustarme.

«Enfermera certificada». No había querido decirlo. Cuanto menos supiera de mí, mejor. «Te disparé a quemarropa. ¿A dónde le di?». Levanté la cara para mirarlo a los ojos, lo cual fue un total error. Era hermoso, fascinante. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, caía en una especie de trance.

«Esmoquin a prueba de balas». Se agachó para recoger su chaqueta. «La tela es de alta tecnología, indicada para detener las balas. Absorbió parte del disparo, pero no lo suficiente. Todavía me dejó inconsciente».

«¿Siempre usas ropa a prueba de balas en las fiestas?».

«Me estaba reuniendo con un cliente potencial, uno en quien no confío particularmente. El traje era el protocolo estándar». Me dio la espalda y caminó hacia la bañera.

«¿Qué estás haciendo?». Jadeé cuando se quitó los zapatos y luego se bajó los pantalones junto con la ropa interior.

De alguna manera, parecía más alto ahora que estaba completamente desnudo. Me quedé allí, mirándolo con los ojos mientras dejaba correr el agua caliente. En cuestión de segundos, la habitación se llenó de vapor y de un aroma a lavanda.

«Tu castigo». Entró en la bañera y se sentó, apoyando los brazos en el borde de la bañera. Cerrando los ojos, dejó caer la cabeza hacia atrás. «Me ayudarás con mi baño. Y cualquier otra cosa que necesite mientras me recupero de los graves hematomas que me causaste».

¿Otra cosa? ¿Qué era exactamente otra cosa?

Cuando no me moví, exhaló. «Si escapas, mis hombres te dispararán en el momento en que pongas un pie fuera del penthouse».

Escaneé la habitación rápidamente, revisando mis opciones. La única salida era seguir su estúpido juego. Había escapado de una jaula para dirigirme hacia otra. Mientras tanto, mi hermano Ronan estaba en peligro. ¿Sabría sobre papá? Tuve que asumir que no lo sabía. De lo contrario, habría venido por mí. Él mismo me habría dado la noticia.

«Ahora, Red».

Su voz profunda me devolvió a la realidad. Con un suspiro, caminé hacia él y recogí la toallita. La sumergí en agua con jabón y luego le froté suavemente la frente, empezando por el cuello. Nunca en mi vida había visto a un hombre desnudo. Al menos no en persona. Y ninguno que se pareciera a Santino. Sentado aquí con los brazos y las piernas abiertas, rezumaba confianza y testosterona.

Cada vez que mojaba la toalla pequeña en el agua, las burbujas desaparecían. Mi corazón latía con anticipación porque, debajo de la espuma, podía ver el contorno de su enorme erección. ¿Siquiera eso sería normal? Era mucho más grande de lo que había imaginado.

«Mmm». Agarró mi muñeca. «No tan duro, Red. Duele».

«Entonces, ¿por qué no lo haces tú mismo?». Aparté mi brazo de un tirón, pero él me atrajo hacia él. Con nuestras narices tocándose, tuve que apoyar mi mano libre sobre él para no caer al agua.

«Porque quiero que lo hagas». Su mirada se posó en su grueso muslo, donde mis dedos agarraban sus abultados cuádriceps.

Fue un milagro que no hubiera aterrizado en su pene.

«Puedes frotarme la espalda ahora». Me apoyó y luego se sentó hacia adelante.

Me había distraído tanto su llamativo cuerpo que no me había dado cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba exhibiéndose. Me estaba haciendo verlo por completo. Y yo había caído en ello. Mis palmas ansiaban tocar los planos musculosos a lo largo de sus anchos hombros. Todo lo relacionado con Santino era muy excitante. ¿Por qué?

«Eres un bruto». Hice un trabajo rápido con la toallita para limpiarle la espalda y luego se la arrojé.

Cuando quise irme, pasó su brazo alrededor de mi cintura y me jaló hacia él. Mi trasero permaneció en el borde de la bañera por un momento antes de caer hacia atrás. Aterricé encima de él mientras el agua chapoteaba por los lados.

«No te irás hasta que yo lo diga». Sus labios presionaron mi oreja. «¿Lo entiendes? Tu cuerpo y alma me pertenecen ahora».

«No puedes retenerme aquí. Tengo que ir a casa».

«¿Para qué?», me rodeó con ambos brazos. «¿Para volver con tu prometido?».

Esperaba que la mención de un futuro marido desanimara a Santino. Pero a él no le importaba. No le afectaba que yo perteneciera a otra persona. Porque independientemente de lo que había pasado esta noche, una cosa era segura, yo le pertenecía a Liam, al menos en su mente. Él nunca dejaría de buscarme. De vuelta en el “Crucible”, casi me atrapa. Sus hombres aparecieron justo cuando Santino me metió en su camioneta y me llevó. Si no hubiera sido por Santino, estaría de nuevo en la jaula, esperando el día de mi boda.

El castigo por dejar a Liam sería severo. Pero no podía quedarme con él. Nunca aceptaría ser su mascota.

«Respóndeme».

«Sí. Sé que está ahí afuera buscándome ahora mismo».

Su pene presionó entre mis piernas y todo mi cuerpo se encendió.

«¿Él te hace sentir así?». Tomó mis pechos y tiró de mi pezón sobre la tela transparente de mi leotardo.

«Sí». Arqueé la espalda para encontrar su mano.

«No te creo». Se acercó a mi coño. «Antes viniste a mí porque querías esto. Era difícil pasar por alto el deseo en tus ojos. No creo que te hayan tocado nunca. Al menos no correctamente».

Dibujó círculos alrededor de mi clítoris dolorido. La sensación se intensificó hasta casi doler. Pero no quería que se detuviera. Quería saber qué pasaría después, en qué se estaba preparando todo. Nunca había llegado al clímax. Por alguna razón que escapa a mi comprensión, lo quería ahora. No quería esperar más. Quería saber cómo era. Solo esta vez. Necesitaba sentirme viva.

Un gemido escapó de mis labios mientras sus caricias se extendían más profundamente entre mis pliegues, más cerca de mi entrada. «Santino». Me agaché y me quité los broches de la entrepierna para darle acceso.

«Lo sé, cariño».

Capturó mi boca con un beso exigente. Me senté en su regazo en un ángulo retorcido con mi cara hacia arriba para encontrarme con la suya y el resto de mi cuerpo bajo su control.

«Quieres correrte».

No era una pregunta, pero asentí de todos modos, agarrándome al borde de la bañera. Yo estaba tan cerca. La sangre zumbaba en mis oídos mientras mi corazón latía con fuerza contra mi pecho. Dios mío, nunca pensé que podría ser así.

«Pero no todavía». Se detuvo y se puso de pie, levantándome con él. «Dejaste el “Crucible” después de que te pedí que te quedaras en el lugar, eso es uno. Luego volviste y me disparaste, ya van dos. Me diste por muerto». Salió de la bañera hacia la alfombra del baño, luego me alcanzó y me levantó en sus brazos. «Van tres».

«¿Qué?». Lo entendí. Estaba numerando todas las cosas que había hecho esta noche. Pero, ¿por qué?

«Intentaste escapar después de que te expliqué por qué estabas aquí. Van cuatro». Me llevó hasta la cama con dosel y me dejó en el borde. «Agáchate».

«¿Disculpa?».

«Estoy con mucho dolor ahora mismo. Me aseguraré de que tú también lo sientas». Me quitó la capa mojada y luego me dirigió hacia el colchón, de modo que mi trasero quedó en el aire y expuesto para él. «Cuenta».

Mi clítoris todavía palpitaba cuando me tocó allí. Cuando me dio una nalgada, la vibración se disparó directamente a mi coño, como zarcillos calientes lamiendo cada lugar que se sentía bien.

«Dije que cuentes».

«Uno». Apreté mis piernas.

Me dio otra nalgada en el lado izquierdo. Oleadas de deseo giraron en espiral desde mi núcleo hasta mi pecho, mientras el calor continuaba acumulándose alrededor de mi clítoris. Necesitaba el alivio.

«Red».

«Dos».

Los dos golpes siguientes se sucedieron uno tras otro. «Tres. Cuatro. Ayyy». Me desplomé en la cama. Mi trasero estaba en llamas, pero no más que mi dolorida vagina. Agarrando el edredón con el puño, miré por encima del hombro mientras Santino se elevaba sobre mí con su pecho subiendo y bajando y su erección en plena exhibición.

Se colocó detrás de mí y agarró mi coño empapado y necesitado. Lentamente, se frotó a lo largo, esparciendo mis jugos por todos mis pliegues hinchados.

«Córrete por mí». Agarró mi trenza francesa y me susurró al oído, «Ahora, Red».

Aumentó el ritmo, apretando y jalando. El frente de su pecho rozó mi espalda y contribuyó a nuestra conexión. Su pene no estaba dentro de mí y, sin embargo, era como si fuéramos uno. Levanté mi trasero para darle acceso.

Algo caliente e indómito brotó en lo más profundo de mi interior. Cerré los ojos y me lo imaginé persiguiéndome por el bosque, como una bestia salvaje, jadeando y agitándose entre los árboles. Una buena chica tendría miedo. Pero yo lo deseaba. Quería que me encontrara y finalmente me liberara. Con un gemido gutural, me frotó más rápido, hasta que mi orgasmo me desgarró. Los latidos de mi corazón subieron a mi garganta y, por un momento, la habitación quedó a oscuras y en silencio.

Mi voz sonó lejana; las palabras eran incoherentes. Mi cuerpo se quedó flácido mientras él me arrancaba cada gramo de placer. Cuando retiró su mano, me mordí el labio para evitar rogar por más. Aunque el daño ya estaba hecho. Quería más, mucho más.

A través del zumbido en mis oídos, una puerta se cerró de golpe. Me giré de espaldas y encontré la suite vacía. Santino ya no estaba. A pesar de que había llegado al clímax, mi coño todavía ardía de deseo, de deseo por él. Quería sentir su pene dentro de mí.

Un momento ¿Qué?

Salté de la cama. No podía hacer eso. ¿Qué diablos me pasaba? Metí una mano en mi cabello despeinado. Mi trenza estaba casi deshecha y goteando. ¿Por qué demonios dejé que me hiciera esto? Los italianos en casa literalmente nos estaban matando uno por uno. Era *su* gente. Eso convertía a Santino en mi enemigo. Si esta era su idea del castigo, sabía que no sobreviviría. Tenía que salir de aquí.

En el enorme armario al lado del baño encontré un cajón lleno de camisetas blancas. Me quité lo que quedaba de mi leotardo y me puse una limpia. Antes de salir, me detuve para inspeccionar todos los zapatos y trajes caros que colgaban cuidadosamente debajo de un estante que recorría la pared. Los focos brillaban intensamente sobre una colección de relojes que se encontraban encima de la cómoda. Inspiré y aspiré el familiar aroma amaderado.

¿Era este el dormitorio de Santino?

Puse una mano sobre mi boca. No tengo idea de por qué sentí que estar en su suite era mucho peor que dormir en una mazmorra sexual.

Sal ahora.

Mi cuerpo me gritaba, así que lo escuché. Corrí hacia la puerta y la abrí. El pasillo estaba vacío. De hecho, todo el penthouse parecía vacío. Si Santino se había ido, esta podría ser mi única oportunidad de escapar. Bajé las escaleras y me dirigí directamente a la entrada principal.

Tan pronto como la abrí, dos guardias se volvieron hacia mí. No dijeron nada, ni amenazas ni advertencias, simplemente se quedaron mirando y esperaron a que yo sumara dos y dos.

Era como había dicho Santino. Yo era su prisionera hasta que él decidiera lo contrario.

CAPÍTULO 14

Aquí todos somos mafiosos

Santino

Marie resoplaba por el comedor mientras entregaba el desayuno que había pedido: huevos, tocino, ensalada de frutas, pasteles, panqueques, salchichas. No sabía lo que Luce comía por la mañana, así que comí un poco de todo. Sin duda, Marie ya se habría dado cuenta de que la mujer dormía en mi cama. Por los profundos surcos de su frente, tuve que asumir que no estaba muy contenta con eso.

«Adelante, pregunta». Tomé un sorbo de mi café negro.

«¿Cuánto tiempo se quedará?».

«Un tiempo».

«Bien». Puso una fuente de queso y pan francés frente a mí. «¿Algo más, señor?».

«Sí, ella va a necesitar ropa».

«¿Cómo dice?». Levantó la cabeza para mirarme directamente.

Arqueé una ceja y le devolví la mirada, hasta que ella lo reconoció y bajó la cabeza. Marie había estado conmigo durante algunos años. Su trabajo consistía en venir dos veces al día a ordenar y cocinar para mí, nada más.

«Quise decir, ¿cuál es su talla?».

Miré mi palma y recordé lo perfectamente que encajaban sus tetas en mis manos. La única imagen rápidamente se convirtió en una película de Luce en mi cabeza: su lindo coño, ese trasero en forma de corazón, sus gemidos abandonados cuando se corría.

«No importa». Ella sacudió su cabeza. «Ya me hago cargo».

«Hazlo una prioridad». Hice un gesto hacia la puerta. Luce y yo necesitábamos privacidad. «Antes de irte, hazle saber a Luce que el desayuno está listo».

«Por supuesto», ella frunció los labios mientras salía por la puerta. Presumiblemente para buscar a Luce.

Mi pene se puso rígido en mis pantalones, que era la razón principal por la que no había dormido en mi propia suite la noche anterior. Hasta que descubriera quién era Luce en realidad, tenía que mantener la distancia. Me intrigaba y mis sentidos arácnidos me decían que estaba en algún tipo de problema. Aunque era cierto que ella también causaba todo tipo de problemas.

«No tengo hambre». Estaba parada en las puertas dobles con los brazos sobre el pecho.

El pelo recién cogido le quedaba bien. Me alegré de que hubiera pensado en quitarse ese leotardo transparente. Aunque la camiseta blanca se veía igual de sexy en ella. Sus brillantes ojos verdes me dispararon las habituales dagas, y carajo, si no hubiera estado deseando volver a

verlos, verla a la luz del día, solo para asegurarme de que era real.

«Siéntate, Red».

El tono de mi voz la sobresaltó. Ella inhaló y caminó ligeramente hacia mí mientras su mirada se centraba en la comida. Definitivamente tenía hambre. Cogí su plato y comencé con huevos y tocino. Cuando se sentó, se le llenaron los ojos de lágrimas y se llevó un tenedor lleno de huevos a la boca.

«¿Cuándo fue la última vez que comiste?».

«Cena». Ella tomó un sorbo de su café.

«¿Anoche?».

«La noche anterior».

Me agarré del reposabrazos. ¿Por qué tenía la sensación de que su supuesto prometido tenía algo que ver con eso? Parecía un verdadero imbécil. Principalmente porque quería que así fuera, lo que me recordaba que hoy tenía planes de descubrir exactamente por qué anoche ella iba vestida como una mascota cuando llegó a dispararme.

«Eres enfermera. ¿Dónde trabajas?».

«Eso no es asunto tuyo».

El fuego en sus ojos me hizo desearla aún más. «Lo voy a descubrir de una forma u otra. ¿También podrías decírmelo?».

«No tengo que decirte nada». Mordió un trozo de tocino y luego se lamió los labios brillantes.

Ella no estaba comiendo porque yo se lo había ordenado. Obviamente tenía la intención de escapar. Para eso necesitaba su fuerza. Una huelga de hambre no le serviría de nada, así que se tragó su orgullo y comió. Era sexy e inteligente, y en lo único que podía pensar era en comerle el coño otra vez.

«Tarde o temprano hablarás».

«Te equivocas. Mi prometido me encontrará y me sacará de aquí antes de lo que crees». Bebió su agua y luego tomó un trozo de panqueque.

Su caballero de brillante armadura realmente me estaba poniendo los nervios de punta. ¿Estaba pensando en él anoche cuando la estaba tocando? Como un virus, la idea invadió mi mente, y antes de pensar en las cosas, agarré a Luce por el codo y la acompañé de regreso a mi suite.

«Sigues hablando de este imbécil como si fuera toda tu vida. ¿Pero tiene nombre?». Me quité la chaqueta del traje. «Porque no recuerdo que gritaras su nombre cuando te corriste anoche. Estabas rogando por mí». Me desabroché la camisa de vestir y la dejé abierta.

«¿Qué estás haciendo?», ella retrocedió arrastrando los pies.

«Obtener las respuestas que quiero».

En el área de descanso cerca de la ventana, había dejado una caja con el emblema del “Crucible”. Un paquete estándar para cualquiera que accediera a visitar la sala de orgías del club nocturno. Cuando lo tomé anoche, imaginé un resultado muy diferente con Luce. Nunca hubiera imaginado que terminaría usando estas herramientas para hacerla hablar.

«¿Hablas en serio?». Sus ojos se abrieron mientras seguía mis movimientos desde la mesa de café hasta la cama.

Una vez más, otra cosa que no cuadraba con ella. El contenido de la caja no la horrorizó. De hecho, me atrevería a decir que reconoció los objetos que había dentro. Empecé con la cuerda de yute. Ni siquiera se inmutó cuando le até una de las muñecas. «¿Has hecho esto antes?».

«Tendrás que dañarme para que hable», ella frunció el labio.

«Más adelante» Quería besarla, pero eso desviaría mis planes.

Así que le até ambas muñecas a la cabecera. Se arrodilló torpemente sobre las almohadas mientras intentaba encontrar la mejor manera de evitar caer hacia adelante. Cuando se enroscó contra las esquinas, alcancé sus tobillos y los jalé hacia abajo sobre su espalda.

«¿Crees que esto me hará querer hablar contigo?». Ella pateó sus piernas para liberarse de mi agarre y, en el proceso, me mostró ese lindo coño suyo.

«Tal vez no». Metí la mano en la caja y cogí el vibrador con la parte superior más grande.

El ligero zumbido la congeló en su lugar. Sus labios se separaron y casi pude ver todos los escenarios que se desarrollaban en su mente. «¿Ese es tu plan? ¿Hacerme venir hasta que responda todas tus preguntas?».

Una amplia sonrisa apareció en mis labios mientras sus mejillas se tornaban de un rosa brillante mientras luchaba por recuperar el aliento. Apuesto a que ella también estaba mojada. Apoyé una mano dentro de su muslo y apliqué la más mínima presión con el consolador. Sus caderas se sacudieron de la cama, no alejándose de mí, sino hacia mí.

«¿Cómo se llama?».

«Qué te importa».

Tomándome mi tiempo, apoyé una rodilla en el colchón y avancé poco a poco hacia ella. Se le cortó la respiración cuando se dio cuenta de hacia dónde me dirigía. Enterré mi cara en su coño y moví el vibrador a su culo.

Ella me recompensó con un dulce gemido que sonaba algo así como mi nombre. Mordisqueé el interior de su muslo mientras avanzaba hacia su clítoris.

«¿Señor Buratti?». La voz de Marie se filtró a través de la puerta.

«Tienes que estar bromeando», gruñí. «Estoy en medio de algo muy importante».

«Tiene una visita, señor». Era difícil pasar por alto la molestia en su tono. «Es el Don Valentino».

«A la mierda». Tiré el vibrador sobre la cama y me levanté para arreglarme la camisa.

Luce juntó las piernas, jadeando en su hombro. Había estado tan cerca de correrse. Si las dagas que estaba disparando en mi dirección eran una indicación, su deseo reprimido se había convertido en pura frustración. Conocía bien el sentimiento.

«Sé una buena chica, Red, y quédate quieta».

La última vez que le dije eso, se fue sin dejar rastro. Pero no lo haría hoy. Era mía ahora. Y no iba a ninguna parte.

«¿Qué?». Ella tiró de las cuerdas. «No puedes dejarme aquí».

«Esto no tomará mucho tiempo». La vi con su trasero desnudo y sus largas piernas tendidas sobre mi edredón. Luego, con mis bolas doliendo muchísimo, salí de la habitación.

Será mejor que Rex tenga una buena razón para interrumpir mi día.

Salí de la habitación y me encontré con Marie a mitad de las escaleras. «¿Dónde está?».

«En la biblioteca».

«Rara vez sales de tu torre de marfil». Entré y cerré la puerta detrás de mí. «¿Qué pasó?».

«Fui a tu oficina y no estabas allí». Rex se sentó detrás de mi escritorio.

Durante el último año, logramos reavivar nuestra amistad de la infancia. Pero este acto todopoderoso suyo nunca me sentaría bien. «Tenía un asunto personal que atender esta mañana. Estás en mi asiento».

«Lo sé». Escribió rápido en el iPad que tenía delante. «¿Recuerdas que anoche no pudimos entender por qué Liam estaba tan enojado después de verte?».

«Tal vez no le gustó mi hermoso rostro». Me encogí de hombros.

¿A quién carajo le importaba Liam Walsh en este momento? Tenía a Luce esperándome arriba.

«Bueno, resulta que él te reconoció». Giró la pantalla para mostrarme una escena que conocía bien. «Nuestros muchachos revisaron la calle esa mañana y nuevamente esa misma noche. Me aseguraron que no había cámaras, ni ocultas ni de otro tipo».

Miré la transmisión en la que metía tela en el tanque de gasolina, empujaba el auto hacia el pub irlandés y luego lo encendía. «Esto no se mantendrá en los tribunales».

«No me preocupa la policía. Walsh ahora cree que estás con la Facción de Nueva York».

«No se equivoca. Quiero decir que responden ante nosotros, ante la Sociedad».

«Ese no es el punto». Rex se frotó la frente. «¿Qué te pasa hoy? ¿No ves lo que está pasando aquí? Nuestro elemento sorpresa se ha ido. Esa zanahoria de diez millones de dólares que le colgamos delante no significa nada ahora. Sabe que todo fue humo y espejos para mantenerlo ocupado y alejado de Hell's Kitchen».

«¿No podemos simplemente dispararle al tipo y terminar con esto?». Lamí el sabor de Luce de mis labios.

«¿Eso ha funcionado en el pasado? Me gustaría pensar que hemos aprendido algo en estos últimos cien años. Quería que esta disputa por el territorio se resolviera sin más derramamiento de sangre».

«Bien». Me senté en el borde de mi escritorio, todavía mirando la escena que se repetía. «Le prometiste a la dulce Caterina que tendríamos paz».

Rex me miró entrecerrando los ojos. Sacudiendo la cabeza, se puso de pie y caminó, de modo que estábamos cara a cara. «¿A qué se debe esa falta de interés tan repentina? Espera, reconozco esa mirada brillante en tus ojos. Tienes una mujer esperándote arriba».

«Exactamente. Y me gustaría volver a lo que estábamos haciendo antes de que nos interrumpieras tan rudamente». Detuve el video en el iPad y cerré la aplicación. Cuando lo hice, un par de ojos familiares me devolvieron la mirada.

«¿Sabes qué? Vuelve a tu asunto personal. Lo resolveré por mi cuenta». Agarró su iPad.

«Espera. ¿Quién era la mujer de la foto?».

«¿Quién?». Miró su dispositivo. «Oh, ella. Luce O'Brien. Es la prometida de Walsh». Soltó un suspiro. «Investigué un poco sobre ella para ver si sería una buena ventaja para nosotros, pero no encontré nada. Es una de ellos. Nunca movería un dedo para ayudarnos».

Divagó un momento sobre cómo hizo que su hacker desenterrara información sobre ella. Había esperado un secreto sucio, pero no obtuvo nada. Estaba limpia y a punto de casarse. Poco a poco, la comprensión de quién era Luce me invadió como un balde de agua helada.

Ahora sus palabras tenían mucho sentido. Ahora entendí por qué no se asustó cuando descubrió que yo estaba con la mafia italiana, por qué me llamó su enemigo y, lo que es más importante, por qué pensó que yo había matado a su padre. Al principio, supuse que su padre había tenido un altercado con uno de nuestros muchachos. Quizá debía dinero o alguna otra tontería. Yo no me ocupaba de las operaciones del día a día.

«Luce O'Brien», repetí el nombre. «Él tiene el doble de su edad».

«Ella parecía estar bien con eso».

«¿Qué? ¿La conociste en persona?».

«Sí, anoche cuando venías tarde. Ella vino a la reunión con Walsh. ¿No la viste cuando entraste?».

«No, no lo hice». Había hecho mucho más que fijar mis ojos en ella. *Carajo.* Entonces, ¿Liam Walsh era el caballero de brillante armadura de Luce? ¿Qué demonios veía ella en él? «El

viejo lo hizo bien».

«Sí, está muy orgulloso de ella». Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones. «Dijo que era un matrimonio concertado. Incluso hizo todo lo posible para decir que ella era pura».

«¿Pura? ¿Como virgen?». Me sorprendió. «Obviamente está sobre compensando algo».

«Así es. Tiene que haber una manera de usar eso contra él».

«Estaba hablando de su polla, Rex».

«Se siente inseguro acerca de algo. Necesitamos descubrir qué es eso y usarlo a nuestro favor».

«Sí, se siente inseguro acerca de su pequeña polla».

«¿Qué carajo te pasa? Primero, no puedes preocuparte por Walsh y ahora estás obsesionado con lo bien dotado que está».

Rex no se equivocaba en eso. ¿Por qué diablos importaba que Walsh fuera el futuro marido de Luce? ¿Por qué tenía ganas de golpear una pared con su cara frente a ella con solo pensar en sus manos sobre sus turgentes tetas? ¿Por qué ella tenía que ser suya? *Bueno, qué lástima.* Ella estaba conmigo ahora. Que se joda Walsh. No iba a dejarla ir.

Una sonrisa tiró de mis labios. ¿Se estaba jactando el viejo? ¿O estaba diciendo la verdad? ¿Luce era virgen? No era de extrañar que actuara como si nunca antes la hubieran tocado porque no lo habían hecho. Y pensar que anoche casi lo mando todo al infierno y la follo hasta los huesos. Ella prácticamente me lo rogó después de que la hice venir. Pensé en ella esperándome arriba, atada a mi cama, sin nada más que mi camiseta.

Ay, Luce. Deberías haberme dicho quién eras cuando tuviste la oportunidad.

¿Qué iba a hacer con ella ahora, mi pequeña virgen?

«Tengo que irme. Quería advertirte en persona. Walsh sabe quién eres. Podría venir por ti». Rex abrió la puerta y luego se quedó muy quieto como si se hubiera encontrado cara a cara con algún animal salvaje. «¿Qué carajo, Santino?».

«Así es». Pasé junto a él y me coloqué entre él y Luce. «Luce, este es Rex. Rex, ¿te acuerdas de Luce?». Presioné mis labios contra su oreja. «Si Marie te ayudó a salir, ella me responderá».

«No lo hizo». Su mirada se movía entre Rex y yo mientras conectaba los puntos.

Así es, cariño. Aquí todos somos mafiosos.

«Él me secuestró», espetó Luce tan pronto como superó la sorpresa de ver a Rex.

«Ella me disparó primero». Crucé los brazos sobre el pecho e hice una mueca. «Casi me rompo las costillas en el proceso».

«Santino». El tono de Rex estaba lleno de advertencia. «Lo que sea que estés pensando, no».

«Demasiado tarde para eso». Me puse de pie, mirándolo con el ceño fruncido. Rey o no, Rex no se iría de aquí con Luce. Ella era mía. «Ella no se irá».

«¿Por qué? ¿Porque intentó matarte?». Se pellizcó el puente de la nariz. «Cuando tu padre y yo te pedimos que buscaras una esposa, no lo decíamos en serio».

«¿Qué? No. No tengo ninguna intención de casarme con ella. Pero no puedo dejarla ir. Podría regresar y terminar el trabajo».

«Jesús, carajo. Escúchate. ¿Quién está pensando con su pene ahora?». Se pasó una mano por el pelo y miró a Luce con interés.

«No pudiste resistirte a arrojarme esa palabra a la cara, ¿eh?». Negué con la cabeza. No hace mucho, le había dicho lo mismo cuando arriesgó su propia vida para salvar la de Caterina.

«¿Estamos al borde de la guerra con los irlandeses y pensaste que sería una buena idea secuestrar a la esposa del jefe?».

«Prometida», corregí.

«Sin daño». Luce se paró frente a mí, empujándome fuera del camino como si fuera una niña obstinada. «Si pudieras llevarme a casa, me aseguraré de que mi familia te recompense por tu amabilidad».

Rex realmente asintió ante las tonterías de Luce.

«No me parece». Agarré su brazo posesivamente. Rex tenía que entender que yo no estaba bromeando. «Ella no se irá. Ella me disparó. Y merece ser castigada por ello».

«Escúchate, Santino. Esto es solo un plan complicado que se te ocurrió para obtener lo que quieres de ella». Rex se acercó a mí. «Si quieres echar un polvo, ven al club. Muchas mujeres allí aprovecharían la oportunidad de satisfacer tu necesidad».

«Ella se queda».

«No tengo tiempo para esto. Sabes muy bien lo que está en juego aquí. Envíala de regreso. Si no lo haces, tendrás que lidiar conmigo». Levantó la voz.

Detrás de mí, Luce gimió como un ratón asustado. La acerqué a mí para mostrarle que mientras estuviera conmigo, estaría a salvo de Rex, Walsh o cualquier otra persona.

«Gracias por pasar». Hice un gesto hacia la puerta.

«Diez días, Santino».

CAPÍTULO 15

El enemigo de mi enemigo

Luce

«¿Mafia irlandesa? ¿Perteneces a la maldita mafia irlandesa?», Santino cerró la puerta tan pronto como Rex se fue.

Quería correr tras él y obtener una garantía de que cumpliría su ultimátum a Santino. Tenía que volver a casa con mi hermano y mi banda. Cuanto más tiempo me quedaba en Nueva York, más me daba cuenta del peligro que corrían mis Lobos Rojos. Liam había enfurecido a la mafia italiana en Nueva York y Chicago. Incluso con todos los hombres a su disposición, no podía librar dos guerras de bandas a la vez.

«El cliente en el que no confiabas, el que conociste anoche, ¿era Liam?» Mi cabeza todavía estaba dando vueltas por todo lo que Rex había dicho. De alguna manera, a pesar de lo poderoso y asquerosamente rico que era Santino, Rex tenía algún tipo de control sobre él. «¿Rex también es un mafioso?».

«Sí», me miró fijamente. «Responde a mi pregunta».

«Sí».

«¿Eres una asesina para los irlandeses? ¿Walsh te envió a matarme?». Caminó hacia mí. Su pecho subía y bajaba tan lentamente, como si estuviera conteniendo la respiración entre exhalaciones.

Retrocedí por instinto. Anoche, después de que le disparara, estaba molesta, enojada, pero esto, esto era algo nuevo, tenía asesinato en sus ojos.

«Red». Su tono estaba cargado de advertencia.

Por mucho que no quisiera hablarle de mí, no sabía hasta dónde llegaría para hacerme hablar. Era un asesino. No tenía ninguna duda de que me haría daño para conseguir lo que quería. Opté por una verdad a medias porque no estaba lista para decirle a Santino, ni a nadie más, en qué me había convertido Liam.

«No, él no tuvo nada que ver con eso. Vine aquí por mi cuenta».

«No lo defiendas. Eso no te llevará a ninguna parte conmigo». Dio un paso hacia mí.

Puse más distancia entre nosotros, incluso después de llegar al último escalón de la gran escalera. El frío suelo sobre mis pies me recordó que no estaba en casa, que, aunque la suite de arriba me pareciera un refugio, no lo era. No tenía a dónde correr.

Con las piernas temblorosas, subí las escaleras lentamente, manteniendo mi mirada fija en la suya. Me imaginé que estaba en un bosque, débilmente iluminado por la luz de la luna, con un animal salvaje persiguiéndome. Si corría, su instinto se activaría. Así que me moví como si

estuviera trepando por el barro.

«¿Es Walsh el prometido que habías estado esperando todo el día?». Se agarró a la barandilla y comenzó su ascenso.

Desde mi punto de vista, sus anchos hombros ocupaban la mayor parte del espacio. Mientras intentaba encontrar una respuesta, perdí un paso y caí de nalgas. ¿Qué podría decir para que volviera a la versión de anoche, cuando todo lo que quería era un castigo en forma de orgasmos? «¿Qué quieres de mí?».

«La maldita verdad. La primera vez que te conocí parecías perdida. Me intrigaste. Quería saber qué te pasaba. Pero cuando te volví a ver, habías cambiado. Me miraste como si fuera tu última comida. Excepto que todo el tiempo has sido la mascota de Walsh».

Abrí la boca para negarlo.

«No mientas».

La amenaza en sus palabras envió una descarga de adrenalina a través de mí. «Estamos comprometidos para casarnos».

«¿Te folló?».

«¿Qué?», me levanté. «Eso no es asunto tuyo».

«Sigues diciendo eso». Una sonrisa malvada apareció en sus labios. «¿Ese viejo ha estado en ese pequeño coño tuyo?».

«Vete a la mierda». Me di la vuelta para huir de él, pero me estrellé contra la pared del pasillo.

Me tenía acorralada. Todo este tiempo me había estado guiando de regreso a su suite. Podría irse al infierno. Con una rápida mirada hacia su puerta y luego al pequeño espacio entre él y la parte superior de las escaleras, corrí hacia la puerta principal.

Su brazo se deslizó alrededor de mi cintura mientras me levantaba. Pateé y grité mientras él me llevaba de regreso a su habitación y me dejaba en la cama. Los trozos de cuerda del edredón rozaron mi trasero desnudo y mi coño palpitó de anticipación.

Anoche había sido un error tonto porque ahora sabía lo que podía ser, cómo se sentía el orgasmo y lo bueno que era Santino en eso. Apoyó una rodilla en el borde del colchón. Su camisa de vestir todavía estaba abierta y sus duros pectorales y abdominales estaban a la vista. Me alejé de él, pero él me agarró el tobillo y me jaló hacia atrás, dejándome atrapada entre sus muslos.

Mi reacción instintiva fue alejarlo de un empujón. Otro error. Su piel caliente bajo mi tacto envió pequeños aleteos de deseo a mi centro. Si mirara ahora, vería cuán hinchada y húmeda de necesidad me había dejado.

«Jesús, Red». Sostuvo mis dos muñecas sobre mi cabeza con una mano, mientras que la otra descansaba sobre mi cuello. «Estoy tratando de entender nuestra situación». La tensión en su voz, pero sobre todo el gran bulto en sus pantalones, me indicaban que él también estaba en su límite.

«No».

«¿No qué?», presionó su cuerpo contra el mío.

«No tuvimos...», miré sus ojos oscuros. Se suavizaron un poco, lo que hizo que sus hermosos rasgos resaltaran. El hombre era muy guapo. Era muy difícil apartar la mirada y romper el hechizo. «No lo hicimos».

«¿Sexo? ¿No tuvieron relaciones sexuales?».

Esa palabra puso todo tipo de imágenes en mi cabeza; la mayoría de ellas llegaban de nuestro tiempo en la bañera y luego de esta cama.

«Sin sexo». Esas dos palabras fueron mi confesión más íntima.

«Mmm». Tocó su nariz con la mía. «¿Anoche fue tu primer orgasmo?».

Por alguna razón, me dio vergüenza decirle que él fue el primero en hacerme venir. Decirle que Liam y yo no teníamos intimidad era una cosa, pero admitir que era virgen, y más allá de eso, que nunca me había tocado, que él fue el primero y el único en hacerme correrme era demasiado.

No quería que él tuviera eso sobre mí, o que tuviéramos ese tipo de conexión indeleble. Por supuesto, eso ya era algo entre nosotros, algo que llevaría conmigo por el resto de mi vida, pero él no necesitaba saberlo.

«Red». Sus dedos se deslizaron desde mi cuello, sobre mi pezón duro, mi estómago y luego se posaron en mi montículo. «Respóndeme sí o no». Dibujó círculos alrededor de mi clítoris, untándolo con mis propios jugos.

«Ah». Dejé caer mi cabeza hacia atrás.

Codiciosa, era codiciosa, egoísta y lasciva. En este momento, no me importaba nada. Quería volver a experimentar la misma explosión de anoche. Pensé que si me corría una vez sería suficiente, que podría seguir adelante y retomar lo que había venido a hacer a la ciudad de Nueva York. Aunque ahora mismo no podía recordar qué era eso.

«¿Y bien?», se detuvo.

La ausencia de su mano me daba vértigo, como si estuviera al borde de un barranco empinado. Dolía. «¿Bien qué?». Entonces recordé su pregunta. Si respondía, estaba segura de que me ayudaría a encontrar la liberación que anhelaba. La parte lógica de mí me decía que debía exigirle que me dejara ir. Pero mi parte lasciva, la parte más grande de mí que quería sentirse viva de nuevo, ganaba. «Sí, lo fue».

Deslizó sus dedos entre mis pliegues hasta llegar a mi entrada.

Oh, la sensación se extendió a cada centímetro de mi cuerpo.

«Entonces, ¿eres virgen?»,

«Sí». Jadeé. «Duele».

«Lo sé». Presionó sus labios contra mi oreja. «Puedo hacerlo todo mejor».

Asentí y él me recompensó con caricias largas y ásperas a lo largo de mi coño. En el siguiente latido, su peso se levantó de mí y mis muñecas quedaron libres. La agonía que sentí me golpeó profundamente en el pecho. No quería que me dejara así. Se alzaba sobre mí y su mirada oscura se dirigió al lugar entre mis piernas.

«No terminamos antes, ¿verdad?». Se inclinó y tiró suavemente de un mechón de mi cabello, dejando que el rizo se envolviera alrededor de su palma. Luego desvió su atención hacia mi seno derecho para pellizcar mi pezón a través de la suave tela de la camiseta, su camiseta. «No terminé de comer tu pequeño coño. Y ahora que sé la verdad, lo deseo aún más. Al diablo con todos ellos».

Me levantó por la cintura para que mi montículo estuviera en su cara y luego su boca se pegó a él. Para cuando su lengua atravesó mis pliegues y encontró mi clítoris, estaba lista para explotar.

Apreté su suave cabello y caímos en un ritmo familiar que no debería ser. No éramos amantes ni siquiera amigos. Lamió mi entrada, ahuecando mi trasero y frotando mi clítoris todo a la vez hasta que llegué. Esta vez fue duro y crudo, sin inhibiciones. Las olas de placer me atravesaron como volutas de fuego que quemaron todo lo que tocaba hasta que no quedó nada.

«Estoy justo aquí, Red», susurró en mi cuello, como si lo hubiera llamado.

¿Lo hice?

Él yacía encima de mí con una pierna entre mis muslos. Todo su cuerpo temblaba como si apenas pudiera contener su necesidad por mí. Lentamente, deslicé mi mano sobre su hombro musculoso y luego en su cabello. Cuando su respiración volvió a la normalidad, levantó la cabeza para mirarme.

«¿Por qué te casas con él?». Su voz profunda tocó algo que no reconocí dentro de mi pecho. Sacó fuera de ritmo los latidos de mi corazón y me dolió.

«Me encanta».

«Eres una terrible mentirosa». Pasó su pulgar por mi botón demasiado sensible. «Así que déjame reformularlo. ¿Cuáles eran los términos de su contrato?».

Jadeé porque no pensé que él lo sabría. «¿Cómo sabes eso?».

«Rex me lo dijo». Se apartó de mí para acostarse a mi lado, de frente.

Aunque era libre de moverme, ni siquiera lo intenté. Mi cuerpo no habría obedecido de todos modos. Entonces, aparté la mirada de él y dejé que la vergüenza habitual me invadiera. Sí, vendí mi cuerpo al diablo a cambio de ayuda, ayuda que llegó demasiado tarde.

«Walsh se jactó de ello durante nuestra reunión. Por supuesto, eso fue antes de que yo llegara allí. Estaba ocupado y llegué tarde». Él mostró una sonrisa encantadora cuando me volví para mirarlo.

Había llegado tarde a la reunión por mi culpa. Cuando llegó al loft VIP del “Crucible”, yo era la única allí. Y luego, hice que llegara aún más tarde.

«Él vendrá por mí, ¿sabes?».

«Lo sé. Si yo fuera él, pondría patas arriba toda esta ciudad para encontrarte». Pasó su dedo índice por mi labio inferior.

El olor de mi excitación en sus dedos puso un pensamiento en mi cabeza. Lo dejé escapar antes de que tuviera la sensatez de guardarlo para mí. «¿Me vas a follar?».

«No lo he decidido». Él soltó una risita. «Tenía planes para ti. Pero, ¿no sé si estoy dispuesto a iniciar una guerra para conseguir lo que quiero? Pasó sus labios sobre los míos. «Esa es la pregunta de los diez millones de dólares, ¿no? Porque te deseo. Quiero enterrar mi pene tan profundamente dentro de ti que nunca pensarás en nadie más que en mí».

Sus palabras deberían haber sido espantosas para mis oídos. Debería sentirme insultada porque no tenía ningún respeto por mi compromiso con otro hombre. No debería excitarme tanto con él. Se sentó y empezó a abotonarse la camisa. Instintivamente, mi mano se estiró para detenerlo, pero me contuve y me alejé rodando de él. «No puedes retenerme aquí».

Lentamente, se puso de pie. Impresionante, imponente... incluso esas palabras eran demasiado insignificantes para describirlo. Su energía salvaje lo consumía todo. Estaba atrapada, era como un animal herido que había caído presa de un depredador.

Tomó un costado de mi cuello y presionó ligeramente mi garganta con su pulgar. «No me conoces, Red. No tienes idea de lo que soy capaz. Si no te he jodido los sesos es porque no soy del tipo que piensa con la polla».

Antes de que pudiera protestar, se inclinó y capturó mi boca con la suya. Su beso fue una extensión de él, salvaje, crudo e hipnotizante. Tuve la idea de alejarlo mientras me abría para darle la bienvenida a su lengua y sus perversas embestidas.

Imitó los mismos movimientos que había hecho con mis pliegues y la entrada a mi agujero. Apreté mis piernas para aliviar el calor que se acumulaba en mi interior. Quería gritar porque sabía que esta vez no me ofrecería alivio.

Cuando se apartó, se mordió el labio inferior como si quisiera saborearlo por última vez. Su mirada pasó de mi cara a mis pies descalzos en un lánguido movimiento. Luego, se dio la vuelta

y se fue.

Me senté en su cama, perdida y muy excitada.

En algún momento de ese día, Marie regresó con varias bolsas de ropa, artículos de tocador y una bandeja con un sándwich de bagel y fruta. Me lo comí todo. No iba a morirme de hambre solo para molestarlo.

Por mucho que odiara aceptar la ropa que me había traído Marie, porque toda provenía de él, decidí tragarme mi orgullo, ducharme y ponerme un vestido recto decente.

Me senté cerca de la ventana y vi ponerse el sol. Cuando las estrellas brillaron intensamente en el cielo y los edificios cobraron vida con luces parpadeantes, decidí salir a la terraza. El aire fresco y la suave música de piano que sonaba en algún lugar debajo de mí me recordaron mi hogar. Me detuve para escuchar la triste melodía, había algo en ella que era erótico y muy vivo. Me senté en el sillón y pensé en papá, Ronan y lo que tenía que hacer a continuación.

Santino era el enemigo de Liam.

El enemigo de mi enemigo es mi amigo.

¿Eso era cierto? Si le preguntara, ¿Santino, el mafioso italiano, me ayudaría a salvar a mi banda de la Facción de Chicago? ¿Por qué iría contra su propio pueblo para ayudar a los irlandeses? No, Santino nunca haría nada que no le sirviera. No tenía ningún motivo para librarnos de los italianos en casa.

Independientemente de cómo reaccionó mi cuerpo a su toque, Santino seguía siendo uno de *ellos*. Solo sabía tomar, sin tener en cuenta a las personas que lo rodeaban. Santino no era la respuesta. Tarde o temprano, Santino iba a bajar la guardia. Necesitaba estar preparada cuando eso sucediera y aprovechar la oportunidad para escapar.

CAPÍTULO 16

Sospechoso como la mierda

Santino

Miré la foto de Luce en el iPad de Rex. Llevaba el mismo vestido blanco que usó en la Mascarada del “Crucible”; lo que planteaba una pregunta interesante. Rex tenía ojos y oídos por toda la ciudad. ¿Cómo era esta la única foto que tenía de ella? ¿Era porque se había comprometido recientemente? ¿O porque Walsh era tan bueno manteniéndola oculta?

Mi mirada bajó de su impresionante rostro a los globos que rozaban la parte superior de su vestido. Un poco de ese brillo rosado le cubría la clavícula. Me recosté para aliviar la presión en mis pantalones porque sabía que había maquillaje sobre sus pezones perfectamente redondos y su bonito coño.

Desde la visita de Rex hace tres días, había estado tratando de descubrir el papel de Luce en el plan de Walsh para hacerse cargo de Hell's Kitchen. Que ella fuera una asesina para él, enviada a matarme, tenía sentido para mí. La parte que no podía entender era por qué Luce aceptaría casarse con ese anciano, que obviamente tenía gustos pervertidos. Cerré el iPad de golpe. Un nudo se revolvía en mi estómago cada vez que pensaba en Luce como su mascota. No era un idiota; ella estaba vestida con ese leotardo para él. Todo en cómo estaba vestida y preparada gritaba sumisa. Pero sabía que ella era todo lo contrario.

Esa era la parte que me intrigaba de ella. El fuego en sus ojos y su eventual rendición se habían convertido en una droga para mí. Ni siquiera la había follado todavía y no podía dejar de pensar en ella.

«¿Señor Buratti?». Mi asistente Lia se puso de lado en mi línea de visión. «Eh, su próxima cita está aquí». Hizo un gesto hacia su escritorio afuera de mi oficina, donde uno de los muchachos de Rex estaba esperando.

«Déjalo entrar».

Finalmente, iba a obtener algunas respuestas.

«Don Buratti». Extendió la mano, luego la retiró e hizo una rápida reverencia.

«Don Buratti es mi padre. Siéntate».

«Por supuesto». Tragó y colocó su computadora portátil sobre mi escritorio. «Tengo la información que solicitó».

«¿Cómo la conseguiste? Ese día nos dijiste que no teníamos que preocuparnos por las cámaras».

Si alguien se lo hubiera enviado a Rex para intimidarnos, no podría confiar en su contenido. Después del asalto, estábamos tan preocupados por salir con vida que no nos molestamos en

mirar atrás para ver qué tipo de devastación habíamos dejado atrás. Al menos yo no lo hice. Pero ahora que el caos se había disipado y Walsh sabía que éramos una mafia italiana, había llegado el momento de cambiar de táctica. Necesitaba saber todo lo que pasó esa noche.

«No había cámaras en los alrededores, señor. Esto fue filmado con un teléfono en la escena». Se sentó más cerca del borde de su asiento. «Es decir, el sistema de Walsh es sofisticado, pero no lo suficiente como para que no pueda superarlo. Em, mi teoría es que alguien entró después de su llegada y registró lo que hizo. El video será válido en la corte».

«Eso me importa una mierda».

Teníamos suficientes policías, abogados y jueces en nuestra nómina. Podría dispararle a alguien en la televisión nacional y salir impune.

«Quiero saber por qué existe esta grabación. No me gusta que Walsh piense que tiene algo para chantajearme».

«Creo que eso es lo que pasó. Hizo que alguien se escondiera y esperara para capturar lo que hizo».

«Él no sabía lo que iba a hacer. Demonios, no lo sabía». Señalé su pantalla, que reproducía la escena una y otra vez. «Esto fue algo espontáneo. Necesitábamos una distracción. Aparte de eso, ¿cómo lo conseguiste?».

«Don Valentino me pidió que hackeara su sistema y reuniera toda la información que pudiera. Me encontré con el video como parte del barrido de la base de datos. No lo estaba buscando. Tuvimos suerte».

«Mmm. No existe la suerte». Me recosté en mi silla. «¿Qué más? ¿Tienes los nombres de los fallecidos?».

Después de que Rex me informara amablemente que Luce estaba comprometida con Walsh, no me llevó mucho tiempo sumar dos y dos. Si añadía sus respuestas, por breves que fueran, tenía una idea bastante clara de lo que le pasó al padre de Luce. El anciano había hecho un trato con su amigo Walsh. Había vendido a su hija. Sabía eso, aunque no tenía idea de lo que Walsh había ofrecido a cambio.

Luce aterrizó en Nueva York hace poco más de dos semanas, lo que significa que su padre también. Ese momento se sumaba. Cuando Luce me acusó de matarlo, no mencionó si había muerto en la ciudad o en Chicago. Pero si ella había asumido que era yo, obviamente lo mataron aquí.

«Ay, joder. Ahora tiene sentido. Maldita sea», me dije principalmente a mí mismo.

«¿Señor?».

«Ella vio este video».

«¿Quién?».

«No importa. ¿Había algún O'Brien en la lista?».

«Sí, señor. Dos». Giró su computadora portátil para mostrarme la lista, que constaba de cinco nombres.

Jesucristo. ¿Cómo había logrado Rex mantener ese importante incidente en secreto?

«¿Sin descripciones ni fechas de nacimiento?». Estaba buscando a alguien con edad suficiente para ser el padre de Luce.

«No, pero eh...».

«Sácalo».

«Tenemos acceso a la morgue. Podríamos echar un vistazo».

«Bien, me reí. «¿Cómo te llamas?».

«John, señor».

«Está bien, John. Nos vamos ahora. Puedes informarme en el camino». Me levanté y llamé a Lia, quien inmediatamente entró corriendo a mi oficina. «Consigue mi auto».

«De inmediato».

Cuando llegamos al garaje, mi conductor Leo nos estaba esperando. Me subí al asiento trasero mientras John, el hacker, le daba instrucciones sobre dónde ir y cómo entrar a un garaje privado conectado al edificio.

Cuando el SUV salió al camino, John se movió en el asiento del pasajero para mirarme. «La mujer que está con Walsh, solo la hemos visto un puñado de veces después de que establecimos vigilancia en la casa de Walsh en la ciudad».

«¿Tiene más de un lugar?».

«Sí, señor. Pasa la mayor parte de su tiempo en los Hamptons. Pero visita su apartamento en la ciudad casi a diario. Ahí es donde vimos a la mujer. Una vez se fue con él para asistir a la fiesta en el "Crucible"».

«¿Fue entonces cuando le tomaste una foto?».

«Correcto. Su rostro se mantuvo oculto la mayor parte del tiempo, pero logramos conseguirlo. De todos modos, la segunda vez que se fue, estaba otra vez envuelta en su capa y sola. No la hemos visto desde entonces. Esa noche perdimos su rastro».

Por supuesto que lo habían hecho. Luce se fue conmigo esa noche. Así que Walsh la había mantenido escondida desde que llegó. No era de extrañar que no pudiera encontrarla. Después de dos semanas buscándola, comencé a pensar que tal vez me había imaginado encontrarla en el aeropuerto. El colgante de la Cruz Celta era la única prueba que tenía de que ella existía. Ahora tenía mucho más que eso. Me moví en mi asiento cuando mi pene se puso rígido.

«Don Valentino quería que la vigiláramos. Pensó que ella podría ser una manera de llegar a Walsh».

«No contaría con eso». Si tuviera algo que decir al respecto, Luce nunca volvería con ese imbécil. «¿Qué más tienes?».

«Ha hecho tratos con la Bratva. Tráfico sexual. Resulta que el burdel que desmantelamos hace unos años fue una creación suya. Pero eso fue antes, cuando era soldado. Ahora él es el jefe».

«Dinero nuevo». Miré por la ventana. «Sabía que estaba exagerando algo».

«Su banda está dividida. Algunos piensan que mató al antiguo jefe para tomar el cargo».

«Así es como suele funcionar, ¿no?».

«Sí», tragó de nuevo.

Este tipo necesitaba arreglar sus cosas. Parecía tener miedo de su propia sombra.

«Tiene grandes planes de expansión».

«Lo sabemos. Quiere Hell's Kitchen».

«Señor». Mi conductor interrumpió. «Hemos llegado».

«Bien. Terminemos con esto». Por mucha carnicería que había visto en mi vida, los cadáveres no me sentaban bien. Demasiado recordatorio de todos mis pecados.

Tan pronto como el SUV se detuvo ante una puerta lateral dentro del garaje, apareció una mujer con una bata blanca. «Bienvenido, señor Buratti. Soy Sofía». Ella me ofreció su mano con una gran sonrisa en su rostro.

«Muéstranos el camino, Sofía», le sonreí.

Sus ojos se abrieron mientras se lamía los labios. «Justo por aquí». Nos hizo un gesto para que entráramos por un largo pasillo.

El hedor a amoníaco asaltó mis fosas nasales. En mi mundo, los muertos y la lejía siempre

iban de la mano. Me mantuve alerta, manteniendo la mirada fija en las puertas a ambos lados. Las camas de hospital a lo largo de las sucias paredes blancas me pusieron nervioso. Los bultos podrían ser un cuerpo o podrían ser armas. Me volví para mirar a Leo y arqueé una ceja que decía, "Esto no me gusta". Cuestiona todo, no confíes en nadie, así era como nos manteníamos con vida.

«Ella está con nosotros», respondió.

«Don Valentino se asegura de que mi familia y yo estemos cómodos. Estoy aquí para lo que necesite, señor Buratti». Su mirada cayó a mi pecho y luego de nuevo a mi cara.

Mi vida era mucho más sencilla cuando no tenía a cierta pelirroja nublando mi mente. «Necesito ver a los dos O'Brien».

«Bien». Señaló la puerta al otro extremo. «Aquí es».

El olor pútrido se intensificó una vez que estuvimos dentro, acurrucados alrededor de las dos mesas de metal. El primer O'Brien era un hombre de mi edad, veintitantos años, demasiado joven para ser el padre de Luce y demasiado mayor para ser su hermano gemelo. Por alguna razón esperaba a alguien bonito.

Cuando reveló el siguiente cuerpo, mi pecho se apretó. Éste tenía que ser su padre: un anciano de unos sesenta años, pelo rojo y rostro ovalado. Incluso con su piel grisácea, podía ver el parecido.

«Pensé que había muerto en la explosión. Sin quemaduras». Señalé su torso.

«Herida de escopeta». Delineó el área debajo de las suturas de la autopsia. «Tres balazos en el vientre».

«Bueno, esas son buenas noticias». Le di unas palmaditas en la espalda a John. «El viejo no murió en el pub irlandés que volamos».

«Oh, estoy seguro de eso». Sofía cogió un portapapeles. «Lo mataron un par de semanas antes de ese día. A grandes rasgos, es difícil precisar un día y una hora exactos».

«Entonces, ¿por qué estaba en la lista?».

John intervino. Esta era su área de especialización. «Lo encontraron entre los escombros, señor. Tanto la lista de hospitales como los datos de Walsh lo confirmaron».

«Mmm. Bueno, no soy un detective. Pero esto es jodidamente sospechoso como la mierda».

«De acuerdo, señor».

«Han pasado días desde el altercado en el pub. ¿Por qué siguen aquí?». Estaba pensando en Luce y en lo perdida y confundida que parecía el día que vino a dispararme.

«Hay una investigación en curso». Sofia cubrió con la sábana al padre de Luce. «Los cinco cuerpos están bajo llave hasta que las autoridades los liberen».

«¿Quieres decir hasta que Rex decida que mantenerlos aquí ya no sirve a nuestros propósitos?».

«Exactamente». Sofía asintió dos veces. «La policía ni siquiera ha venido. Es el primero en visitarnos y hacer preguntas».

«Vaya».

«Le avisaré si algo cambia. Ya sabe, si la investigación continúa».

«Haz eso». Le di unas palmaditas en el brazo. «Has sido de gran ayuda».

«Entonces, ¿qué es lo que sé hasta ahora?», pregunté cuando John se puso a mi lado.

«Walsh quiere expandirse en Hell's Kitchen». John revisó su iPad.

«Lo intentó y fracasó. Pero luego convocó a una reunión con la Facción de Nueva York. Llegamos, él apuntó con un arma a uno de los nuestros y nosotros, con razón, respondimos con fuego. Ahora hay pruebas de que yo fui responsable de la explosión... y un cadáver que no

pertenece a la escena».

Un cuerpo que resultó ser el padre de su prometida.

«Correcto, señor».

En el camino de regreso decidí ir directamente a casa. Todavía tenía trabajo que hacer, pero nada que no pudiera terminar en el penthouse. Sin mencionar que quería verla. En verdad, quería hacer mucho más que eso. Me había mantenido alejado de ella durante los últimos tres días porque quería seguir mi propio consejo y dejar de pensar con mi pene.

El resultado fue que en lugar de ganar claridad y concentrarme en lo que tenía que hacer, había pasado noches y buena parte de mis días pensando en ella, en sus tetas relucientes y en ese pequeño gemido de sorpresa que soltaba cada vez que se corría en mi mano.

Aunque tuve que admitir que hoy no era un completo fracaso. Incluso si todavía no tenía idea de quién había matado al padre de Luce. Yo, al menos, podría demostrarle que no había sido yo. Alguien asesinó a su padre y trató de culparme a mí. Ese alguien tenía que ser Walsh. Pero ¿por qué querría deshacerse de su futuro suegro? Especialmente si tenían un acuerdo entre ellos.

Tenía que saber que el equipo de Chicago vendría tras él, fueran irlandeses o no. Demonios, tendría que saber que Luce vendría tras él. Si viviera con él, no tendría ningún problema en degollarle mientras dormía. No tenía ninguna duda sobre eso. Luce no era del tipo asesino. Pero recordé la mirada en sus ojos cuando vino detrás de mí. Su familia lo era todo para ella. Eso fue algo que entendí bien. ¿Pero Walsh?

Pensar en Walsh muerto en su propia cama me hizo sonreír. Abrí la puerta del penthouse y sentí una sensación de alivio. En parte, porque ella estaba aquí. Y, además, porque tenía buenas noticias. Bueno, buenas para mí de todos modos.

De repente, el vestíbulo y los techos estilo catedral dejaron de parecer pequeños y sofocantes. La luz natural que se filtraba a través de las altas ventanas aportaba un brillo caprichoso a la sala de estar, especialmente sobre el piano de cola. La música me ayudaba a pensar. Caminé hacia allí mientras me quitaba la chaqueta del traje y me arremangaba. Sentado en el banco con la vista de la ciudad frente a mí, comencé a tocar una melodía que había tenido sonando en mi cabeza últimamente, o más bien, desde que conocí a Red.

Me la imaginé ahora atada en mi cama, sin nada más que mi camiseta.

La información que había reunido en los últimos días no me había llevado exactamente a una conclusión que apaciguara a Rex. Para mantener la paz con los irlandeses, quería que enviara a Luce de regreso a Walsh, lo cual no haría. No ahora y ciertamente no dentro de siete días. Ese cabrón había matado al padre de Luce. No tenía pruebas, pero todo lo que tenía que hacer era seguir investigando. Y luego le haría pagar por hacer pasar a Luce por ese tipo de dolor.

Por ahora, tenía que asegurarme de no encontrarme con una emboscada y que Luce no estuviera del lado de Walsh. *Mierda.* Ella no podría estarlo. Eso no tendría ningún sentido. Cerré la tapa del piano con ambas manos. ¿Por qué no podía darme las respuestas que necesitaba? ¿Por qué mentirme?

El banco raspó el suelo de mármol cuando me puse de pie. No me gustaban los rompecabezas. Esta noche tendría que darme lo que quería.

CAPÍTULO 17

No saltes

Luce

Temprano en este día, después de haber revisado toda la suite, el baño y el armario de Santino, buscando algo que pudiera ayudarme a escapar, me aventuré a revisar el resto del penthouse. Marie no estaba en casa para detenerme, y él tampoco. Por si acaso, revisé la puerta principal. Sí, sus guardias todavía estaban allí. Mi plan cuando bajé las escaleras había sido buscar una salida, pero de alguna manera terminé en su biblioteca.

Tenía muchos libros. Algunos eran libros de texto sobre inversiones financieras, ficción del tipo asesinato y poesía. Me llamó la atención el de una serie de poemas porque mamá tenía esa misma edición. Me dejaba leerlo antes de acostarme. Papá siempre se quejaba de que yo era demasiado joven para ese tipo de lectura.

Caminé a lo largo de la pared, pasando mis dedos por los lomos de los libros, mientras inspeccionaba todas las chucherías y fotografías enmarcadas en las estanterías empotradas. Me quedé mirando la que tenía a Santino y a una mujer que podría ser su madre. Se veía tan guapo cuando sonreía. Menos mal que no lo hacía tan a menudo.

Sobre su escritorio encontré un montón de papeles que no significaban nada para mí. Sin embargo, cuando abrí el cajón superior, mi sangre hirvió al instante. Pensé que había perdido el colgante de la Cruz Celta de mi madre la noche en que él me besó en el “Crucible”; él era el ladrón. Me coloqué la delicada cadena alrededor del cuello y cerré el broche. En el mismo cajón encontré un anillo con un engaste de piedra negra que tenía tallado el perfil de un lobo. ¿También lo habría robado?

Leí el grabado en el interior del anillo. *Fac Fortia et Patere*. No tenía idea de lo que eso significaba. Por un momento, pensé en tomarlo solo para fastidiarlo, no porque quisiera un recuerdo. Sacudiendo la cabeza, lo arrojé de nuevo y cerré el cajón. Esto no me estaba ayudando. Necesitaba encontrar una salida.

Me dirigí al arco de la ventana más allá de su escritorio. En el medio tenía una puerta que daba a una terraza. Mi corazón se aceleró con anticipación. Podría ser por aquí. Miré hacia abajo con el viento soplando con fuerza en mi cara. Estábamos a cuarenta pisos de altura, bajar por ahí no era una opción. Pero ¿y si pudiera cruzar hasta el apartamento de al lado? Corrí al interior y agarré una de las sillas del club.

Entonces me quedé helada. La música de piano que me había adormecido durante las últimas tres noches sonaba en la sala de estar. Ya no estaba sola. Corrí hacia la entrada de la biblioteca y abrí la puerta lo suficiente para poder mirar a través de ella, pero todo lo que pude ver fue la gran

escalera. Incliné mi cuerpo un poco más hacia adelante y entonces lo vi. Santino al piano de cola completamente perdido en la pieza que estaba tocando.

Me quedé allí y observé durante un minuto entero. Su presencia era tan magnética que mi cuerpo anhelaba estar cerca de él. Maldito sea. Cerré la puerta y corrí de regreso a la terraza con la silla a cuestas. Con piernas temblorosas, subí a la cima de la pared.

El suelo se veía tan abajo que me dio náuseas. Entre el viento fuerte y la cacofonía de los bocinazos de los autos y el chirrido de neumáticos abajo, me sentí mareada. Me apoyé en la pared de cemento y ordené a mis piernas que avanzaran poco a poco hacia el otro lado.

«Red, no saltes».

Miré por encima del hombro. ¿Santino me perseguiría si cruzaba el borde hasta la siguiente ventana? Tal vez tenía miedo a las alturas y no vendría a buscarme. Aunque era demasiado rápido. Antes de que pudiera decidirme, me giró por la cintura y me jaló hacia abajo. Me estrellé contra su duro pecho mientras él me llevaba de regreso al interior.

Me bajó, pero no me soltó. Su corazón latía rápidamente contra mi mejilla. Si no lo supiera, diría que había estado preocupado de que yo cayera. «¿Qué diablos estabas pensando?». Habló después de varios minutos.

Su olor me dejó aturdida por el deseo. Lo aparté, pero él me abrazó con fuerza. «Estaba pensando que necesitaba alejarme de ti».

«No hay nada ahí fuera».

«Esperaba que tu vecino quisiera ayudarme».

«Jesús, Red. Este es el penthouse. No tengo vecinos». Me agarró por los hombros. «Siéntate. Necesitamos hablar».

Lo miré con la boca ligeramente abierta. Esto no era propio de mí. Papá siempre decía que yo era la prudente, la que pensaba bien las cosas, la que tenía la cabeza sobre los hombros. Mi hermano Ronan era imprevisible. Yo era la hija buena.

«Veo que has estado revisando mis cosas», señaló mi collar.

«Tú me lo robaste».

«Se te cayó cuando te besé». Alcanzó mi cara y pasó su pulgar por mis labios. «Te lo estaba guardando».

Me aparté e hice lo mejor que pude para ignorar el efecto que su toque tuvo en mí.

«Vi a tu papá».

«¿Qué?». Me puse de pie. «¿Dónde?».

Parpadeó y respiró hondo. «La morgue. Te dije que iba a descubrir quién lo mató. Necesitaba verlo».

Tenía las manos tan frías que no podía sentirlas. Las lágrimas corrieron por mis mejillas. Papá en la morgue hacía que su muerte fuera más real. Como no había visto su cuerpo, una pequeña parte de mí esperaba que Liam hubiera mentido para gastarme una broma de mal gusto. Sabía que eso era imposible. Pero, de todos modos, la esperanza seguía ahí. Ahora había desaparecido por completo.

«Yo no lo maté. Y puedo demostrarlo».

«Murió en una explosión que tú provocaste». Lo miré con todo el odio que pude reunir. «Te vi en el video. Él estaba allí en la ventana. Y lo atravesaste con un auto en llamas».

«Espera. ¿Qué?», él frunció el ceño. «¿Qué quieres decir con que lo viste allí?».

«Liam me mostró el canal de vigilancia. Papá estaba allí. Tú estabas ahí. Luego, ocurrió la explosión». Le golpeé en el pecho. «Tú hiciste eso. Tú lo mataste».

¿Cómo podía quedarse ahí y decirme que no era culpable cuando había sido él quien había

iniciado el incendio? ¿Cómo había podido causar tanta devastación y luego actuar como si nada hubiera pasado? Como si fuera inocente. Me abracé y tragué el sabor amargo en el fondo de mi garganta. Pensar en papá y el fuego, los gritos y todos los disparos en el video me hizo sentir mal. Todo dolía demasiado.

«Tu papá murió por una herida de bala. Dos semanas antes de la explosión en el pub. Cogió la computadora portátil de su escritorio y sacó un documento en la pantalla. «Esta es la autopsia».

«¿Cómo conseguiste esto? Liam ni siquiera pudo conseguir que viera a papá».

«No soy el tipo de mafioso promedio».

Me sequé los ojos y respiré profundamente. Esto era importante. Por primera vez desde que descubrí que papá estaba muerto, finalmente tenía algunas respuestas. Acerqué el dispositivo y me senté en la silla de cuero de Santino. Mi corazón se rompió en un millón de pedazos mientras leía el documento. La mayor parte no era relevante, pero una cosa estaba muy clara. La autopsia situaba la hora de la muerte de papá aproximadamente en el momento en que yo llegué a Nueva York.

La ironía no pasó desapercibida para mí. Yo era la coartada de Santino. «¿Y el video que vi?».

«¿Mi conjetura? Fue manipulado. Puedo mostrarte el original. Ha sido autenticado. Me dijeron que se mantendría en los tribunales». Se apoyó en el borde del escritorio a mi lado con las piernas estiradas frente a él. «Tengo la sensación de que Walsh quería que pensaras que yo lo hice».

«¿Por qué?». Parpadeé para contener las lágrimas para concentrarme en su rostro. «Él no sabe que te conozco, quiero decir...», titubeé en la frase “te conozco” porque Santino y yo estábamos mucho más allá de simplemente ser conocidos.

«No pensé en eso». Él se encogió de hombros. «No sé cómo, pero sé que está involucrado. Tiene que estarlo».

Si papá no murió en alguna revuelta de guerra entre pandillas, aquí estaba en juego algo más grande. Tenía que volver con mi familia. Sin papá, la banda necesitaría un nuevo líder. Me mordí el labio inferior con la mirada fija en su musculoso muslo. Antes de que pudiera pensarlo demasiado, puse mi mano sobre él.

«Santino».

Exhaló ruidosamente, alcanzando mis dedos.

«Necesito ir a casa. Incluso si no sé quién le hizo esto a papá, esta nueva información demuestra que algo malo se avecina para mi banda. Necesito advertir a mi hermano. Si supiera lo de papá, habría venido a buscarme y no lo ha hecho. Por favor».

Él apretó su agarre sobre mí. «No. No vas a abandonar este lugar».

«¿Por qué no?», me alejé de él. «Te creo. No mataste a papá. Así que ahora estamos bien».

«No, no estamos bien. Aún queda el pequeño detalle de tu castigo. Ya sabes, por intentar matarme».

«La vida de personas está en peligro».

«No me importa». Cruzó los brazos sobre el pecho. «Te quedarás hasta que yo diga lo contrario».

El calor subió a mis mejillas por la ira. Odiaba que tuviera tanto poder y control sobre mí.

«Liam vendrá por mí, antes de lo que piensas. Y cuando lo haga, te hará pagar por mantenerme aquí». Lo aparté del camino y pasé junto a él hacia la puerta.

Dos pasos después, me agarró por la cintura y me hizo girar. Mi trasero golpeó el borde del

escritorio mientras él apoyaba ambos brazos a cada lado de mis caderas para acorralarme. Calientes bocanadas de aliento rozaron mi cara mientras su voz resonaba a mi alrededor.

«¿Sigues apostando por ese viejo? ¿Incluso cuando obviamente está metido hasta las rodillas en la mierda que rodea la muerte de tu padre? ¿Cómo puedes ser tan ingenua?».

«Él es mi prometido».

«Claro. El caballero de brillante armadura. Dime, ¿cuánto cuestan las novias vírgenes hoy en día?».

Le di una bofetada en la mejilla. «No puedes juzgarme».

«No te estoy juzgando. Estoy tratando de hacerte ver la verdad». Me apoyó sobre el escritorio y se metió entre mis piernas.

Nuestras miradas se cruzaron. Jadeé un suspiro que coincidía con el suyo. La intensa mirada en sus ojos se suavizó y bajó la cabeza.

«Aquí hay un panorama más amplio». Acarició mi cuello. «Pensé que lo entendía bien cuando entré, pero tienes una manera de sacarme de mis casillas. No me presiones, Red. No te va a gustar lo que conseguirás».

El calor de su cuerpo me envolvió como un capullo. Me derretí en él, adolorida de deseo de nuevo. Me puso boca abajo y presionó sus labios contra mi oreja. «Son cinco». Cinco transgresiones significaban cinco nalgadas. No me molesté en contar a cuáles se refería. Su tono pecaminoso y cálido viajó hasta mi centro. Encendió una chispa que ahora me resultaba familiar y muy adictiva.

Habían pasado días desde la primera vez que me castigó. Y me di cuenta con horror de que lo quería de nuevo. Estaba siendo codiciosa, lo sabía, porque mi deseo por él no ayudaba a la causa de nadie más que a la mía egoísta.

«¿Entiendes el motivo?», susurró con sus labios contra mi mejilla.

Asentí.

Levantó mi falda y bajó mi ropa interior empapada, dejándola caer alrededor de mis tobillos. «¿Cuál fue tu trato con él?».

Todo mi cuerpo tembló de anticipación. Necesitaba la liberación que solo él podía darme.

«Van seis. Responde». Me golpeó fuerte, dejando que sus dedos permanecieran cerca de mi palpitante coño.

Había hecho un montón de suposiciones sobre mi acuerdo con Liam que en su mayoría eran correctas. Pero quería humillarme. Quería que lo dijera en voz alta. «No».

«Van siete. Cuenta». Su mano encontró mi trasero dos veces más.

Murmuré una cuenta rápida hasta tres, apretando mis piernas. Mi núcleo estaba en llamas ahora, mis pliegues estaban hinchados por las vibraciones que permanecían allí después de cada golpe de su mano. Me dio tres golpes más, y luego uno más que aterrizó principalmente en mi sexo. Conté para él... cuatro, cinco, seis, siete. Resistirme solo me daría más de su dulce tortura, pero no alivio.

«Protección», espeté.

«¿Qué otra cosa?». Apretó la tela de mi vestido en mi espalda baja. «Por ti, habría pagado mucho más que eso».

«Recursos. Hombres, dinero para luchar contra el Equipo de Chicago». Cerré los ojos con fuerza. Había vendido mi cuerpo y mi alma al diablo para salvar a mi familia.

«Qué causa tan noble». Acarició la longitud de mi coño con lánguidos movimientos circulares, esparciendo mis jugos por todas partes, incluida la entrada trasera. Deslizó un dedo allí con suavidad y facilidad. «Puedo decir que fuiste una buena mascota para él».

«Por favor». Me mordí el labio para tragarme mis palabras. No había sido mi intención suplicarle. Yo estaba tan cerca. No tenía idea de que podría correrme así, pero estaba sucediendo. Todas las veces que la señora Jones me hizo usar un tapón anal, nunca sentí nada. Fue mayormente raro e incómodo. Siempre supuse que lo hacía para volverme obediente, para demostrarme que ella tenía el control. Ahora me daba cuenta de que ella me estaba preparando para esto. Y Dios mío, se sentía tan bien.

«¿Te folló por el culo?». Salió un poco y luego volvió a entrar, lenta y suavemente.

«No».

«¿Pero iba a hacerlo? Y estabas lista para él».

«Creo que sí. Sí». No pude aguantar más y él sabía que el más mínimo estímulo me haría correrme. ¿Qué más quería de mí? ¿Por qué no lo estaba terminando?

«¿Qué más hizo?».

«Nada».

Quitó su mano de mi trasero. Lágrimas de frustración corrieron por mi rostro. Me di la vuelta y lo miré.

«Dime». Presionó su cuerpo contra mí.

Sus pantalones rozaron mi clítoris. Esta vez llegué un poco al clímax, pero no lo suficiente, ni siquiera cerca.

«Pasé todos mis días en su mazmorra sexual, durmiendo en una jaula de cinco por tres. Hizo que una mujer me cuidara. Ella me bañaba y me alimentaba cuando estaba bien». Solté un suspiro. Decirlo en voz alta me liberó de los días que había pasado en la casa de Liam. Y todo el enojo que sentí hacia papá por ponerme en esa posición.

«¿Estuviste de acuerdo con eso?». Acunó mi cabeza contra su pecho.

«No sabía qué era lo que estaba aceptando». Lo miré.

«¿Y ahora? ¿Lo sabes ahora?».

«Sí».

Sostuvo mi mirada durante un largo rato y luego se inclinó para capturar mis labios con los suyos. Su dedo encontró mi entrada trasera nuevamente. Metió su lengua en mi boca con movimientos ásperos y constantes, similares a lo que su único dedo hacía en mi trasero.

Su pulgar frotó mi clítoris. Y esa fue mi perdición. Las estrellas explotaron detrás de mis párpados cuando un orgasmo devorador desgarró mi cuerpo, quemando cada poro y cada pensamiento en mi mente. Estaba flotando como si la sensación fuera demasiado para que mi cuerpo la soportara o para que mi cerebro la entendiera completamente. ¿Cómo esto era posible? ¿Cómo era posible sentirse así? La habitación quedó a oscuras y me desplomé contra su pecho desnudo, agotada y saciada.

«No puedes seguir haciéndome esto». Me esforcé por recuperar el aliento. Me duelen los pulmones por la falta de oxígeno. Mi corazón latía a un ritmo fuera de control y sincopado que era doloroso.

«Intentaste matarme, Red. Este es tu castigo». Jadeó mientras me abrazaba con más fuerza.

Yo no era su cautiva.

Santino me había hecho prisionera de mis propios deseos depravados.

CAPÍTULO 18

Comenzando una guerra

Santino

«Puedo ayudarte».

«¿Qué?». Levantó su mirada para encontrarse con la mía, dejando su mano en mi pecho, justo encima de mi corazón.

«Tu problema con Walsh. Puedo hacer que se vaya».

«¿Quieres decir... matarlo?». Se deslizó por el borde de mi escritorio. Con las piernas temblorosas, trató de alejarse de mí, pero no se había recuperado completamente de su orgasmo, así que me usó para estabilizarse. «No se puede andar disparando a la gente. Créeme, lo sé. Eso no traerá de vuelta a papá».

Su suave toque sobre mí hizo que fuera difícil concentrarme. Mi pene estaba tan duro; palpitaba con deseo frustrado. Si le quitaba la virginidad ahora, Walsh la usaría como excusa para iniciar una guerra de pandillas con nosotros. El problema era que no me veía renunciando a Luce en el corto plazo. Pero si ella lo dejara por su propia voluntad... ese sería un trato diferente.

«Si tan solo lo hubieras descubierto antes de dispararme». Me agaché para tomarla en mis brazos.

«Si tan solo...». Me dejó llevarla escaleras arriba e incluso aprovechó la oportunidad para rozar mis pectorales con sus labios.

En mi suite, la acosté en la cama y fui al baño para lavarme y conseguirle una toalla mojada. Cuando regresé, ella todavía estaba en una especie de estado de sedación. No recibí ninguna queja cuando comencé a limpiarle el coño y los muslos.

«¿Te estás quedando dormida?». Me senté a su lado y le quité un mechón de pelo de la cara.

Negó con la cabeza. «Demasiado para que pueda salvarme».

Así que eso fue lo que la tenía sometida. Tenía miedo de lo que haría Walsh si descubría que había tenido relaciones sexuales conmigo. «En el sentido más arcaico, todavía eres virgen».

«Él lo sabrá de cualquier manera». Ella juntó las rodillas contra el pecho. «Sabes que estuve contigo. Que tú…». Sus palabras se apagaron cuando sus mejillas se pusieron rojas.

Su vergüenza no debería excitarme, pero lo hacía. «¿Que te hice venir?».

«Sí, eso».

«¿Por qué sigues pensando en volver con él?».

«Porque tenemos un contrato. Toda mi familia, mi banda, sufrirán las consecuencias si no lo cumplo. Podría matarlos a todos. También sería muy fácil. Lo único que tiene que hacer es dejar que los italianos hagan el trabajo sucio».

El mes pasado, Rex me había pedido que volara a Chicago y entregara un mensaje a la banda de allí. Pero cuando llegué al lugar, nadie parecía saber de qué estaba hablando. No les gustó mi presencia. El jefe estaba seguro de que yo estaba allí para socavar su autoridad.

Me aseguró que sus hombres no habían organizado ningún tipo de ataque contra los irlandeses. En aquel entonces, no tenía motivos para pensar que me mentirían. Supuse que Rex había obtenido mal la información. Pero ahora no estaba tan seguro.

Creí cada palabra que decía Luce sobre el contrato, su tiempo con Walsh y la amenaza que sufría su banda. Así que, ¿qué estaba pasando realmente aquí? Si la banda de Chicago se había puesto en ridículo, estaban a punto de descubrir todo el alcance y el poder de la Sociedad. Me aseguraría de ello.

«Mantener a raya a los italianos es una especie de mi área de especialización». Pasé mi pulgar por sus labios.

«No necesito tu ayuda. Necesito que me dejes ir. Mi hermano está en peligro. Lo sé».

«Así que, ¿tu hermano está en problemas, pero tú no? ¿Cómo funciona eso?».

«Quien sea que haya matado a papá…».

«Walsh».

«No sabemos si fue él», ella me miró fijamente.

Los efectos de su clímax más reciente se habían agotado por completo ahora. Sus ojos verdes tenían ese fuego nuevamente. Y eso me hizo querer reclamarla, poseerla.

«Mi instinto me dice que quienquiera que haya matado a papá podría perseguir a mi hermano. Especialmente, si esa persona está haciendo todo lo posible para plantar el cuerpo de papá en la escena del crimen». Ahora hablaba principalmente sola, como si todos los detalles de la muerte de su padre finalmente tuvieran sentido para ella.

«Si alguien va por él, también irá por ti, Red. ¿Qué te hace pensar que no fue Walsh?».

«No obtendría nada con ello. Tampoco hay motivos de venganza. Era su futuro suegro».

Futuro suegro.

No me gustó cómo sonó eso, pero supuse que ella tenía razón. Walsh no tenía motivos para tomar represalias. Al menos no lo había hecho entonces. Sin mencionar que su grupo en Harlem era cuatro veces mayor que la banda de Luce. Tenía más territorio, más hombres, más dinero. Matar a un jefe para hacerse cargo de sus hombres parecía demasiado trabajo por muy poca paga. Los Lobos Rojos eran una miseria para él.

Por lo que sabíamos de Walsh, era dinero nuevo que buscaba causar un gran revuelo. En cierto modo, eso lo convertía en un visionario, del tipo que piensa fuera de lo común. Incluso, había tenido la previsión de comprarse la novia virgen más bella.

«De cualquier manera, no es seguro para ti estar ahí fuera. Te quedarás aquí».

«Estoy confundida». Se sentó más arriba para poder presionar su espalda contra la cabecera. «¿Eres mi carcelero o mi protector?».

«Ambos», le sonreí.

«No». Ella se miró las manos y frunció el ceño. Cuando volvió a hablar, fue principalmente para sí misma. «Liam es mi mejor apuesta. Si le pido disculpas, lo entenderá. Tiene qué hacerlo».

Por alguna razón, sus palabras pintaron una imagen muy vívida de ella y Liam Walsh juntos, en una iglesia casándose, sus manos sobre ella y los dos follando. Cerré los ojos con fuerza para ahuyentar la avalancha de imágenes. La idea de ellos juntos me hacía ver rojo.

Tomé su rostro y hundí mis dedos en su nuca. «Él no es una apuesta en absoluto. Y mucho menos la mejor».

«No tengo otra opción. Si me caso con él, nos protegerá».

Nuestras miradas se cruzaron. El aire de la habitación crepitaba con una carga cruda. «Quieres que sea algo que no es. No vendrá por ti. Soy todo lo que tienes». Presioné mi palma sobre la hendidura de su coño.

«Santino». Giró la cabeza hacia un lado, agarró mi muñeca y la acercó a ella.

«¿Quieres que me detenga?».

Se mordió el labio inferior. Su cuerpo tembló cuando su excitación cubrió mis dedos. Dibujé círculos alrededor de su clítoris. Con cada roce, su pequeño coño se llenaba de lujuria. Esperé a que ella me rogase de nuevo. Cuando su respuesta no llegó, me incliné y liberé su labio con mis dientes, chupándolo suavemente hasta que ella lo soltó.

Reclamé su boca con un beso desesperado y me tragué sus gemidos. «Vamos. Dilo». Froté mi erección contra el costado de su muslo. «Tengo hambre de ti».

Cogió mis pantalones y jadeó de sorpresa. La primera noche que estuvo aquí, me vio desnudo. Mientras estaba en la bañera, ella pasó mucho tiempo mirándome. Me desabroché el cinturón y luego me quité rápidamente los pantalones, bajándolos hasta que me los quité y salté a toda velocidad.

Sus ojos se abrieron y se lamió los labios. «Nunca había visto uno antes».

«Tómalo».

Ella levantó los ojos hacia mí. «¿Por qué?».

«Porque quieres». Sonreí.

Ella dejó escapar un suspiro. Su pecho presionaba contra su blusa con cada inhalación. Los segundos que le tomó tomar una decisión parecieron horas. Pero cuando finalmente me agarró con fuerza, perdí la maldita cabeza. Ella se sentía tan bien. Y en ese momento selló su destino.

Su dedo índice y pulgar apenas se envolvieron por completo. Con ojos codiciosos, exploró mi longitud, la vena palpitante en el interior y la punta brillante cubierta de líquido preseminal. El músculo debajo de mi ombligo se tensó dolorosamente. La deseaba tanto; apenas podía controlarme.

La adrenalina infundida con el deseo reprimido subió por mi columna y mi pecho. No pensé que sería posible, pero me puse aún más duro. Mi creciente necesidad había llegado a un punto de ebullición. Ella también lo sentía porque, en ese momento, me apretó más fuerte y me miró.

«Me vuelves loco, Red».

«Conozco el sentimiento». Quitó la gota de la punta de mi polla y se la llevó a la lengua para probarla. Cerrando los ojos, se inclinó hacia mí. «Quiero más».

«Me follaré esa boca tuya. Pero ahora mismo necesito estar dentro de ti». Le quité el vestido y me metí en la cama con ella.

Sus instintos se hicieron cargo y me soltó, moviendo una pierna a lo largo de mi costado para darme la bienvenida. «Hmm. ¿Qué estás haciendo?», me susurró al oído, apretándome el pelo con un puño.

«Comenzando una guerra». Apoyé una mano en el costado de su cara, mientras usaba la otra para frotar mi eje en su coño hasta que quedó cubierto de sus jugos. «Veamos qué buena mascota eres».

«¿Duele?».

«Solo por un momento. Lo prometo». Me alineé contra su entrada trasera y me deslicé dentro de su agujero.

Ella se arqueó y levantó las tetas. Mientras ella se acostumbraba a mi tamaño y a la nueva sensación en su trasero, yo jugaba con sus pechos, amasándolos y acariciándolos. Cuando lamí y

chupé sus pezones, ella me recompensó con uno de sus dulces gemidos.

«Santino». Pasó sus manos por todo mi cuerpo, atrayéndome.

«Estoy aquí». La besé fuerte.

Su cuerpo acalorado se relajó sobre el colchón. Estaba lista. Comencé a entrar y salir de ella, mientras jugaba con su capullo hinchado.

Pronto, también reclamaría su lindo coño, la llenaría con mi semen. Pero primero quería mostrarle que todo lo que su prometido pensaba que había comprado no era real. No era real porque técnicamente todavía era virgen, pero era mía en todos los sentidos posibles.

«Te sientes tan jodidamente bien». Aumenté el ritmo, profundizando en su perfecto culo con cada embestida despiadada.

Unos cuantos golpes más y ella se deshizo de nuevo, gritando mi nombre. Su clímax fue mi perdición. Mi pene palpitó al mismo tiempo que los latidos de mi corazón, mientras lanzaba mi semilla en ella. «Aggg». Bombeé con fuerza contra sus nalgas hasta que se agotó cada ola de placer.

No tengo idea de cómo sucedió. Pero ya era completa y absolutamente adicto a la forma en que ella se corría, la forma en que se entregaba por completo al momento, a su voz cuando suplicaba. Cada vez parecía más sorprendida de que su cuerpo pudiera sentir tanta euforia.

En verdad, yo también.

Nunca había tenido un orgasmo así, tan crudo, salvaje y absorbente, y avivó las llamas de mi obsesión por ella.

«Red», me desplomé encima de ella.

«¿Siempre es así?», ella dejó escapar un suspiro.

«No».

Cinco minutos más tarde, me moví primero. Caminé hacia el baño para limpiarme y tomar otra toalla de mano mojada para ella. Esta vez la puse bajo agua caliente. Sus ojos se abrieron cuando comencé a limpiarle el coño con movimientos largos.

«¿En algún momento se baja?», ella sonrió ante mi nueva erección.

«No pronto».

«No te vayas». Ella me miró con ojos implorantes. «No quiero estar sola esta noche».

«Incluso si quisiera, no creo que pudiera». Subí y la tomé en mis brazos como había querido hacerlo desde que nuestros labios se tocaron por primera vez.

Su cuerpo encajaba perfectamente con el mío. La abracé mientras pasaba mis dedos arriba y abajo por la suave piel de su cadera y muslo. Cuando su respiración se hizo más lenta, volví a hablar para evitar que se durmiera. No estaba listo para que terminara esta noche.

«¿Lo encontraste?».

«¿Encontrar qué?». Ella hizo ademán de mirarme, pero la mantuve en su lugar.

«Lo que sea que estuvieras buscando en mi armario y mi biblioteca».

«Oh». Sus pezones se endurecieron en mi mano. «No sé. Supongo que quería saber más sobre ti».

«¿Cómo qué?».

«¿Tienes padres, amigos?», ella sacudió su cabeza. «Quiero decir, alguien como tú debe tener muchas mujeres».

«Sí, a los padres y amigos. No, a lo último», me reí.

«¿Cómo son tus padres?».

Exhalé.

«¿Qué quieres que te diga, Red? No soy un chico promedio. Comprende esto. No estamos en

un cuento de hadas romántico. El mundo en el que nací es cruel e implacable. Todo lo que puedo hacer es participar y esperar seguir con vida».

Ella se movió debajo de mí, se sentó y movió su cuerpo para mirarme. Su cabello recién follado caía sobre sus pechos lleno de ondas salvajes. La quería de nuevo. Mi mirada se centró en sus pezones rosados hasta que su voz sofocó mi lujuria.

«¿No crees que entiendo eso? ¿Por qué crees que acepté este ridículo contrato con Liam? ¿Por alguna idea romántica sobre el matrimonio y los bebés? Fue una transacción comercial que se suponía ayudaría a mi familia».

«Entonces, entiendes quién y qué soy. Bien. No preguntes por mis padres».

¿A dónde diablos iba esto? Luce tenía una manera de desarmarme. Mi primer error fue traerla aquí. El segundo, no fue enviarla de regreso en el momento en que descubrí quién era y el tipo de problemas que traería consigo. Pero ahora que la había probado, no veía una salida. La deseaba día y noche. Pero cada minuto que permanecía aquí, nos ponía a todos en peligro.

«Olvida lo que pregunté», ella puso los ojos en blanco. «Quiero decir, son mafia. Eso me da una idea bastante clara de cómo son».

«Mamá fue asesinada a tiros delante de mí cuando yo tenía catorce años».

«Oh».

«Ella fue mi primera lección. En mi mundo, el amor te debilita. Mi amor por ella la convirtió en un objetivo. Su amor por mí hizo que la mataran».

No tengo idea de por qué le estaba contando esto. Nunca había dicho esas palabras en voz alta. Lo que le pasó a mamá fue una parte de mi vida que mantuve enterrada en lo más profundo de mi alma oscura.

«¿Qué quieres decir?».

«Los disparos de ese día iban dirigidos a mí, pero ella me protegió con su cuerpo».

«Lo siento mucho», ella acarició mi mejilla. «Los niños pequeños no deberían tener que pasar por eso».

«Sobreviví. Y aprendí algo importante en el proceso».

Todos se iban, tarde o temprano, quisieran o no.

«Cero apegos». ella asintió como si realmente me entendiera ahora. ¿Lo hacía?

«Bien. ¿Y tú?». Tomé sus dedos y los llevé a mis labios. «¿Has aprendido la lección?».

«¿Cuál?», la confusión se registró en sus ojos verdes.

«El amor por tu familia te pone una diana en la espalda. ¿Pero, dónde están ahora?».

Las lágrimas mancharon sus mejillas. «No seas cruel. Ellos me aman. Me encontrarán. Sé que lo harán». Se deslizó hasta su lado de la cama, saltó y se dirigió hacia la puerta.

Mi pulso se aceleró. Esta noche, cuando pensé que iba a saltar de la terraza, me vinieron a la mente viejos recuerdos: mamá cayendo al suelo con su vestido manchado de rojo. Ella estaba parada frente a mí. Cuando sonaron los disparos, pareció que ella cayó durante mucho tiempo antes de que su cabeza golpeara la acera con un fuerte crujido. Ver a Luce en la cornisa a punto de caer muy lejos me mató.

Me quité las mantas y llegué hasta ella antes de que saliera de la suite. Envolviéndola con mis brazos, acaricié su cuello. «No te irás. Cuanto antes se te pase eso por la cabeza, mejor estarás».

«Te odio».

«Lo prefiero de esa manera». Tomé su coño desnudo mientras la apretaba contra la pared. Mi miembro se endureció. En el momento en que lo metí entre sus piernas, ella gimió y dejó caer la cabeza hacia atrás. Hice una pausa para respirar y luego me sumergí de nuevo en su trasero.

Ambos éramos prisioneros aquí.

CAPÍTULO 19

Necesito decir adiós

Luce

Preguntar por sus padres había sido una estupidez. Pero en medio de dos orgasmos cósmicos, me sentí cerca de él. Mi imaginación se alejó de mí y vi en él a un amante, mi amante.

Me alegré de que me aclarara las cosas. Cualquier noción romántica que se me hubiera pasado por la cabeza antes, se había ido. Lo vi tal como era. Un mafioso despiadado incapaz de amar. Aunque entendía el porqué. Había perdido mucho cuando era pequeño. Su único amor puro le fue arrebatado. Y pensaba que era su culpa.

Después de la muerte de mamá, me aferré mucho más a papá y a Ronan. Tenía mucho miedo de perderlos. Al final, por supuesto, de todos modos había perdido a papá. Por mucho que intenté protegerlo, ya no estaba. En eso tenía razón Santino. Nuestro mundo era caos y dolor. Lo único que podíamos esperar era seguir con vida el mayor tiempo posible.

Santino se movió a mi lado en su cama y se giró de lado, dándome la espalda. Incluso tan relajado como estaba mientras dormía, los músculos de sus anchos hombros y brazos se hinchaban en una miríada de valles y planos. Me picaba la mano por aliviar los rasguños que había dejado allí. No me había dado cuenta de que había hecho eso. Pero estaban recientes, así que definitivamente eran mis marcas.

Mi mirada recorrió su impresionante cuerpo, hasta sus caderas y su bien formado trasero. Había visto el tatuaje en su muslo, pero no el tiempo suficiente para darme cuenta de qué era. Era el perfil de un lobo, como el que había visto en el escudo de su familia y en el anillo de su biblioteca. Tuve la sensación de que su familia había existido durante muchas generaciones.

Como si pudiera sentir mi escrutinio de su físico, rodó sobre su espalda. Dormía desnudo, así que lo primero que me llamó la atención fue su pene semierecto. Su tamaño era impresionante. Me sorprendió haber podido recibirlo todo. En todas las veces que había fantaseado con él mientras estaba enjaulada en la mazmorra sexual de Liam, siempre lo imaginaba grande y grueso. Mi imaginación necesitaba mucho trabajo. Nada de eso le hacía justicia.

Después de nuestro primer intento de conversación, decidí dejarlo descansar y no hacerlo enojar ni presionarlo más. El buen comportamiento me valió varias rondas de sexo y orgasmos alucinantes. Dormimos un poco entre sesiones, pero sobre todo pude experimentarlo por completo.

Dos veces me desperté con su pene resbaladizo en mi ano. Me montó fuerte con la cara sobre la almohada hasta que ambos llegamos al orgasmo. Me estaba follando por el culo exclusivamente. No sabía si era para castigarme o por alguna noble intención de dejar intacta mi

virginidad.

El hombre era insaciable, igual que yo. Había mantenido ese lado mío domesticado durante tanto tiempo que ahora que Santino había desatado mis deseos sexuales, no podía controlarlos. Incluso ahora, a pesar de lo dolorida que estaba, quería sentirlo de nuevo, correrme y sentir que era parte de algo más grande que yo. Me pellizqué los pezones para aliviar su dolorosa necesidad.

«Si no dejas de mirarme como si fuera tu última comida, tendré que reclamar ese bonito coño tuyo antes de que llegue el momento». Mantuvo los ojos cerrados mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

«Eres un bruto», me alejé de él.

«Duerme». Me abrazó por detrás con su erección presionada entre nosotros. Extendió la mano y acarició mis senos en un ritmo relajante hasta que me quedé dormida.

A la mañana siguiente, me desperté en una cama vacía con el sonido de los utensilios chocando contra la porcelana. Me di la vuelta y encontré a Santino sentado en la terraza con un festín frente a él. Mechones de cabello mojados le caían por la frente. Ya estaba duchado y vestido con su traje oscuro.

«Desayuno en la cama». Me hizo un gesto para que me uniera a él. «Más o menos».

Lo ignoré y caminé hacia el baño envuelta en la sábana. La noche anterior había sido muy fácil ceder ante él, pero ahora, a la luz del día, me sentía avergonzada. Hice mis necesidades, luego me cepillé los dientes y me peiné el cabello con los dedos. Pero cuando fui a vestirme, mi ropa nueva ya no estaba. Regresé a la suite y me detuve frente a él.

Mantuvo su atención en todo lo que estaba leyendo en su iPad. Cuando no me moví, lentamente levantó la cabeza. «Me pongo cachondo cuando me miras así».

«Mi ropa no está».

«Está en la habitación de al lado».

«¿Me voy a mudar allí?».

«No». Se detuvo con la taza de café a medio camino de la boca. «Hasta que sienta que tus ganas de saltar del edificio se han desvanecido, no podrás usar ropa».

«Eso es simplemente ridículo». Sostuve la sábana con más fuerza contra mi pecho.

«Siéntate y desayuna, Red». Volvió su atención a su pantalla.

Le obedecí, pero solo porque me moría de hambre. Una noche de sexo loco le haría eso a cualquiera. El tocino no se parecía a nada que hubiera probado nunca. Era carnoso y dulce. Entre bocado y bocado, lancé algunas miradas en su dirección. Era como un imán. La atracción que sentía hacia él era imposible de resistir. Cuando terminé el trozo de carne entre mis dedos, lamí el poco de grasa que tenían.

Al otro lado de la mesa, Santino resoplaba.

«¿Qué?», le espeté. El brillo de sus ojos puso todo tipo de ideas en mi cabeza. En su mayoría eran repeticiones de lo que me había hecho anoche. Su sonrisa de complicidad lavó el calor persistente que se había acumulado entre mis piernas. Mis días eran más fáciles cuando él iba a su oficina por la mañana. «¿No tienes trabajo que hacer?».

«Sí», él me sonrió. «Me parece que estás haciendo planes».

Se veía increíblemente guapo cuando se relajaba y sonreía. No era justo. Me concentré en mi plato de huevos y traté de no pensar en todas las cosas que me había hecho en las últimas horas.

«Me quedaré para asegurarme de que estarás quieta. Estaré en la biblioteca si necesitas algo». Su tono implicaba que estaría dispuesto a tener una o dos rondas de sexo.

Al menos eso fue lo que entendí.

«No necesito tu ayuda», mordí un trozo de jugoso melón.

«Red». Santino se inclinó hacia adelante, manteniendo su mirada en mis labios húmedos. «Estás haciendo eso a propósito. ¿Anoche no fue suficiente? Dios, espero que no. Tengo tantas cosas que quiero hacerle a ese lindo trasero tuyo».

¿Qué? ¿Pensaba que estaba coqueteando? No lo estaba. Aunque mi clítoris palpitante rogaba por más de él, más de cualquier otra cosa que quisiera hacerme. «No lo hago».

Era un idiota. Él estaba poniendo ideas en mi cabeza, no al revés.

En cambio, me concentré en mi plato y en lo que tenía que hacer. Ronan era mi prioridad, pero como estaba atrapada aquí bajo el control de Santino, tal vez podría encontrar otras formas de sacar a mi familia del problema en el que se encontraban. Santino se había ofrecido a ayudar.

«¿Tu oferta sigue vigente?», me encontré con su mirada.

«¿Qué quieres, Red?».

«Necesito saber qué le pasó a papá». Más que nada quería ver a papá. Aunque sabía que eso me destrozaría, tenía que verlo con mis propios ojos y comprender que realmente se había ido. «Dijiste que fuiste a la morgue ayer».

«Lo hice. Pero lo que estás pensando es una mala idea».

«¿Por qué?».

«No quieres esa imagen en tu cabeza».

«Sí». Las lágrimas brotaron de mis ojos. «Porque sigo esperando que él cruce esa puerta, aunque sé que es imposible. Según yo, todavía está vivo».

Me miró fijamente durante varios segundos, como si intentara leer mis pensamientos. Algo que estaba convencida de que podía hacer. O tal vez era terrible ocultando cómo me hacía sentir. Soltando un suspiro, se levantó y caminó alrededor de la mesa. Cogió la sábana que cubría mi cuerpo desnudo y tiró hasta que me puse de pie. Cuando lo hice, la dejó caer al suelo.

Su intensa mirada sobre mi cuerpo me hizo sonrojar. El calor me invadió, pero mantuve el rumbo. «Uno de tus guardaespaldas puede llevarme allí».

«No te perderé de vista». Tomó mi pecho y rodó mi pezón antes de inclinarse para besarme.

Tuve un pensamiento fugaz de alejarlo, pero entonces su lengua encontró la mía y cedí a sus atenciones. «Por favor», susurré en sus labios.

«Haré que Marie te traiga ropa».

Una hora más tarde, estaba sentado en el asiento trasero de la camioneta de Santino con el corazón latiendo con fuerza en mi garganta. Desde el momento en que le pedí este favor a Santino, hasta el momento en que pudo llevarme a ver a papá, no había pasado ni siquiera una hora. Todo lo que había tenido que hacer era realizar una llamada. El director de la morgue y la policía estuvieron más que felices de complacerlo.

«Estás preciosa». Santino tomó mi mano desde el otro lado del asiento.

Estar tan lejos de él me daba una sensación extraña, como si hubiera olvidado algo. En el momento en que sus dedos rozaron los míos, quedé en tierra. «Marie tiene buen gusto».

«Ella no lo compró, yo lo hice. Llamé a una boutique cercana. Supuse que necesitabas algo negro».

«Gracias». Miré la costosa tela que se sentía como mantequilla contra mi piel. Sin duda costaba miles de dólares. «Nunca tendría nada como esto».

«Es del mismo diseñador que hizo el vestido que usaste para la fiesta de disfraces». Señaló mi traje pantalón.

«Quise decir antes». Antes, cuando mi vida era mucho más sencilla.

«Hemos llegado». Anunció el conductor con una rápida mirada hacia el asiento trasero.

Tan pronto como lo hizo, la camioneta se detuvo frente a una puerta destartalada en un garaje lúgubre. ¿Dónde diablos estábamos? «¿Es esta la morgue?».

«Sí, edificio del gobierno. No exactamente el Four Seasons», me guiñó.

Espera ¿qué? ¿Santino Buratti hacía una broma y luego me guiñaba un ojo? Probablemente ahora mismo parecía un verdadero desastre. Tanto era así que el despiadado mafioso sentía lástima por mí.

Salió y luego caminó mientras su conductor me abría la puerta. «¿Estás lista?».

Asentí.

Santino tocó la puerta y salió a recibirnos una hermosa mujer con bata blanca. «Bienvenido de nuevo, señor Buratti». Ella lo miró de pies a cabeza con una gran sonrisa en su rostro.

«Soy la doctora Ferro», me dijo. «Por aquí».

La doctora era deslumbrante. ¿Por qué me molestaba eso? ¿Y qué si ella era amiga de Santino? Alguien como él, con su apetito, apuesto a que se acostaba con cada mujer que se cruzaba en su camino.

«¿Luce?», Santino me hizo un gesto para que siguiera adelante con una sonrisa de complicidad.

No sabía por qué me sorprendió que supiera mi verdadero nombre. Tal vez porque nunca antes me llamaba Luce.

La mujer nos condujo por un pasillo que me recordó mis días en la escuela de enfermería. Inspiré profundamente para calmar mis nervios. Caminamos durante lo que parecieron horas, pero finalmente llegamos a la habitación que tenía letras negras en la puerta que decían: MORGUE.

Había estado en muchas salas como esta, había visto cuerpos y los había preparado. Pero esto era diferente. Las lágrimas corrieron por mis mejillas antes de que la doctora Ferro sacara a papá de la nevera mortuoria. Todo el tiempo Santino permaneció a mi lado, apretándome la mano con fuerza.

Cuando finalmente reveló su rostro, mi corazón se rompió de nuevo. Era papá. Me apoyé contra el cuerpo de Santino y él me rodeó con su brazo. «Podemos irnos ahora». Presionó sus labios en la parte superior de mi cabeza.

«No. Necesito decir adiós». Me armé de valor y luego me di la vuelta.

La doctora dio un paso atrás con los ojos llenos de lástima por mí. «Lo siento». Ofreció sus condolencias ahora que sabía que el cuerpo sobre la mesa era de mi familia. «Les daré un minuto».

«Espere», la llamé. «¿Dónde están sus pertenencias?».

«Eh». Se encontró con la mirada de Santino. «Hay una investigación en curso, no puedo entregárselas».

«¿Puede verlas, al menos?», Santino se acercó a ella. «Los resultados de la autopsia también».

«Por supuesto», ella contuvo el aliento y luego se fue.

Me paré junto a la cabeza de papá y puse mi mano en su hombro donde la sábana aún lo cubría. Su piel no presentaba quemaduras. Santino estaba diciendo la verdad.

Dile a mamá que la amo.

Quería creer que ahora estaban juntos. Y que había encontrado la paz.

No te preocupes por nosotros, papá. Me aseguraré de que la banda esté bien.

Con la mano temblorosa, bajé la sábana hasta su vientre para ver las heridas de bala. De nuevo, era exactamente como había dicho Santino.

«Aquí tiene, querida». Me entregó una bolsa de plástico transparente y un portapapeles.

Escaneé los resultados rápidamente y confirmé la hora aproximada de la muerte, que se calculaba aproximadamente a dos semanas antes de la explosión, o al menos la fecha en las imágenes que Liam me había mostrado. Por supuesto, eso no me decía nada más que Santino no había podido ser quien lo había matado.

Con un suspiro, revisé sus efectos personales e inmediatamente reconocí su chaqueta favorita. En un saco más pequeño encontré su cinturón, una billetera y gafas de sol. «¿Qué pasó con su anillo?». Levanté la cabeza para encontrarme a la doctora Ferro de pie junto a Santino.

«Eso es todo lo que tenía consigo cuando lo trajeron».

«¿Está segura? Porque nunca se quitaba el anillo. Tenía una Cruz Celta». Puse una mano sobre mi colgante. Mamá y papá tenían joyas a juego.

«Lo siento. Yo misma procesé los cuerpos. Soy muy minuciosa. Todo lo que tenía encima está en esa bolsa».

«Lo entendemos», Santino se frotó el brazo dos veces y luego tomó mi mano. «Es hora de irse, amor».

Abrí la boca para pedir cinco minutos más. Pero, ¿cuál era el punto? Papá se había ido. Asentí y dejé que Santino me acompañara fuera de la morgue y por el largo pasillo. Durante todo el camino mantuvo su atención en mí como si tuviera miedo de que me desmoronara o explotara. Esto último ya había sucedido el día que Liam dio la noticia: literalmente me había disparado.

«Quiero saber quién le hizo esto a papá».

«Estoy trabajando en eso. Te lo prometo. Encontraré a quien le hizo esto». Me rodeó con su brazo y apoyó mi cabeza sobre su pecho.

CAPÍTULO 20

Un teléfono y un plan

Luce

«Obviamente, los italianos hicieron esto», lo aparté de un empujón.

¿Quién más se beneficiaría con la muerte de papá? Sin papá, la banda de los Lobos Rojos estaría lista para elegir. La banda de Chicago había estado intentando invadir nuestro territorio. Era pequeño, pero con una ubicación estratégica. Una vez que los italianos tomaran el control, sería cuestión de tiempo antes de que las otras mafias irlandesas cayeran bajo su control. Querían todo.

«Si lo hicieron, responderán ante nosotros».

«¿Qué vas a hacer? Estás con la Facción de Nueva York. No tienen por qué escucharte. No más de lo que tenemos que responder ante Liam Walsh». Me limpié las mejillas con el dorso de la mano.

Todo el dolor de ver a papá sobre una losa de acero, sin vida, rápidamente se convirtió en ira. Una vez más, los italianos eran los responsables de todo lo malo que pasaba en nuestra familia. ¿Por qué no podían simplemente irse y dejarnos en paz? Me invadieron las ganas de empezar a disparar de nuevo.

«Te lo dije. No soy el típico mafioso. Y tengo voz y voto en lo que hace el Equipo de Chicago». Levantó las manos mientras hablaba en un tono tranquilizador. «Estás sufriendo. Vamos a casa. Puedo ver que quieres venganza. Pero eso no ayudará, Red. Necesitamos un plan que no implique quemarlo todo. Si me conocieras un poco más, sabrías que es algo que nunca sugeriría, lo que debería indicar con qué cuidado debemos actuar aquí».

Continuó, pero no pude escuchar más. Ahora que estábamos fuera de su suite, podía pensar con claridad. Santino no era mi amigo. Incluso ahora, cuando parecía querer ayudarme, todavía seguía pensando en sus hombres. Se apresuró a culpar del asesinato de papá a Liam, el irlandés que prometió librarnos de nuestro problema italiano. Y claro, Liam era el Carnicero por una razón, pero no tenía ninguna razón para acabar con papá. Santino, en cambio, ya había provocado una explosión que había acabado con vidas.

Una descarga de adrenalina me invadió y de repente supe lo que tenía que hacer.

Correr.

Empecé a retroceder. No conocía la ciudad, pero si podía encontrar un lugar donde esconderme el tiempo suficiente para llamar a mi amiga Kay, podría alejarme de Santino e irme a casa, en Chicago.

«Red», la voz de Santino estaba llena de advertencia.

La suerte también estaba de mi lado porque su todoterreno no estaba a la vista. Cuando entramos a la morgue, le indicó a su conductor que nos esperara. Tal vez un encargado del lugar le había pedido que encontrara un lugar de estacionamiento fuera de ahí. Cualquiera fuera el motivo, Santino estaba solo. Me di la vuelta y salí corriendo hacia la rampa de salida del garaje.

A medio camino hacia la luz cegadora, más allá de la estructura del garaje, me detuve en seco. En una cacofonía de neumáticos chirriantes que resonaban contra las paredes, Santino ladrando órdenes y otros hombres gritando en mi dirección, un sedán negro saltó la acera de la calle y se dirigió directamente hacia mí a toda velocidad. Durante varias respiraciones, me quedé allí, como un ciervo ante los faros, deseando inútilmente que mis piernas se movieran. Aunque ninguna de las dos direcciones parecía que me sacaría de peligro.

Parpadeé y luego me quedé sin aire. Un hombre me agarró por la cintura, me echó sobre su hombro y corrió hacia el sedán negro que ahora estaba parado a mi lado. Le di patadas y puñetazos en la espalda, pero no pareció afectarlo. Abrió la puerta del auto y me empujó hacia el asiento trasero. El hombre frente a la ventana se volvió hacia mí. Era O'Malley, uno de los guardaespaldas de Liam. *Liam me había encontrado.* Me temblaban tanto las piernas y las manos que ni siquiera podía sentarme para intentar moverme al otro lado.

Estuve ausente durante casi una semana. ¿Estaba Liam enojado conmigo por huir? Lo único que podía esperar ahora era que él entendiera por qué había tenido que irme. Estaba llena de pena y de ira. Quizá si le dijera que le disparé a Santino, su castigo sería menos severo.

El tipo que me agarró saltó a mi lado y luego se quedó quieto con un agarre firme en mi brazo. Santino metió la mano en el lado del conductor y sacó a O'Malley del auto. Santino lo inmovilizó contra la pared y lo golpeó implacablemente.

Ver a Santino cubierto de sangre elevándose sobre O'Malley, que ahora estaba inconsciente, tuvo un efecto aleccionador en mí. Comencé a patear y golpear cualquier parte del hombre que me sujetaba. En un momento estaba encima de mí tratando de atarme, y al siguiente, estaba volando hacia atrás mientras Santino tiraba de él por los tobillos.

Tenía treinta segundos para decidir qué hacer: volver con Liam o con Santino. Ambos querían castigarme. Y ambos habían prometido ayudarme. En verdad, no tenía motivos para creer en ninguno de los dos. Salí del auto y miré la espalda de Santino mientras luchaba contra un guardaespaldas entrenado. Era formidable y de algún modo parecía más alto, más letal. En ese momento, me di cuenta de que solo había una persona en quien podía confiar: Kay.

Antes de que pudiera correr de nuevo, el conductor de Santino me agarró por la cintura y me arrastró de regreso al edificio. «No es seguro aquí afuera, señorita».

El todoterreno de Santino aún no estaba a la vista, pero sus hombres sí. Habían llegado justo a tiempo para ayudarlo a luchar contra los guardaespaldas de Liam. Conté al menos cinco de ellos en el suelo, sangrando profusamente e inconscientes. No se hicieron disparos, así que tuve que asumir que todos seguían vivos. El conductor de Santino medio me cargó, medio me empujó hacia adentro y me entregó a otra persona antes de regresar a la pelea afuera.

El anciano me agarró del brazo, mientras miraba el largo pasillo, como si tratara de decidir dónde dejarme. El congelador de la morgue donde guardaban a papá estaba a la vuelta de la esquina.

«¿Qué está haciendo?», intenté liberarme.

Con la conmoción aún en marcha, tenía muchas posibilidades de salir sola.

«Aquí». Probó con la primera puerta a la izquierda, pero estaba cerrada. Agarrando mi brazo como si su vida dependiera de ello, comprobó la siguiente. «Esto funcionará». Me empujó dentro del baño y rápidamente revisó los tres cubículos antes de volverse hacia mí. «Quédate aquí hasta

que Santino o yo vengamos por ti. Te vas sin nadie más. ¿Lo entiendes?».

Asentí.

«Bien». Se pasó una mano por el pelo. «Reza para que él salga vivo de esto».

¿Rezar? ¿Como que esto era culpa mía y si Santino moría, tomarían represalias contra mí? «No tuve nada que ver con todo eso». Señalé hacia la entrada.

«Si no hubieras salido corriendo, no lo habrían atrapado. Su cabeza no está en juego por tu culpa. Eso es algo muy peligroso para alguien como él». Sus ojos azules se clavaron en los míos. Las arrugas de su frente se profundizaron mientras me miraba. Por un segundo pensé que me iba a golpear. Estaba escrito en toda su cara. Él quería que desapareciera. «Solo quédate aquí y no hagas ningún ruido».

Con eso, se alejó de mí. Volvió a examinar la habitación, pero durante la mayor parte mantuvo su atención en mí. ¿Qué pensaba? ¿Que iba a apuñalarlo en el momento en que me diera la espalda? En su defensa, le había disparado a su jefe, pero aun así.

Tan pronto como el sonido de sus pasos se desvaneció, corrí hacia la puerta y la abrí. Efectivamente, otros dos tipos estaban haciendo guardia. Como no intentaron agarrarme, tuve que asumir que estaban con Santino.

¿Tendría razón el viejo? ¿Estaba Santino en peligro? Estaba segura de que tenían la situación bajo control. ¿No era así? No quería que Santino muriera.

«Dios mío, Luce».

Me di la vuelta a tiempo para que Kay me abrazara muy fuerte.

«¿Cómo es que estás aquí?». Agarré sus brazos para asegurarme de que era real. «Espera. La emboscada, ¿fuiste tú?».

«¿Qué? No, no». Ella lanzó una mirada alrededor de la habitación y luego me llevó hacia atrás. Cuando volvió a hablar, su voz apenas era más que un susurro. «Te seguí».

«¿Aquí? ¿Cómo?».

«He estado observando tu edificio, esperando que salieras. Han pasado días, Luce. ¿Estás bien? Al principio pensé que Liam te había recogido en el "Crucible". Perseguí el todoterreno. Pensé que sería más fácil ayudarte a escapar que luchar contra un montón de músculos. Entonces me di cuenta de que el edificio no era de Liam».

«¿Cómo supiste que iba a terminar en esta habitación?».

«No lo hice. Cuando aparecieron los hombres de Liam, vine aquí para esconderme». Se detuvo para inhalar y luego continuó, «Jesús, se me subió el corazón a la garganta cuando escuché tu voz en el pasillo. Salí por la ventana y esperé a ver qué haría el anciano después. Pensé…», se calló. «Sabes. Te trajo aquí para dispararte».

Entonces no me lo imaginé. El guardaespaldas de Santino quería matarme.

«No te preocupes. No iba a dejar que llegara tan lejos». Me mostró su pistola y luego se la metió en la parte trasera de los pantalones. «Ahora podemos irnos a casa. Luce, Ronan te necesita».

«¿Qué pasó?».

«Versión corta. Después de que tu padre muriera en el incendio del pub, Ronan desapareció. Y, por supuesto, ahora la banda está en apuros. El pequeño ejército de Liam volvió a casa anoche».

Durante días, me había estado preguntando cómo les habría ido a Ronan y a todos los demás. Esperaba que mi hermano diera un paso al frente y fuera el líder que el equipo necesitaba. Con Ronan, nunca sabía qué esperar. Liam, por otro lado, hizo exactamente lo que pensé que haría. Nos había quitado los recursos que necesitábamos para luchar contra los italianos.

«¿Qué tan malo es?».

«Los italianos ocuparon nuestro lugar, en su mayoría por las drogas. Por ahora». Ella frunció el ceño y tomó mi mano. «Vuelve a casa, Luce. Eres la única que puede hacer entrar en razón a Ronan. Él siempre te ha escuchado a ti. Papá ha estado tratando de mantener a todos juntos. Pero la mitad de la banda está muerta de miedo. La otra mitad ve esto como una oportunidad para hacerse cargo de la banda».

«Si eso sucede, no tendré un hogar al que ir».

El calor subió a mis mejillas por la vergüenza y la ira. Podría haber estado en casa hace días. Si Santino no me hubiera llevado, podría haber ido a casa con Kay esa noche. O al menos, podría haberle rogado a Liam que no abandonara a mi familia.

«No». Ella lanzó una mirada por encima del hombro.

La ventana por la que había salido antes conducía a una especie de patio. Mi pulso se aceleró. Teníamos una posibilidad real de salir de aquí. «Vamos. ¿Dónde está tu auto?».

«En el garaje». Hizo un gesto con la mano en la dirección general hacia donde se dirigían los irlandeses y los italianos.

«Hay dos guardias de Santino en el pasillo».

«¿Quién diablos es él?», ella ladeó la cabeza y examinó mi rostro. «¿Te lastimó?».

Forcé respiraciones uniformes y actué como si mi corazón no latiera rápido y fuerte en mi pecho, como si la mera mención de Santino no tuviera ningún efecto en mí. Aunque todo lo que quería hacer era salir corriendo y asegurarme de que estuviera bien.

«No. Está con la Facción de Nueva York. Um, ¿qué tal la ventana? Olvídate del auto».

«¿La dejaste sola?». La voz enojada de Santino resonó afuera de la puerta.

Estaba vivo. Si volvió por mí, tenía que ser porque superó a los hombres de Liam. Una parte de mí se sintió aliviada de no tener que lidiar con la ira de Liam. Pero, aunque estaría bien, eso significaba que no podía ir con Kay. Volvía al punto de partida.

«Vete», empujé a Kay hacia la ventana. «No puedes dejar que te vea».

«¿Qué quiere contigo, Luce? No, no te dejaré otra vez. Mírate, estás temblando». Miró en dirección a la voz de Santino. «Ven conmigo».

«Es muy tarde ahora. No sé qué te hará si te encuentra aquí conmigo. Por favor, Kay. Vete. Lo intentaremos de nuevo pronto». Tomé sus manos entre las mías. «Lo prometo. Esto no ha terminado».

«Bueno. Sé dónde te tiene». Buscó en los bolsillos de su chaqueta. «Ten, toma mi celular desechable. Tengo unos cuantos. Te escribiré un mensaje. Y podemos hacer un plan real. Honestamente, no pensé que podría hablar contigo hoy. De lo contrario, se me habría ocurrido al menos una ruta de salida adecuada. Eso fue muy estúpido de mi parte».

«Gracias», la abracé. «Gracias por venir por mí».

«Para eso estoy aquí, Luce». Ella sollozó y luego metió su teléfono en mi sostén. «No dejes que nadie vea eso».

Puse una sonrisa y asentí. No necesitaba saber que mi sostén era el lugar menos seguro para esconder algo. Santino tenía acceso a eso y mucho más. Me quedé allí y la vi saltar para agarrarse al borde de la ventana y luego salir. Mi corazón se hundió cuando desapareció en el patio. Estaba sola otra vez, pero realmente no sola.

La puerta se abrió con un clic y Santino irrumpió. Me di la vuelta y jadeé. Su cabello estaba cubierto de hollín y sangre, al igual que su elegante traje, y tenía un corte desagradable sobre la ceja. Más que eso, parecía más que furioso.

Cuando él avanzó, yo retrocedí arrastrando los pies. «No te acerques más».

«¿Por qué?». Él frunció el ceño. En un instante, sacó su arma del interior de su chaqueta y apuntó por encima de mi cabeza. «¿Quién estaba aquí contigo?».

«Nadie».

Corrió hacia la ventana. Contuve la respiración, esperando que Kay no hubiera cambiado de opinión acerca de dejarme atrás y que estuviera lo suficientemente lejos como para que él no la viera. Soltando un fuerte suspiro, enfundó su arma y se apoyó contra la pared.

«Estás segura». La furia en sus ojos se desvaneció un poco, pero el filo de su voz y el calor abrasador de su cuerpo todavía estaban allí. «Se acabó».

Excepto que no era así. No terminaría hasta que regresara a casa. Mi pecho se apretó ante la idea de no volver a verlo nunca más. Pero esto entre nosotros no tenía futuro. ¿Cómo podría seguir así cuando su gente me quería muerta, cuando Liam lo quería muerto?

Se suponía que el mafioso italiano y yo nunca nos hubiéramos encontrado. Me desvió de mis deberes, me alejó de la gente que me necesitaba.

«Sí, se acabó», hice eco de sus palabras.

Lo que tuvimos fue un error, un error hermoso e inolvidable, que tenía que terminar pronto. Gracias a Kay, su amistad y su tenacidad, volví al razonamiento. Tenía una salida.

Tenía un teléfono y un plan para dejar a Santino Buratti para siempre.

CAPÍTULO 21

Mátala

Santino

El dolor físico era algo bueno. Las palpitaciones en la sien, los cortes en la mano, el dolor punzante en las costillas, me hacían olvidar el hecho de que estuve tan cerca de perderla.

Luce.

Su nombre apareció en mi cabeza junto con toda la demás información detallada de lo que sucedió en el estacionamiento. Ahora estaba a salvo. Finalmente, en la camioneta y de camino al penthouse, donde debería haberse quedado hoy. ¿Por qué acepté hacer esto por ella? Si yo fuera Liam, tendría un equipo vigilando la morgue las 24 horas del día. Sabía que él estaba enterado de que yo había ido a ver al padre de Luce. También sabía que, si regresábamos, Liam haría algo.

El hecho de que ignorara todo eso solo para darle lo que necesitaba me enojó. Para colmo, aprovechó ese tiempo para intentar escapar. Cerré mi mano en un puño. Conté al menos diez transgresiones, de las cuales ella tendría que responder una vez que estuviéramos en casa.

«Santino». Su pequeña voz hizo que mi miembro se pusiera firme. Carajo.

«Ahora no».

«Necesito ir a casa».

«No». La miré con toda la explosión de todo lo que estaba sintiendo.

Ella exhaló e inhaló, como si no estuviera sincronizada, y luego se alejó de mí. El todoterreno se detuvo frente al ascensor. Ahora que estábamos aquí, podía quitarle los ojos de encima. Salí y me dirigí al vestíbulo privado de mi edificio. No me molesté en comprobar si ella me seguía. Mis hombres tenían órdenes de no dejarla salir.

En el penthouse, fui directamente al bar y me serví un “Pappy”. La puerta se cerró silenciosamente. El pequeño sonido y su suspiro llenaron la habitación de aire fresco. Respiré profundamente y dejé que la tensión abandonara mi cuerpo. Si intentaba dejarme otra vez, tendría que atravesar por seis guardias diferentes y por mí.

Me senté en el banco del piano y dejé mi bebida en el suelo. Mis nudillos ensangrentados estaban fuera de lugar apoyados contra las teclas blancas y negras y el brillo resplandesciente del piano de cola. Toqué la misma melodía que había estado atormentando mi mente desde que conocí a Red. Saber que ella estaba junto a la puerta escuchándome, me obligó a poner mi alma en mi composición. No tenía ningún título para ello y probablemente nunca lo tendría.

Ella sollozaba detrás de mí. La longitud de la habitación era demasiado grande para nosotros... para mí. Suspiró de nuevo y lentamente se alejó de la puerta.

«Quédate».

«Santino».

Cerré la tapa del piano y me puse de pie, haciendo que el banco raspara el suelo de mármol. Sus ojos se abrieron con sorpresa, pero se mantuvo firme. Me acerqué a ella. El zumbido de energía debajo de mi ombligo se apoderó de mí hasta que no pude pensar en nada más que besarla. De dos zancadas, cerré el espacio entre nosotros y reclamé su boca.

Metiendo sus manos entre nosotros, me empujó. «Tu estado de ánimo siempre cambiante me descontrola».

«Estaba preocupado. Cuando ese imbécil te agarró...». Me agarré el pelo con un puño y luego me di la vuelta para buscar mi whisky.

«No corría ningún peligro de muerte. Liam no quiere matarme». Ella se miró las manos.

No, por supuesto que no quería matarla. No, quería algo mucho más siniestro. Quería casarse con ella y hacer que ella tuviera sus hijos.

«¿Qué pensaste que iba a hacer?», apoyó la mano en la barandilla.

«Llevarte lejos». Bebí mi bebida y caminé hacia ella. «No podía dejar que hiciera eso».

«Porque intenté matarte», ella me puso los ojos en blanco.

«Correcto». Busqué su rostro, pero ella se alejó, abrazándose el pecho.

«Tu cabeza necesita que la curen», ella me sonrió. «Deja que te ayude. ¿Tienes un botiquín médico?».

«Mmm. ¿Estás segura de que no quieres simplemente terminar el trabajo?».

Su sonrisa me desarmó. Quería follarla hasta el olvido y hacerla olvidarse del mundo exterior. «Baño». Señalé la puerta debajo de la escalera y fui a prepararme otra bebida.

Cuando regresó, ya me había quitado los bóxers. Los cortes y raspaduras en mi torso eran menores, pero el corte sobre mi ceja iba a necesitar puntadas. Me senté en el sofá y dejé que mi cabeza se relajara contra el respaldo.

«Oh», ella exhaló. «Em, está bien. Supongo que podemos hacerlo aquí». Dejó el bolso sobre la mesa de café y luego se giró para evaluar los daños. «Empezaremos aquí».

Sus dedos rozaron mi sien y el dolor disminuyó un poco. Mi pene era un asunto diferente. «Haz lo que quieras».

Recogió los instrumentos y los puso en la mesa auxiliar. Apoyó la rodilla en el cojín y se inclinó hacia adelante para limpiar la herida. «Gracias», ella soltó mientras perforaba mi piel.

«Mmm», el pinchazo de la aguja me tomó por sorpresa. «¿Por qué?».

«Por salvarme. Aunque no necesitaba que lo hicieran».

Esperé hasta que terminó para rodear su cintura con mis brazos. El deseo se desplegó en mi centro cuando ella no me rechazó de nuevo. Como de costumbre, cerró los ojos y suspiró. Eso era más parecido, más parecido a mi Red. Tomé sus tetas sobre la tela de su blusa de seda. Se había quitado la chaqueta cuando fue al tocador, lo que la dejó con un top transparente que la abrazaba a la perfección.

Walsh no la merecía. Era tan suave y tan delicada.

«Santino». Pasó sus dedos por mi cabello cuando liberé sus pezones y los chupé, yendo y viniendo varias rondas.

Qué desastre había causado. Se suponía que esto con Luce sería un pasatiempo de fin de semana. Se suponía que debía saciarme de ella y luego enviarla de regreso con su prometido. Pero cuanto más me follaba su culo perfecto, más la deseaba por completo. Enterré mi pulgar en sus pliegues húmedos. Su deseo me llevó al borde mismo de la locura.

Solo un loco haría lo que yo hice. No tenía ninguna duda de que Liam la había estado buscando todo este tiempo. Sabía que ella se había escapado, pero no sabía que estaba conmigo.

Eso terminaba hoy. A estas alturas los hombres que escaparon probablemente le estaban contando cómo me vieron con ella y cómo les di un infierno cuando intentaron quitármela.

La acerqué, parándome entre mis muslos, luego me incliné para besar su coño. Ella arqueó la espalda y no protestó cuando dejé que sus bragas y pantalones cayeran al suelo. También le quité la blusa. Quería verla y memorizar cada plano de su cuerpo.

«Eres tan jodidamente hermosa», susurré, soplando una bocanada de aire caliente en su coño mojado. Levanté la vista para encontrarme con su mirada, luego hundí mi lengua y lamí su clítoris.

«Mmm», ella presionó sus caderas hacia adelante, pidiéndome alivio en silencio.

Tomando su trasero, chupé y mordisqueé hasta que ella gritó mi nombre, hasta que sus jugos se derramaron y ella se corrió con fuerza en mi boca.

«No deberías esforzarte demasiado», ella jadeó mientras su palma se cernía sobre un lado de mi cara. «Tus suturas».

«Tú eres la experta». Sonreí y me recosté, usando uno de los cojines del sofá para levantar la cabeza. «Tómalo».

Sus ojos se abrieron y se iluminaron con un toque de codicia en ellos. Podría pasar el resto de mi vida con ella mirándome así, como si fuera algo para comer, una última comida. Podría haberme dicho que me fuera al infierno. Pero en lugar de eso, se sentó a horcajadas sobre mis muslos y pasó sus manos por mi abdomen, pecho y hombros. Cuando se llenó, agarró mi pene.

«¿Cómo encaja?». Se levantó para que los labios de su coño quedaran alineados contra mi erección. La punta pasó fácilmente más allá de su ombligo.

«Magia», le di una sonrisa lobuna.

Ella se rió y yo me puse aún más duro. Moví mis caderas y froté mi polla sobre ella.

Su mirada lujuriosa lo recorrió de arriba abajo, como si estuviera tratando de decidir qué hacer a continuación. Esperaba que ella me la chupara. Me moría por follar esa boca. «Toma lo que necesites, amor».

Sus mejillas se pusieron de un bonito color rosado y se inclinó hacia adelante para frotar su coño de arriba abajo por mi miembro.

«Ay, joder, eso también funciona». Dejé que mi cabeza se hundiera nuevamente en la almohada, mientras agarraba sus nalgas para guiarla.

«Dios mío». Levantó la cabeza cuando la sorpresa se registró en sus ojos.

Ella siguió así. Con cada pase que hacía, mis bolas se tensaban y me empujaban más cerca del borde. Cuando no pude aguantar más, agarré ambos brazos para mantenerla firme. Ella volvió y esa fue mi perdición final. Vi malditas estrellas mientras disparaba mi semen hacia su vientre y sus tetas. Cuando una gota cayó sobre su labio inferior, la limpió con la lengua.

«¿Te gusta eso?».

«No sé». Se lamió los labios de nuevo como para probar otro sabor.

Acuné su nuca y apreté mi boca contra la de ella. La devoré con un beso. «Él no te merece», susurré entre respiraciones.

«No lo entiendes. Nuestra subsistencia está en sus manos. Toda mi banda, familias, niños, todos dependen de él». Apoyó sus manos sobre mis hombros y se levantó del sofá.

Me incorporé mientras ella recogía su ropa y regresaba al baño. Todo este ida y vuelta con ella me estaba mareando.

Involucrarse en su situación fue una mala idea que casi hace que me maten hoy. Estaba tan trastornado cuando ella comenzó a alejarse de mí en el estacionamiento, que no había visto al imbécil que se coló detrás de mí. Por suerte, papá apareció cuando lo hizo.

Aunque eso no fue exactamente suerte.

Rex le había contado sobre Luce y toda la terrible experiencia con Walsh. El anciano vino detrás de mí cuando mi equipo de seguridad le informó que iba a la morgue para ver a los irlandeses que habían muerto en el incendio. Que papá se metiera en mis negocios me enojaba como nada en este mundo podría hacerlo.

«¿Qué carajo está pasando, Santino?». Papá irrumpió en mi ático.

«Hablando del diablo y él aparece». No estaba de humor para el acto paternal del anciano.

Lentamente, porque me dolía como una madre, agarré mis pantalones del suelo y me puse de pie. «¿Ahora qué?». Me los puse, pero no me molesté con la camisa. Cuando me volví para mirarlo, mi ritmo cardíaco se disparó. Inhalé para calmarme. «¿Otra intervención?». Miré a papá y al pequeño ejército que había traído con él.

«No quería creerlo cuando Rex me habló de la chica irlandesa. Mi hijo no puede ser tan crédulo». Su cuello se puso rojo brillante. Estaba a punto de explotar. «Encuéntrala». Hizo un gesto con la mano hacia su segundo al mando.

Me puse firme pero no me moví porque el imbécil subió directamente las escaleras. Si papá creyera que me importaba lo que le pasaba a Luce, se aseguraría de que nunca la volviera a ver. Eso significaba a Luce en el fondo del río Hudson. Cerré mis manos fuertemente y luego las solté para relajar mi postura.

«Parece que necesitas un trago». Caminé hasta la barra y serví dos “Pappy”.

Bebí un sorbo del mío justo cuando la luz del tocador se apagaba debajo de la puerta. Será mejor que Luce tenga la sensatez de no intentar nada con papá. Mientras Rex estaba empeñado en lograr la paz, a papá le importaba una mierda. Lo único que le importaba era su sucesión. Si fuera inteligente, permanecería escondida.

«Necesito que dejes de hacer tonterías. ¿Primero te niegas a casarte y ahora confraternizas con los irlandeses? Ella es la esposa de Liam, por amor de Dios». Levantó las manos.

Las dos pequeñas palabras hicieron que mi estómago se retorciera en un doloroso nudo. «Prometida», lo corregí.

«La misma puta diferencia. ¿Dónde está ella, Santino? Ya te saciaste». Señaló mi cuerpo semidesnudo. «La llevaré de regreso».

Tan pronto como dijo las palabras mágicas, Luce salió del tocador. *Puta madre.* Apreté los dientes. «Red. No quieres acostarte con el diablo».

Su mirada pasó de mí a papá y ambas cejas se alzaron con sorpresa. «Eh». Ella volvió su atención a mí.

«Este es mi padre, Don Buratti». Miré hacia arriba y luego agité una mano hacia ella, aunque todo lo que quería hacer era echarla sobre mi hombro y salir corriendo. «Luce O'Brien. Ella es una invitada aquí».

«Suficiente». Papá asintió con la cabeza al hombre que estaba a su lado. «Tráela».

«No». Me lancé hacia ella, pero los hombres de papá estaban bien coordinados. Tres de ellos se apresuraron hacia mí y me obligaron a arrodillarme, mientras que los otros dos agarraron a Luce del brazo y la cargaron hasta que estuvo a unos centímetros de distancia de él. «No puedes hacer eso. Ella es mía». Lentamente solté un suspiro y luego corregí. «Ella es mía hasta que se pague su deuda».

«Ah, claro. Tu pene es lo primero. ¿No es así? Estás dispuesto a vernos arder hasta los cimientos solo por un pedazo de culo». Señaló a Luce con mucho desdén.

Había cometido un gran error. El viejo ahora sabía exactamente lo que sentía por Luce. Lo miré. Mi cuerpo temblaba de furia y desesperación mientras esperaba la orden final de papá.

Después de mi reacción, tenía que saber que si lastimaba a Luce, me perdería para siempre.

Después de lo que parecieron horas, papá finalmente habló. «No te vi bien antes en el estacionamiento». Levantó uno de sus mechones rojos y la miró de arriba abajo.

«Tú fuiste quien me arrastró al baño para esconderme». Luce movió su cuerpo para mirarme, preguntando en silencio por qué diablos papá haría tal cosa.

¿Lo hizo? ¿Papá fue quien la dejó sola en el baño? No era de extrañar que mis muchachos tropezaran con sus palabras al intentar explicarlas. Podría habérsela entregado a la banda de Walsh. Esa habría sido una manera fácil para él de deshacerse de ella. No, el viejo lo que quería era darme una lección.

Quería tener algo que sostener sobre mi cabeza para que yo pudiera hacer lo que él quisiera. Quería quebrarme. Y no estaba por encima de utilizar a una mujer inocente para hacer el trabajo.

«Mátala».

CAPÍTULO 22

Ni ahora ni nunca

Luce

«¿Qué?», me alejé de Don Buratti arrastrando los pies. Mi mirada se movió entre él y el cañón del arma que me apuntaba.

Estaba tan confundida. Obviamente el papá de Santino no me quería aquí. ¿Cómo lo había dicho antes? *"Su cabeza no está en el juego. Eso es algo muy peligroso para alguien como él"*. Incluso Kay había notado su tono asesino cuando me arrastró al baño de la morgue. El viejo me quería muerta. Entonces ¿para qué salvarme de Liam? ¿Por qué no dejar que me llevara? ¿Solo para poder dispararme él mismo o, mejor dicho, su guardaespaldas, delante de Santino?

Por el rabillo del ojo, Santino golpeó al tipo que lo sostenía y pateó al otro para liberarse. En dos largas zancadas, cerró el espacio entre nosotros y se paró frente a su padre, mientras se hacía pasar por mi escudo humano.

Me apoyé en su espalda, agradecida por el consuelo que me brindaba su cálida piel. Se acercó y me ofreció su brazo como apoyo adicional. Lo tomé. En mis veinticuatro años, nunca había tenido que enfrentarme a un arma. Papá y mi equipo me mantenían en una burbuja, lejos de todo peligro. Pero eso era antes de que saliera de casa.

«Esto no sirve para ganarte mi simpatía, viejo». Las palabras de Santino rezumaban advertencia y todo tipo de amenazas. ¿Estaba amenazando a su propio padre en mi nombre?

«Nosotros protegemos a los nuestros».

«Lo sé. Tú me enseñaste eso. Eso es exactamente lo que estoy haciendo». Los músculos de su espalda se tensaron.

Por fuera, parecía tranquilo y sereno. Pero todo su cuerpo zumbaba con la ira que se gestaba justo debajo de su piel. Santino no era el tipo de hombre que toleraba que le dijeran qué hacer.

«¿Es eso así?». La mirada de don Buratti pasó del rostro de Santino al mío. Sus rasgos se suavizaron. No era exactamente amigable, pero ya no había asesinato en sus ojos. «Bajen el arma», pronunció las palabras sin dejar de mirarme.

Me acerqué un poco más a Santino. Don Buratti me asustaba muchísimo. Tenía esa misma energía depredadora que tenía Santino, imponente y amenazante. Por supuesto, ahora que conocía un lado diferente de Santino, no era tan aterrador. ¿Pero su papá? Solo quería que el suelo se abriera debajo de mí y me tragara entera.

«Ella es mi responsabilidad».

«Sí, lo es». Después de unos cuantos latidos más, finalmente volvió su atención a Santino. «Puede que estés dispuesto a quemar tu propia casa por ella, pero yo no. Así que arréglalo. ¿Lo

entiendes?».

Odiaba que los hombres hablaran de mí como si no estuviera en la habitación. «No soy responsabilidad de nadie. Me voy a casa». Intenté alejarme de Santino, pero él me agarró del brazo.

«Red, no».

«¿Por qué no?». Cometí el error de mirar su hermoso rostro. El dolor que vi registrado en sus ojos me rompió.

«Papá, te llamaré por la mañana». Hizo un gesto hacia la puerta mientras me sujetaba firmemente.

«Rex tenía razón acerca de ti». Don Buratti asintió con la cabeza a sus hombres. Cuando todos salieron, señaló con el dedo a Santino. Los profundos surcos a lo largo de su frente mostraban lo furioso que estaba con las acciones de Santino. Pero debajo de todo eso, sus ojos mostraban orgullo.

Sí, Don Buratti debería estar orgulloso de su hijo. Santino era el hombre más hermoso que había conocido, pero también tenía una mente brillante. Él lo tenía todo: fuerza, resistencia, valentía y una determinación a tener en cuenta. No era de extrañar que mi cuerpo no pudiera tener suficiente de él.

No podía tener suficiente de él.

Porque si fuera honesta conmigo misma, tenía que admitir que mi cuerpo, mente y alma lo anhelaban como una droga. Mi sed por él no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

«Cuando te insté a que tomaras una esposa, no quise decir esto». Él lo fulminó con la mirada.

«No se trata de eso. No he cambiado de opinión al respecto. Nunca me casaré». Santino me apretó con más fuerza.

«No me vengas con esa mierda. Reconozco esa mirada en tu cara. Y no, no te casarás. Con ella no. Eso es seguro». Don Buratti se pellizcó el puente de la nariz y parpadeó lentamente, como lo hacen las personas extremadamente cansadas: no solo cansadas físicamente, sino cansadas de la vida. «La pequeña loba de Chicago no es para ti, Santino. Hay un millón de otras mujeres disponibles para ti. Todo el coño que puedas desear. Pero NO este».

«Ya he escuchado suficiente, papá».

«Walsh quiere recuperar a su novia. Piensa detenidamente en tu próximo paso». Con esa última advertencia, el anciano asintió brevemente y se fue.

«Excelente. Agregaré a Don Buratti a la lista de personas que quieren verme muerta». Aparté mi brazo de un tirón de Santino.

«Él no te hará daño. Lo prometo». Apoyó las manos en las caderas. «Sin embargo, tiene razón en una cosa. Necesito arreglar esto».

«Eso es fácil». Inspiré, porque por mucho que sabía lo que teníamos que hacer, me daba cuenta de que no quería dejarlo. La idea de no volver a verlo me revolvió el estómago. «Déjame ir. No necesito tu ayuda».

«Y la mierda que no». Apretó la mandíbula.

¿Qué quería de mí? Toda su familia, o al menos los hombres a los que estaba dispuesto a escuchar, le habían ordenado que me soltara. «¿De qué se trató esto? ¿Algún tipo de orgullo contigo? ¿Me jodiste y ahora nadie más puede tenerme? Eso es una locura, Santino. Incluso para ti».

«¿Es eso lo que quieres?», parpadeó lentamente, como si le doliera.

No, no quería irme, pero ¿qué opción tenía? La gente me necesitaba. Más específicamente, necesitaban el ejército de Liam. «Sí. Te lo he dicho muchas veces».

Una mancha roja le cubría el cuello y parte de la cara. Frunciendo los labios, caminó hacia mí y me echó sobre su hombro. Me moví para alejarme de él, pero él era mucho más fuerte que yo. No importaba cuánto luchara contra él, no hacía ninguna diferencia. Abrió la puerta de su habitación de una patada y me dejó caer en la cama.

Deambuló alrededor de la cama mientras se desabrochaba los pantalones. Su gran miembro se liberó, mientras él permanecía allí, sobre mí. «¿Quieres pasar el resto de tu vida en una cama con un anciano al que no le importas?». Envolvió su mano alrededor de mis tobillos y me llevó hacia el borde de la cama. «¿Quieres su polla dentro de ti, día y noche, tocándote, besándote?». Su mano ahuecó mi coño mientras la otra recorría mi vientre, mis pechos y mi cara.

No tenía elección. Liam no era quien yo quería. Pero no podía dejar atrás a mi familia y huir con un príncipe de la mafia que ni siquiera me quería o, mejor dicho, que solo quería mi cuerpo.

«No hagas eso. Por favor». Con cada toque, mi resolución se desmoronaba un poco más.

Mi parte egoísta, la adicta a Santino Buratti, se apoderaba de mí cada vez que él me miraba como si yo fuera la única que podía salvarlo.

Me quitó los pantalones y la ropa interior y presionó su erección contra mi coño, frotando mis propios jugos sobre mí. Su mirada oscura e intensa se encontró con la mía. Parpadeé para contener las lágrimas porque sabía lo que estaba pensando. Si me quitaba la virginidad, lo único que le importaba a Liam, este nunca me aceptaría de vuelta. También vendría tras Santino y toda su familia.

Mi cuerpo temblaba de necesidad y temor. ¿Qué haría entonces? Apoyé mi mano en su hombro, masajeando los músculos tensos allí. Quería que Santino fuera el primero en hacerlo. Pero su padre tenía razón: yo no era para él. Y él no era para mí.

Necesitaba casarse con una agradable muchacha italiana, digna de un príncipe, la siguiente en la fila para tomar las riendas de los Buratti. No es de extrañar que el viejo quisiera dispararme. Yo me entrometía en el camino, haciendo que Santino se desviara de sus deberes.

Presionó su frente contra la mía. «Te quiero de la peor manera posible. Duele desearte tanto».

«Libérame». Pasé mi dedo por sus cejas y sus labios carnosos. Los aleteos rebotaron alrededor de mi pecho y luego bajaron hasta mi vagina, avivando el fuego allí entre mis piernas. «Es el momento».

«No. Puedo arreglar esto». Capturó mi boca con la suya en un beso abrasador y se hundió en mi entrada trasera.

Me aferré a él mientras él me montaba con fuerza. Santino era el hombre más exasperante y obstinado que jamás había conocido. «Te odio».

«No, no es verdad». Empujó más profundamente mientras tomaba mis dedos y los frotaba contra mi clítoris.

Contuve la respiración, pero eso no hizo nada para detener la avalancha que me atravesaba. Cintas de deseo surgieron de mi coño en oleadas, una tras otra. Llegué más fuerte que cualquiera de las otras veces que estuvimos juntos. Cuando se agotó su propio orgasmo, se desplomó encima de mí, jadeando en mi oído.

«No puedes irte. Ni ahora ni nunca».

«Tan terco». Pasé mis brazos alrededor de su cuello y dejé que el tamborileo de su pecho me adormeciera.

Cuando desperté, el cielo nocturno estaba iluminado con estrellas y la música de piano llenaba la habitación. Con una sonrisa, moví mi peso hacia mi izquierda esperando ver a Santino a mi lado, pero ya no estaba. Recogí mi camisola de seda y mi ropa interior al salir y seguí la triste melodía, la misma de todas las noches que había pasado aquí.

Al pie de las escaleras, me detuve en seco para admirar la escena frente a mí. Un Santino sin camisa frente al piano, con la luz de la luna inundando la sala de estar, era un recuerdo que sabía que permanecería conmigo por el resto de mi vida.

Se volvió hacia mí, pero no dejó de tocar. El brillo en sus ojos lo hacía parecer más joven cuando preguntó, «¿Te gusta?».

Mirando alrededor del techo estilo catedral, los altos ventanales con la ciudad de Nueva York como telón de fondo, finalmente entendí lo que este lugar significaba para Santino. Esta no era mi prisión. Esta jaula dorada era suya.

«Tocas maravillosamente». Apoyé una cadera en el costado del piano y observé sus largos y elegantes dedos flotar arriba y abajo de las teclas.

«No parezcas tan sorprendida». Su sonrisa iluminó la habitación. O tal vez las nubes se habían desplazado y habían dejado entrar más luz de la luna. «No soy el salvaje que crees».

«Estoy empezando a ver eso». Miré mis dedos. «Tu padre tiene razón. No pertenezco aquí».

«No empieces. Por favor». Dejó caer sus manos.

«Quiero saber qué quiere de ti. Parecía muy decidido».

«Él quiere un sucesor. Quiere que tome asiento en la mesa».

«¿Y no quieres?». Alcancé un lado de su cara. Agarró mi muñeca y besó el interior de ella. Entendí bien su situación. Incluso si la banda de los Lobos Rojos no se comparaba con la facción de Nueva York en tamaño y riqueza, sabía lo que significaba ser responsable de los demás. «Papá quería que yo también lo reemplazara».

«¿Una mujer al frente de la banda?». Me sentó en su regazo y suavemente apartó mi cabello de mi cara. «¿Cómo iba a lograr eso? ¿No tienes un hermano gemelo?».

«Sí. Pero es demasiado imprevisible. Papá no tenía dudas de que comenzaría una guerra desde su primer día». Junté mis piernas, disfrutando de lo bien que encajábamos. «Pensó que, si me casaba con el hombre adecuado, la banda me seguiría. Mi esposo y yo podríamos liderarlos. Por supuesto, suponía que yo tendría influencia sobre dicho marido».

El agarre de Santino se apretó alrededor de mi cintura. «¿Qué pasa contigo y el matrimonio?».

«Es mi deber. Sé que suena arcaico, pero un pequeño sacrificio nunca hace daño a nadie. Puedo hacer esto».

«No deberías tener que hacerlo». Enterró su rostro en el hueco de mi cuello y hombro. «No eres un peón en una perversa partida de ajedrez».

«Nuestro mundo es cruel. Tú mismo lo dijiste. Todo lo que puedo hacer es jugar el juego. Y esto es todo. Vender mi virginidad era la única forma en que podía opinar en todo lo relacionado con los Lobos Rojos».

Por supuesto, Liam no había sido la elección ideal. Sí, tenía los medios para ayudar a mi banda. Pero él nunca me dejaría liderarla o influenciarla de ninguna manera. A él solo le interesaba mi capacidad para tener hijos.

Aposté al tipo equivocado y ahora tenía que vivir con ello. Pero si mi sacrificio ayudaba a mi hermano Ronan a unir a nuestra familia, entonces habría valido la pena. Papá no quería que Ronan estuviera a cargo, pero ya no estaba aquí. Kay tenía razón. Si Ronan nos tuviera a su padre y a mí guiándolo, podría ser un buen jefe.

«No respondiste mi pregunta. ¿No quieres ser el próximo Don?».

«Sí. Me han preparado para ello toda mi vida. Simplemente no aprecio todos los obstáculos que papá quiere que supere como si fuera un cachorro». Dejó escapar un suspiro y pasó sus dientes por la extensión de mi cuello. «Hueles tan bien».

«¿Por qué siempre terminamos aquí?».

«¿Aquí? ¿Te refieres al sexo?». Una sonrisa sexy apareció en sus labios mientras rodaba y jugaba con mi pezón dolorido.

«Si, eso». El calor subió a mis mejillas. Porque yo no era mejor. Lo deseaba todo el tiempo. «Realmente deberíamos detenernos y pensar en lo que dijo tu papá».

«Ya sé cuál será mi próximo paso».

«Dime».

«Nos quedaremos aquí. No pueden decirnos qué hacer».

Quizás no podían decirle qué hacer. Pero incluso si perdía la cordura cada vez que me tocaba, todavía tenía una visión muy clara de qué era lo correcto. Necesitaba dejar ir a Santino. Tenía que irme de aquí y encontrar a Ronan antes de que fuera demasiado tarde, antes de que nuestra banda estuviera tan destrozada que no pudiera recuperarse.

Santino empujó la banca del piano hacia atrás y me tomó en brazos. Me besó suavemente como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Aunque no era así.

Mañana llamaría a Kay desde el teléfono desechable que me dio para idear un plan real para escapar del penthouse de Santino. Nuestra tarea era una difícil, por decir lo menos, ya que este lugar era una fortaleza. Pero entre nosotras dos, se nos ocurriría algo. Teníamos qué hacerlo.

Me mordí el labio tembloroso y abracé a Santino.

Todavía teníamos esta noche.

CAPÍTULO 23

Corre pequeña loba

Luce

«Lo estás leyendo mal». Santino dejó su iPad y su taza de café. Cuando se recostó, me dirigió una sonrisa sexy.

Esta mañana temprano, había estado en su biblioteca revisando su colección de poesía, que era bastante extensa. Le leí algunas estrofas antes de que me acompañara al comedor para desayunar. Iba vestido con su habitual traje oscuro. Intenté no pensar en lo que tenía que hacer hoy y me concentré en nuestras últimas horas juntos.

Después de anoche, dejé de pedirle que me dejara ir. Él interpretó que eso significaba que finalmente había recobrado el sentido y me había olvidado por completo de mi familia. Obviamente, él no me conocía en absoluto si pensaba que podía cambiar de opinión tan fácilmente. Sin embargo, podía acostumbrarme a su sonrisa cegadora y a esa actitud tranquila que había tenido desde que nos despertamos.

«Es yámbico. Se lee como el latido de un corazón». Se acercó y me quitó el libro. Al encontrarse con mi mirada, hizo ese sonido en voz alta. «Lub-dub, lub-dub, lub-dub»

Mi pulso se desaceleró al ritmo de sus labios. Si la versión imponente y amenazante de Santino era difícil de resistir, su lado tranquilo y en calma estaba metiendo ideas en mi cabeza que sabía que no podían ser. No podría estar enamorada de él. Era una elección imposible.

Comenzó a leer el pasaje donde yo lo había dejado con su voz sensual y profunda. *«Pero entonces yo era joven y me tomó diez años…».*

Poesía para el desayuno. ¿Y si mi vida fuera esto? ¿Y si dejo que me robe? Entonces no sería yo. Sería la mujer que habría dejado morir a su familia. Esa no era yo. Yo era la mujer que se defendió.

Le quité el libro de la mano y lo cerré. «¿No tienes trabajo que hacer?».

«Sí». Él se rió entre dientes. «Llevo fuera demasiados días». Pasó el dorso de sus dedos por mi mejilla. «Solo estaré fuera unas pocas horas. Intenta que no te maten en ese tiempo».

«Ya sabes como soy». Me encogí de hombros. «No puedo hacer ninguna promesa».

«Ese es el problema contigo. Realmente no sé cómo eres». Me acunó la cara y me atrajo hacia él hasta que estuve sentada en su regazo.

Me derretí en su beso de despedida, pasando mis manos por su pecho y hombros. Quizá no necesitaba irme hoy. Un día más. Las palabras pasaron por mi mente cuando hundió su lengua dentro de mi boca. Todo lo que hacía, la forma en que me abrazaba o me miraba, todo provenía del mismo lugar. Él creía que yo le pertenecía. Estando así en sus brazos, yo también lo creí.

«Red». Soltó un suspiro, tirando de un mechón de mi cabello. «Debería irme antes de tomarte en esta mesa y pasar el resto del día follándote en carne viva. Al diablo con todos los demás».

«Debes irte». Asentí mientras él sostenía mi rostro entre sus manos y mantenía su mirada acalorada fija en mí.

«Sé una buena niña». Presionó su boca contra la mía otra vez y luego me levantó para poder levantarse.

Con otra de sus sonrisas que derriten bragas, se fue.

Me quedé en medio del comedor hasta que oí cerrarse la puerta principal. Se había ido. Tenía unas horas para idear un plan y encontrar una salida. Mis pies permanecieron clavados en su lugar y se negaron a atender a razones.

«Luce, toma tu teléfono», murmuré, mirando las pantuflas de mi habitación.

En el siguiente suspiro, logré poner un pie delante del otro y dirigirme al tocador debajo de la escalera, donde la noche anterior había dejado el celular de Kay. Era algo antiguo, sin aplicaciones, así que no podía enviarle mensajes de texto. Pero incluso si pudiera, no quería usar su número real.

Revisé las llamadas recientes y suspiré cuando vi un número al que había llamado ayer. La marca de tiempo decía las once de la mañana, que era la hora exacta en la que se había desatado el infierno en la morgue. Presioné el botón de volver a marcar y esperé mientras mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

«Dios mío, Luce». Kay respondió después del primer timbre. «¿Estás bien?».

«Sí. ¿Y tú?».

«Sí, sí, no te preocupes por mí». Ella exhaló ruidosamente por el altavoz. «Estoy acampando cerca de tu edificio. ¿Puedes llegar hasta mí?».

«No». Sacudí la cabeza, aunque ella no podía verme. «Santino tiene guardias afuera de la puerta».

«Así que, ¿cuál es el plan? ¿Podemos envenenarlos?», Kay siempre tenía la habilidad de hacerme reír.

«Dudo que me acepten cualquier tipo de bebida», me reí. «Pero he estado pensando en llamar a alguien más para pedir ayuda».

«Espero que no te refieras a Liam. Está tan enojado contigo. Le dijo a papá que lo humillaste».

«No, no él. Nos ocuparemos de Liam cuando esté libre». Me metí la mano en el pelo mientras consideraba mi loco plan. «El papá de Santino es un Don. Él es muy importante aquí y quiere que me vaya».

«Mmm. ¿Crees que te ayudará? Llamémoslo».

«Sí, tuve la sensación de que me quería fuera del mapa. Si prometo no volver nunca más, podría ayudarme a evitar los guardaespaldas de Santino».

Kay no necesitaba saber que Don Buratti me quería muerta. La única razón por la que no lo había hecho anoche fue porque Santino le pidió que no lo hiciera. Técnicamente, Santino amenazó con quemar la casa de su padre si él o alguien me lastimaba. Los aleteos se acumularon en mi vientre nuevamente. Y deseé tener un día más con él.

«¿Luce?», Kay me llamó. «¿Te perdí?».

«No, aquí estoy».

«Entonces, ¿podemos llamarlo?».

«Por supuesto que no. No parece del tipo que vendría corriendo porque alguien se lo pidiera».

«Bien. Entonces, ¿cómo lo encontramos? No es como si pudieras deslizarte hacia sus mensajes directos».

«Ni idea». Caminé a lo largo de la sala unas cuantas veces.

La puerta principal se cerró de nuevo y me di vuelta, esperando ver a Santino; mi corazón latía rápido mientras acercaba el dispositivo a mi oreja. Un pequeño grito ahogado escapó de mis labios en el momento en que vi a Don Buratti en la entrada, solo.

«Kay. Déjame devolverte la llamada». Colgué, ignorando la serie de preguntas que ella me lanzó. «Él no está en casa».

«Lo sé». Se acercó a mí.

«¿Está aquí para matarme?». Apreté mi teléfono para detener el temblor en mis manos.

«No». Se rió.

Un sonido siniestro que me puso la piel de gallina.

«Eso te convertiría en un mártir. Santino nunca me lo perdonaría». Se desabrochó la chaqueta del traje y se metió las manos en los pantalones.

Había visto a Santino hacer un movimiento similar. Por supuesto, en él provocaba mucha excitación. Cuando su papá lo hizo, me dieron ganas de correr y esconderme debajo de la cama.

«¿Qué planea hacer conmigo?».

«Lo que dijiste», señaló mi teléfono. «Si prometes no volver nunca más, te sacaré de aquí».

Tragué. Por alguna estúpida razón, las lágrimas brotaron de mis ojos. Esto era exactamente lo que quería. Me quería ir. Y ahora aquí estaba mi oportunidad. Me limpié la mejilla y me enderecé un poco. «Lo prometo».

«Dile a tu amiga que se reúna contigo en la parte trasera del edificio».

«¿Y los guardias?». Presioné marcar nuevamente.

«Ya los despedí. No volverán hasta dentro de diez minutos. Tienes que irte ahora».

«Luce, ¿qué diablos está pasando? No me vuelvas a colgar».

«Nos vemos en la parte trasera del edificio. Ahora mismo». Terminé la llamada y me encontré con la mirada azul de Don Buratti. «Gracias».

«Estoy haciendo esto por mi hijo».

«Claro. Dios no lo castigue por relacionarse con una chica irlandesa».

«¿Tienes una idea de quién es?». Él se burló. «¿Quién será una vez que me reemplace? Está heredando un legado que tiene más de cien años. Así que no, una chica irlandesa no serviría». Caminó hacia la puerta y la abrió.

Pensé en correr escaleras arriba para conseguir un par de zapatos, pero no pensé que el mafioso enojado que me abría la puerta aceptaría eso con amabilidad. Había completado el círculo, saliendo por el mismo camino por el que había entrado. Don Buratti me siguió por el pasillo e hizo un gesto hacia los ascensores.

Santino, no me odies.

Dije las palabras una y otra vez. Aunque sabía que la repetición no ayudaría. Tan pronto como descubriera que me había ido, se enojaría conmigo. Incluso si no tuviera ningún motivo para hacerlo, vería mi fuga como una traición.

Cuanto más tiempo permaneciéramos juntos, más sufrirían las consecuencias nuestras familias. Gracias a mí y al tiempo que pasé con Santino, no tenía ninguna duda de que Liam vendría tras Santino para hacerle pagar por haberlo dejado en ridículo. Estaba segura de que él tenía un castigo similar preparado para mí, pero enfrentaría un problema a la vez.

Seis metros antes de llegar al final del pasillo, sonó el ascensor y las puertas se abrieron. Don Buratti me agarró del brazo y me empujó contra la pared. «Ve por las escaleras».

El jalón me dejó mareada. Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, el tiroteo ya había comenzado. ¿Por qué le disparaban al papá de Santino? Me sujeté la cabeza con ambas manos y traté de concentrarme en la figura que estaba allí con la pistola humeante.

No.

El guardaespaldas de Liam, O'Malley, miraba al anciano, luciendo orgulloso de sí mismo por dispararle a un italiano. «Si peleas conmigo, tengo órdenes de dispararte. Vamos». Agitó sus dedos hacia mí.

Presioné mi cuerpo contra la pared mientras miraba de un lado a otro del pasillo. La única salida era a través de él. En el siguiente suspiro, la puerta de la escalera se abrió y dos hombres comenzaron a disparar contra O'Malley. Los reconocí del estacionamiento. Estaban con Don Buratti.

Mientras se ocupaban de O'Malley, corrí hacia el padre de Santino. Estaba cubierto de sangre y no se movía. «¿A quién debo llamar?».

«A nadie. Saben qué hacer». Sus ojos se cerraron mientras señalaba a los chicos que golpeaban a O'Malley. Los abrió de nuevo e hizo una mueca como si el pequeño esfuerzo le doliera. «Vete antes de que mates a mi hijo». Inhaló y quitó mi mano de encima. «Corre, pequeña loba, y no vuelvas nunca».

Asentí y me dirigí hacia las escaleras. Al bajar, revisé cada piso para ver si el ascensor estaba allí. No tenía tiempo de quedarme y esperarlo. Cinco niveles después, tuve suerte. Salí corriendo al pasillo y corrí hacia la cabina del ascensor. Volvió a sonar y supe que se estaba cerrando. Corrí más rápido y llegué justo a tiempo para entrar. Pulsé el botón del estacionamiento varias veces, esperando que eso me hiciera avanzar más rápido.

Con una ligera sacudida, finalmente comencé mi descenso.

Llamé a Kay nuevamente. «Cambio de planes. ¿Puedes llegar al garaje? Estoy en camino hacia abajo».

«Sí, seguro. Déjame dar la vuelta».

Esta vez no colgué. Me aferré al teléfono desechable como si fuera mi salvavidas. Supongo que lo era. Kay era mi última esperanza. «Le dispararon, Kay. El chico de Liam le disparó a un Don».

«Ay, joder. No querrás estar cerca de eso. Bueno. Estoy aquí. Pero no puedo entrar. La entrada es solo para residentes».

Las puertas se abrieron de nuevo. La adrenalina se disparó cuando el olor a combustible quemado y asfalto caliente me recibió en el garaje. Miré a la izquierda y derecha. Ambos extremos tenían salida.

«Te veo», Kay tocó la bocina.

El fuerte ruido me hizo mirar hacia la derecha e inmediatamente vi la cara feliz de Kay. Corrí hacia ella. Mis piernas se arrastraban como si estuvieran hechas de hojalata, pero seguí adelante. En cualquier momento, uno de los hombres de Liam o de Santino podría encontrarme y volvería al punto de partida.

«Vamos», me gritó Kay.

Encontré la fuerza para correr más rápido y llegué a su Prius. «Vamos». Puse mi cabeza entre mis piernas para recuperar el aliento.

El auto avanzó bruscamente. Entonces sentí la mano de Kay en mi espalda. «Cuando esto termine te voy a dar el abrazo más fuerte».

Me reí y lloré en mis manos. Veinte minutos más tarde llegamos al túnel. Realmente lo habíamos logrado. Era libre. Mi pecho se apretó mientras las palabras de Don Buratti daban

vueltas en mi cabeza. *"Nunca vuelvas"*. Era lo que había qué hacer. Entonces, ¿por qué dolía tanto dejar a Santino? Saber que no podría volver a verlo ni sentir sus manos sobre mí, sus labios.

«¿Cuál es el plan, Luce?».

«Vamos a casa».

«¿A Chicago?».

«Sí, no podemos pasar la noche aquí. Conduzcamos hasta que necesitemos parar para poner gasolina».

«Bueno». Soltó un suspiro y me dio su iPhone. «Conéctalo. Salgamos de este infierno».

«Sí», le sonreí. «¿Tu papá sabe que vamos a ir?».

«No, aún no. Ni siquiera pensé en llamarlo. Aunque estará feliz de verte. Una vez que tengamos a todos juntos, podremos hablar sobre qué hacer a continuación».

«Bueno, primero tenemos que hacer las paces con Liam. No lo queremos como nuestro enemigo». Aclaré mi mente y traté de no pensar en cuál sería su castigo. En las dos semanas que me mantuvo en su calabozo, dedicó una gran cantidad de tiempo y esfuerzo a tratar de doblegarme y convertirme en su mascota. ¿Qué haría ahora? «¿Crees que tu papá estaría dispuesto a hablar con él y negociar algo?».

«Por supuesto, Luce. Resolveremos algo. ¿Bueno?».

Asentí.

Pasé la siguiente hora contándole todo a Kay, lo que Liam me hizo, cómo llegué a estar con Santino y cómo estaba segura de que me había enamorado de él.

«Eso es fuerte, Luce». Miró por el espejo retrovisor y frunció el ceño. «Este cabrón ha estado molestándome durante kilómetros. ¿Qué demonios?». Cambió de carril y el auto la siguió. «Ay, puta madre».

Cambié mi peso para mirar detrás de nosotras. Efectivamente, un sedán negro estaba justo encima de nosotros. «¿Nos encontraron?».

«No sé», ella aceleró.

La carretera estaba vacía, así que no había razón para que el auto siguiera nuestro camino de esa manera. Cuando Kay intentó apartarse del camino nuevamente, el sedán se acercó a ella y nos chocó. Kay se salió del carril y se vio obligada a tomar la salida. Al final de la rampa, un SUV se desvió frente a nosotros y tuvimos que detenernos.

Un hombre abrió la puerta del pasajero, me agarró del pelo y me sacó de un tirón. Mi cuerpo se estrelló con fuerza contra el costado del Prius. «¿De verdad pensaste que podrías hacerme quedar como un tonto y luego simplemente irte a casa?», Liam presionó sus labios contra mi mejilla.

CAPÍTULO 24

Pero ahora lo entiendes

Santino

Mi madre murió cuando yo tenía catorce años. Desde que tengo uso de razón, supe que algún día reemplazaría a papá y me convertiría en el próximo Don de la familia Buratti. Todo lo que hacía era con ese propósito: escuelas especiales, entrenamiento combativo, estudio de armas, habilidades de supervivencia. Pero el día que mataron a tiros a mi madre frente a mí fue el día en que comprendí plenamente el peso que habían puesto sobre mis hombros.

"Mamá, ¿tenemos que hacerlo?". Le pregunté mientras se detenía frente a otra librería.

"Santino". Ella acarició mi mejilla como si fuera un niño pequeño. Aunque yo era varios centímetros más alto que ella. "Lo prometiste. Por mi cumpleaños, poder pasar todo el día contigo. Nunca te veo. Siempre estás entrenando. ¿Quién diría que ser miembro de la mafia requería tanto trabajo?". Ella me sonrió.

"Es mi deber". Quité su mano de mi cara, más que nada porque me hacía sentir como un niño, cosa que ya no era así.

"Alguien tiene que mantener la paz y protegernos. Ese eres tú". Ella me abrazó brevemente. "Pero hoy, somos solo nosotros. Vamos, este lugar me aseguró que tenían la colección de poemas que estaba buscando".

"Está bien". Resignado, la seguí hasta el callejón donde se encontraba la entrada principal.

Mamá pasaba la mayor parte de sus días organizando eventos para recaudar fondos y una gran cantidad de eventos sociales. Nunca tuve la sensación de que ella y papá estuvieran perdidamente enamorados, pero se preocupaban el uno por el otro. Entendían lo que significaba ser parte integral de la Sociedad.

Cuando no estaba dando fiestas elegantes, le gustaba leer poemas, más que nada. Al otro lado de la librería, tomó un libro grueso que el encargado de la tienda le sostenía detrás del mostrador. Sus ojos marrones brillaron con tanta alegría que era contagioso. Me reí entre dientes y le mostré dos pulgares arriba.

"Feliz cumpleaños, mamá", murmuré para que no me oyera.

Tuve que admitir que cuando mamá estaba en una misión, cuando algo la hacía tan feliz, simplemente no podía decir que no. Papá padecía la misma enfermedad. Por muy despiadado y cruel que fuera, siempre tuvo debilidad por mamá.

"¿Ves? Eso no estuvo tan mal. Ahora podemos ir a disfrutar de nuestro almuerzo. Y luego serás libre de irte". Pasó sus manos por mi cabello para arreglarlo y luego me hizo un gesto para que abriera la puerta.

Afuera, su conductor nos esperaba en la camioneta. No se permitían vehículos en esta parte del callejón, pero a él no le importaba. Nuestra seguridad era más importante.

Todavía sonriendo, salió e hizo una señal a Frankie para que se aproximara. Cuando él no se movió, ella me agarró del brazo mientras exploraba el callejón desierto. "Santino, vuelve adentro. Llama a papá"

Nos habíamos entrenado para esto. Muchas veces. Pero en el calor del momento, no podía dejar a mamá. Perdí preciosos segundos intentando que ella viniera conmigo. Pero ella insistió en retenerlos. "Santino…".

Varios disparos resonaron a nuestro alrededor. Me dejé caer al suelo y luego la vi caer libremente con el libro apretado contra ella, manchado de sangre. Parpadeando rápido para aclarar mi visión, acuné su cuerpo contra el mío. Los disparos a nuestro alrededor cesaron. Solo tuve uno o dos segundos para decidir si estábamos siendo emboscados por un solo tirador. Si así era, se habría detenido para recargar.

"Sujétame, mamá. Te sacaré de aquí".

"No, Santino. Déjame. Eres más importante".

Tenía que arriesgarme y llevar a mamá a un lugar seguro y a un médico. Haciendo caso omiso de sus débiles intentos de alejarme, la levanté y la cargué y la arrastré hasta la camioneta. Le di unos golpecitos a Frankie en el hombro para que avanzara, pero simplemente cayó inerte sobre el volante.

Puta madre.

Cerré la puerta detrás de mí y me subí al asiento delantero, apartándolo del camino en el proceso. Ya estaba muerto. Y a mamá se le estaba acabando el tiempo. Los neumáticos chirriaron cuando pisé el acelerador y me aparté del camino. Mi conducción no fue perfecta y choqué con varios autos estacionados una vez que llegué a la calle, pero logré sacarnos de allí.

Cuando llegué a la casa segura donde me dijeron que condujera en caso de emergencia, mamá ya estaba muerta.

Habían pasado casi quince años desde aquel día. Todavía pensaba en ese momento al menos una vez al día. Si hubiera sido más fuerte, más rápido y más inteligente, ella todavía podría estar con nosotros. Mi vida cambió después de eso. Papá tenía más guardias vigilando. Tuve que entrenar más duro y estudiar cada escenario logístico que pudiera matar a papá o a mí. Tenía que estar preparado. Todos los días tenía que estar preparado para reemplazar a papá, para convertirme en Don.

Que un niño viviera esperando que su otro padre falleciera era una nueva clase de tortura. Sabía que llegaría el día en que papá moriría de viejo o a manos de nuestros enemigos. Pero como cualquier otro ser humano, esperaba que tuviéramos más tiempo.

«El helicóptero está aquí, señor». Mark, el guardaespaldas de papá, se desvió hacia mi línea de visión y bloqueó efectivamente el cuerpo de papá en medio del pasillo.

«Vamos». Asentí. «De camino al hospital podrás explicarme qué carajo pasó».

Un equipo de paramédicos sujetó firmemente a papá a una camilla. Lo llevaron hasta el ascensor a paso apresurado, aunque me sujetaron la puerta para que pudiera unirme a ellos. El viaje en helicóptero duró diez minutos. Cuando llegamos, esperé en mi asiento hasta que bajaron y se llevaron a papá.

Me quedé quieto porque no estaba preparado para recibir respuestas. No necesitaba ser un genio para saber que de alguna manera las heridas de bala de papá eran culpa mía. Le dispararon protegiéndome o, mejor dicho, protegiendo nuestro legado, la Sociedad.

«Tú eres más importante». Las palabras de mamá se repetían en mi cabeza.

Ya no era un niño; tenía que afrontar lo que se avecinaba. Saqué mi teléfono del interior de la chaqueta de mi traje y llamé a Tommy, el tipo que había dejado atrás para vigilar a Luce, y a Mark, el principal guardaespaldas de papá.

«Nos vemos en la sala de guerra». Colgué.

En los últimos años, papá había entrado y salido del hospital tantas veces que había hecho arreglos para tener su propia ala privada. Eso hizo que los protocolos de seguridad fueran menos una pesadilla y sus médicos estaban de guardia las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. La habitación contigua a la suya se había convertido en una zona de reuniones con ordenadores y otros aparatos. Algo que habíamos preparado para los días en que tenía que trabajar desde su cama de hospital.

Abrí la puerta y la cerré de golpe. Estaba más que furioso. Necesitaba a alguien a quien culpar, alguien más que yo. «¿Qué carajo?», señalé a Mark, el segundo al mando de papá. «Empieza».

Cuando abrió la boca y las palabras no salieron, saqué mi arma y le apunté. «Empieza a hablar».

«Don Buratti quería ver a la Sra. Luce».

«¿Por qué?».

«Eh». Se rascó la nuca. «Para reubicarla».

«Ella se ha ido». Agarré con más fuerza el mango de mi arma para aliviar el dolor en mi pecho. «Él está aquí. Entonces, ¿adónde fue ella?».

«Don Buratti quiso que esperáramos abajo. Así lo hicimos. Cuando empezó el tiroteo, me llamó. Me presenté y encontré el mismo desastre que encontró usted.

«¿Y tú?». Me volví hacia Tommy. «¿Por qué no estabas en tu puesto?».

«Don Buratti nos pidió que le diéramos un minuto».

Dejé mi arma sobre la mesa. Necesitaba calmarme antes de empezar a disparar a mis propios hombres. Entonces papá fue a mi penthouse cuando supo que yo no estaría allí para matar a Luce o salvarla. Algo pasó en la mitad y ahora estaba luchando por su vida mientras Luce estaba desaparecida.

«¿Revisaste su rastreador?», le pregunté a Tommy.

Después de que ella me disparó, hice que el hacker de Rex pusiera un chip en el collar de Luce. En el fondo sabía que este día llegaría. Sabía que ella me dejaría.

«Sí, señor. Justo ahora. La señal es débil, hemos estado intentando localizarla, pero ¿es probable que esté bajo tierra?». Se encogió de hombros mientras buscaba en su cerebro las palabras adecuadas para apaciguarme. El rojo subió por su cuello mientras se aclaraba la garganta. «La encontraremos, jefe».

«¿Está herida?».

«No». Lo dijo con mucha convicción, feliz de darme una buena noticia.

«¿Y el tipo que encontraste?». Apoyé una mano en la mesa y miré a Mark. Sus ojos se abrieron con sorpresa. El cabrón estaba tratando de ocultarme información. ¿Por qué? Golpeé mi mano contra la fórmica. «Te juro que si me mientes u ocultas información...». Dejé que la amenaza permaneciera en el aire. El guardaespaldas de papá estaba familiarizado con mi trabajo. Él sabía de lo que era capaz cuando no me salía con la mía.

«Está muerto. Vino hacia nosotros, tuvimos que dispararle. Pero parecía uno de los hombres de Walsh». Él encontró mi mirada como si eso hiciera que sus palabras fueran más ciertas.

Estaba mintiendo. Pero solo había una razón por la que arriesgaría su vida de esa manera. Estaba protegiendo a papá. Podría quedarme aquí y sacarle la verdad a golpes o ir a la habitación

de al lado y preguntarle a papá.

«Encuéntrenla». Los señalé a los dos y luego me dirigí a la suite de papá.

Su médico me recibió en la puerta con ambas manos en alto en señal de rendición. Si mis ojos mostraban cómo me sentía ahora, sin duda él vio sangre y asesinato.

«Está estable. Por ahora», susurró. «La bala no alcanzó ningún órgano. Esa es la buena noticia. Pero perdió mucha sangre y su corazón no es lo suficientemente fuerte para eso».

«¿Puedo hablar con él?».

«No creo que sea una buena idea». Se aclaró la garganta. «Señor».

«Déjalo entrar». La voz de fumador de papá alivió la tensión en los músculos de mi espalda.

«Como prefiera». El médico asintió una vez y salió corriendo por la puerta.

«Santino». Papá me hizo un gesto con la mano.

Caminé hacia la cama y me paré junto al pie de cama con los brazos sobre el pecho. Parecía viejo y cansado, como si pendiera de un hilo. La pura voluntad mantenía su corazón defectuoso todavía latiendo.

«Fue Walsh. Su hombre estaba en tu piso». Inhaló. «Venía por ti».

«Quedaste expuesto cuando despediste a nuestros muchachos. Tú también la pusiste en peligro». Hay que reconocer que logré filtrar la ira de mi voz. El anciano había llegado a mi casa para entrometerse en mis asuntos. Había convertido todo en mierda. «Será mejor que no te mueras, viejo».

«¿Es eso lo que te preocupa?». Él se rió. «Ignoraste tu deber para con la Sociedad y ahora aquí estamos. Qué jodido desastre».

«Ah, claro». Me agarré del apoyapiés. «Crees que esto es culpa mía. Estoy harto y cansado de Walsh. Él no es nada. Es un punto en nuestro radar. Debería haber sacado la basura cuando hizo su primer movimiento en Hell's Kitchen. Pero no, Rex y la junta querían una resolución pacífica».

«Jesús, Santino. Escúchate». Agitó una mano en mi dirección, tirando de los tubos y agujas clavados en sus venas. Su máquina emitió un pitido fuera de ritmo durante unos segundos. Las enfermeras entraron corriendo, pero él las despidió con un gesto. «No estoy muerto aún. Déjennos un minuto». Desvió la mirada y tomó una bocanada de aire. Cuando se volvió hacia mí, sus ojos eran charcos de color azul, serenos. «Mira lo que ella te ha hecho. Eso no es una pareja. Nunca podría serlo. Trajiste la ira de los irlandeses a tu propia puerta simplemente porque no pudiste dejarla ir. Si hubieras escuchado a Rex...».

«No habría hecho ninguna diferencia. Ella ya había pasado la noche conmigo. ¿Qué crees que le habría hecho “el Carnicero” si la hubiera enviado de regreso? Mmm. Ella es inocente. Él la habría matado». En verdad, la habría torturado y follado hasta que ella diera su último aliento solo para hacer de ella un ejemplo.

«¿Inocente? ¿De qué diablos estás hablando? Ella no es una pobre chica. ¿Quién crees que me hizo esto?». Señaló sus vendajes y luego hizo una mueca de dolor. «Ella tenía un teléfono. No tengo ninguna duda de que llamó a Walsh y le dijo dónde encontrarla. Había alguien más esperándola. Usa tu cabeza, Santino».

«¿Qué?».

Las palabras de papá se habían vuelto amortiguadas. Miré la pantalla y la línea de frecuencia cardíaca que subía y bajaba, más lento de lo que debería. Si papá no sobrevivía a esto, Luce tampoco. ¿Cómo podía ser tan estúpida como para dispararle a un Don? Cuando me disparó, ¿no sabía quién era yo? Pero ella sabía quién era papá.

«Eso no tiene ningún sentido. Tiene mal genio, claro. Pero es inteligente. Solo una persona

con deseos de morir apretaría el gatillo».

«Tal vez no sea tan inteligente como crees».

«Estás mintiendo». Inhalé. «Estás mintiendo porque quieres que la eche. No puedo hacer eso».

«Si no lo logro...». Sus ojos se cerraron mientras respiraba uniformemente. Unos segundos más tarde, se recuperó y me miró. «No tendrás más remedio que dejarla ir. Santino, ya conoces los estatutos».

«Sí. El castigo por matar a un Don es la muerte».

«Eres mi único hijo. Tendrás que hacerlo».

Mi pecho se apretó. «No puedes pedirme eso».

«No tengo a nadie más. Tienes que ser tú» Extendió su mano hacia mí. «Eres demasiado importante. Pero ahora lo entiendes».

En trance, me acerqué a él y puse mi palma sobre la suya. Papá siempre había sido una fuerza a tener en cuenta, más grande que la vida. No tenía nociones delirantes de que se trataba de amor paternal. No, su preocupación, su obligación era solo para con la Sociedad. Les debía un heredero, alguien que ocupara su lugar cuando llegara el momento. Todo lo que hacía era para honrar el legado que le había confiado su padre. Aún así, verlo en estas condiciones me dolía, me quebraba sabiendo que la razón era Luce... yo.

«Creo que sería mejor si lo dejaras descansar». El médico me ofreció una amable sonrisa. «Te avisaré si algo cambia. Por ahora necesita dormir».

Apoyé mi mano en el hombro de papá, pero él no se dio cuenta. Sus rasgos se suavizaron y su cuerpo se relajó mientras caía en un sueño profundo. Asintiendo, me alejé de la cama para dejar que el médico pusiera a papá cómodo.

El viejo tenía razón. Me olvidé de mi deber para con la Sociedad y, en el proceso, hice un gran desastre. Implicaba a una inocente. Mi deseo por ella había comenzado como un juego perverso que ahora se había vuelto letal. Presioné demasiado a Luce. Ella apretó el gatillo, pero bien podría haber sido yo. Me froté el pecho con una mano; con cada latido, las espinas se clavaban más profundamente en mi corazón, convirtiéndolo en algo oscuro y malvado.

Si alguna vez pensé que sentía algo por ella, tenía que terminar ahora. Solo podía sentir odio. Incluso si en este momento el odio era lo último que sentía cuando pensaba en Luce, eventualmente tenía que recordar a mí mismo a sentir nada más que odio. ¿De qué otra manera podría llevar a cabo mi mandato?

«No te mueras viejo». Dije por encima del hombro y salí tranquilamente.

En el pasillo, Joey me alcanzó. «La encontramos».

Esas tres pequeñas palabras hicieron que todo mi cuerpo se pusiera firme. Me había acostumbrado a volver a casa para verla y hablar con ella. En el tiempo que pasó conmigo, salía de la oficina cada vez más temprano. Los últimos días ni siquiera me había molestado en ir. No me había dado cuenta de lo adicto que me había vuelto a su presencia y su energía. Ahora que me lo había quitado, no podía respirar.

«¿Dónde está?».

«Regresó con Walsh». Aspiró hondo y se alejó de mí.

Un destello rojo brilló frente a mis ojos. ¿Por qué él? ¿Por qué pensaba que él era el único que podía hacer algo por ella? ¿Quería un ejército? Podría haberle dado cien hombres; si me lo hubiera pedido, habría hecho cualquier cosa por ella.

Apretando mis manos, parpadeé rápidamente para borrar las imágenes que pasaban por mi mente. Luce del brazo de Walsh donde quiera que fuera, en su casa y en su cama. Mi estómago

se retorció en un doloroso nudo cuando los vi claramente en mi cabeza: el viejo besando y jugando con su coño, mi coño, ella era mía.

Presioné mis dedos índice y pulgar contra mis ojos para frotar el escozor de mis lágrimas. Luce no era mía. Ella nunca lo fue. Era mi cautiva y ahora mi presa.

«¿Señor?». La nuez de Joey se balanceó antes de que volviera a hablar. «Están en una fábrica en las afueras de Harlem».

Lo miré a los ojos y él dio un paso atrás. Joey no me tenía miedo. Había lástima escrita en todo su rostro.

El pobre principito había perdido a su princesa.

Por supuesto, mis hombres, como papá, sabían hasta dónde había llegado en la madriguera del conejo con Luce. Nunca antes me había enamorado de nadie. Entre la escuela y el entrenamiento táctico, no tuve tiempo de conocer a nadie. No quería hacerlo. ¿Cuál era el punto? En mi mundo, los inocentes nunca vivían mucho. Así que sí, me tomó un minuto ver nuestra relación tal como era. Y por la misma razón, no pude ver que por mucho que Luce me deseara, sin importar cuántas veces se deshiciera en mis manos, todavía no podía amarme.

«¿Viste quién le disparó a papá?».

«No». Sacudió la cabeza. «Luce y el irlandés estaban solos con él. Cuando llegamos allí, Don Buratti había caído. Luce estaba con él, así que atacamos al otro tipo».

«Entonces, ¿nadie vio nada?».

«No, señor».

Lo miré, tratando de encontrar la verdad en sus ojos. Pero parecía que realmente no sabía quién había disparado a papá. «Vamos. Quiero a Walsh vivo. Quiero ser la última persona que vea antes de morir».

CAPÍTULO 25

Estamos solas

Luce

«¿Sigues pensando que tu familia quiere saber de ti?», Liam me quitó el teléfono desechable y me golpeó en la cara con él.

Intenté retenerlo, pero fue inútil. Fue más fuerte que yo y mucho más letal. Mi mejilla ardía de dolor. Por instinto, apreté la mandíbula, lo que me hizo morderme la lengua. Probé el metal mientras lo fulminaba con la mirada.

Él se reía, un sonido cruel que hizo que mis entrañas se retorcieran de pánico. Quería correr y poner la mayor distancia entre nosotros. Su aliento sobre mí me repugnaba. No podía soportar que estuviera tan cerca. Pero sus hombres nos tenían rodeadas. Tenían a Kay en un estrangulamiento sobre el asfalto. De ninguna manera iba a dejarla atrás.

«Y dijeron que tú eras la inteligente», él sonrió y señaló a los hombres que sujetaban a Kay.

Le alcanzaron el bolsillo. Le dio una patada a uno de ellos en la espinilla y empujó al otro. Eso le valió un puñetazo en el estómago. Ella cayó al suelo, jadeando. Mientras intentaba recuperarse, el tipo que era tan ancho como un refrigerador le quitó la chaqueta y recuperó su otro teléfono desechable.

Cuando lo hicieron, Liam se volvió hacia mí con una sonrisa de satisfacción en su rostro. «Si te quisieran, ya estarían aquí».

No estaba del todo equivocado. La noche que Kay me dio su móvil, me escondí en el tocador de Santino e intenté llamar a todos los números que podía recordar, incluido el de Ronan. Le dejé varios mensajes. Dondequiera que estuviera, o no tenía acceso o no estaba listo para saber de mí. De todos modos, el celular era inútil para mí en este momento.

Kay y yo habíamos logrado escapar del penthouse de Santino, pero no pudimos evitar que Liam nos atrapara. No teníamos a quién llamar.

«Súbanlas». Me soltó mi muñeca.

Kay había dicho que Liam estaba furioso conmigo porque lo dejé. Le había dicho a su padre que tenía planes de hacerme pagar. No tenía el respaldo de mi familia. Todo lo que podía hacer era esperar que él fuera indulgente, o al menos, suave en su castigo hacia mí.

«Esto es entre tú y yo. Por favor, deja que se vaya».

«¿Es eso lo que piensas? Que esto es solo entre nosotros. Despierta». Me empujó al asiento trasero de un sedán negro donde uno de sus hombres ya se había instalado.

Moví mi cuerpo para alcanzar a ver a Kay presionada contra el capó de su Prius. Todo lo que pude ver fue su esbelto cuerpo luchando mientras una sombra más grande la obligaba a subir a

otro vehículo. Liam subió al tercer auto. Tan pronto como lo hizo, la rampa de salida se iluminó en rojo con las luces traseras. Nuestro conductor se puso en marcha, encendió el motor y se puso en fila detrás de Liam.

El miedo rezumaba en mi pecho cuando los neumáticos crujieron sobre la grava y lentamente volvieron a la carretera. Iba a regresar al calabozo. Estaba segura de eso. ¿Por qué pensé que suplicar me llevaría a alguna parte? Liam era el Carnicero. Ciertamente no se había ganado ese título por su naturaleza misericordiosa.

Condujimos durante más de una hora. Mientras miraba por la ventana, me di cuenta de que no nos dirigíamos a su apartamento. El auto se detuvo frente a lo que parecía un almacén abandonado. Sus hombres nos hicieron pasar al ascensor y presionaron el botón de llamada para el último piso. La señora Jones nos esperaba en el pasillo, como si el tiempo que yo había desaparecido no hubiera ocurrido, como si Santino nunca hubiera existido.

Por una fracción de segundo tuve la sensación de que tal vez nunca había escapado, que todo estaba en mi cabeza para hacerme sentir mejor.

«Prepárala». Liam le habló a la señora Jones en un tono gentil mientras nos empujaba a Kay y a mí al interior.

Al igual que su casa en la ciudad, el apartamento no tenía muchos muebles. La disposición del lugar era similar; contaba con una sala de estar, un estudio y un piso arriba. ¿Cuántos de estos lugares tenía?

«Idiota». Kay se volvió hacia él. «Sé lo que haces aquí. No dejaré que le vuelvas a hacer eso».

Negué con la cabeza hacia Kay. En el siguiente suspiro, me quedé sin aliento. Me dejé caer en el suelo de madera, jadeando por aire. Levanté la vista esperando ver los ojos crueles de Liam, pero en lugar de eso me encontré con la mirada gélida de la señora Jones.

«Me sorprendiste la primera vez porque pensé que ya nos habíamos convertido en una familia. Pero ya no más». Se volvió hacia Kay. «Tu desobediencia te costará muy caro. Ahora, dime otra vez qué estás dispuesta a dejarnos hacer y qué no».

Kay parpadeó rápidamente cuando la comprensión se apoderó de ella. Cada vez que ella se negaba a hacer lo que le decían, me castigaban. Su mirada pasó de Liam a la señora Jones varias veces antes de finalmente ceder. «No daré ningún problema».

«¿Puedes ocuparte a partir de aquí?», Liam se detuvo frente a la señora Jones camino a su oficina.

«Por supuesto, señor». Ella le sonrió tan agradablemente que tuve que preguntarme si serían amantes, aunque del tipo perverso. Cuando cerró la puerta detrás de él, la señora Jones me agarró del codo y clavó las uñas en la suave carne. «Arriba, vamos».

Mientras subía las escaleras, mi mente se escapó al último lugar donde me sentía segura. Para mi sorpresa, no soñé con mi hogar. Pensaba en Santino y en todas las veces que se negó a dejarme ir, en todas las veces que me abrazó con fuerza y en todas las noches que me quedé dormida con su triste melodía.

Abrió un panel oculto y reveló una réplica exacta de la mazmorra en la que me mantuvo antes. La primera vez que estuve en un lugar como este, estaba demasiado entumecida para entender completamente lo que Liam planeaba hacer conmigo. Ni siquiera había oído la palabra *mascota*. Ya no era una novia inocente.

Liam nunca me preguntó si quería ser parte de su mundo BDSM. Él me impuso eso. Me vistieron y movieron mis hilos como si fuera una marioneta sin vida. Y ahora estaba a punto de hacerle lo mismo a Kay. Ella había dejado su casa por mi culpa. Era prisionera de Liam por mi

culpa.

La señora Jones me condujo hasta la rueda del sexo en el medio de la habitación. Al igual que en la otra habitación, daba a la jaula en el rincón más alejado y a la entrada principal.

Sin dejar de mirar a Kay, me ató ambas muñecas a la parte superior de la rueda. Ella me hizo ampliar mi postura hasta que apenas pudiera mantenerme de pie y luego me ató los tobillos a los postes inferiores a cada lado. Tiró de la cuerda que sostenía mis brazos en alto y yo me puse de puntillas. Por supuesto, ella tenía planes de hacerme pagar por dejarla inconsciente la noche que escapé. Actuaba como si yo hubiera roto su confianza y herido sus sentimientos.

La tensión en mis piernas y brazos se disparó como atizadores calientes por mi columna. Le costaba respirar y hablar. Jadeé unas cuantas bocanadas de aire. Y justo cuando pensé que iba a gritar, ella me soltó.

«Ve al baño y quítate toda la ropa». Hizo un gesto hacia la puerta de la derecha.

Los ojos de Kay se abrieron enormes. En el viaje en auto camino a Chicago, le conté todo lo que me hizo pasar la Sra. Jones, pero omití algunos detalles, como que estuve medio desnuda todo el tiempo.

«Lo siento», le dije a ella. «Lo siento mucho».

Cuando ella no se movió, la señora Jones sacó una navaja y soltó la hoja, inclinándola hacia la parte interna de mi muslo. «No tengo todo el día, niña estúpida».

«No. Por favor no la lastimes. Ya voy». Levantó las manos y corrió hacia el baño privado.

«No la necesitas. Déjala ir». Tenía la sensación de que rogarle tampoco funcionaría con ella, pero tenía que intentarlo. «Yo me quedaré. No te daré problemas. Lo prometo».

«No, no lo harás». Presionó la hoja contra mi carne hasta que gotas rojas corrieron por mi pierna.

«Ah». Me mordí el labio para quedarme callada. Si Kay intentaba ayudarme, estaba segura de que la señora Jones haría algo más que pincharle la pierna.

«Podrías haber sido la mejor de todas». Las lágrimas brotaron de los ojos de la señora Jones antes de apartar la mirada y dirigirse hacia Kay.

Dios mío. Ella no estaba del todo allí. ¿Cómo no vi eso antes? ¿Cuántas mujeres habían pasado por este calabozo antes que yo? ¿Cuántas de ellas habían aceptado estar aquí? Mi suposición sería que ninguna. No había mostrado ni un mínimo de remordimiento cuando la bravuconería de Kay se convirtió en pura angustia. Su trabajo consistía en doblegar a Kay, como lo hizo conmigo.

Si a papá no lo hubieran matado, probablemente nunca habría reaccionado. Nunca habría intentado escapar ni siquiera habría pensado en ello. Pero claro, para empezar, papá y mi familia eran la razón por la que había venido aquí. Liam y la señora Jones estaban haciendo lo mismo con Kay. Me estaban usando para llegar a ella.

Cerré los ojos con fuerza e inspiré. No, no podía permitir que esto le pasara a ella. Teníamos que encontrar una salida.

Cuando Kay salió, sus ojos se centraron en mí y la sangre se acumuló a mis pies. Un pequeño grito ahogado escapó de sus labios mientras dejaba que la señora Jones la llevara hasta la jaula de cinco por tres en el extremo opuesto de la habitación, donde tenía una línea de visión directa hacia mí. Estaba vestida con el disfraz elegido por Liam para sus mascotas: un leotardo blanco transparente y pezones brillantes.

La señora Jones examinó la habitación con el ceño fruncido. Había visto esa mirada antes en ella. Quería que todo fuera perfecto. Cuando volvió su atención hacia mí, puso los ojos en blanco y su sonrisa se desvaneció.

Supuse que todo en el calabozo estaba como debía ser, excepto yo con mi camisola sucia, pantalones cortos y pantuflas, el traje que llevaba cuando Don Buratti vino a verme. La ropa con la que Santino me ayudó después de tener sexo esta mañana. Sentí que ese momento había pasado meses atrás y no horas.

Ella miró su reloj. Después de unos segundos, regresó al baño para tomar los jeans y la blusa de Kay y cargarlos debajo del brazo. «El señor Walsh llegará pronto». Me sonrió y luego a Kay. «Pero tenemos tiempo para vestirte adecuadamente».

Tan pronto como soltó mis brazos y piernas de la rueda de sexo, la sangre ardiente corrió como pequeños pinchazos. Me dejé caer al suelo porque no me había dado cuenta de lo tensos que se habían vuelto mis músculos. La señora Jones me agarró del codo y me ayudó a levantarme. Caminé penosamente hasta el baño, dejé que me quitara la ropa de dormir y me llevara a la ducha. Me dolían los brazos por la mala circulación, pero hice lo mejor que pude para bañarme.

Antes de que terminara, abrió la puerta de cristal y cerró el agua. Trabajó rápido mientras yo me secaba, empolvándome los pezones y luego deslizando el leotardo sobre mi cabeza. Odiaba que esta parte me resultara familiar, que supiera lo que ella haría a continuación. Luego se ocupó del peinado y el maquillaje. Todo el tiempo estuve sentada quieta, sin ver realmente mi reflejo en el espejo.

Entonces, llegó el momento de volver a salir. La vergüenza y la culpa me provocaron un vacío en el estómago mientras salía del baño y volvía a la rueda. Intenté cubrirme los pechos y el coño cuando sabía que estaba en el campo de visión de Kay, pero la señora Jones me apartó las manos de un golpe.

«Aquí no hay lugar para eso».

Cuando me volví para mirar a Kay, ella estaba en posición fetal, de espaldas a mí. Se quedó así mientras la señora Jones me ataba de nuevo. Era mi mejor amiga y la había decepcionado. Yo había provocado esto.

Tan pronto como la señora Jones cerró la puerta detrás de ella, llamé a Kay. Estaba a unos cuatro metros de distancia, así que estaba segura de que me había oído. Lo intenté de nuevo. «Kay, lo siento. Por favor, no estés enojada conmigo».

«No lo estoy». Su cuerpo temblaba como si estuviera llorando. «Soy yo quien debería disculparse».

«¿Qué?», jalé el yute que ataba una de mis muñecas.

Lentamente, se sentó y se dio la vuelta con las piernas metidas debajo del trasero. Su cabello castaño estaba recogido en una desordenada trenza francesa. Cuando levantó la cabeza, las lágrimas corrían por sus mejillas.

«Se suponía que debía cuidar de ti y fallé», se mostraba derrotada. «Justo como todos dijeron que lo haría».

«Tú eres mi mejor amiga. Significó mucho para mí que te quedaras atrás. Pero ese no es tu trabajo».

«No lo entiendes, Luce. Soy tu guardaespaldas. En verdad. Me capacitaron para hacer este trabajo», ella resopló. «Quería aportar algo, ya sabes. Tú fuiste a la escuela de enfermería. Yo tenía que hacer algo. Era buena con las armas, así que pensé que podía unirme al equipo. Fue tan estúpido de mi parte».

«No lo fue. Viniste por mí cuando nadie más lo haría».

«Sí, pero dejé que el orgullo se apoderara de mí». Se secó la cara con el dorso de la mano. «No pedí ayuda. Ni siquiera cuando me di cuenta de que los italianos te tenían. Estamos en esta

profunda mierda por mi culpa».

«No digas eso. Creo que es seguro decir que ambas fuimos culpables de arrogancia».

Pensé en las palabras de Santino. *"En mi mundo, juegas y esperas seguir con vida"*. No entendí lo que significaban sus palabras, en realidad no. Con el contrato de Liam pensé que él era la respuesta a nuestros problemas, que yo podía arreglarlo todo. Pero no fui más que un peón en el tablero de Liam. Los peones nunca sobreviven.

«¿Por qué no me dijiste que estabas trabajando para papá?».

«Porque tu papá no quería que lo supieras. Cuando estábamos en la escuela secundaria, alguien intentó matarte. Después de eso, entró en pánico y decidió tener a alguien contigo las veinticuatro horas del día. Fue entonces cuando me ofrecí como voluntaria». Sus mejillas se pusieron rojas cuando levantó la mano.

«Creo que recordaría algo tan grande como eso. ¿Cuándo fue?».

«En el baile de graduación. Pero Ronan llegó a tiempo y calmó la situación. Todos decidieron no decírtelo. Para que no te preocuparas».

«Kay, soy la hija de un Jefe. Debería preocuparme por que me disparen o me apuñalen, o lo que sea que esa persona haya intentado hacer».

«Bomba».

«O eso».

«Qué tipo de guardaespaldas, ¿eh? Quiero decir, ni siquiera Liam lo creyó cuando le dijimos que estaba aquí para protegerte».

«Él nunca iba a dejar que te quedaras, Kay. No te castigues por eso. Viniste por mí. Eso es todo lo que importa».

Había pasado toda mi vida siendo mimada por papá y todos los miembros de la banda. El mundo podría ser un lugar cruel. Lo sabía. Pero nunca entendí realmente cuánto hasta que llegué a Nueva York. Si lo hubiera sabido, ¿habría aceptado un contrato matrimonial con Liam? Probablemente no. Acepté porque no reconocía plenamente lo que estaba en juego. Mi cuerpo y mi alma no eran algo que pudiera regalarle libremente a alguien tan siniestro como Liam, el Carnicero.

«Fue muy estúpido de mi parte pensar que podía salvar a mi familia».

«No, no digas eso. Tenías que intentarlo». Presionó su cara contra el costado de la jaula. «Una cosa es segura aquí, Luce. Estamos solas».

«Lo sé», me tragué las lágrimas. Nadie vendría a salvarnos. Teníamos que hacer lo que fuera necesario para sobrevivir. «¿Cómo vamos a salir?».

Antes, la señora Jones no se molestaba en cerrar las puertas con llave porque sabía que yo no haría nada que pusiera a mi familia en peligro. Ella estaba usando la misma táctica ahora. Si Kay desobedecía, me castigarían. Si yo hiciera lo mismo, Kay pagaría el precio. Había ido más allá de lo que haría cualquier guardaespaldas. No podía dejar que saliera lastimada.

«¿Está cerrada la jaula?», pregunté.

Se movió y probó el pestillo superior. Se abrió y ella se levantó. Sus ojos se abrieron mientras miraba alrededor de la habitación. Conociéndola, seguramente estaba buscando armas. Me volví hacia la pared norte donde la señora Jones guardaba un montón de juguetes sexuales en el otro calabozo. La última vez que estuve allí, usé un consolador enorme para dejarla inconsciente. Por supuesto, todos los aparatos peligrosos habían desaparecido.

Cuando se agachó para salir, se quedó paralizada con los ojos fijos en la puerta. Se llevó los dedos a los labios y luego articuló los labios. «Cámara. Se acaba de encender».

Seguí su línea de visión y, efectivamente, se destacó el punto rojo sobre el umbral. ¿La otra

habitación también tenía cámaras? Alguien como Liam, e incluso la señora Jones, querría vigilar de cerca a sus mascotas. ¿Lo hacían? ¿Liam se sentaba en su oficina observando mientras yo estaba sentada en la jaula, día tras día?

En este punto, realmente no importaba. Pero un escalofrío recorrió mi columna al pensar que Liam me había visto desnuda muchas veces, que había visto orinarme en los pantalones la primera noche u observado mientras yo fantaseaba con el extraño del aeropuerto. Luché contra las cuerdas. Había tomado más de lo que yo estaba dispuesta a dar. Tenía que pagar por eso. Un día tendría que responder por lo que nos hizo a mí y a mi familia.

¿Y para qué? ¿Qué quería Liam? ¿Un juguete? Parecía una respuesta demasiado simple. Era un hombre orgulloso, por lo que el castigo tenía sentido, por muy jodido que fuera, pero ¿qué quería de mí antes? ¿Por qué arriesgarse a hacerle esto a la hija de un jefe?

«Desátame», moví mis dedos.

«Lo siento, Luce. No puedo arriesgarme». Volvió a sentarse y cerró la puerta.

«Está bien», solté un suspiro. «De todos modos, no lograríamos superar a los guardias en el pasillo. Encontraremos otra manera. Lo prometo. Nunca dejaremos de intentarlo».

«De acuerdo», me contestó Kay.

CAPÍTULO 26

Matar a la chica, ¿acabar con sus planes?

Santino

Me subí al asiento trasero de mi SUV y me hundí en el suave cuero. Entre el trabajo y el hospital, estaba agotado. Pero este asunto con Liam no podía esperar. El imbécil sabía dónde vivía. Dejé caer mi cabeza hacia atrás y ahuyenté las imágenes de él y Luce juntos. Ella había estado con él todo el día. Un nudo se revolvió en mi estómago y golpeé el asiento frente a mí.

«¿Por qué diablos no avanzamos?», pregunté cuando Tommy movió su cuerpo para mirarme a los ojos desde detrás del volante.

«Don Valentino está aquí».

«¿Qué? ¡Carajo! Vamos», di un golpecito en su hombro.

Él asintió y se movió para encender el motor. Pero entonces se abrió la puerta, Rex entró y se sentó a mi lado. «¿Vas a algún lugar?».

«Sabes quién soy». Me encontré con su mirada. «Él vino por mí. Sabe dónde vivo. No puedo permitir eso».

«Lo entiendo».

«No tengo tiempo para sentarme aquí y charlar».

Se inclinó hacia delante. «Conduce», dio la orden.

«Bueno. Entonces no estás aquí para decirme que no vaya. ¿Qué deseas?». Puse una mano sobre mi pecho. «Ya nunca vienes de visita simplemente».

«Estoy ocupado», arqueó una ceja.

«Sí, claro. Diriges un imperio que nadie conoce».

«Sí, precisamente. Walsh cree que estamos con la Facción de Nueva York. Y me gustaría que siguiera así. No puedes hablarle de la Sociedad ni de lo que estamos aquí para hacer». Se desabrochó la chaqueta y se acomodó.

Joder, esto iba a tomar un tiempo.

«¿Cuál es el objetivo de ser nosotros? Todo esto de andar a escondidas me está molestando. Además, lo intentamos a tu manera y no nos llevó a ninguna parte».

Divagué sobre sus métodos fallidos durante dos minutos completos sin que él me interrumpiera. Entonces me di cuenta de que Rex me estaba dejando desahogarme. No me gustaba que me manipularan. Jesús, quería darle un puñetazo a Liam en su cara engreída y dejar que toda esta ira reprimida saliera de mi sistema.

«Lo que tengas que decir, dilo», lo miré.

«¿Cómo lo está llevando?».

«Ya conoces al viejo, es muy terco. Su corazón es otro asunto. Perdió mucha sangre». Me encogí de hombros.

¿Qué más podría decir? El hombre había recibido un disparo. Y su cuerpo estaba demasiado débil para recuperarse. O quién sabe, tal vez lo haría. A lo largo de los años, papá había sobrevivido a muchos ataques. Muchos, incluido yo, estábamos convencidos de que había hecho un trato con el diablo.

«Estás enojado. Lo entiendo». Rex se reclinó, como si estuviera considerando algo. «Si tu papá no lo logra, todas las apuestas se cancelarán. Te ayudaré a clavar a ese imbécil en la pared y me aseguraré de que pague. Ese es tu derecho. Pero por ahora, aconsejaría que no entraran allí con armas de fuego. Hay una mejor manera de lidiar con él que esta mierda de la vieja escuela que solo implicará a la Facción de Nueva York. No queremos peleas de pandillas en las calles de Nueva York o Chicago».

«¿Olvidaste que Walsh tiene imágenes de mí haciendo estallar el pub irlandés?».

«Ya me ocupé de eso. Ya no tiene pruebas de que estuvimos allí esa noche».

Mi corazón latía tan fuerte en mi pecho que podía sentir mi pulso en mi cuello. Por un segundo, pensé que Rex estaba aquí para asegurarse de que Luce no viviera más allá de esta noche. En nuestro círculo, la información viajaba rápido. Si Rex no sabía que Luce le había disparado a papá, era porque papá quería que fuera yo quien se lo dijera a Rex. Estaba seguro de que elegiría el deber sobre lo que sea que fuera esta cosa entre Luce y yo.

«¿Qué sugieres que hagamos? Viniste aquí con un plan».

«No es un plan. Información». Parecía satisfecho consigo mismo. «Mis hackers descubrieron lo que quería con la mujer».

«¿Qué mujer?».

«Lucinda O'Brien. La conociste». Su tono estaba lleno de sarcasmo.

«Ella ha vuelto con él. Justo como querías».

«Lo sé. Ella es la razón por la que vino tras de ti. El motivo de que apareció en tu puerta. Te dije que tu seguridad era una mierda».

«Papá tuvo algo que ver con eso. Despidió a mis hombres y dejó la puerta abierta para que entraran».

«Sí, lo sé. No fue una decisión inteligente. Pero veo por qué quería que ella se fuera. No necesitas esa clase de problemas, Santino».

«No sabes lo que necesito». Exhalé ruidosamente. «Entonces, ¿qué quiere él con ella?».

«Bueno». Rex me dio una sonrisa de complicidad. Sabía que escucharía cualquier cosa que tuviera que ver con Luce. «Ella es la siguiente en la fila para liderar los Lobos Rojos, la pandilla irlandesa en el sur de Chicago».

«Sí, sé quiénes son. ¿Una jefa?».

«No exactamente, su matrimonio con Liam le da a él derechos de liderazgo. Según lo que pudimos reunir, planea hacerse cargo de la banda y luego expandirse a otros territorios. Tiene la mano de obra y el dinero para hacerlo. Quiere su versión irlandesa de la Sociedad».

«Luce era un medio para un fin. El primer movimiento en el tablero de ajedrez».

«Exactamente».

«Bastardo suertudo. Cuando vio a nuestros muchachos en Chicago hacer un movimiento con el equipo de Luce, vio una oportunidad de sacar provecho».

«No tuve suerte en absoluto. El jefe de Chicago no autorizó el saqueo y el vandalismo, tal como te dijo cuando estuviste allí el mes pasado». Levantó ambas cejas y me dio un minuto para juntar las piezas.

«Llegó a uno de los nuestros».

Él asintió una vez.

«Dime que ya tienes a ese traidor y que estás lidiando con él, al estilo de la vieja escuela».

«Por supuesto, yo mismo volé a Chicago para asegurarme de ello. Entre la información que mi hacker pudo reunir y mi entrevista con él, pudimos descubrir qué estaba haciendo Walsh y por qué estaba tan desesperado por recuperar a Luce».

Apreté mis manos en puños. No me gustaba tener esa imagen en mi cabeza: Walsh y Luce juntos.

«Creo que podría sernos útil".

«¿Qué?». Lo miré con los ojos entrecerrados. «Ella es inocente en todo esto». Bueno, no del todo, pero Rex no necesitaba saber eso ahora. «Matar a la chica, ¿acabar con sus planes? ¿Esa es tu visión?».

«No dije matar».

No, no lo había hecho, pero recientemente parecía que todos querían una parte de ella: papá, Walsh y ahora Rex. Y si fuera honesto, yo.

«¿Tu hacker te contó lo que descubrió sobre el padre de Luce?».

«Lo hizo. Walsh intentó culparnos de ese cadáver». Se golpeó el muslo con un dedo mientras el rojo subía por su cuello.

«Seguro que lo hizo».

«Si pudiera acabar con él y terminar con esto, lo haría».

«No tienes idea lo bien que se siente que digas eso». Presioné mi mano contra mi pecho en un gesto sardónico. «La pregunta es ¿por qué? ¿Por qué matar a un jefe y luego seguir un plan complicado para culparnos a nosotros? No parece una decisión muy inteligente».

«No, no es así. Todavía no tenemos nada sólido al respecto». Miró por la ventana.

Casi habíamos llegado al edificio de Walsh en Harlem. Mis entrañas se agitaron con una mezcla de anticipación y deseo. Tenía esta necesidad incesante de tocar el cuello de Walsh... y ver a Luce. Ella me había convertido en un completo idiota. Papá me dijo que ella fue quien lo llevó al hospital y yo todavía no podía detener este dolor, esta necesidad de estar con ella otra vez.

Tommy se tocó el auricular con el dedo índice y luego asintió. «Están dentro. La seguridad es mínima. Hay un equipo esperándolo en el callejón».

«¿Debería sentirme insultado?», miré a Rex.

«Estoy tan jodidamente cansado de los huevos de ese tipo».

«Vete a casa. Yo tengo esto».

La información que Rex compartió conmigo fue invaluable. Ahora sabía cuánto significaba Luce para Walsh. Sabía que esto no era una cuestión de honor o amor. Era su propia codicia. Podría lidiar con él por mi cuenta. Rex tenía un imperio que dirigir. No necesitaba estar involucrado en asuntos de bandas.

«No hagas nada estúpido».

«Seguro», salí del todoterreno.

Él hizo lo mismo y de inmediato se subió a su propio vehículo. Lo saqué de mi mente y me concentré en mi entorno. ¿No había pensado Walsh que iría tras él esta noche? Corrí al callejón donde me encontré con diez de mis hombres.

¿Vivía aquí? El lugar era adecuado, pero no correspondía con lo que ahora sabía de él. Eso me pareció extraño, dado el gran esfuerzo que había dedicado durante nuestra reunión, tratando de impresionarnos con su dinero. El primer piso parecía una especie de almacén o fábrica. El

resto de los pisos parecían oficinas abandonadas.

«¿Dónde está?». Metí la mano dentro de la chaqueta de mi traje y desenfundé mi pistola. Con un poco de suerte, ese imbécil podría darme una razón para dispararle esta noche.

«Último piso, señor». Tommy señaló hacia la entrada trasera del edificio.

Asentí y le indiqué que me guiara. Subimos en ascensor hasta la planta inferior a la de Walsh y luego tomamos la escalera. Al otro lado de la puerta, varios hombres yacían inconscientes, no los míos, sino los suyos. Antes de venir aquí, le había dicho a Joey que quería a Walsh vivo, y él cumplió.

«Vamos».

Cinco de mis muchachos avanzaban a lo largo de la pared y corrieron hasta el final del pasillo delante de mí. Derribaron la puerta e irrumpieron. La adrenalina me invadió como oxígeno. Entré corriendo y me detuve para contemplar el espacio vacío.

«¿Estás seguro de que está aquí?». Fui a la izquierda a una habitación que parecía una oficina, donde había algunos cuadros esparcidos y dos sillas. «El cabrón se ha ido». Apoyé las manos en las caderas e inhalé. «Por eso la seguridad era mínima. Se fue. Revisa cada rincón y grieta», señalé a Joey.

«Si está aquí, lo encontraremos».

Furioso, me senté en la silla detrás de su escritorio y esperé hasta que mis muchachos revisaron cada habitación en los niveles inferior y superior. Cuando regresaron, confirmaron que este era el departamento correcto y que se había ido recientemente.

«¿Qué pasa con el rastreador de Luce?».

«Encontramos el collar en el cuarto de lavado de arriba». Joey colocó el colgante de la Cruz Celta frente a mí. «¿Y ahora qué, señor?».

Disparar y golpear ya no eran una opción, así que elegí la siguiente mejor opción. «Le dejamos un recuerdo. Este es su edificio, ¿verdad?».

«Sí, la fábrica está cerrada y las oficinas también. Lo revisamos. No hay nadie aquí».

«Explota el maldito lugar».

«Con mucho gusto». Me sonrió y le indicó al resto de los chicos que lo siguieran.

Cuando todos se fueron, no pude resistir la tentación de mirar alrededor de su estudio. Tenía algunos libros en los estantes. El apartamento parecía habitado, pero no tenía muchos muebles. Quizás este fuera su segundo hogar o su principal lugar de negocios. De cualquier manera, no me impresionó. Saqué el cajón superior y encontré un control remoto, aunque no había pantallas por ningún lado.

Presioné el botón de encendido y luego seguí el zumbido hasta una de las estanterías. Cuando abrí una puerta, encontré equipo de vigilancia. La sangre palpitó a través de mí. Apreté el control remoto con tanta fuerza que la tapa de la batería se abrió. Allí, en cuatro pantallas separadas, estaba Luce en exhibición, atada a un dispositivo, usando un leotardo que yo conocía bien.

«Puta madre. Estaba en el calabozo del que me habló. ¿Esto era aquí? ¿Esto era ahora? Revisé la información de la transmisión. La fecha y la hora eran ahora mismo. «Luce», grité mientras corría hacia la sala de estar y subía las escaleras.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. Lo saqué y miré el mensaje de Joey advirtiéndome que tenía diez minutos para salir. Toqué la pantalla y lo llamé. «Apágalo. Creo que Luce todavía está en el apartamento».

«No puede ser. Revisamos todas las habitaciones».

«Hay una transmisión de cámara. Estoy echando un segundo vistazo».

«Jefe, hice un trabajo rápido y sucio. No puedo detenerlo. La fábrica arderá rápido. Levanté

el cableado eléctrico. Mierda. Podría volver atrás y ver qué puedo hacer, pero...».

«Mierda, no. Déjalo. Es demasiado tarde. Saquen a todos y luego vengan a ayudarme». Me golpeé la frente con el teléfono y luego colgué. «Luce». Pateé la primera puerta del rellano. Seguro que no había nadie allí.

Los otros dos dormitorios estaban tal como los chicos habían dicho... vacíos. ¿Dónde diablos estaba ella? Revisé todos los detalles de lo que ella había compartido conmigo sobre Walsh y su sala de sexo. Pero nada fue útil. En el camino de regreso, me detuve para mirar el pie de las escaleras.

Después de que le dispararon a mamá, papá perdió los estribos por un tiempo. Se obsesionó con mi equipo de seguridad. Incluso construyó una sala de pánico al lado de mi suite. ¿Era por eso que el rastreador de Luce fallaba? ¿Estaba en una zona insonorizada? ¿Por qué Walsh necesitaba una habitación con paredes acolchadas?

Luce pareció avergonzada cuando le pregunté si era la mascota de Walsh. ¿Fue porque ella no quería serlo?

«Luce», la llamé de nuevo, luego golpeé mi puño contra la pared, escuchando cualquier sonido hueco. Seguí adelante hasta que llegué al panel derecho que se abrió para revelar una puerta. La escena BDSM no era nueva para mí. Había estado en algunas mazmorras de la ciudad. Pero aún así, me sorprendió ver a Luce medio consciente, colgando de sus muñecas.

«Jesucristo». Corrí hacia ella y me quité la chaqueta.

«No», susurró, sacudiendo la cabeza.

«Soy yo. Estás segura». Le desaté las manos y los pies y ella se desplomó en mis brazos.

«Tenemos que salir de aquí. Este lugar va a explotar en unos cinco minutos». Le envolví el abrigo sobre los hombros.

«Kay también está aquí. Ella es mi amiga».

«Está con los italianos, Luce. No es mejor que Walsh». Kay abrió la puerta, pero se quedó dentro.

«Él es todo lo que tenemos». Cojeó hasta la jaula en el extremo opuesto y se quitó la chaqueta para dársela a Kay.

«¿Estamos teniendo en serio esta conversación ahora mismo?». Me quité la camisa y la ayudé a ponérsela. «El lugar está a punto de estallar. Tenemos que irnos. Ahora».

«¿Qué demonios? ¿Liam y su secuaz nos dejaron aquí para morir?». Las mejillas de Kay se pusieron rojas brillantes. Incluso vestida con una chaqueta de gran tamaño, parecía que podía causar daños graves.

«No fue él. Ordené a mis hombres que volaran el lugar». Me volví hacia Luce mientras ella se alejaba de mí. «Eso fue antes de que supiera que estabas aquí. ¿Por qué seguimos hablando?».

Me agaché y cargué a Luce sobre mi hombro. Si Kay fuera una verdadera amiga, como había dicho Luce, me seguiría y lo haría a mi ritmo. Joey nos recibió afuera en el pasillo, con la cara y la ropa cubiertas de hollín.

Respiró aliviado y luego frunció el ceño. «Ay, joder».

«Sí, hablaremos de eso más tarde». Me dirigí a las escaleras. Dado el incendio inminente, no pensé que el ascensor fuera seguro.

Bajé corriendo los diez tramos de escaleras hasta llegar al vestíbulo. En algún lugar de la fábrica se escucharon detonaciones sucesivas. Todo el cuerpo de Luce golpeó con fuerza contra mí. Si no se había movido, tenía que ser porque tenía miedo. Sin embargo, después de la explosión, su cuerpo se sacudió en respuesta y su muslo se frotó contra mi mejilla.

Jódeme si eso no me llamó la atención. La dejé en el suelo porque ahora no era el momento

de actuar como un adolescente cachondo. Me dejó tomar su mano y arrastrarla al otro lado de la calle.

Desde que salí del penthouse esta mañana, después de algunas rondas de sexo con Luce, mi día había pasado de ser una mierda a una jodida mierda en cuestión de horas. Otra explosión sonó detrás de nosotros, esta vez más grande. Se encendieron las alarmas y se desató el infierno. Sujeté a Luce contra la pared de ladrillos del edificio de enfrente y la protegí con mi cuerpo.

Pasó sus manos por mi pecho y alrededor de mi cuello mientras me miraba con esos ojos verdes. Su piel suave, su aroma, su cabello... todo se sentía como en casa. Abrí la boca para disculparme, para decirle que me alegraba que estuviera viva, pero en lugar de eso, presioné mis labios contra los de ella. Ella los separó y el resto del mundo desapareció.

CAPÍTULO 27

Reza para que no muera

Luce

El mundo estaba literalmente en llamas y todo lo que quería hacer era besar a Santino. Quería quedarme en sus brazos y olvidarme de todo lo que pasó hoy después de que él dejó el penthouse. Pasé mis manos por su pecho desnudo y enterré mi rostro en la seguridad de su suave piel y los latidos de su corazón contra mi mejilla. Me abrazó con fuerza mientras gritaba órdenes a sus hombres. Los neumáticos chirriaron a lo lejos mientras explosiones más pequeñas detonaban dentro de la fábrica.

Levanté la vista para ver arder el edificio. La bilis subió a mi garganta cuando pensé en lo que casi ocurrió. Santino ladeó la cabeza para mirarme a los ojos. Cuando mantuve mi mirada fija en las altas llamas, besó la parte superior de mi cabeza, acercándome a él. Tan solo ese acto despertó pequeñas chispas de anhelo en mi interior.

Pero ni siquiera su calidez y mi deseo pudieron borrar mi tiempo en el calabozo. Odiaba lo mucho que Kay y yo nos habíamos rendido, cómo habíamos acordado hacer cualquier cosa que Liam dijera solo para mantenernos con vida las dos.

"Tenía una mascota a la que le gustaba ser cortada". Sus palabras resonaron en mi cabeza.

Vi muy claro cómo entraba a la habitación, quitarse la camisa de vestir y lamerse los labios como si yo fuera algo para comer. Su vientre blanco sobresalía sobre su cinturón de cuero marrón. Por alguna razón, parecía mayor estando medio desnudo de esa manera. Para mi alivio, no lo tenía erecto. Si el sexo era su objetivo final, tenía la sensación de que planeaba jugar con nosotras por un tiempo.

"Habíamos jugado a este juego en el que le hacía pequeños rasguños en su piel color melocotón hasta que gritaba. Tenía los gritos más deliciosos". Tomó mi trenza y la sujetó. "Quiero oírte gritar. Entonces, ¿cuál sería?". Se volvió hacia la señora Jones, que estaba a unos metros de distancia, como si supervisara nuestra interacción.

"Señor". Ella le ofreció una agradable sonrisa y luego colocó una fusta en su mano.

Antes de que mi cerebro pudiera registrar lo que estaba pasando, azotó la parte exterior de mi muslo. Me mordí el labio por la sorpresa, pero no salió ningún sonido de mí. Este día había sido tan largo y extenuante que ya no tenía lágrimas ni aullidos.

"No". Kay golpeó la jaula.

Sacudí la cabeza para instarla a guardar silencio. Si Liam tuviera su atención en mí, no la tocaría.

"Sé paciente". Él le sonrió. "Te unirás a nosotros pronto. Luce y yo tenemos una

conversación pendiente”.

“Me fui porque el asesino de mi padre merecía ser castigado”. Fruncí los labios para evitar que temblaran. No quería que Liam viera cuánto me aterrorizaba. El dolor no me asustó. “Eso solo es por mí. Por favor, déjala en paz”.

¿Qué planeaba hacer? No saberlo me estaba matando. Quizás eso era parte de su tortura: permitirnos imaginar lo peor.

"Pensé que entendías cómo funciona esto”. Me azotó justo debajo de mi ombligo. “Ella paga por tus pecados”. Se inclinó y lamió mi cuello, dejando un rastro húmedo que apestaba a alcohol. “Quiero verlas a las dos jugar juntas. Pero primero quiero oírte gritar”.

Me dio otro golpe en el otro muslo. A su izquierda, la señora Jones nos miraba con una sonrisa en el rostro. En todo caso, ella parecía más excitada que él. Todas las veces que me vio desnuda y me miró en la ducha, nunca pareció tan interesada en mí.

“Vamos”, gritó por encima del hombro.

La señora Jones salió de la habitación y luego regresó con una cámara y un trípode. Lo puso frente a mí y luego miró a Liam. “Cuando esté listo, señor”.

Qué dúo más perverso.

Me golpeó de nuevo en mis cuádriceps. Y entonces me di cuenta del patrón. Estaba abriéndose camino hacia mi coño. La idea apareció en mi cabeza y luego fue todo lo que se me ocurrió. No quería que me golpeara allí. Mi pulso se aceleró y me dejó sin aliento.

Cuando su teléfono sonó en el bolsillo de su pantalón, dejé escapar un pequeño suspiro. Me miró mientras lo atendía. “Será mejor que esto sea importante”.

Jadeé con todo mi cuerpo temblando mientras él estaba allí escuchando a quien había llamado. Después de un par de minutos, algo en su comportamiento cambió. Sus hombros se hundieron mientras sus cejas se alzaban. ¿Estaba sorprendido o en modo pánico? No podría decirlo.

“Mierda. Encuéntrame en el garaje”. Colgó y se volvió hacia la señora Jones. “Tenemos que irnos”.

“¿Qué pasó?”.

“Déjalas aquí”. Agarró su camisa y me miró a los ojos. “Estaremos de vuelta pronto. No intentes nada. Mis muchachos estarán justo afuera de la puerta”.

Dicho esto, le hizo un gesto a la señora Jones para que lo siguiera y se marcharon.

“¿Estás bien?”.

«¿Estás bien?». Las palabras fueron más fuertes. Santino tomó mi mejilla e inclinó mi rostro hacia él. «Estás temblando. Está bien. Estás segura. Entra al auto».

Hice lo que me pidió porque lo único que quería era alejarme lo más posible de este lugar. Me deslicé hasta el otro lado. «¿Dónde está Kay?».

«Ella está en el auto detrás de nosotros». Santino tocó el hombro de su conductor. «Avanza».

«¿A casa, señor?».

Santino encontró mi mirada. El dolor en sus ojos me hirió profundamente. Y supe por qué. Cuando salí de su penthouse esta mañana, su padre había resultado herido. ¿Cómo estaba? ¿Había muerto? No podía preguntarle eso. Don Buratti se había presentado en el penthouse para sacarme y alejarme de su hijo para siempre. ¿Por qué O'Malley tuvo que dispararle? Ni siquiera le dio oportunidad a don Buratti de decirle que me dejaba ir. Tal vez esa había sido esa su orden: matar a tantos italianos como fuera posible.

«Solo conduce por ahora».

«Gracias por encontrarnos».

Acunó mi mejilla y luego me atrajo hacia él para capturar mi boca con la suya. Medio aterricé en su regazo. Por un fugaz segundo, pensé en cómo le parecería esto a la otra persona que iba en el SUV con nosotros. Pero entonces la lengua de Santino chocó con la mía y me olvidé de todo lo demás.

Desde el día que lo conocí, Santino tenía este efecto en mí. Tenía la capacidad de hacer desaparecer todo lo malo de mi vida. Pasé mis dedos por su suave cabello y profundicé el beso. Él gimió y apretó mi trasero con sus fuertes manos.

Él se alejó primero. Jadeé cuando agarró mi trenza francesa y tiró de ella hasta que solté su pecho para apoyar mi mano en su muslo. «¿Te besa como yo?».

Sacudí la cabeza una vez. Liam lo había intentado una vez, la misma noche que conocí a Santino, la misma noche que le dejé comer mi coño en una habitación privada del "Crucible". Me arruinó para todos los demás ese día. Cuando los labios de Liam rozaron los míos, supe que nunca sentiría lo que sentí cuando Santino me besó.

Con respiraciones entrecortadas, me desabrochó la blusa y dejó caer la tela a mis costados. «¿Te folló?». Pasó sus manos por mis pezones relucientes.

Si no lo supiera mejor, pensaría que Santino estaba celoso de Liam. ¿Por qué pensaría que quería a Liam?

«No».

Liam había estado tan decidido a castigarme primero con su látigo que no llegó a esa parte. ¿Qué haría ahora? ¿A quién perseguiría una vez que se diera cuenta de que había logrado escapar de nuevo? Seguramente comenzaría con mi familia. Tardé en reconocer que Liam no era la respuesta a nuestros problemas. Tendríamos que pensar en algo más porque no había manera de volver con él, sin importar cuántos hombres prometiera enviar para ayudarnos. Nosotras mismas nos ocuparíamos de los italianos.

«No mientas». Pellizcó un seno y luego el otro. «Tengo ganas de golpear una pared cada vez que pienso que él te toca».

Apreté mis piernas para aliviar mi clítoris palpitante. «No estoy mintiendo. No me tocó».

Miró mi coño y la humedad que se filtraba a través de la tela transparente. La sonrisa en su rostro me hizo luchar por liberarme de su agarre. Pero él me abrazó con más fuerza. Disfrutaba tenerme así, bajo su control y ardiendo de lujuria por él. Este era su malvado juego y me encantaba. Lo anhelaba. Tanto así que no me importaba si no estábamos solos.

«¿Qué quieres de mí, Santino?».

«Lo mismo que tú».

«Entonces, hazlo. Fóllame», susurré. «Sé que también tú quieres».

Las extrañas sensaciones que se revolvían en mi núcleo estaban poniendo palabras en mi boca. Ahora mismo daría cualquier cosa por volver a tener a Santino. Mi cuerpo temblaba de anticipación. Quería sentir su pene dentro de mí. Había pasado un día entero desde la última vez que lo sentí. Lo necesitaba. Santino se había convertido en mi droga. ¿Qué estaba esperando?

Se lamió los labios mientras me estudiaba por completo. «¿Sabías que tu papá te nombró oficialmente su sucesora? En tu contrato matrimonial, básicamente dejó a Liam a cargo de los Lobos Rojos».

«¿Qué?».

«Responde».

«No sabía nada del contrato. Nunca pude leerlo».

Ronan era la elección natural ya que era el hombre. Pero no tenía la capacidad de liderazgo para hacerlo. Era impulsivo y exaltado: imprevisible. Papá pensaba que, si me casaba con un

hombre poderoso, la banda me escucharía y me dejaría liderarlos. La gran interrogante aquí era si mi marido permitiría tal cosa. Liam ni siquiera pensaba en mí como una persona, y mucho menos como un líder.

«Entonces, ¿Liam es ahora el jefe?».

«No, no lo es. El matrimonio no se ha realizado». Me agarró con más fuerza. «¿Sigues pensando en volver con él? Él no es la respuesta, Red».

«Por supuesto que no».

«¿Qué pasará ahora?».

«No sé». Elegí no mencionar el hecho de que hace unas horas mi plan había sido regresar a casa y encontrar una manera de convencer a Liam de que cumpliera su promesa de ayudarnos. Que mi plan todavía seguía siendo usar mi virginidad para conseguirnos hombres de apoyo. «Lo único que sé es que no puedo estar con él. Es cruel. Me desagrada».

Él no eres tú.

«Ayúdanos». Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera procesar completamente las implicaciones de lo que estaba pidiendo.

«¿A cambio de qué exactamente?». Tomó mi coño y pasó su pulgar por mi clítoris hinchado. «¿Esto ha vuelto al mercado?». Aplicó más presión para asegurarse de que yo supiera qué era "esto". Mis ojos se cerraron con el dulce alivio que ofrecían sus dedos. Me mordí el labio inferior y tragué un gemido. Con una sonrisa de complicidad, me palmeó hasta que mi cuerpo se tensó. Estaba a punto de tener un orgasmo. «Bueno, ¿lo está?».

Detuvo su mano. Dejé escapar un suspiro y su rostro volvió a enfocarse. Jesús, ¿cómo hacía eso? ¿Cómo hacía que me perdiera así?

«No, no está». Odiaba que él supiera eso sobre mí. A sus ojos, yo era la mujer que vendía su virginidad al mejor postor.

«Su trato fracasó, así que ahora está buscando un nuevo comprador». Su intensa mirada se clavó en la mía.

«No seas cruel. Hice lo que pensé que era lo mejor para mi familia». Inspiré y apoyé mi mano en su pecho, justo encima de su corazón palpitante. «Te ofreciste antes. Entonces, lo pido ahora. Por favor, ayúdanos. Liam no dejará de buscarme. Hoy me encontró tan fácilmente».

«¿Quieres decir que no te fuiste con él?». Sus rasgos se suavizaron.

«No, sabía que estaría enojado conmigo por irme. Kay y yo íbamos camino a Chicago cuando nos interceptó y nos llevó de regreso al calabozo. Ayúdame. Por favor». La mendicidad ya no me molestaba. Ya no me quedaba ningún orgullo en mí. Liam se había encargado de eso.

«Es demasiado tarde, Red». Soltó mi cabello y presionó su frente contra la mía. «Mis manos están atadas».

«¿Qué significa eso?».

«Significa que mataste a un Don. Y ahora toda mi organización está tras de ti. Créeme cuando te digo que Liam es el menor de tus problemas en este momento».

«¿Tu padre está muerto?». Puse una mano sobre mi boca. «Lo siento mucho».

Independientemente de lo despiadado y cruel que fuera Don Buratti cuando estaba vivo, seguía siendo el padre de Santino. El dolor de perder a un padre era algo con lo que estaba familiarizada. Un momento. ¿Qué había dicho él? ¿Maté a un Don?

«Él no está muerto. Como sea, todavía no». Se frotó la sien, luciendo completamente agotado y hermoso.

«No le disparé si eso es lo que piensas». Mi pecho se apretó. No quería que pensara que le desearía ese tipo de sufrimiento.

«Es lo que él piensa. Y eso es todo lo que importa». Me soltó y me dejó en el asiento.

«¿Qué? ¿Me está culpando por ello?». Acuné su mejilla para que me mirara a los ojos. «Santino, tienes que creerme. Yo no lo hice».

«Como dije, tengo las manos atadas». Le dio una palmadita en el hombro a su conductor. Cuando se sacó el auricular, Santino volvió a hablar. «Detente».

«No le disparé. Fue el otro tipo que estaba allí, O'Malley. Los hombres de tu padre lo atraparon. Pregúntales».

«Red, dejaste que el enemigo entrara en mi casa. ¿Entiendes la gravedad de lo que hiciste? No puedo ayudarte».

«Santino».

«Escúchame con mucha atención». Me agarró ambas muñecas. «El castigo por matar a un Don es la muerte. Así que corre, Red. Corre y reza para que no muera. Porque si don Buratti muere, no me quedará más remedio que ir por ti».

Le hizo un gesto de asentimiento a su conductor y luego ambos salieron del auto. Quise seguirlo, pero me cerró la puerta en la cara. Moví mi cuerpo para mirar por la ventana trasera. Sacaron a Kay del asiento trasero del SUV detrás de nosotros y la empujaron hacia mí. Tan pronto como Santino entró, el auto se salió de la acera y arrancó.

Me cubrí la cara y lloré porque en el fondo de mi interior sabía que nunca lo volvería a ver. Al menos, no esta versión de Santino, el que podía hacer que mi cuerpo temblara de deseo, el que arriesgó el fuego para salvarme del calabozo de Liam, el que amaba.

Mi vida estaba ligada a la de su padre. El viejo había encontrado una manera de quitarme del camino para siempre. Había encontrado una manera de hacer que Santino me odiara. Me toqué los labios con los dedos. Santino no me odiaba. El deseo que sentí en su beso y su toque era real. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que eso se convirtiera en algo oscuro?

Pero incluso si Santino todavía me quisiera, estaba cien por ciento segura de que perseguiría al asesino de su padre: yo. ¿Cómo podría demostrarle que se había equivocado de persona?

Era mi palabra contra la palabra de un Don.

CAPÍTULO 28

Luce O'Brien

Santino

Le di otro puñetazo directo a la nariz. Jadeó mientras Tino luchaba por recuperar el aliento. Mis nudillos en carne viva palpitaban por la paliza que le había dado. No importaba cuánto de mi enojo había desatado contra él, no había sido suficiente para hacer que el peso aplastante en mi pecho desapareciera.

«¿Dónde carajo está él?».

Quizá mi estado de ánimo no mejoraba porque tenía al chico equivocado. Daría cualquier cosa ahora mismo por tener a Walsh a mi alcance. Me agaché y apreté el puño en la parte delantera de la camisa de Tino. Tino era uno de nosotros en Chicago. También era un traidor. El hijo de un segundo al mando que pensaba que no estaba recibiendo lo que se le debía.

Había hecho un trato con Walsh. Entre él y su pequeño grupo de pequeños ingratos, habían atacado a los Lobos Rojos durante casi un año. Poco a poco, pusieron de rodillas a la familia de Luce. Los cabrones no tenían nada que perder. Tenían todo el tiempo del mundo y los recursos de su padre.

Cuando hice mi viaje a Chicago el mes pasado, su padre, Joseph, me aseguró que el Equipo de Chicago no tenía nada que ver con los ataques. Lo que no sabía era que su propio hijo había orquestado todo el asunto. Para demostrar su lealtad a la Sociedad, él mismo entregó a su hijo. Rex decidió que yo debería ser quien se encargara de él. Lo justo era lo justo.

«No sé. Lo juro». Se alejó de mí hasta que chocó contra la pared.

Estábamos en el sótano del "Crucible". Un lugar perfecto para mantener a imbéciles como Tino. Esta era una fortaleza. Nadie entraba ni salía a menos que nosotros lo permitiéramos.

«¿Cómo recibiste tus órdenes?».

«Por lo general, enviaba a alguien. En realidad, nunca conocí al chico». Se limpió la nariz y de ella brotó más sangre.

«¿Qué quería Walsh con la pandilla de los Lobos Rojos?», pregunté por quinta vez esta noche. Tino ya había respondido la misma pregunta varias veces cuando Rex preguntó. La cosa era que su memoria había mejorado desde que yo aparecí. «Empieza desde el inicio».

«Él quería el territorio». Sus ojos se apartaron de la única bombilla que colgaba del techo. Parpadeó como si el brillo le lastimara los ojos. Debería, dado que no había visto el Sol en casi una semana. «Pensó que a partir de ahí podría hacerse cargo de las otras bandas».

«¿Qué otra cosa? Piensa Tino. Mis puños están cansados. Es hora de sacar las herramientas».

«No. Espera. Él también, eh..., tenía una nueva idea de negocio para ganar más dinero. Dijo

que tenía chicas, ya sabes. Suficiente para fundar un club».

«¿De dónde son estas chicas?».

«No sé».

Inspiré profundamente.

«Uno de sus muchachos mencionó Venezuela. Están trayendo gente de allí para un montón de cosas, talleres clandestinos, burdeles, lo que queramos».

Lo golpeé y su mandíbula hizo un crujido satisfactorio. Entendí que aquí no éramos los buenos. Pero la trata de personas era donde trazaba el límite. «¿Lo que queramos? No somos animales. Puto cabrón».

«Es lo que él dijo».

Las palabras de Tino hacían que muchas cosas encajaran. Por ejemplo, ¿por qué querría Walsh tener control absoluto sobre la banda de los Lobos Rojos? Con el padre de Luce fuera de escena, Luce era la nueva jefa. Pero si él la controlaba, entonces podría hacer lo que quisiera con el territorio y su gente. Un burdel con mujeres que habían sido arrancadas de sus hogares en Venezuela sería algo que Luce no toleraría, a menos que ella también estuviera tan enferma como él.

Si tuviera que adivinar, basándome en lo que vi en su mazmorra, ese era su plan para Luce. Quería quebrarla hasta que perdiera toda esperanza y él se convirtiera en su amo. Todo lo que tenía que hacer para poner en marcha su plan era atraer a uno de los nuestros para que hiciera el trabajo sucio. A Tino le prometieron dinero, pero más que eso, estaba seguro de que Walsh podría ayudarlo a ascender al poder dentro de su propio grupo.

Demonios, si Rex y yo permitiéramos que un punk como este tuviera algún tipo de opinión sobre cómo se manejaba el equipo de Chicago. Teníamos estatutos y límites por una razón: la codicia de Tino era una de ellas.

«Voy a dejarte ir. Pero tienes que entregarme un mensaje». Cuando no se movió, le di una bofetada, no fuerte, solo lo suficiente para despertarlo. «¿Me has oído?».

«Sí, un mensaje».

«Bien. Vas a ir a casa, esperar a Walsh y decirle que los Lobos Rojos están, a partir de ahora, bajo mi protección».

«¿Por qué nos preocupamos por los cerdos irlandeses?».

Lo golpeé de nuevo. ¿Era este el tipo de hombres que teníamos subiendo de rango? «Eres simplemente un idiota, ¿no? ¿Cuál es el mensaje? Dilo, quiero asegurarme de que tu pequeño cerebro lo entienda».

«Los Lobos Rojos están bajo tu protección», repitió.

A estas alturas, Walsh tenía una idea bastante clara de quién era yo y quién me respaldaba. Lo sabía porque, en el momento en que me vio venir por él, huyó. Walsh era inteligente. Si se hubiera quedado en su apartamento, habría sido un baño de sangre. Y habría perdido.

«Te irás por la mañana». Miré mis nudillos ensangrentados.

«Él me matará. Si descubre que hablé contigo, me matará».

«Si no entregas mi mensaje, yo te mataré».

Salí de la habitación, todavía sintiéndome como una mierda, pero al menos el plan para llegar a Walsh se había puesto en marcha. Apretando mi mano varias veces para aliviar los dolores, caminé por el largo pasillo. Cuando llegué al final, las puertas del ascensor se abrieron.

«Te ves como una mierda». Rex metió las manos en los bolsillos de sus pantalones. Tenía el pelo perfectamente peinado y vestía un esmoquin limpio.

«¿Vas a algún lugar?». Entré en la cabina del ascensor y presioné el botón de llamada del

vestíbulo.

«Ambos iremos». Se inclinó hacia adelante, insertó la llave en la ranura y se encendió la luz del piso cuarenta y tres. «Llamé a una reunión de emergencia. Todos ya están aquí».

«Carajo. ¿No puede esperar hasta mañana?».

«Sabes que no». Exhaló y luego se encogió de hombros. «Y tú ya estás aquí».

«Necesito darme una ducha».

«Tienes veinte minutos».

Rex me dejó en el piso veinte donde los clientes tenían suites privadas. El "Crucible" no era solo un club sexual de alto nivel, también era un casino, la sede de la Sociedad y una prisión para nuestros enemigos.

Me duché rápidamente y me puse un traje limpio y a medida. Todo el tiempo traté de no pensar en Luce y en lo mucho que habría disfrutado estar aquí, en lo mucho que me hubiera encantado follarla hasta los huesos en esta habitación. Necesitaba dejar de pensar en ella. Dejarla ir había sido lo mejor para todos nosotros. Si papá moría, no quería saber adónde había ido. Porque si lo hiciera, tendría que hacer lo impensable.

Al carajo con mi vida. ¿Por qué tuvo que dispararle? Con cualquier otra persona podría haber hecho la vista gorda, pero no con papá.

Los estatutos eran claros al respecto.

Subí al ascensor al piso cuarenta y tres. Cuando las puertas se abrieron, fui recibido por el suave aroma de muebles antiguos y clásicos. Si bien Rex había pasado mucho tiempo renovando el edificio, este piso seguía siendo más o menos como siempre había estado. Había reemplazado la alfombra deshilachada y el papel tapiz carmín de seda, pero los nuevos revestimientos eran básicamente una réplica de los antiguos.

Al final del pasillo, donde se abría a un vestíbulo lleno de más artefactos como estatuas y jarrones de oro, vi la figura esbelta de Donata y su cabello rubio y ondulado. Ella era todo sonrisas, hablando con los hermanos Alfera, Enzo y Massimo. No hace mucho, todos éramos amigos. Luego, el padre de Rex murió y todo se fue a la mierda.

Al igual que este edificio, con lo viejo y lo nuevo, la Sociedad estaba en transición.

Papá y la signora Vittoria eran los últimos catedráticos en funciones de la generación anterior. Enzo Alfera finalmente había reemplazado a Michael como el nuevo Don. Algo que nunca hubiera sucedido si Rex no estuviera tan enamorado de su novia, Caterina Alfera. Por ella, él había dejado que los Alfera volvieran al redil.

Los Gallo casi habían desaparecido. Todos y cada uno de los miembros se habían ido, gracias al FBI. Otra razón por la que no los queríamos en nuestro negocio. Así que eso solo dejaba a Vittoria, pero no iba a ir a ninguna parte en el corto plazo: era feroz e inflexible. Donata nunca movería un dedo para intentar derrocar a su tía.

Pero la signora Vittoria no era el motivo de nuestra reunión de emergencia. La junta se reuniría esta noche porque la vida de papá estaba en juego. Porque pronto tendría que ocupar su asiento en la mesa.

«Santino». Donata se volvió hacia mí tan pronto como estuve al alcance del oído, lo que me indicaba que me había visto cuando se abrieron las puertas del ascensor. Ella me abrazó. «¿Cómo estás?».

«Maravilloso».

«Te acuerdas de Enzo y Massimo». Hizo un gesto hacia sus escoltas.

«Sí», les estreché la mano.

Hay que reconocer que ambos hermanos parecían felices de verme. Carajo. Esta iba a ser una

larga noche.

«¿Cómo está el viejo?».

«Como se esperaba». Me encogí de hombros. «Le dispararon y a su corazón no le gustó. Pero no te preocupes. Es demasiado terco para morir según el cronograma de Rex».

«Vamos a darle un trago al hombre». Enzo me rodeó el hombro con el brazo y me hizo pasar más allá del vestíbulo hasta la sala de juntas. «¿Un "Pappy"?».

Ignorando la larga mesa a mi izquierda, fui a la derecha y tomé uno de los sillones frente a la chimenea y las estanterías empotradas. Las llamas crepitantes me recordaron a Luce y su cabello ardiente. *Maldita sea ella.* Si ella me hubiera escuchado, si se hubiera quedado, si no me hubiera traicionado, ninguno de nosotros estaría aquí ahora. Papá no estaría en el hospital, muriendo.

«Bebe rápido. Ambos son para ti». Enzo colocó dos vasos en la mesa auxiliar. «Salud».

«Gracias». Tomé un largo trago de whisky.

En el momento en que mi cuerpo se relajó, la melodía de piano que había estado tocando comenzó a sonar en mi cabeza. Junto a ello, las imágenes de los pocos días que pasé con Luce se desplegaron como una película antigua. La veía en el estudio, leyendo el libro de poemas de mamá, en mi ducha y en mi cama.

«No estoy diciendo que vaya a mejorar», Enzo miró su bebida, «pero uno se acostumbra».

«Buen consejo, hombre», me reí.

El padre de Enzo falleció el año pasado. De nuevo, algo que le debíamos al FBI. Supuse que sabía de lo que estaba hablando. No había querido decir que me acostumbraría a estar sin un padre. Quería decir que me acostumbraría a ser un Don.

«Tino está de camino a Chicago». Rex se sentó en la silla a mi lado. «Ha aceptado ser un cebo para nosotros. Conseguiremos a Walsh. Es solo cuestión de tiempo».

«Será mejor que ese cabrón cumpla». Bebí un poco más. La mera mención del nombre de Walsh me ponía nervioso. «Y tenemos que hablar con su padre. Ese chico tiene pájaros en lugar de cerebro».

«Él está consciente de ello». Rex tomó un sorbo de su vaso y miró hacia atrás.

Cuando lo miró dos veces, tanto Enzo como yo pusimos los ojos en blanco. Caterina estaba en la habitación.

«¿Empezamos?». Se puso de pie y fue a su encuentro.

«¿Cómo soportas estar relacionado con Rex?». Me quedé sacudiendo la cabeza.

«Apenas».

Le hice un gesto a Enzo para que siguiera adelante y luego comencé con mi segundo "Pappy". Lentamente, los miembros de la junta entraron en la sala. En la cabecera de la mesa estaba Rex, en su extraña silla con una cabeza de león tallada en el respaldo. A su izquierda estaba Caterina y sus dos hermanos, Enzo y Massimo. Al otro extremo de la mesa, la signora Vittoria y Donata tomaron asiento. Debido a que los Gallo ya no estaban, la silla a la derecha de Rex estaba vacía al igual que la que estaba al lado: la silla de papá.

Esta no era mi primera reunión de la junta directiva. En los últimos dos años, había asistido a varias reuniones cuando la enfermedad de papá le impidió aparecer. Esta noche era diferente. Porque esta sensación punzante en mi pecho me decía que papá nunca volvería a sentarse allí.

«Santino». Rex me llamó, sosteniendo su teléfono en la mano.

Cuando levanté la vista, todos los ojos estaban puestos en mí. Me había perdido lo que había dicho antes. Sin embargo, al observar la lástima en los rostros de todos, solo podría ser una cosa.

«Don Buratti falleció».

Asentí una vez, mirando el antiguo sitio de papá. Después de unos cuantos latidos, solté un

suspiro y me dirigí hacia allí. El desgastado apoyabrazos tapizado se moldeaba a mi mano, como estaba seguro de que lo había hecho con papá y su papá, y el papá de su papá.

Desde que tengo uso de razón, supe que siempre debía asumir el control. Nunca imaginé que dolería tanto. ¿Tenía razón Enzo? ¿Me acostumbraría al dolor y a todo lo que representaba esta silla?

«Convoqué esta reunión de ascensión para ofrecer un permiso especial para incorporar a Santino como Don. Parece que llegamos un poco tarde». Inclinó la cabeza en mi dirección. A Rex no le gustaba esa mierda de "lamento tu pérdida". Nada de lo que él pudiera decir cambiaría el curso de mi vida ahora. «La Sociedad reconoce ahora a Santino como el nuevo Don Buratti».

Donata me sonrió, una sonrisa triste pero genuina. Apreté mis labios y acepté mi nuevo cargo. Que así fuera. Por mucho que no me gustara que las cosas cambiaran, la vida tenía una manera de jalar y estirar hasta que nada volvía a ser igual.

«Don Buratti». La signora Vittoria inclinó la cabeza en mi dirección.

Uno por uno, todos presentaron sus respetos asintiendo, ya que "felicitaciones" no era la palabra correcta. ¿Qué dirían? Lamento que tu papá haya muerto, felicidades por tu ascensión. Un simple reconocimiento era todo lo que se necesitaba.

«Ahora que todos están aquí, podemos pasar a la siguiente orden del día». Rex miró a Caterina e intercambió una mirada significativa.

«Esta parte es sencilla». La signora Vittoria habló primero con su habitual voz de fumadora.

Siempre que había necesidad de sangre, ella era la primera en señalarlo.

«Alguien mató a un Don. Quiero ver al menos una cabeza rodar». Se encontró con la mirada de Rex al otro lado de la mesa.

Mi ritmo cardíaco se disparó porque la anciana estaba hablando de Luce. Mantuve mis emociones bajo control y me recliné, jugando con el anillo en mi dedo. «¿Hay alguna cabeza específica que tengas en mente, Vittoria?».

«Esa es el área de especialización de Rex». Se inclinó hacia adelante con esa manera regia suya que gritaba dinero viejo. «Espero que tengas un nombre».

«Tengo dos. El difunto Don Frances Buratti identificó a sus tiradores». Rex tomó un sorbo de su vaso. «O'Malley murió en el lugar más temprano hoy».

«¿Y el otro?», Vittoria siguió adelante.

«Luce O'Brien». Rex hizo contacto visual con todos menos conmigo.

Aprecié que no me pusiera en aprietos. Aunque planteaba la pregunta. ¿Cuántos miembros sabían que había tenido a Luce secuestrada en mi penthouse durante las últimas dos semanas? Que había matado a papá mientras intentaba escapar de mí. Si lo sabían, no lo demostraron. Lo peor es que no me culpaban por ello. Otras cabezas tenían que rodar, pero no la mía, aunque yo era igual de culpable. Mi arrogancia y mi lujuria por ella nos habían llevado a este punto.

«Bueno, es como dicen. Cortemos su cabeza. Y acabemos con esto». La signora Vittoria se encogió de hombros como si la vida de Luce no fuera nada.

«Pensé que nos habíamos vuelto más inteligentes», miré a Rex.

Debería haber puesto a Liam Walsh en su lugar cuando tuve la oportunidad. En aquel entonces, Rex quería actuar de forma inteligente y simplemente ayudar a Walsh a ahorcarse. Ahora papá se había ido y los Don pedían la cabeza de Luce. ¿Cómo diablos era eso ser mejor que nuestros antepasados?

«Ciertos pecados solo pueden lavarse con sangre».

La anciana me estaba poniendo de los nervios.

«Ella es una chica inocente», dije con los dientes apretados.

«Díselo a tu padre». Ella respondió con un brillo asesino en sus ojos.

«Suficiente». Rex se puso de pie y golpeó la mesa con la mano. «Si lo que querías era sangre, Vittoria, la tienes. O'Malley fue ejecutado en el lugar, lo cual es una suerte porque ahora tenemos margen de maniobra. Tenemos nuestra sangre por sangre. Todo termina aquí».

«Jesucristo», Vittoria se reclinó.

«Piensa en lo que pasaría si fuéramos tras de Luce *al estilo Al Capone*, a la vieja escuela».

«Ya sabes, como a ti te gusta», le sonreí a Vittoria.

Su mirada se movió entre Rex y yo. ¿Por qué tenía tanta prisa por deshacerse de una mujer a la que ni siquiera había conocido?

«Luce es la hija del fallecido Patrick O'Brien, el líder de la banda de los Lobos Rojos de Chicago. No es un grupo grande, pero sí muy irlandés y muy orgulloso. Si la matamos, Walsh tendrá una excusa para perseguir a la Facción de Nueva York. Nuestro trabajo es proteger a los nuestros, no incitar a una guerra en las calles. No son nuestras vidas las que están en juego, son las de nuestra gente».

«¿Qué propones que hagamos?», me gustó que la cabeza de Luce ya no estuviera en la tabla de cortar. Rex tenía toda mi atención.

«Exactamente eso. Una propuesta». Le sonrió a Caterina mientras se sentaba en su asiento. «Enzo ha sido Don durante casi un año. Necesita una esposa. Podría casarse con Luce. Asegurarse de que sea castigada por lo que hizo».

«Repite eso». Era mi turno de ponerme de pie. «¿Una propuesta de matrimonio?».

«Sí, así la tendremos bajo vigilancia. No hay necesidad de más derramamiento de sangre».

«Bueno, mientras ella reciba una paliza una vez a la semana, supongo que estaré bien». La signora Vittoria le sonrió dulcemente a Enzo.

«Ya sabes, todo eso de que los Don necesitan una esposa es más una pauta que un estado de derecho». Enzo frunció el ceño, claramente no contento de que le dijeran qué hacer.

¿Qué estaba pensando Rex? No, esto tenía que ser idea de Caterina. Pensaba demasiado en sus hermanos. Enzo no era rival para Luce. Pensé en Enzo y Luce juntos en su noche de bodas y las estrellas explotaron frente a mis ojos.

«No».

«¿No qué?». La atención de Rex se centró en mí. «Es mejor que la alternativa. Demostrará buena fe de nuestra parte. Quién sabe, tal vez esto mejore nuestras relaciones con los irlandeses».

Vittoria se burló.

«Es la mejor solución para todos nosotros». Él encontró mi mirada y asintió una vez, como diciendo, "ahora no tienes que sentirte culpable ni responsable por ella".

«Enzo no puede casarse con ella».

«Bueno, déjame pensar en ello». Se inclinó hacia delante. «Me gustaría conocerla primero. Entonces lo decidiré», respondió Enzo.

«Vete a la mierda». Apoyé una mano en la mesa mientras mi mirada pasaba de Enzo a Rex. Y antes de que pudiera cuestionar mi determinación, dejé que las palabras que nunca pensé que diría salieron de mi boca. «Yo me casaré con ella».

CAPÍTULO 29

Código rojo

Luce

«Sigo pensando que deberíamos habernos quedado con el SUV de Santino». Kay ajustó el asiento del pasajero para poder recostarse un poco más.

«¿No crees que tiene micrófonos en su auto? Solo nos lo dio para poder vigilarme». Agarrando el volante, miré por el espejo retrovisor y noté a todos los conductores que nos rodeaban.

Después de que Santino nos dejó a un lado de la carretera como si no fuéramos nada, decidimos que sería mejor regresar por el Prius de Kay. Quiso la suerte que el pequeño auto todavía siguiera allí.

A la mierda Santino Buratti.

«Si quisiera ayudarnos, nos habría dejado pasar la noche en su casa. O al menos llevarnos en avión a casa. No sé. Él se negó rotundamente».

«Lo siento. Pero probablemente sea lo mejor, Luce. Involucrarse con los italianos nunca termina bien». Ella me frotó la espalda. «Este Santino suena como un imbécil real».

«Lo odio».

«Lo sé. Pero estaremos en casa pronto. Encontraremos a Ronan. Y luego papá, Ronan, tú y yo podremos empezar a pensar en la reconstrucción. Descubriremos una manera de echar a esos bastardos italianos de nuestras calles. ¿Sí?».

Me limpié la mejilla y luego volví a mirar los espejos. «Es tan tarde que no deberíamos estar aquí».

«Lo sé. Voy a llamar a papá. Quizá pueda encontrarnos a medio camino. No podemos conducir toda la noche».

«Sí, haz eso».

Sacó su teléfono de debajo de mi asiento. Cuando los hombres de Liam nos encontraron esta noche, ella tuvo la sensatez de esconder su móvil personal. Al menos una cosa había resultado a nuestro favor esta noche.

«¿Qué?», le dirigí una mirada. «¿Qué dijo?».

«Pasó al correo de voz. Pero ahora tengo un mensaje de texto de un número privado». Ella movió su cuerpo para mirarme. «Luce, es código rojo».

Una inyección de adrenalina me recorrió. Apreté más el pedal y me salí de la carretera. Los autos me tocaban la bocina, pero ya no podía ver delante de mí y no podía mantener las manos firmes.

El código rojo significaba pasar a la clandestinidad.

Las cosas estaban tan mal en casa que el padre de Kay había decidido activar el código rojo.

«Tenemos que hacerlo, Luce. Tal como practicamos».

«Mierda». Golpeé el volante con la palma. «¿Por cuánto tiempo?».

«Hasta que papá venga por nosotras».

«No estoy de humor para contar historias a extraños».

«¿Me estás tomando el pelo?», ella se burló. «Mira nuestra ropa. Una mirada a nosotras y sabrán quiénes somos. Vamos. Hay una gasolinera más adelante. Necesitaremos mucho líquido para esto».

«En realidad, me vendría bien un trago». Puse el Prius en marcha y conduje tres kilómetros hasta la siguiente salida.

Kay buscó debajo del asiento y sacó su billetera. Se arregló la chaqueta y entró en la licorería. Al menos una de nosotras tenía la cabeza metida en el juego.

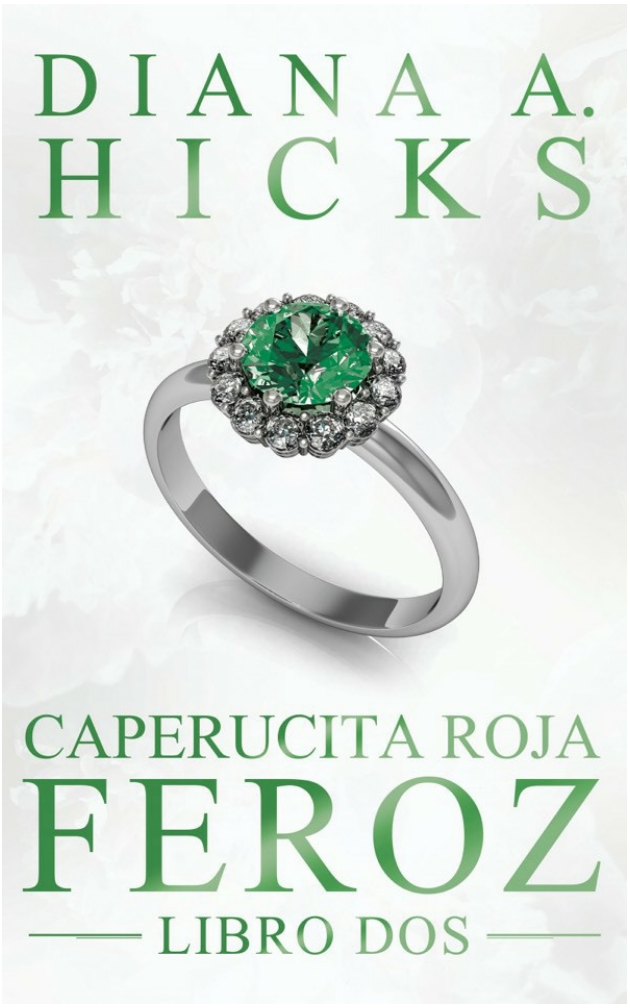
Antes de que Liam viniera por nosotras, lo único en lo que podía pensar era en que nunca volvería a ver a Santino. Ojalá eso hubiera sido cierto. Porque ahora sabía que no significaba nada para él. Fui tan estúpida al pensar que teníamos una conexión real. ¿Por qué habría de pensar eso? El hombre me secuestró. Me folló como castigo, nada más. Lo inventé todo en mi cabeza. Su toque y esos besos que todo lo consumen, eso era todo yo. Él me usó. Y yo era demasiado estúpida e ingenua para verlo tal como era.

«Bien», Kay abrió la puerta del conductor. «A un lado. Tú bebes, yo conduzco».

Soltando un suspiro, hice lo que me pidió y me moví al asiento del pasajero.

Me entregó una botella de vodka y una de jugo. «Empieza a mezclar. Y dime tu nombre».

«Mi nombre es Parker Williams, tengo veintiún años». Me salté el coctel y bebí directamente de la botella. «Nací en Las Vegas. Vivo con mi mamá, bueno, antes de que ella me echara».



Muchas gracias por leer “El Gran Lobo Feroz”, Libro 1. Espero que hayas disfrutado de la historia de amor prohibido entre Santino y Luce. Su alocado viaje concluye en Caperucita Roja Feroz (Dúo Lobo, #2), donde Luce se ve obligada a aceptar la propuesta de matrimonio de Santino.

Tengo que encontrar a Luce antes que nuestros enemigos, sino la perderé para siempre.
Ella cree que puede esconderse de mí. Pero no me importa si tengo que ir al fin del mundo para recuperarla. De una forma u otra, Luce O'Brien tiene que entender que no la dejaré ir.
Ella es mía para quedarse conmigo, mía para protegerla.

Descarga Caperucita Roja Feroz (Dúo Lobo, #2)

He incluido el primer capítulo de “Caperucita Roja Feroz” (Dúo Lobo #2) para que puedas revisarlo GRATIS. Vamos, tú sabes que quieres. :-)

¿Quieres más romance oscuro de la Mafia? Si disfrutas de las lecturas sensuales, por favor considera dejar una reseña amable. Me ayuda a saber que te gustaría leer más libros como este.

Caperucita Roja Feroz

DÚO LOBO, LIBRO DOS

CAPÍTULO 1

Me equivoqué de mujer

Santino

¿Cómo podía ser posible que una persona desapareciera por completo de la faz de la Tierra? Nunca había dedicado tanto tiempo y esfuerzo a intentar de localizar a alguien. Y nunca había estado tan desesperado por encontrar a una mujer: Luce O'Brien, mi futura esposa, que había estado desaparecida durante más de tres meses.

Regresé a la habitual madriguera de escenarios, donde vi a Luce en las pantallas de vigilancia de Liam con las muñecas y los tobillos atados a una rueda sexual en su mazmorra. Dejé que la ira se acumulara e hirviera a fuego lento en mi estómago. Lo peor era que no tenía a nadie a quien culpar por lo sucedido excepto a mí mismo. Cuando papá la acusó de dispararle, supe que la única manera de mantenerla con vida era dejarla ir para que la Sociedad no la encontrara.

Esa noche la dejé a un lado de la carretera, como si ella no significara nada para mí, como si el tiempo que habíamos pasado juntos no se hubiera filtrado en mi corazón y en mi alma. Parecía tan herida. Pero la verdad era que me había enamorado de Luce. Nunca he sido del tipo que forma apegos. Pero, cuando Luce apareció y derribó mis barreras, no reconocí mis sentimientos tal como eran. Estaba enamorado de ella. Todas esas veces en las que no podía soportar verla partir, ahora entendía por qué. Ella se había metido bajo mi piel.

¿Pero ya era demasiado tarde? ¿Liam había llegado hasta ella? ¿Estaba siquiera viva?

Tenía que estarlo. Incluso si Liam la tuviera, no podría matarla. No si quisiera apoderarse legítimamente de los Lobos Rojos. El equipo de Luce era un grupo orgulloso. Nunca seguirían a alguien que lastimara a uno de los suyos. Liam era un montón de cosas viles, pero no era tonto.

Caminé a lo largo de mi oficina. Estaba cansado de esperar noticias, que mis muchachos me dieran algo con lo que pudiera trabajar. Ya había agotado todas mis pistas. Pero no estaba dispuesto a renunciar a ella. Dondequiera que estuviera, esperaba que no me odiara. Aunque tenía todos los motivos para hacerlo.

La dejé ir.

Esto recaía en mí.

«Señor».

«¿Qué?». Incluso escuchaba el nerviosismo en mi tono.

Mi asistente Lia retrocedió dos pasos, hacia la puerta, con los ojos muy abiertos. «Emm, el señor Joey está aquí. Dice que tiene información para usted».

«Déjalo entrar».

Me apoyé en el borde de mi escritorio y tamborileé con los dedos. Mi segundo al mando

entró. Su sensación de urgencia apaciguó mi mal humor. «Don Buratti». Él asintió una vez.

Empecé a decir, «Don Buratti es mi papá...», pero ya no era así. Papá se había ido, lo que me convertía en el nuevo Don Buratti. «Santino está bien, Joey. Nos conocemos desde hace años».

Joey era mucho mayor que yo, más cercano a la edad de papá. La sofocante reverencia entre nosotros era más para su beneficio que para el mío. Estaba seguro de que todavía me veía como el pequeño punk que no tenía ningún respeto por su padre y todo lo que representaba dentro de la Sociedad. ¿Había cometido un error al mantenerlo como mi segundo? Rex pensaba que sí. Pero yo creía que, si Joey se quedaba, tal vez el espacio vacío que había dejado papá no parecería tan oscuro. Joey tenía inteligencia, de esas que solo se pueden adquirir con años y años de servicio.

«Dime que tienes algo».

«Sí». Dejó su iPad en mi escritorio. «Nos faltó revisar un almacén. Este». Señaló la pantalla. «El que hicimos explotar hace unos cuatro meses en Hell's Kitchen. ¿Cuando Walsh intentó invadir nuestro territorio?».

«Sí, lo recuerdo. Rossi detonó una bomba casera. No dejó mucho detrás».

«Bien. Bueno, Walsh no se molestó en arreglarlo. Tiene una habitación en la parte de atrás que todavía está activa».

«Drogas».

«Sí, sobre todo. Tiene algunas mujeres trabajando allí. Una encaja con su descripción».

Su.

Ni siquiera diría el nombre de Luce delante de mí. No hacía falta decir que había sido un verdadero imbécil estos últimos meses. Miré mi reloj. «¿Están trabajando ahora mismo?».

«Cocinan tarde en la noche».

«Quiero estar en el lugar cuando llegue el equipo de Walsh. Quiero verla por mí mismo». No me importaba tener que sentarme afuera del edificio hasta el amanecer. Luce vendría a casa conmigo esta noche. «Trae a Tommy y a los demás y reúnete conmigo en el garaje».

«De inmediato». Él asintió y salió corriendo.

Me quedé y me tomé un momento para calmarme. Pero en lugar de eso, mi mente evocó una miríada de imágenes de Luce consumida, cumpliendo las órdenes de Liam. Este era mi castigo por dejarla. Estaba tan enojado con ella ese día. Para ser honesto, todavía lo estaba.

Por el amor de Dios, ella mató a mi padre mientras intentaba escapar de mí.

Tan pronto como se abrió la puerta del ascensor en el nivel del garaje, supe que esta noche empeoraría mucho antes de mejorar. «Tienes que estar bromeando». Caminé hacia Rex, el actual rey en funciones de la Sociedad, y Enzo Alfera, el nuevo Don Alfera y cuñado de Rex».

Nuestro enclave criminal centenario estaba formado por cinco familias fundadoras. Desde el principio, el matrimonio entre nosotros estuvo mal visto. Y precisamente esta era la razón. Caterina tenía mucha influencia sobre Rex, lo que a su vez significaba que los hermanos Alfera podían hacer lo que quisieran.

«Si te ayuda», Enzo se apoyó en mi SUV, «yo tampoco quería venir. Mi hermana insistió».

«Déjame adivinar. Quiere que pases un buen rato con su marido. Como en los viejos tiempos». Estaba equivocado. Los hermanos Alfera también estaban bajo el control de Caterina.

«Algo así». Él se encogió de hombros. «Un consejo. Nunca te cases. ¡Oh! Espera». Él se rió entre dientes. «Demasiado tarde ese consejo».

«Todavía no estoy casado», refunfuñé.

«Me diste tu palabra». Rex encontró mi mirada, como desafiándome a dar marcha atrás en el trato que hice con él y toda la junta. Aunque sabía que no iba a poner en peligro la vida de Luce al no seguir adelante con la boda.

«¿Es por eso que estás aquí? Para asegurarte de no echarme para atrás y matar a Luce yo mismo».

«No creo que eso sea lo que quieras». Rex asintió hacia mis muchachos. «Estamos aquí para ayudar».

Tommy guardó su teléfono y se acercó para abrirme la puerta, mientras Joey daba la vuelta y abría las puertas del otro lado. Rex se desabrochó la chaqueta del traje mientras deambulaba alrededor del vehículo. Con una sonrisa, Enzo lo siguió. Consideré mis opciones por un momento, que por supuesto no eran ninguna. Luego me subí al asiento trasero y me acomodé.

«Esta va a ser una noche larga».

«Obvio». Enzo movió su cuerpo en el asiento del pasajero para mirarme. «No creo que Walsh sea tan estúpido como para mantener a tu prometida delante de nuestras narices. Apuesto a que está a kilómetros de distancia».

«Lo sé». Negué con la cabeza. «Pero es todo lo que tenemos. Y, sinceramente, Liam Walsh sería del tipo que haría algo como esto. Solo para demostrar lo inteligente que es. No podemos dejar ninguna piedra sin levantar».

«Bueno, si insistes».

«Eso me recuerda. Tengo algo para ti». Rex sonrió, y la forma en que sus rasgos se relajaron me decía que lo que tenía para mí, venía de su Caterina. Me entregó una petaca de plata. «“Pappy”. Caterina pensó que así la vigilia sería más llevadera».

Le arrebaté el recipiente y le di un largo trago. Enzo movió sus dedos hacia mí y esperó hasta que puse el whisky en su mano. Así, sin más, nos sentimos como si estuviéramos de vuelta en la escuela secundaria, antes de que nuestras familias se pelearan entre sí por la decisión de Michael Alfera de desertar de la Sociedad. De un solo golpe, los tres pasamos de mejores amigos a enemigos mortales. Enzo descubrió que podría haber sido rey. Y que quien tomó asiento en la cabecera de la mesa fue Rex. Todo esto fue una locura para todos nosotros.

El matrimonio de Rex con Caterina el año pasado fue el catalizador para reunir a las familias y trabajar juntos como solíamos hacerlo cuando nuestros abuelos aún estaban vivos. ¿Pero sería suficiente? Incluso si ya no sentía que Rex le robaba su título, todavía me costaba confiar en sus motivos. Sus métodos maquiavélicos eran suficientes para provocarme un latigazo. Papá solía seguir ciegamente las órdenes de Michael Alfera. Junto con el padre de Rex, formaban un equipo formidable. Nada podría tocarlos a los tres.

Pero al mirar a Enzo y Rex en el vehículo conmigo, no pensé que tuviéramos eso. Nuestra amistad se fracturó hacía más de una década, junto con nuestra confianza. Habían pasado demasiadas cosas entre nosotros.

«Eso es mejor que la mierda que solías robarle a tu papá», le dije a Rex mientras me inclinaba para tocar el hombro de Joey. «Vamos».

«Sí, señor». Puso en marcha el vehículo. Tan pronto como lo hizo, los motores de los tres SUV detrás de nosotros cobraron vida al unísono.

«Sí. A papá no le gustaba el buen licor».

«Entonces, ¿Caterina realmente cree que esto va a funcionar?». Señalé a Enzo en el asiento delantero.

«Ella realmente lo cree».

«¿Y tú?».

«No sé. Tenemos muchos asuntos pendientes». Miró la nuca de Enzo. «Un problema a la vez, ¿eh?».

«Sí, supongo».

Veinte minutos después, el auto se detuvo frente a un edificio en ruinas. Pensé en Luce trabajando en esas condiciones. El lugar podría derrumbarse en cualquier momento. Sin mencionar que el aire del interior no podría ser seguro para respirar.

Mantuve la mirada fija en la entrada lateral. Desde este ángulo, pude ver que mis muchachos ya habían establecido un perímetro. La gente de Liam estaba rodeada. O lo estarían tan pronto como entráramos. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas. Por un lado, quería terminar de una vez con esta maldita caza de mujeres. Pero también porque quería volver a ver a Luce.

Quería asegurarme de que ella estuviera bien. Quería disculparme y follarla hasta el olvido, hasta que ninguno de los dos recordara nuestros nombres.

«Como dije, creo que nunca tuve una oportunidad allí». Enzo me señaló con un dedo con una gran sonrisa de complicidad en su rostro.

«¿Qué?». Me había perdido por completo cualquier conversación que estuvieran teniendo.

«Rex todavía piensa que sería un mejor marido para la dulce Luce. Pero obviamente no estás listo para dejarla ir».

«No, no lo estoy».

«No entiendo cuál es el problema entre tú y esa niña irlandesa. Son más comunes que el pan caliente».

«Vete a la mierda». Golpeé mis dedos en mi muslo, ansioso por hacer un movimiento ya. «Y no es una niña».

«¿No tiene unos veintitrés años? ¿Cuántos años tienes tú? ¿Treinta?».

«Ella tiene veinticinco años. Y no, todavía no cumplo treinta, anciano».

Enzo era el mayor de nosotros tres. Estaba a punto de llegar al gran 3-0, así que, naturalmente, quería que el resto de nosotros cayéramos con él.

«¿Qué toma tanto tiempo? Ya deberían estar aquí». Me incliné hacia adelante para tener una mejor vista de toda la calle que teníamos delante. «¿Están seguros de que este sitio está funcionando?». Me encontré con la mirada de Joey en el espejo retrovisor.

«Sí, señor. Yo mismo verifiqué la información».

«Mira», Rex golpeó mi brazo con el dorso de su mano. «Allá».

Primero apareció un hombre en la esquina y luego otro. Entraron en fila. Un minuto después, aparecieron otro chico y una mujer. Llevaba una sudadera con capucha, pero incluso en la oscuridad destacaba su pelo rojo.

Cuando intenté moverme, Enzo se acercó y agarró la manga de mi camisa para detenerme. «Ya no somos adolescentes, Santino. No puedes entrar allí como si fueras a prueba de balas».

«Son cocineros, no asesinos profesionales». Conté hasta tres mentalmente mientras escaneaba el área en busca de hombres armados.

En el momento en que estuvo fuera de vista, aparté mi brazo y salí corriendo. La calle desierta estaba inquietantemente silenciosa y oscura como la mierda; aceleré el paso y lo crucé.

Cuando llegué a la entrada, los gritos ya habían comenzado. Al parecer había más gente dentro. Tan pronto como mis muchachos avanzaron, todos se dispersaron. Pero esta puerta era la única manera de entrar y salir, y los teníamos rodeados. Luce tendría que atravesarme para escapar.

Me quedé en las sombras, entre los escombros, en lo que solía ser el vestíbulo, y esperé a que ella se fuera por donde había entrado. En el otro extremo del piso principal, se había preparado una habitación con sillas, mesas, y estanterías. No estaban cocinando nada, simplemente envasando polvos y pastillas.

Mis muchachos siguieron el plan y lo hicieron parecer una redada. Me importaba una mierda

su producto. Pero no quería que Liam supiera que estaba buscando a Luce, lo que significaba que no podía agarrar a nadie y preguntar por ella.

Miré hacia atrás para ver si Rex o Enzo me habían seguido al interior. En ese segundo, miré hacia otro lado y alguien me golpeó en la cabeza con un tubo.

«Hijo de puta». Me di vuelta y lo último que vi fue el destello rojo. «Luce», la perseguí.

La nuca me palpitaba con fuerza. No podía ver bien. Pero no podía dejarla escapar. No ahora que estaba tan cerca de recuperarla.

Se dirigió directamente al siguiente callejón. La pura voluntad me hizo superar mi posible conmoción cerebral y correr más rápido. Di tres largas zancadas y enganché mi brazo alrededor de su cintura. Ella luchó conmigo, pero la presioné con fuerza contra la pared de ladrillos y la dejé sin aliento.

Cuando le bajé la sudadera con capucha, me dio un vuelco el estómago. Me equivoqué de mujer. Di un paso atrás y ella cayó de rodillas, suplicando en un idioma que no entendía.

«Lo lamento. No eres quien pensaba. Puedes irte». Señalé hacia la calle. «Ve».

Se secó las lágrimas y me miró con puro terror en sus ojos. Jadeó y lentamente movió su pie hacia la derecha. ¿Qué pensaba ella que iba a hacer? ¿Dejarla ir, solo para perseguirla de nuevo? ¿Por mero deporte?

«Ve», dije de nuevo.

Su cuerpo se sacudió por la sorpresa, pero se recuperó rápidamente. Se secó la mejilla y se fue.

Regresé a la camioneta, donde Enzo y Rex me esperaban. Esos cabrones no habían venido a ayudarme. Estaban aquí únicamente por el factor de entretenimiento. Me subí al asiento trasero mientras mis muchachos saqueaban el lugar para que pareciera que estábamos allí por las drogas.

«No era ella», jadeé.

«¿Ahora qué?». Rex examinó el costado de mi cabeza.

«Seguiré buscando».

«Será mejor que lo hagas rápido». Enzo abrió la puerta y luego se giró para mirarme. «La signora Vittoria podría haber aceptado esta ridícula boda, pero no pienses ni por un segundo que sus hombres no están buscando a la chica. Si no la encuentras rápido, ellos lo harán». Salió del vehículo.

«Enzo», lo llamó Rex, «Caterina nos espera para cenar».

«Ya terminé con esta farsa. Dile que se me atravesó algo». Cerró la puerta. Saliendo del callejón detrás de nosotros, otro SUV giró y lo recogió.

«¿Qué farsa?», presioné mi palma sobre mi nuca.

«Caterina quiere que volvamos a ser amigos». Puso los ojos en blanco y apoyó el codo en la ventana.

«¿Sabe ella lo que pasó con ustedes dos?».

«No. Y me gustaría que siguiera así».

«Jesús. Simplemente dile a Enzo la verdad, que eras un pequeño punk mezquino cuando tenías dieciocho años, y sigue adelante». Le di un golpecito a Joey en el hombro. «Vamos a casa».

La situación de Rex y Enzo no era de vida o muerte, como lo era con Luce. La mía era una carrera contra la signora Vittoria. Y todo lo que podía hacer era esperar que mis recursos tuvieran mejor alcance que los de ella. O que Luce viniera a verme por su propia voluntad.

«Enzo tiene razón», Rex arqueó una ceja. «Si no llegas primero a Luce, lo hará Vittoria, y no será bonito. Ella es de la vieja escuela. Odia la idea de que haya una mujer irlandesa entre

nosotros. Ella no es la única».

«¿No crees que lo sé?». Me froté el dolor en el pecho. Era como una advertencia. Como si mi cuerpo supiera en cuántos problemas estaba metida y cuánto necesitaba mi ayuda. No podía dejar que Liam o Vittoria la encontraran antes que yo.

Luce me pertenecía.

«Dejaste todo para encontrar a Luce. Entiendo que ella es una prioridad, pero tu rebaño necesita cuidados». Echó un vistazo a Joey. «¿Ya hay algo sobre Walsh?».

«No, nada sobre él tampoco. Pero tengo un pequeño ejército buscándolo. Quiero que ese imbécil muera, más temprano que tarde».

Los neumáticos se alejaron lentamente del edificio en ruinas, mientras yo me sentaba allí y fingía que no tenía ese enorme agujero en el corazón y un maldito dolor de cabeza desgarrador.

Luce, ¿dónde diablos estás?

La historia de amor prohibido entre Santino y Luce concluye en: Caperucita Roja Feroz (Dúo Lobo, Libro 2)